



NUNCA ESTUVE SOLA

UN TESTIMONIO DE LA GUERRA EN EL SALVADOR

Nidia Díaz

MARÍA MARTA VALLADARES MENDOZA (*COMANDANTE NIDIA DÍAZ*). Es abogada, miembro de la Comisión Política, secretaria de Relaciones Internacionales y secretaria nacional de Memoria Histórica del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

En 1971 se incorporó a la guerrilla del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), y en 1975 fue fundadora del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC). Integró la Comisión Política del PRTC centroamericano y la del PRTC de El Salvador, en el cual se desempeñó como miembro de la Comisión de Masas y responsable del Sector Campesino. Trabajó en el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU) y luego en la Liga para la Liberación (1974-1977).

Es fundadora del FMLN (1980), fue presidenta de la Unión Nacional de Mujeres Mélida Anaya Montes (1987 -1989) y presidenta de la Secretaría de Derechos Humanos del FMLN (1987- 1989). De 1987 a 1992 integró la Comisión Política Diplomática del FMLN y fue firmante de los Acuerdos de Paz (1992). Desde 1994 ha sido diputada a la Asamblea Legislativa de El Salvador y al Parlamento Centroamericano. En 1999 fue candidata a la vicepresidencia de El Salvador por el FMLN.

Nunca estuve sola

Nidia Díaz



una editorial latinoamericana

Derechos © 2014 Nidia Díaz

Derechos © 2014 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-921438-76-9

Primera edición de Ocean Sur, 2014

Impreso por Asia Pacific Offset Ltd., China

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com

Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com

El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com

Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com

Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Ocean Sur Bolivia • E-mail: bolivia@oceansur.com

Canadá: Publisher Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com

Chile: Ocean Sur Chile • Tel.: (56-2) 23002016 • E-mail: contacto@oceansur.cl • <http://www.oceansur.cl>

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador y Guatemala: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com • Tel: 2235-7897

España: Traficantes de Sueños • E-mail: distribuidora@traficantes.net

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

Paraguay: Editorial Arandura • E-mail: empresachaco@hotmail.com

Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com

**ocean
sur**



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au
www.facebook.com/OceanSur

*A mis compañeros
que no tuvieron la posibilidad
que yo tuve.*

*A Alejandro, pequeño mío,
estremecido por la guerra
y complemento de mi vida.*

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL
LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



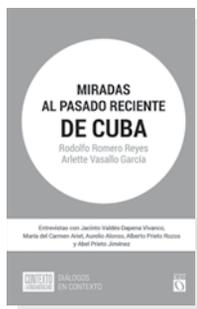
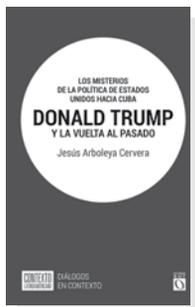
*Estas palabras han surgido inspiradas
por los hombres que luchan día a día
por la libertad,
ellos son los que hacen el mejor legado
a la humanidad,
y me han llevado de la mano.*

*Yo solo he tratado de tejer
con mis vivencias la vestidura de la historia,
y con las ideas y sensaciones que me fueron
dictando sus testimonios escribí
la experiencia cotidiana que nace del vivo
amor y común dolor que compartimos.*

*Agradezco en nombre de mi pueblo
a todos aquellos que de una u otra forma
hicieron posible que este libro-testimonio
saliera a la luz.*

Nidia
30 de julio de 1987

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



Presentación

Yo conocí, como muchos otros en el mundo, a la comandante Nidia Díaz cuando en octubre de 1984 formó parte de la delegación del FMLN-FDR que dialogó en La Palma con el Gobierno de Duarte.

Más conocida se nos hizo después, en abril de 1985, cuando fue capturada por un asesor militar de Estados Unidos en una operación del Ejército de Duarte en zona de guerra. Nidia se convirtió entonces en todo un personaje. Tuvo que ser «reconocida» como su prisionera por los militares salvadoreños que, tras acumular derrotas en sus operativos con helitransportados, necesitaban con urgencia apuntarse un éxito. Creyeron obtenerlo proclamando la captura de una guerrillera de alto rango en uno de esos operativos. Presionado, Duarte tuvo que respetarle la vida para demostrarle al Congreso de Estados Unidos y al mundo que su Gobierno respetaba los derechos humanos y que por eso merecía muchos más dólares de ayuda. Desde el momento de su captura, Nidia se declaró «prisionera de guerra», con todo lo que esto supone en el marco del derecho internacional. En el momento de su captura, además, la guerra había entrado en una nueva etapa, extendiéndose a todo el país y cambiando ambos contendientes estrategias y tácticas.

En los hilos de araña de esta coyuntura tan especial —que el libro reconstruye— reclamar por la vida de Nidia se convirtió en una de las banderas que alzó el movimiento de solidaridad con el pueblo salvadoreño. Finalmente, su libertad se consiguió

en el canje de prisioneros con que concluyó la captura de la hija de Duarte. Su liberación, su vida conservada, fue un triunfo más del pueblo salvadoreño, que con su lucha ha ido conquistando espacios solidarios y políticos cada vez más amplios y eficaces. En la liberación de Nidia se expresó también el doble poder que existe en El Salvador: el poder del proyecto popular que defiende el FMLN-FDR y el poder del proyecto impopular de Duarte, los militares y el Gobierno norteamericano.

Este conjunto de elementos entrelazados protegió la vida de Nidia. Esa era la Nidia que yo conocía: la de las fotos de agencias, las declaraciones y los cables.

Casi dos años después de estos hechos escuché su voz, por teléfono, pidiéndome que le leyera este libro, en el que recoge su experiencia de cárcel. Lo leí de un tirón. Y confieso que al terminarlo, me intrigaba el personaje que, de muy hábil manera, «se escondía» tras su propio testimonio.

Por fin nos conocimos personalmente en unas breves y largas dos horas de conversación sobre el libro y sobre ella misma. El enigma se me aclaró bastante.

¿Y cuál es «el enigma»? Bastante sencillo y bastante frecuente en esta Centroamérica nuestra en guerra. *Nunca estuve sola* es la narración ordenada, sobria, precisa y contenida que hace una mujer joven, militante del movimiento popular salvadoreño, de una experiencia traumática. Pero apenas se nota en estas páginas el trauma que supone acercarse a la muerte y quedar viva por la carambola de haber sido capturada en una coyuntura especialísima. Apenas se nota la pasión. Apenas se entrevé todo el entramado del corazón femenino de la autora. Esa contradicción era el enigma.

Nidia es un volcán, como los muchos que hay en su pequeña patria. Pero durante catorce años aprendió a comprometerse con una lucha desigual y necesaria, en la que con toda probabilidad llegaría al final la muerte por tortura o por desaparecimiento,

en un país donde son legión los que así han entregado la vida. Durante catorce años se preparó consciente, y también inconscientemente, en la práctica diaria más que en la teoría, para que problemas y sentimientos personales pasaran a un segundo o tercer planos y en el centro del corazón estuvieran los problemas colectivos, los intereses de la mayoría, los sentimientos y las lágrimas del pueblo salvadoreño.

Nidia es un volcán, con erupciones fácilmente adivinables. Pero habituada a contenerse y a cumplir tareas mayores que las de su solo corazón, supo llegar a ser la «fría prisionera» que en esta narración aparece, capaz de lidiar astutamente con el enemigo, capaz de ser dura y no llorar, capaz de enmascararse en la sobriedad y la táctica precisa para salir a flote. Astucias de quien sabe que «la tarea», si no te matan, es sobrevivir para continuar luchando. Psicología que, con una amplia gama de matices, desarrolla siempre, combinando entrenamiento e instinto, el prisionero. Los que han estado presos alguna vez lo saben mejor que nadie.

Además de mostrarse ante mí como una mujer repleta de sensibilidad y de sueños, Nidia me contó cómo había escrito este libro, ella que realmente reconoce no tener ninguna madera de escritora. Lo escribió como «una tarea», haciendo uno de estos esfuerzos de disciplina para los que se preparó en el clandestinaje urbano y en la montaña guerrillera.

Micrófono en mano grabó durante horas lo que habían sido esos 190 días de cárcel. Pero no tenía ganas de hacerlo. Viva por la casualidad de haber sido hecha prisionera en una coyuntura en donde no era conveniente matar a los capturados, Nidia quería olvidar el trauma de la cárcel y el privilegio de la vida, quería espantar los recuerdos. Pero tenía el deber de recordar, de contar a otros cómo se vive y se sobrevive en las cárceles salvadoreñas, centros de muerte y de abusos. Debía transmitir a su pueblo y a sus compañeros las claves de esa importante experiencia, rica

en lecciones para los que luchan. Debía devolver a la solidaridad internacional el testimonio de aquella por quien tanto se interesaron durante meses con gestiones de todo tipo.

Así, entre el rechazo del deber y la obediencia al deber, tirando al suelo el micrófono primero y la máquina de escribir después, en permanente tentación de abandonar la tarea y en medio de una ardua fisioterapia destinada a devolverle el caminar normal de sus pies heridos por las balas, Nidia escribió estas páginas. Dice, y se nota, que fue un parto difícil y doloroso. Dice también que la criatura tampoco la dejó satisfecha.

«Me dicen que en el libro puse más mi ideología revolucionaria que mis emociones personales. Pero es que en la cárcel, si no te agarrás a tus convicciones, a tu ideología, te perdés. Uno no puede manifestar ninguna cosa personal a sus captores e interrogadores. Tampoco yo lo quería. Y, después, eso mismo es lo que me fue saliendo al ponerme a escribir. Yo viví minuto a minuto la cárcel así, aguantando, resistiendo».

Los dibujos que Nidia incluye en el libro la ayudaban a resistir. «Algunos son horrorosos, pero a mí me servían para no pensar en mi hijo, para no pensar en la suerte de otros compañeros muertos, para no llorar, para alejar lo que tanto me dolía, para no desesperarme, y recordar lo que vivía al presente, vaya».

Nidia, que aprendió a pasar a la clandestinidad sus emociones y a camuflar el corazón, está detrás de estas páginas, que son un informe y un testimonio de primera mano y que refleja cómo son y cómo se hacen los libros en tiempos de guerra. Con urgencia, sin mucho pulimiento, a hachazos de esfuerzos, guardando los problemas de estilo en la mochila, con el claro objetivo de servir a la reconstrucción e interpretación de la historia inmediata. Con el claro sueño de contribuir en algo a transformar la historia de guerra en una historia de paz.

Para que la solidaridad de los pueblos del mundo no deje solo al pueblo de El Salvador en su lucha por la vida, Nidia nos narra que nunca estuvo sola. Por eso escribió este libro, una pequeña y oportuna pieza de la prolongada historia de lucha del pueblo salvadoreño.

*María López Vigil
Septiembre de 1987.*

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



CON SUEÑOS SE ESCRIBE LA VIDA

Autobiografía de un revolucionario salvadoreño
Salvador Sánchez Cerén (Leonel González)

Recoge la ejemplar trayectoria de Salvador Sánchez Cerén, «Comandante Leonel González», quien, a través de la memoria, describe sus pasos por las luchas sociales y la guerrilla salvadoreña, guiado por ideales revolucionarios. Su vida es una gran fotografía llena de detalles que muestra a lectoras y lectores cómo la razón y la pasión, cuando caminan unidas, pueden hacer de las personas conductoras de pueblos, líderes para una mejor humanidad.

346 páginas, ISBN 978-1-921438-16-5



RETAZOS DE MI VIDA

Testimonio de una revolucionaria salvadoreña
Lorena Peña

Un conmovedor testimonio de la vida de una guerrillera y revolucionaria salvadoreña. Este libro no solo describe la vida de Lorena; también sintetiza el testimonio de las mujeres revolucionarias centroamericanas: su heroísmo, su valentía, su entrega, su disposición al sacrificio y su indignación ante cualquier manifestación de injusticia.

258 páginas, ISBN 978-1-921438-42-4



UNA GUERRA PARA CONSTRUIR LA PAZ

Schafik Hándal

Breve reseña del proceso revolucionario que estremeció El Salvador. Incluye un ensayo histórico elaborado por Schafik Hándal sobre las causas, el desarrollo y desenlace de la guerra revolucionaria. Contiene documentos que denuncian los incumplimientos de los Acuerdos de Paz por parte del Gobierno y reflexiona sobre la estrategia y la táctica de la izquierda salvadoreña en la etapa de lucha político-electoral abierta en 1992.

151 páginas, ISBN 978-1-921235-13-6



EL SALVADOR

Su historia y sus luchas (1932-1985)
Amílcar Figueroa Salazar

La elección del primer Gobierno de izquierda en la historia de El Salvador, el 15 de marzo de 2009, vuelve a colocar al país más pequeño de América Central en el foco de la atención mundial. Este triunfo es el resultado de la larga trayectoria combativa del pueblo salvadoreño, a la cual se deben los espacios políticos legales arrancados a la oligarquía.

136 páginas, ISBN 978-1-921438-64-6

Prólogo

Este libro narra el testimonio desde el momento en que fui hecha prisionera de guerra, el 18 de abril de 1985, hasta el momento en que fuimos liberados veintiséis presos políticos por Lorena Guadalupe Duarte, hija del presidente Napoleón Duarte, el 24 de octubre de 1985. Sus páginas describen el fragor del combate, pero también el inmenso amor al prójimo, en el seno de la guerra civil que vivió en la década de los años ochenta El Salvador, un diminuto país centroamericano de apenas 20 000 kilómetros cuadrados, que han llamado popularmente «el Pulgarcito de América». Su pueblo se insurreccionó sin poder vislumbrar una salida política negociada a un conflicto que estalló como consecuencia de la injusticia social, la violación de los derechos humanos cívicos y políticos, la falta de libertades y de participación popular, la marginación y exclusión política provocadas por sucesivas dictaduras militares que defendían los intereses de las minorías oligárquicas salvadoreñas en detrimento del pueblo, así como por la injerencia de Estados Unidos de Norteamérica.

Esta guerra, de doce años de duración, produjo más de 80 000 muertos, 10 000 desaparecidos, millares de exiliados, desplazados y refugiados de la sociedad civil. De acuerdo con el informe de la Comisión de la Verdad, mecanismo pactado en los acuerdos de paz para la investigación de estos hechos, el Estado, los escuadrones de la muerte y los sectores de poder económico político y militar, tienen hasta hoy el 85% de las responsabilidades sobre

estas atrocidades que jamás han sido reconocidas ni por la Fuerza Armada ni por el Estado salvadoreño. El conflicto armado finalizó con la salida política a través de la negociación de acuerdos políticos que, supervisados por las Naciones Unidas en el año 1992, posibilitarían el fin de la dictadura militar y el inicio de la democratización nacional, así como la conquista y la vigencia plena del respeto a los derechos humanos y la reconciliación social.

Este libro narra 190 días de prisión que viví hasta el momento en que entré a Cuba liberada. Allí me di cuenta de que nunca estuve sola, que siempre estuvo un pueblo junto a mí, y yo junto a él, en mis luchas, en nuestras luchas, en las batallas de todos. Relato lo que se vive en la cárcel, cómo se trata a los presos, con el agravante de ser prisionera política. Estar encarcelada ha sido de las vivencias más difíciles que me han tocado enfrentar, tras caer en las garras de un ejército dictatorial y de ser capturada por un cubano-americano, Félix Rodríguez, agente de la CIA. Estar en manos de los cuerpos represivos de seguridad significaba en ese momento la tortura y luego la muerte. Yo salí viva para contarlo, ese es el sentido que otorga mi testimonio a este libro.

Lo escribí motivada por la necesidad de transmitir a todas y todos los luchadores sociales, a todas y todos los que batallan por los derechos humanos, a las y los que luchan por la revolución social y la democracia, a no desistir de la lucha a pesar de las vicisitudes. Quise denunciar la injerencia norteamericana en la vida de todos los salvadoreños y salvadoreñas como factor que prolongó el conflicto y que cobró la vida de miles de compatriotas, destruyó la naturaleza y los recursos naturales de este pequeño país. A Estados Unidos le costó más de 6 000 000 000 de dólares el financiamiento del Gobierno salvadoreño para el entrenamiento y armamento de sus batallones. Al final de la guerra más de 5 000 asesores habían pasado por El Salvador, y miles de bombas norteamericanas habían «contribuido» a destruir nuestro suelos e

infraestructuras. Sin embargo, al final, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN, logró derrotar cinco proyectos contrainsurgentes norteamericanos y desarticular políticamente a la dictadura militar.

Este libro narra la relevancia de un primer diálogo con el Gobierno democristiano de José Napoleón Duarte, y transmite la necesidad del diálogo político como la única vía posible para la salida negociada del conflicto; se adentra en la participación de la mujer en la lucha armada y en la toma de decisiones; en el papel y los logros de la solidaridad internacional; en el derecho humanitario que requieren los lisiados de guerra y también en la revelación de la crudeza de las cárceles.

Asimismo en él he pretendido explicar que los que un día nos vimos obligados a empuñar el fusil como una forma de hacer política, cuando todos los restantes caminos estaban cerrados, también somos humanos, personas de carne y hueso, de sufrimientos y alegrías, de esperanzas y nostalgias, de zozobras, de certezas: hemos nacido en el seno de una familia, de un hogar, con madre, padre, hermanos, esposos, hijos, que también han sido afectados por la guerra y las represalias contra los que hemos luchado. Como mi familia tuvo que ir al exilio, cientos, miles de familias ha sido sacrificadas por la guerra, ese ha sido el tremendo costo social de la población: ver el dolor de la madre, presentir la desaparición forzada del ser amado, separarse del hijo querido, ver amenazados y perseguidos a tus parientes, vivir luego de la liberación el dolor de las persecuciones y la captura de tu familia, hasta verla obligada a la emigración... En fin, he intentado poner al desnudo mis sentimientos y mi vida cotidiana, semejante a veces a la de todas y todos los que hemos luchado o hemos sido víctimas...

Personalmente, descubrí que en ocasiones pensamos que nunca nos va a suceder algo semejante; en un teatro de guerra —se piensa— nos pueden matar, pero nunca se nos ocurre

imaginar siquiera que nos van a capturar en un frente... Entonces surgen las preguntas: ¿podré sobreponerme a un golpe tan fuerte, a las torturas, mantener la claridad de las convicciones?, ¿cómo aprender a sobrevivir entre cuatro paredes heladas, sin perder la ternura de la vida? Las sensaciones de ser madre y sentirse separada del hijo, junto a los recuerdos del hombre a quien se ama, son heridas dolorosas, pero permiten desarrollar una ternura y solidaridad gigantescas con el pueblo. Uno llega a amar más allá de la muerte. Estoy convencida de que la cárcel nos vuelve más profundamente humanos.

A lo largo de estos veinticuatro años siempre he calculado que mi experiencia, mis vivencias, son tan pequeñas comparadas con las de tantas mujeres juntas, con las de todo un pueblo del que aún a esta hora no conocemos su testimonio de vida, su papel heroico y abnegado, sus hazañas y sus aportes... He interiorizado que una es producto del ejemplo de otros y otras, que mi generación aprendió mucho y emuló a otras, y que las generaciones actuales siguen aprendiendo y transmitiendo, y que cada día surgen liderazgos y luchadores sociales...

Cómo escribí este libro

No fue fácil. Cuando me encontraba en prisión, la Cruz Roja Internacional me regaló una agenda y en ella anotaba símbolos, no solo porque estaba forzada a hacerlo con la mano zurda pues un balazo me había inutilizado la derecha, sino sobre todo para que no pudiera leerlos el enemigo: los cuerpos de seguridad y de inteligencia. Escribía lo más relevante. Cuando pretendí sacar la agenda de la cárcel, intentaron quitármela; para prevenirme decidí quemarla, pero logré escamotear los jeroglíficos que había hecho durante mi cautiverio.

Después que salí de la cárcel algunos compañeros y compañeras de lucha me pidieron: «escribí, Nidia, escribí...». Los periodistas me preguntaban siempre lo mismo y yo repetía la vivencia una y mil veces; entonces grabé más de catorce casetes y hablé con un médico poeta compañero, Eliseo Orellana, conocido como Simón, para que me ayudara en la redacción. Él lo hizo, pero al final no reflejaba exactamente lo que yo quería transmitir. Había resultado más que todo un texto con enfoque y lenguaje políticos, que, a su entender, era lo que correspondía a una comandante. Ante este resultado me desanimé y me olvidé del libro por un tiempo... En octubre de 1986, cuando me acababan de operar del brazo derecho y el tobillo izquierdo quebrados por las balas, retomé la decisión de no hacer el libro.

En ese tiempo existía la posibilidad de que me lo publicara la Casa de las Américas, de eso había conversado con el cubano Manuel Piñeiro, que falleció posteriormente, pero aún no estaba convencida de terminarlo y presentarlo. Esa certeza de concluirlo y lanzarlo la llegué a tener cuando me encontré con los sacerdotes jesuitas de la Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas», Ignacio Ellacuría y Martín Barró, y les conté que tenía un trabajo inconcluso. Recuerdo que ambos —ahora mártires de esta lucha— me motivaron y dijeron: «publiquémoslo en El Salvador». En esa época el escritor y periodista argentino-cubano Jorge Timossi me sugirió que lo escribiera yo misma, con mis propias palabras, pues el testimonio era eso: «el arte de narrar con sus propias palabras una experiencia» y que él me revisaría la redacción de los capítulos. Empecé a ordenar el material en bruto y una amiga y compañera venezolana, Lídice Navas, junto a quien ya había transcrito los catorce casetes, me ayudó a pasar la versión final. También me ayudaron los esposos cubanos Yolanda y Jorge, un pintor que me apoyó y animó para reconstruir los dibujos que había hecho en la cárcel.

Revisaba el material, pero me cansaba. Estaba en fisioterapia intensa de mi tobillo, y quería regresar pronto a la zona de combate en El Salvador. Vivía un momento crítico, pues desde 1980 tenía el tobillo derecho afectado y ahora, con el otro tobillo baleado, me iba a resultar difícil mantener el equilibrio. La comandancia consideró que mejor debía quedarme en el campo internacional. Eso me dolía, me costó asimilar esa decisión y la nueva etapa que se abría ante mis ojos. Por ratos tiraba la máquina. Estaba casi en un retiro espiritual en un lugar muy lindo de Cuba: Topes de Collantes. Poco a poco fui terminando la obra. Me pidieron que concursara en el premio literario Casa de las Américas para ver si mi libro salía premiado, pero decidí no hacerlo y lo entregué a la UCA. El consejo editorial me pidió que lo desarrollara más, que le diera un perfil más humano: el matiz que no pudo darle el amigo poeta y revolucionario. Algunos de los escritores que me lo criticaron me decían que yo no era buena para la pluma; que para otras cosas sí, pero para escribir no. Lógicamente esa realidad me desanimaba. Un día, motivada por quién sabe qué espíritus, le hice un par de correcciones y lo entregué nuevamente a la UCA. Por fin, después de un largo calvario, el libro salió editado en marzo de 1988. Recuerdo que en Nicaragua entró al salón donde yo estaba el padre Ignacio Ellacuría con un gran paquete. Al abrirlo estaba mi rostro impreso en las portadas. Fue un gran impacto para mí, pues habíamos convenido que saldría la cubierta con un paisaje de los cerros de El Salvador, pero él me dijo: «Nidia, este rostro da serenidad y esperanza». Así empezó a venderse el libro.

Ahora, veintiún años después de su primera publicación, tiene diferentes ediciones y reediciones: en la UCA de El Salvador lleva diecinueve; en español también se ha publicado en México, Argentina, Uruguay, Chile, Ecuador y Cuba; en inglés se ha editado dos veces y se ha distribuido en E.E. U.U., Inglaterra, Zimbabwe, Australia, Nueva Zelanda y asimismo se ha editado en japonés.

Significado del libro en la lucha salvadoreña

Quise transmitir a todos y todas mis compañeros y compañeras las técnicas de resistencia ante la tortura, y la fortaleza necesaria en el momento en que los yanquis nos capturan y los oficiales nacionales nos torturan e interrogan. Esa fuerza nos permite mantenernos firmes en nuestras convicciones. En estas páginas he querido dejar constancia de que pudimos resistir y derrotar al enemigo en condiciones adversas. En una guerra los enemigos quieren hacernos creer que cuando estamos presos nos quedamos solos, que nuestra familia nos abandona o que ya nos abandonó; que no existe más opción y camino que delatar a los compañeros de lucha... Solo con coraje podemos enfrentar estas torturas psicológicas.

Siento que escribir este libro valió la pena. Ahora lo reafirmo: a pesar de que han pasado ya veinte años del hecho narrado, se sigue vendiendo, estudiando, los jóvenes lo leen como literatura testimonial en los colegios e institutos y yo suelo ir a conversar con ellos en diálogos abiertos. Una vez, en Alemania, fui invitada a un congreso de literatura, y allí me encontré con el padre Ella-curía. Recuerdo que presentamos el libro y ahí le preguntaron a él: «¿por qué publica una universidad católica como la que usted dirige estos libros?» y él contestó: «Porque la UCA publica la realidad nacional y ese libro es la realidad nacional». Este testimonio también se ha llevado al teatro, y han querido llevarlo al cine, pero hasta ahora me he opuesto. En él pervive un pedazo de nuestra vida guerrillera, un período del proceso de lucha popular que los lectores podrán conocer, una parte de la memoria histórica de nuestro pueblo, no solo de los que ofrendaron su vida, sino de los que nos mantenemos vivos. Él es un modesto aporte para el desarrollo de la democratización, y todas y todos los que hacen la historia me han llevado de la mano.

Por último, no puede obviarse la presencia de la mujer, su participación como protagonista y transformadora de la realidad y de la propia condición social que la ha hecho víctima de la injusticia y la inequidad. Ahí están, como testigos, el heroísmo, la valentía y la consecuencia de mujeres como Arlen Siu Guazapa, Virginia Peña, Graciela Menjívar, Ruth, Adriana...

1

No tuve la revelación de un santo ni la clarividencia de un adivino, ni siquiera el presentimiento de una bruja o la imaginación de un mago. Sencillamente ese 18 de abril de 1985 era normal, natural, como cualquier otro día: de desafío, de coraje, de poner a prueba nuestras convicciones; de enfrentar con firmeza y valentía una realidad, esa que miles desean conocer y compartir con los hijos de Farabundo: realidad de amor, creación y revolución. Día de la sorpresa de morir, sobrevivir y volver a nacer. ¿Acaso se violaron todas las conductas y los métodos para que así sucediera?

—¡Esas lámparas! ¡Cuidado, nos van a detectar! Hay que ser rigurosos en las medidas.

—El plan de defensa debe ser circular... La emboscada debe ser audaz...

De esta forma mirábamos los croquis, discutíamos los planes. Y así íbamos preparando la readecuación, el salto de calidad en la guerra de todo el pueblo. El enemigo se preparaba para tratar de evitar su derrota.

Un día antes, en la celebración del cumpleaños de Miguel y Milton, presentimientos y realidades se juntaban.

Y ese día, a eso de la una de la tarde, en La Angostura,¹ la avioneta 0-2, la *Push and Pull*, como un pájaro de mal agüero, nos adelantó con el trueno de un cohete que iban a llover balas y que con las nubes negras vendría la flotilla de helicópteros.

¹ La Angostura: caserío del cantón Cerros de San Pedro, en San Esteban Catarina, departamento de San Vicente.

—¡Las mochilas!

—¡Helitransportados!

Adelante venían dos helicópteros de exploración y otros diez venían del suroriente.

La escuadra de seguridad formaba un anillo de defensa circular, las alturas estaban tomadas por los compas, pero en ese momento no teníamos la ametralladora en el cerro. Comenzó el combate.

Yo había cometido serios errores: Cupertino, mi seguridad personal, andaba haciéndome una tarea. José, el radista operativo, estaba en otra choza a unos 400 metros. Hacía veinte minutos había enviado al jefe de la unidad a hacer una exploración.

Eché mi mochila a la espalda y, junto a las comunicaciones, nos retiramos a una mejor posición. El terreno era totalmente desventajoso, pelado. Para salir a El Guayabal había que llegar a una vaguada atravesando una ladera totalmente descubierta. No hubo tiempo para el camuflaje y nos dividimos en dos grupos.

«¿El camino por la derecha o por la izquierda? De la quebradita a la ladera. Y, ¿por qué lado de esta?». El tableteo de las ametralladoras se escuchaba a 150 metros, ahora a 200 metros. Y el ronroneo de los helicópteros se acrecentaba. Eran las horas de decisión, los momentos, los instantes. Pensaba que también venían fuerzas de infantería y que no estábamos en condiciones tácticas favorables para un choque. Comencé a bajar la ladera por un trecho de unos 300 metros de largo. Intentaba llegar rápido a la vaguada, ahí juntarme con los otros compas, y tomar una mejor posición. Creí que lo haría rápido. Dos compitas iban delante de mí, como a setenta y cinco metros. No queríamos ir concentrados, bajábamos en columna. La dificultad de mi pie derecho me retrasaba: tengo dos tornillos producto de una quebradura que me hice el 22 de enero de 1980.²

² Fecha de la movilización de la Coordinadora Revolucionaria de Masas.

De repente, y como debía ser lo lógico, aparecieron frente a nosotros dos helicópteros. Eran de la exploración del desembarco, un *Huey UH-1H* y un *Hughes 500*.

—¡Al suelo! —ordené.

Detectaron a los compitas y a otra compa que venía a treinta metros atrás mío y que venían sin camuflaje. Yo andaba de uniforme verde olivo. El suelo era completamente árido. Quería ser piedra, ser simplemente hoja o una yerbita.

Las ráfagas comenzaron a sonar; la lluvia de luces salía de los cielos, esa lluvia que no era de los dioses mitológicos, sino de los hombres.

Un sudor frío se apoderó de mi cuerpo; sentía que los latidos del corazón querían hacer estallar mi pecho al compás de los disparos que me rozaban y saltaban como queriendo acertar. Me sentía ubicada, acorralada. Pensaba muchísimas cosas en fracciones de segundos. Quizá ese era el día de mi caída. Pero, ¿así?, ¿de esa forma?, ¿como un gusano aplastado por el enano? ¡No, así no...! Rechazaba con violencia que pudiera ser así. Había sobrevivido tantos años de lucha, de clandestinidad en las ciudades, en el trabajo organizativo campesino, en la lucha guerrillera y en los seis últimos enfrentamientos de este año.

La mente caminaba, solo había que decidir: morir aplastada o morir descargando centellas de victoria, de amor y de odio acumulado por siglos. «Ahora, Nidia, ahora es el momento, ahora o nunca». Apreté fuerte. Una, dos ráfagas.

Me inundaron las balas. Creo que ni había terminado de hacer el segundo disparo, cuando me quedó clavado el brazo. El fusil cayó y el pie izquierdo quedó fijado. Dos heridas. «¡Qué mierda! ¡Ya la cagué! ¿Y ahora? La espera. ¿Qué hacer?». Se fueron los helicópteros, pero la «carreta»³ estaba sobre mí. ¿Cuántos *rockets* cayeron

³ La carreta: forma popular con la que se conoce o se nombra a la *Push and Pull* en las zonas de guerra.

alrededor? No lo sé, muchos. Esperaba que uno cayera sobre mí. Uno de esos mató a la Juanita, la radista, la carbonizó, cosa que supe mucho después. Incendiaron la ladera. «¡Y este sol más implacable que nunca, que me quema y me quita la respiración!». Esquirlas caían en mis piernas. Los combates se oían a 300 metros.

Los compas ni se imaginaban mi situación. Pero yo tenía la esperanza de que se movilizarían por este sector.

2

Nuevamente los helicópteros sobre la ladera, sobre mí, rafa-gueando, ahora sí a modo de aniquilarme. La *Push and Pull* se elevó y se perdió. La mochila fue atravesada por numerosas balas. Una de esas llegó hasta mi espalda; otra transitó por mi pierna izquierda. Pensé que había vivido la dicha de luchar por mi pueblo y había dejado una semilla, que mis catorce años de lucha guerrillera era todo el legado que dejaba a mi hijo, a mi pequeño gran hombre. Quería, ansiaba que la pesadilla terminara, se vaciara mi sangre, se rompieran mis nervios aferrándome a la vida que tanto amamos, ¡o a la muerte!

Todavía estaban disparando cuando apareció el A-37. Parecía que hasta la claridad del día era rota en mil pedazos, así como tuvo que haber sido en Vietnam. Tres bombas como a 100 metros. ¿Y la mía? A treinta metros sin explotar,⁴ ¡qué suerte! Una onda expansiva me impulsó hacia abajo, precisamente cuando tenía los dedos de la mano izquierda sobre el fusil. Y ahora lo había dejado detrás mío.

⁴ Los compañeros desactivaron esta bomba y utilizaron su material explosivo.

Otra vez los dos helicópteros, sin disparar, revisando, explorando. La pequeña hierba se quemó, alcanzó mi brazo derecho y mi pelo, ¡no soportaba el dolor! Traté de hacerme la muerta. El *Hughes 500* bajó a cinco metros de altura. Estaba sobre mí, maniobrando, dando vueltas, inclinándose. Creí que me iban a dar el tiro de gracia. Me observaban, era su objetivo. Algo les llamó la atención. Por mis rasgos quizá pensaron que era «nica» o cubana.⁵

Yo no respondía al dolor, me iba desfalleciendo, todo era vértigo, no sentía nada.

Hubo alguien que se arriesgó. En medio de los combates, se bajó, se agachó, apagó las llamas de mi cuerpo y me agarró como la prueba que nunca antes había podido presentar. Pensó salir victorioso.

Entre la conciencia y la inconsciencia, sentí al enemigo registrando mi cuerpo. En un primer momento pensé que era un compa, pero al oír el helicóptero me percaté de la terrible realidad. ¡Ese guante amarillo! Abrí los ojos y, antes de alcanzar mi puñal, me retorció la mano.

Rubio, barbudo, contextura atlética, anteojos polarizados *Ray Ban*. «¡Un yanqui!⁶ ¡Putas!». A través de los anteojos me miró fijamente con expresión de triunfo. Puso el cañón de su pistola en mi frente. Todo daba vueltas, el ruido era insoportable. ¡Estabas en poder de ellos, Nidia! Me desmayé.

⁵ Esta apreciación fue referida a otra persona por uno de los oficiales salvadoreños que participó en la operación de mi captura.

⁶ En un artículo de la revista *Newsweek* del 3 de noviembre de 1986 se señalaba que, según el general Onecífero Blandón, el norteamericano era Wally Grasheim, un mercenario. A finales de 1985, en entrevista privada, y en 1986 cuando compareció ante el Congreso norteamericano como testigo del caso Irangate-Contra y ante periodistas, el mercenario cubano-norteamericano Félix Rodríguez o Max Gómez aseguró haber participado en la captura de la comandante Nidia Díaz.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas: observé que el copiloto maniobraba otra vez en el aire. Querían lanzarme, pero el piloto se negó.

Lágrimas de rabia, no de dolor, ni un quejido. Observé mi mochila con mis papeles de trabajo. Haber elaborado una síntesis de experiencia acumulada. Haber cuidado y guardado con tanta dedicación y esmero esos papeles, para que ahora estén en manos del adversario. Todo lo había preparado para resguardar mis papeles, pues el invierno llegaba, y no para entregarlos al señor Reagan ni a Duarte. ¡Ironía de la vida!

El yanqui me retorció con más fuerza el brazo izquierdo hacia atrás y el dolor que me produjo me hizo reaccionar. Me sentí viva e impotente; deseaba no estar ahí, esfumarme. Me resistía a aceptar que estuviera capturada, menos aún por un yanqui.

Ahí estaba el símbolo de Reagan. Este era uno de los 300 asesores que hay en El Salvador. Aquí, frente a mí, estaba el destructor de la humanidad, falsa soberanía de los vendepatrias, de los títeres.

Vinieron directamente a Centroamérica cuando lucharon contra Sandino y ahora, después del triunfo nicaragüense, habían invadido tranquilamente Honduras y, desde allí, agredían a los «nicas» y a nosotros.

¡Qué vergüenza! Militarmente, en esta batalla me golpearon; me tenían físicamente, y a mis papeles. No quería ver lo que venía y traté de irme al vacío.

Se dio un forcejeo y volví a desmayarme.

3

Estaba allí. El gringo con la pistola me apuntaba al cuello. ¿Cómo era posible? Debía haber muerto. Era el momento de morir, debía morir, eran siglos de lucha y de victoria, eran rostros y sangre que

pasaban por mis ojos, era la piel melocotoneada de mi hijo que acariciaba. Mi pensamiento se detuvo.

Volví a forcejear para irme con el yanqui al infinito... Otro desmayo. Él siempre frente a mí. Ese ruido insoportable que no cesaba. Me llevaron como trofeo.

Tocamos tierra. Estaba en la base de la Fuerza Aérea. ¡No podía ser! Aquí había estado otras veces. ¿Y si alguien me reconocía y perjudicaba a mi cuñado, a mi familia? Me angustiaba pensar qué podía suceder. «¿Y ahora qué?». Me iban bajando, sentía que me estaba debilitando, se aflojaba mi cuerpo, perdía el sentido. Recobré la conciencia en una camilla, hediendo a sangre y sudor; sentía el motor del vehículo donde me llevaban. Yo amo la vida. «¿Qué rumbo ahora? ¿El usual de los desaparecidos? ¿El de Luis Díaz, Tony Handal,⁷ Saúl Villalta,⁸ Janeth Samour?». ¿Ingresaría a su ámbito? Sí, ingresaba al ámbito donde ellos dieron su ejemplo. Ahora era mi turno.

No debía tener miedo a morir en sus manos, no lo habían tenido ni lo tendrían miles de hombres y mujeres que habían pasado por iguales circunstancias a la mía, donde se jugaba la historia de un pueblo. «Nidia, no debes volver a desmayarte; estás en las garras de ellos. No volverás a intentar quitarte la vida; debes hacer un esfuerzo por sobreponerte. Ahora debes asumir con valentía, como debe ser, la lucha más grande de tu vida. Tu situación es grave, pero debes vencer. ¡No te tienen!».

Ya en el cuarto de la enfermería me rompieron la camisa violentamente. Yo ni me fijé, solo vi sus expresiones. Me llevaron a un cuarto y ese cuarto se convirtió en un montón de caras, de ojos.

⁷ Presidente del Colegio de Arquitectos y de gran prestigio profesional, capturado el 11 de noviembre de 1980 por miembros de las fuerzas armadas de El Salvador y luego desaparecido.

⁸ Dirigente de la Resistencia Nacional (RN), desaparecido en agosto de 1982.

—¡Soy prisionera de guerra! Quiero que me apliquen los convenios de Ginebra. Quiero ver a la Cruz Roja Internacional. Ustedes saben quién soy. ¡Soy prisionera de guerra, herida en combate! Quiero, exijo, que se me apliquen los convenios de... ¡No me pongan suero, quiero morir!

—¿Quién sos, pues? —me repiten.

—¿Qué te importa? ¡Preguntáale al yanqui! ¿Por qué me capturó un yanqui y no vos? ¿No te da vergüenza?

—Este pez parece gordo —avisa uno de ellos por *walkie-talkie* a su jefe.

—¿No tenés dignidad? ¡Un yanqui y no un salvadoreño!

—Tu fusil, ¿era M-16? ¿De los que les dieron los vietnamitas?

Mi fusil no fue capturado, lo que tenían era la munición que cargaba en el arnés.

—Ese te lo quitamos en El Paraíso, como les hemos quitado todos los fusiles que les causan las bajas a ustedes.

Llegó el médico. Solo me miró de lejos.

—Pónganle un suero —dijo—. Lávenle el pelo y pónganle otra ropa.

Me observó por un momento más y se fue.

Entró el yanqui, el que me capturó. Levantó mi pantalón; con este fui a La Palma. Se lo enseñó a otros asesores y oficiales. Ahora tenía un remiendo grandísimo atrás. Se puso a reír. Luego miró la bota semidescosida y remendada. Habían cogido mi reloj, aretes, todo, hasta los «ojos de venado»⁹ que me regaló la comandante Susana en Chalate.¹⁰ Se los repartieron.

Se acercó y me dijo sonriendo:

⁹ Semillas resistentes que se utilizan para elaborar artesanía como llaveros, amuletos, etc. A Susana se la había regalado una abuelita de Trinidad, en Chalatenango, para la buena suerte.

¹⁰ Chalatenango, departamento norcentral de El Salvador, fronterizo con Honduras.

—¿Hello?

—¡Yanqui hijueputa...! —le grito. Escupo, pero me ensalivo. Me dio una palmada en el hombro y se fue.

—¡Cállese! —me grita alguien.

Uno de ellos llegó con la cédula que estaba en mi pantalón y la foto de mi hijo:

—¿Usted es María Marta Valladares?

—¿Usted qué piensa?

—¿Este es tu nombre legal? ¿Cuál es tu seudónimo?

—Averígüelo.

—¿Qué andabas haciendo ahí? ¿Es tu campamento? ¿Quién es tu jefe? ¡Respondé! ¿Sos sorda?

—¿Quién sos? —pregunta otro.

Yo creí que ellos sabían quién era yo, que habían llegado directo, que sabían quién o qué había allí. Llevaron a Osmín, un niño de nueve años, y me lo mostraron. Lo reconocí. Era el hijo de una compañera del caserío La Angostura. Lo habían herido y lo capturaron.

—¿La conocés?

—No, no la conozco.

—¿No la conocés?

—¿Y vos a él?

—No, no lo conozco.

Casi todos salieron. Uno de ellos, un oficial, me dijo:

—Pero, ¿por qué te has metido en esto, mamaíta? ¿Por qué? Salite, mirá cómo estás, rehacé tu vida.

—No te conviene estar con los terengos¹¹ —dijo otro.

Se acercó un sargento. Creí que me había conocido en otra parte, me preguntó si quería un sándwich y una coca-cola, y me la ofreció. Sus ojos estaban húmedos, casi resbalaba una lágrima.

¹¹ Terengos: nombre que le dan los militares a los guerrilleros.

Esto para mí fue una sorpresa. No esperaba encontrar en las entrañas del enemigo un gesto así. ¡Claro! A él lo recordé, fue en la casa de mi cuñado. Ellos jugaban ajedrez o cartas.

Tomé un poco de coca.

Me trasladaron a otro cuarto. Dos soldados me vigilaban.

Entró un oficial.

—Yo a vos te conozco. ¿Tú no te acordás? Estudiamos «áreas comunes»¹² en la universidad. ¿Por qué estás en esto?

—Y usted, ¿por qué está en esto? —le pregunté.

—Me gusta la carrera militar y se alcanza mucho. Pero, ¿y vos?

—Nos hemos visto obligados a empuñar las armas. Yo amo la paz, la vida, pero nos han impuesto una guerra injusta.

—Nosotros también luchamos por la paz.

—La paz de los cementerios, del hambre, de la injusticia.

—Te equivocás, no queremos que triunfe el totalitarismo, que nos invadan los rusos.

—¿Acaso soy rusa yo? A ustedes les ocultan verdad. Los engañan.

Pasaron como treinta minutos, no quería seguir hablando, no aguantaba el dolor, no me habían dado ni un solo calmante.

Él seguía hablando, pero su voz me parecía cada vez más lejana...

4

Seguimos hablando:

—Mirá, nosotros luchamos porque esto se termine. Pero ustedes no quieren dejar las armas. Vos has sido derrotada en combate, no

¹² Período universitario introductorio a la carrera de estudio.

pueden contra nosotros. Somos más, tenemos más medios, mayor capacidad de fuego.

Sin pensarlo mucho, le dije:

—Y tienen más miedo. Saben que su causa no es justa, que defienden los intereses del imperio. Se han embadurnado de mierda y se han chupado la sangre de los mejores hijos del pueblo.

—El pueblo nos apoya, los Gobiernos lo reconocen. Aquí hay democracia —me argumenta.

—No, vos sabés que eso es mentira. Duarte es un instrumento del proyecto norteamericano y ustedes son unos títeres. Son ustedes los que tienen que abandonar la idea de un triunfo militar sobre nosotros.

—Pero ¿no ves vos que las cosas cambiaron, que hemos hecho reformas...?

—Mentira. Las famosas reformas proclamadas en el 79, la famosa democracia, están ahogadas en sangre.

Él tampoco podía detenerse; era una confrontación entre dos personas que un día tuvieron algo en común, pero que optaron por caminos diametralmente opuestos.

—Ustedes solo son bla, bla, bla. Creen que solo con hablar pueden hacer todo. Se creen la gran mierda. Piensan que la cosa será buena solo cuando tengan el poder; pero no es fácil tomarlo...

—Lo sabemos, pero lo que dices no convence a nadie. La realidad demuestra que...

—Vos te jodés pensando así. Yo te estoy dando una puerta para que no estés jodida, un camino que podés seguir. Estás derrotada. Mirá, ve, toda quemada, toda hecha pedazos, das lástima. Ya vas a ver.

Dejó de argumentar y comenzó a interrogarme:

—¿Cuál es tu seudónimo? ¿Cómo te dicen? ¿Marta? Lindo niño tenés, ¿quién es el papá? ¿El hombre de la foto? ¿Es él?

—No sé, no sé nada, ni tengo ganas de responder.

—Tenés un hijo, ¿verdad que sí?

—Sí, tengo un hijo muy lindo, lo amo mucho —le dije.

—No, hombre, vos sos una desamorada. Allí donde te cogieron ¿era el campamento tuyo?

De repente, entraron apresuradamente dos oficiales con unas fotos en la mano.

—¿Conque Nidia Díaz, ah? —dice mirándome fijamente uno de ellos—. Vaya. Vaya, ¿la Nidia Díaz?

Silencio y ojos sobre mí. Se fueron y me dejaron con dos soldados. ¿Cómo lo averiguaron? Muy fácil. Al revisar la mochila, encontraron papeles, cartas, cuadernos, casetes, dirigidos a Nidia; eso los llevó a la conclusión de que podía ser yo. Luego lo corroboraron con las fotos del diálogo de La Palma. Entonces, ellos no atacaron para capturarme a mí.

No había duda de que la lucha se iba a intensificar. Seguramente tratarían de aprovecharse de mi situación, de mi debilidad física. Estaban discutiendo qué hacer conmigo, cómo sacarle provecho a mi captura.

No pasó mucho tiempo. Entraron dos vestidos de civil.

—¿Cómo te llamas?

—Ustedes ya saben cómo me llamo.

—¿Dónde vive tu familia?

—No sé. ¿Van a empezar por ahí, buscando a mi familia? Tengo años de estar separada de ellos, no sé dónde viven.

—¿Allí donde te agarraron era tu campamento? ¿Quiénes más estaban? ¿Qué otros comandantes estaban allí? ¿Qué andaban haciendo?

—Paseando. Andaba comiendo mangos.

Se miraron y salieron.

Entró nuevamente el soldado. Empezó a decirme que descansara, que estaba muy mal; pero yo no podía descansar, estaba muy tensa y permanecía alerta. El tiempo pasaba, ya estaba

amaneciendo. Si cerraba los ojos, me hablaban. ¿Entonces? Claro, no me iban a dejar que descansara realmente.

Comenzaron a pasar horas. No podía calcular bien el tiempo.

Me sacaron a otro salón y me colocaron en otra camilla. El salón era grandísimo, sin muebles, entraban y salían soldados, oficiales, interrogadores vestidos de civil. Pasaban las horas. El suero se había terminado.

Entró un oficial bajito, chele,¹³ vestido de camuflaje; colocó una grabadora. Con movimientos lentos puso un casete. Una voz de mujer comenzó a oírse: «...el 5 de febrero enterramos a Arturo Ramos en Jardines del Recuerdo. Durante mucho tiempo, varios días, nuestro querido compañero se debatió entre la vida y la muerte. Lo teníamos en un hospital clandestino. Su hermana, que tiene conocimientos de enfermería, le dio todo el cuidado. A este entierro asistimos Leticia, Mario y yo...». Lo apagó.

Tierra heroica

(Cerros de San Pedro, 14 de junio de 1985)

Diez años después
 esa tierra,
 ese suelo,
 que me vio vivir
 que me sintió organizar
 la voluntad popular
 hoy ve correr
 mi sangre
 observa mi

¹³ Chele: persona de tez blanca.

cautiverio ¡y
solo ella de
testigo!

¿Fue infortunio?
¿Fue adversidad?
¿Fue casualidad?
¿O causa del
error en el método
de trabajo revolucionario?

Las ráfagas de ametralladoras
arrasaban tu ladera
los rockets descargaban
sus sustancias explosivas
sobre tu monte ardido
y las bombas de 500 libras
rompían el sonido de tu
bella naturaleza.
¿Era pesadilla o realidad?
¡Era realidad y solo ella de testigo!

Tierra heroica
testigo de mi valentía
o cobardía, de mi heroísmo o
martirio, de mi decisión errada o imprudente
o acertada, de mi responsabilidad o
irresponsabilidad histórica.

¿Qué era? ¿Qué pasó? ¿Qué soy?
Es lo mismo todo a la hora de un
momento tan infortunado.

No hay discusión, ese día se conjugó todo.
 Todo estaba hecho y se hacía para la
 sorpresa y la respuesta. ¡Para la prueba!
 Se violó todo: plan, normas, reglas.
 Todo para recibir el regalo de Mr. Reagan.

Tierra combativa un yanqui pisotea
 tus entrañas, te mata y con sus garras
 hace cautivo al pájaro de vida ensangrentada.
 El monstruo de metal
 alza el vuelo con el ave
 agonizante que sobrevivió,
 que vive y volverá a ser pájaro,
 organizará la voluntad popular
 ¡Y tú serás testigo de ello!



Continuó mirándome y dijo:

—En estos momentos todos nuestros aparatos de inteligencia están en función de aclarar este caso. Vamos a destruir todo el trabajo metropolitano del PRTC.¹⁴ Y vos nos vas a ayudar bastante. ¿Oíste? Este casete estaba en tu mochila y allí también traías un vergazo¹⁵ de papeles.

—¡Ese casete no lo andaba yo!

—Sí, lo traías, y otro montón de cosas. Ah, y algunos están en caliche.¹⁶

—¿Qué, no son tan inteligentes? Interpretélos.

Volvió a poner el casete y comenzó a hacer una serie de preguntas triviales, pero no le respondía. En mi mente solo estaba que podía ocurrirles algo a los compañeros que operaban en la ciudad y sería por mi culpa. Comencé a barajar posibilidades que podían ocurrir y la forma en que ellos podían resolver la situación. Estaba desesperada y solo confiaba en la capacidad conspirativa de los compas.

—Colaborá, Nidia. ¿Cómo te llamás realmente? ¿Dónde vive tu familia? ¿Dónde está tu campamento? ¿Qué andabas haciendo allí?

Esa retahíla monótona y continua de preguntas y mi pensamiento sobre la situación de la ciudad fueron interrumpidos por la entrada del «Caballo Perdomo», capitán Perdomo, comandante de las Patrullas de Reconocimiento de Alcance Largo (PRAL).

—¡Salite! —dice—. Voy a platicar.

El tipo salió.

—Mirá cómo andás; das lástima.

Se puso de perfil, muy prepotente, con aire de superioridad.

¹⁴ PRTC: Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos.

¹⁵ Vergazo: gran cantidad.

¹⁶ Caliche: en clave, lenguaje figurado.

—Vos no te acordás ya de mí, y es mejor. Estoy orgulloso de mis muchachos, hicieron un buen trabajo.

—Tienen mucho que aprender de los guerrilleros.

—¿Ah, sí? ¡No jodás! Ni cuenta te diste, diez hombres hicieron eso. Te hicieron eso.

Y me señalaba el brazo.

—¿Diez hombres? —pregunto, confusa.

—Sí, diez hombres aguerridos.

—¿Diez hombres suyos?

—Claro, una unidad de las PRAL. Yo soy su comandante.

—Y, ¿por qué me capturó un yanqui?

Centroamérica se ha convertido en los últimos años, según Reagan, en el reto más importante para Estados Unidos después de Vietnam. Y en nuestro «Pulgarcito» se impulsa la guerra contrainsurgente más grande de los últimos años, en donde ellos están más comprometidos.

—¿Creés que nos vamos a quedar cruzados de brazos, mientras a ustedes los ayudan los rusos? Ustedes tienen bases en Nicaragua, viajan a cada rato a Cuba.

—Yo nunca he estado en Cuba.

—Entonces sos babosa,¹⁷ los otros dirigentes se andan dando la gran vida y vos aquí, que das lástima. Yo estoy orgulloso de mis muchachos. ¿Sabés, Nidia? Ustedes cometen muchos errores. Una noche antes les detectamos unas lámparas en la zona donde te cogimos y en la mañana de ayer mis muchachos exploraron a profundidad y llegaron los refuerzos aéreos. Son efectivos, están bien entrenados.

Lo que me dijo confirmó mis presentimientos de aquella noche del cumpleaños de Milton y Miguel.

¹⁷ Babosa: tonta.

Esa es la ayuda norteamericana, a pesar de que el papel del mismo «Informe Kissinger» recomienda descartar la participación directa de las fuerzas y asesores yanquis. Pero en la práctica, los asesores han tenido que participar en los combates y lo seguirán haciendo en forma progresiva, pese a las contradicciones con los oficiales salvadoreños. No les queda más remedio. Nosotros avanzamos sobre las capacidades de preparación del Ejército títere. Esa enorme ayuda solo les sirve para sostenerse, para sortear la derrota.

Siguieron los interrogadores.

—Colaborá, Nidia. ¿Dónde está Mario? De todos modos lo vamos a encontrar, vamos a destruir los comandos «Mardoqueo Cruz». Este casete estaba en tu mochila y nos va a servir. Oí. ¿Leticia? ¿Y Roberto?

Y así llegó la tarde, pregunta tras pregunta, hasta que me cargaron en la camilla.

5

En vehículo, desde la Fuerza Aérea, aunque iba vendada y acostada, sabía por qué rumbo iba. Me conozco la ciudad de memoria, es parte mía, aunque estuviera sin comer, sin dormir, con los nervios destrozados, con dolor moral sin precedentes. Me pusieron una sábana en la cara. No pensaban matarme, por lo menos aquí. ¿Estarían pensando en que mi captura les daría alguna ganancia política? ¿Me pasaría lo mismo que a Janeth? ¿Habría otros planes para mí? Entonces, ellos no tendrían la posibilidad que quizá yo tendría.

Tomamos por el Boulevard Venezuela. Quizá me llevaban a la Policía o al Estado Mayor en este panel asfixiante cerrado y con estos que sentía que me iban observando. «Pienso, pienso y pienso,

¿qué? Nada, en blanco. Solo sé que tengo una misión que cumplir, sencillamente, continuar luchando».

El vehículo entró a la Policía Nacional. Pasos extraños. Me quitaron la sábana. Por las ventanillas vi ojos curiosos. Al rato entró un médico que me revisó, pero nada hizo por mí, a pesar de mi estado. El tiro que había entrado y salido por mi brazo derecho, destrozó el nervio radial, por lo tanto, mi mano estaba engarrotada; mientras que mi pie izquierdo estaba quebrado y necesitaba yeso.

El 4 de mayo los doctores Eric Goosby (profesor ayudante en Clínica Médica y de Medicina Familiar y Comunitaria en la Escuela de Medicina de la Universidad de San Francisco) y H. Steward Kimball (de Berkeley) me examinaron y emitieron diagnósticos separados.

El diagnóstico del Dr. Goosby fue el siguiente:

Díaz es una joven mujer de treinta y dos años de edad, herida hace quince días en el antebrazo derecho, el hombro derecho y el pie izquierdo. Hasta ahora se queja de la incapacidad de usar su mano derecha y de tener dolor en el pie izquierdo con drenaje ocasional de una materia purulenta. La paciente niega tener fiebre, escalofríos, pero sí admite tener cierto estremecimiento y parálisis en el primer y segundo dedos del antebrazo derecho. También sostiene tener dolor en la parte frontal del pecho cuando aspira profundamente, sin que haya gripe o hemoptisis.

Examen físico

Mujer bien desarrollada, bien alimentada, quien se sienta confortablemente con una pequeña astilladura en el «hemitórax» derecha cuando aspira.

Frente: sin seña de batalla o traumatismo.

Cuello: flexible sin masa.

Nodo: no cervical-axilar-«epitrochlear»

Pulmones: astilladura en el derecho cuando la respiración es de moderada a profunda; no hay señales de estertor, «chonchi» o respiración dificultosa. La parte frontal derecha del pecho no revela fricción.

Cardiovascular: S1 normal; S2 sin presencia de S3/S4. No hay fricción. Los pulsos eran 3/4 y simétricos en radio cubital: pedis dorsalis braquial. La tibia posterior sin daño.

Abdomen (posición de sentarse): suave, sin dolor en la palpitación.

Extremidad: la escápula derecha cerca de la espina posterior 1 cm. GSW sin aparato, ericema o endurecimiento. El brazo derecho con quemadura de segundo grado que se extiende sobre el codo y baja por el brazo. El antebrazo derecho con una herida de 3 cms. en la entrada y una herida con salida en la parte lateral del antebrazo, justo cerca de la cabeza del radio. GSW en el muslo izquierdo hacia la parte lateral del cuádriceps del músculo, con salida bajo la rodilla. Seis avulsiones superficiales en la parte izquierda del mismo muslo. Una abrasión superficial en la derecha.

Mano derecha: no puede extender completamente la muñeca. No hay abducción de pulgar. No hay extensión del pulgar. Pérdida de sensación en el espacio entre el pulgar y el primer dedo, extendiéndose sobre el primer dedo una ligera debilidad tenar. Buena posición del pulgar con los dedos 3-5.

Pie izquierdo: herida dorsal con característica de entrada y salida; sin ericema o endurecimiento. No se notó ningún drenaje.

Dato de laboratorio: no fue posible un examen de rayos X ni de los informes médicos de quienes han estado a cargo de ella ni una discusión sobre los mismos.

Valoración

Una mujer de treinta y dos años de edad con múltiples heridas de balas en su escápula derecha, muslo izquierdo, pie

izquierdo, el brazo y antebrazo derecho y una quemada de segundo grado en su brazo derecho. No hay evidencia de infección por curación deficiente.

La herida de bala en el antebrazo derecho parece haber causado daño en el nervio radial y posiblemente en el nervio medio, tal como se describe en el examen físico.

Clara evidencia de severa tensión y trauma psicológicos.

Recomendación

Cuidado general en las partes heridas. La herida de segundo grado no requiere de trabajo de cirugía debido a la poca probabilidad de cicatrización. El nervio radial derecho (posiblemente el nervio medio) debe ser objeto de técnicas de microcirugía. Esto debe hacerse con una exploración abierta del antebrazo y la muñeca para reanastomosar los terminales endurecidos. El momento oportuno para intentar esta operación sería después de que haya desaparecido la posibilidad de infección. Dado que las heridas fueron infligidas hace dos semanas y no hay señales actuales de infección, la exploración quirúrgica debe hacerse dentro de los próximos diez días. Esperar más de catorce días disminuirá la posibilidad de re-unión. Se debe dar inicio a la terapia física con la mano derecha, la extensión de la flexión de todas partes por medio de su alcance de movilidad y ejercicios para fortalecer la capacidad de agarre. Esto involucra a la muñeca y a ciertas juntas (MCP / PIP / DIP) de la mano derecha.

El diagnóstico del Dr. H. Steward Kimball dice lo siguiente:

Examen

Una mujer bien desarrollada, aparentando más edad que la establecida de treinta y dos años. Cuando entré, al principio, se veía triste y deprimida, aunque cuando se volteó para la presentación sonrió placenteramente.

Muy rara vez usó su mano y brazo derechos, el cual mantenía en su rodilla, con los dedos índice y medio doblados. Podía extender los dedos, pero no flexibilizar la mano derecha en la muñeca. Cuando la extensión de los dedos índice y medio se hace pasivamente, llora de dolor. No puede oponer el pulgar a los dedos índice y medio. Los músculos entre el pulgar y el índice están perdidos.

El brazo derecho muestra una herida redonda cicatrizante en la parte dorsal lateral, cerca del codo, y una herida más pequeña en la parte media de la palma más distante a la primera herida descrita.

Hay quemaduras de segundo grado en la parte dorsal de la parte alta del antebrazo y en la parte lateral del brazo derecho.

Hay una herida redonda de 1 cm. en la parte dorsal del hombro derecho, encima de la espina de la escápula, cerca de la mitad del extremo del hombro, en la base del cuello.

Hay heridas cicatrizantes en el pie izquierdo; mayores en la parte media, en el maléolo interno, y ligeramente más distante del extremo del maléolo, y una herida más pequeña en la parte lateral del pie izquierdo cerca del nivel del área tarsiana.

Todas las heridas están limpias y cicatrizando satisfactoriamente.

Impresión

Heridas de bala de (1) antebrazo derecho con parálisis en el nervio radial; (2) hombro derecho; (3) área del cuádriceps izquierdo; (4) área tarsiana izquierda.

Recomendaciones

Exploración y reconstrucción del nervio radial dentro de las tres semanas a partir de la fecha del informe.

Pasaron las horas. Anocheció y nuevamente el vehículo en marcha. Me llevaron a sacar radiografías a la Policlínica Salvadoreña. Una religiosa me las tomó. A su alrededor, los detectives la observaban. Luego me regresaron a la Policía, a la celda 20. Allí pasé toda la noche en interrogatorio. Pese a mi debilidad, no dejé que un quejido delatara mi dolor.

Se oyeron trompetas, la diana. «Seguro que estoy en un cuartel. Ruidos... Ya es de mañana, pero en esa celda no se sabe, no entra la luz del sol y las lámparas del pasillo siempre están encendidas».

Me sacaron en colchoneta y me taparon la cara con una toalla y nuevamente al vehículo. Me llevaron a un hospitalito civil en la colonia «Flor Blanca» y me inscribieron como Rosa María Vásquez. Allí me pusieron suero, curaciones básicas. Los médicos estaban conmocionados por mi lastimoso estado. Por sus expresiones advertí que mi brazo en carne viva los había impresionado, y estaban molestos ante el gran número de detectives que me custodiaban e interferían con la atención médica.

—Ella necesita ocho días de hospitalización como mínimo —dijo uno de los médicos.

Un oficial salió con *walkie-talkie* en la mano. Momentos después regresó. Desconcertando a los médicos, dijo:

—Ni ocho horas va a estar.

El trayecto de regreso a la Policía me pareció interminable y cada instante se volvía más angustiioso para mí. Ya en la celda 20, un enfermero militar me abrió la válvula del suero; comencé a sudar y me puse helada. Los interrogadores notaron que me iba desfalleciendo, se alarmaron y me quitaron el suero.

—¡No seas estúpido! ¿No ves vos que la queremos viva?

Pasaron las horas. Había seis interrogadores alrededor, como velando a un muerto.

—¿Allí era tu campamento, Nidia?

—No.

—¿Cuántos andaban con vos?

—Era una unidad pequeña. Murieron combatiendo. ¡Soy prisionera de guerra! Quiero ver a la Cruz Roja Internacional.

—No seas pendeja. Tus compañeros te abandonaron, te dejaron herida, eras una molestia. ¿No querés entenderlo? Esa es la verdad. Nosotros les interceptamos la comunicación y así era el plan. A nosotros nos informó el infiltrado que les tenemos que ya era el momento de ir por vos.

—¡Mentira! Y si así fuera, no me importa, ¿me oyen? ¡No me importa!

—¿Cuáles son los planes del FMLN?¹⁸

—Construir una sociedad justa.

—Te estamos preguntando para el próximo período, para los próximos días. ¿Cuáles son los planes?

—Vamos a derrotarlos, a derrotar todas sus modalidades tácticas. Una a una hasta que se les acaben.

—Ustedes son los que están derrotados, ¿qué, no entendés?

6

Tiempo prolongado, sueño vencido. Sin poder cerrar los ojos. Ellos esperando que me cansara, que me quejara. Realmente estaba a punto de hacerlo. «Luis, Janeth, ¿cómo hicieron ustedes? ¿qué es esto?»

Después del combate, ¿una guerra de palabras? No, aquí estaba en juego la razón de mi lucha.

—¿Cómo te sentís?

—¿Cómo quieren que me sienta? ¡Bien!

—Queremos avisar a alguien. ¿Dónde vive tu familia?

¹⁸ Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

—Vayan a los frentes, allí está mi familia.

—¿Qué hace Camilo?

Quizá ya comenzaba la tarde cuando entraron varios hombres. A uno de ellos lo llamaban «Chiquitón». Era alto, bastante alto y matón. Me puso la venda y me levantó. Abrieron una puerta de hierro, la celda 21, donde había cubículos. Allí hacían los interrogatorios.

—Bueno, Nidia, vamos a comenzar a trabajar como se debe.

Silencio, no hablaban. Estaba sentada, vendada y, por debajo de la venda, pude observar como nueve pares de zapatos. Estaban parados en media luna. «¿Qué hacer? La lucha va a comenzar de nuevo. Es el momento de probar. Son las pruebas de fuego, es la circunstancia más grande que se le puede presentar a un ser humano».

«¿Cuál es la superioridad de ellos en semejante situación? Ninguna, Nidia, ninguna. No te tienen, tú tienes a tu pueblo, tu lucha es justa y tus principios son superiores. La historia está a tu favor.» Con agresividad tomé la iniciativa y les grité:

—Bueno señores, ¿qué esperan? Aquí está mi brazo o si quieren, el otro.

Extendí mi brazo derecho, el quemado.

—Y aquí está mi lengua. Pueden comenzar. ¡Yo no les voy a decir ni mierda!

—Te equivocás, no te preocupés, no te va a pasar nada, no te vamos a torturar. Ya vas a ver que aquí no pasa nada.

—Yo ya sé qué es aquí. ¡Yo ya sé quiénes son ustedes! Son los puritos escuadrones de la muerte, disfrazados de ley. ¡Ustedes son los *Hijos de Caín*!¹⁹ Van a interrogarme, van a torturarme. Conozco esta sala y las otras, pueden...

¹⁹ «Hijo de Caín»: así se le llama al grupo de inteligencia de la Policía Nacional, a cuya cabeza está un oficial de ese nombre. Son responsables de las torturas más bestiales que sufrieron los detenidos.

—¡No! Eso es pura invención tuya.

—Por aquí han pasado centenares de compañeros, de compatriotas que ustedes han asesinado, torturado, queriendo arrancarles información. Aquí está el calor y la sangre de ellos: ellos están conmigo...

—¡Cállate! No te va a pasar nada aquí. Tenés que comprender que hay que colaborar con nosotros; nosotros somos democráticos, gente de paz.

—¡Mentira!

—Es mejor que te calmes y no hables tanta mierda.

—¡Primero me muerdo! ¿Me oyen? ¡Me muerdo!

No era que yo estuviera histérica, lo que también era posible por mi situación y condiciones. «¡Cuántos años preparándome para este momento! Para morir en sus manos, para ser torturada, desaparecida, cuando se ha trabajado en el frente urbano, en la clandestinidad, en la conspiración, en sus entrañas, y te has movido y desenvuelto entre ellos para resistir y vencer, para cumplir con tu deber, para morir con honor. Y ahora estoy aquí y conozco mis reservas morales». Tenía la convicción de que no me podían doblegar. Y si las heridas y la quemada no contaban en ese momento para mí, tampoco contaría otra tortura. Mi pena era moral y mi atención estaba en lo que me decían, en el momento que vivía. Tal vez ya habían tomado la decisión de no matarme; pero aunque lo fueran a hacer, yo iba a decirles quiénes eran ellos. Yo ya no tenía que ocultar quién era yo. Ellos lo sabían. Estábamos frente a frente, sin tapujos, cada uno defendiendo sus intereses. Yo debía revertir el golpe militar.

En algún momento durante esos primeros días me sucedió algo sorprendente. Uno de ellos, o alguien que pudo entrar, aunque no fuera precisamente del grupo de los interrogadores, cosa que dudo, me bajó violentamente la venda:

—Mírame, mírame, nunca te olvidés de mí. ¡Ustedes van a triunfar! ¡Ustedes van a triunfar! Nunca te olvidés de mí.

Esto me aturdió. «¿Cómo es posible? ¿Qué es lo que tratan de hacer? Sea cual fuera el motivo de sus palabras, para mí fue oportuno ese reconocimiento».

Yo misma me volví a subir la venda. La luz, después de tanto tiempo con la venda puesta, me molestaba. Pasó un buen rato en silencio. Daba la impresión de que habían salido todos. No podía sostenerme muy bien en la silla. En la mañana me alzaron en brazos y me llevaron a la celda 20. Me quitaron la venda e inmediatamente entró un tipo con una capucha negra sobre su cabeza. Comenzó a tomarme fotos de frente, de perfil. Entonces, iban a hacerme una ficha.

Volvieron a ponerme la venda y me llevaron nuevamente a la celda 21.

Comenzó el interrogatorio;

—¿Dónde está el resto de los papeles? ¿Dónde, dónde, dónde está Roberto? ¿Y los otros campamentos? ¿En qué lugares tienen trabajo? ¿Dónde, adónde, dónde se van a reunir? ¿Dónde? ¿Adónde?

Y así pasaron las horas, la noche, la trompeta, la diana. «Y yo me pregunto, ¿dónde?, ¿dónde tienen a todos los desaparecidos? ¿Dónde estará Alejandrino, mi hijo? ¿Qué estará haciendo mi pequeño gran hombre? Nació hace cuatro años el 2 de junio. ¿Habrán tratado de matarlo? ¿Lo tendrán aquí? ¡Pobre! Nacer y vivir en tiempos de guerra, ¿qué sentirá? ¿Y si lo torturan frente a mí? Un frío me estremece. Sería monstruoso».

—¿Estás dormida? ¡Despertá! Aquí estamos trabajando, no durmiendo.

—Ustedes están trabajando, no yo.

Mis pensamientos me habían transportado a aquellas lomas y valles de mi Cuscatlán, al cerro Guazapa. «¿Cuántas veces lo recorrí en columna para ir al puesto de mando!... El Salitre, El Roblar,

caminatas principalmente de noche de más de cinco horas, a oscuras. El enemigo podía detectarnos desde sus puestos militares de El Roblar y El Caballito, desde allí en lo alto. Caminatas agotadoras, confortadas con los altos que de vez en cuando podíamos hacer al pasar un río. Agua fría de invierno como la de Las Pacayas. Muchas frutas en El Salitre. ¡Qué no comíamos antes de salir: guayabas, mangos, naranjas, zapotes...! ¡Ah!, pero yo prefería el zapote. En el camino tendría oportunidad de arrancar y comer nances, aceitunas blancas y moradas, muy dulces, jocotes, naranjas, y de vez en cuando una caña de azúcar.

»Subíamos y bajábamos lomas, un zacatal²⁰ y otro zacatal. Las ranas croaban tan fuerte que creo que me ayudaban a permanecer despierta. Caminábamos siempre alerta y en silencio. Cuando podía arrancar flores de las muchas que había en la zona, las insertaba en mi mochila: campanillas blancas y moradas, de palo blanco. Siento su fragancia. Noches de cocuyos. El perfume de las flores nos anunciaba la cercanía de un caserío. Palo Grande, El Roble, Llano Rancho... Hoy no son más que ruinas desoladas... Y allí siempre están los compas».

7

«Y pensar que junto a mí ahora están estos, militares sin decoro de un Ejército fratricida. Los costos de esta guerra impuesta los paga nuestra población. Ella pone los muertos, el Gobierno de Reagan pone las armas».

—Mirá, Nidia, con todos estos documentos que hemos encontrado, ¿cuántos años creés que va a retroceder la revolución?

²⁰ Zacatal: pajonal, pastizal.

—Eso quisieran ustedes. Pero no, la revolución no va a retroceder ninguno, porque el FMLN es la expresión de la madurez que ya tiene nuestro pueblo. A estas horas, ya todos los aspectos operativos que podían correr riesgos estarán cambiados.

—No, no tienen capacidad, mamaíta —me dice el interrogador.

—¿Ustedes creen que nosotros no prevemos que algún día pueda caer algún cuadro de dirección? Mucha gente se ha dado cuenta de mi captura. Y ellos saben que yo andaba papeles.

—Pero vos no te hagás ilusiones. El FMLN te va a responsabilizar de todo lo que les estamos haciendo. Están cayendo campamentos, dirigentes. Los estamos localizando y acabando, gracias a tu información —termina diciendo irónicamente el interrogador.

—Aunque golpeen a muchos, como usted dice, siempre quedará al menos uno que le dé continuidad a nuestra lucha. Esto ya es irreversible.

—Vos no vas a salir de aquí. Aquí te vas a podrir, mamaíta. Ya vas a ver, solo fijáte: ¿cuánta gente tienen ustedes?, vamos a ver, ¿cuánta gente tiene el PRTC? Hablá, ¿qué?, ¿no estás escuchando? ¿Vas a decir que no sabés eso?

—Por principio...

—Ustedes no tienen principios; no creen ni en Dios, comunistas, asesinos.

—Ustedes imponen la muerte por y en nombre de Dios, matando por tortura en nombre de Dios. Para eso lo usan. Y me venís hablando de Dios.

—¡Nosotros no matamos a nadie!

—¿Ah, no? Son tan injustos con nuestra gente humilde, desarmada, que quieren darle el descanso eterno. Cuando ustedes detienen a los campesinos o son sacados de sus casas, a ellos hasta se les olvida el nombre del susto.

—Seguí, seguí —dice uno.

—Y, por si fuera poco, además de pedirles la cédula y la vialidad, han llegado hasta a pedirles *la Magnífica*²¹ y si no la andan, es un «comunista ateo» y se merece un balazo en la boca, que no dudan en dárselo.

—¿No te digo que ustedes son todos iguales? Solo son bla, bla, bla. Se la llevan de ilustrados, salvadores de la humanidad, de angelitos y lo que son... ¿de veras, creés que son ángeles?

—Ni ángeles ni pendejos.

—Sos una malcriada. ¿Qué es «naranja dulce»?

—No sé.

—¿Qué es el «borde»? ¿De dónde les vienen las armas?

—De Estados Unidos. Primero Reagan se las envía a ustedes. Después...

—Nosotros las usamos para capturarlos, como te ha pasado a vos —me interrumpe uno de ellos.

—No, primero Reagan se las envía a ustedes; luego ustedes las usan en el genocidio y, después, nosotros se las arrebatamos. Es un círculo con el que debemos terminar.

—¡Ah, sí! ¿Y cómo?

—Resolviendo el conflicto entre salvadoreños.

—Pero para eso ustedes tienen que deponer las armas.

—Tienen miedo. ¿Por qué no terminamos el conflicto a través de una salida política con el diálogo, que nos lleve a darle una solución global a la crisis nacional?

—¡Estás loca!

—¿Está loco tu presidente? ¿El Gobierno? ¿Vides Casanova? —digo con sarcasmo.

—Pues esos podrán decir cualquier mierda pero en este país no se va a negociar con los terroristas.

²¹ Estampita religiosa con oración a la Magnífica Trinidad utilizada bajo la creencia de que tiene poderes protectores y curativos. Las madres acostumbran a dársela a sus hijos cuando estos salen.

—Con esta no se puede hablar —dice otro interrogador.

Creo que era de mañana. Habían pasado ya siete días sin dormir, con este malestar que ya era parte de mí; ya no me era extraño. Me iba resbalando en la silla. El balazo de la espalda me producía dolor y la quemada, pura carne viva, aunque ellos la tapaban con vendajes y le aplicaban merthiolate. Mi brazo y el pie estaban superinflamados, como si fueran llantas llenas de aire.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele? —pregunta uno de ellos.

—No, no me pasa nada anormal a mi situación.

Silencio. Pero estaban ahí, sentía su respiración. «¿Cuántos serán? Quizá seis u ocho».

—Quiero orinar.

—Llévenla.

Y como en ocasiones anteriores, me levantaron en brazos y luego en silla, como en carroza. No me podía sostener debido a las fracturas. Me regresaron a la silla de interrogatorio.

—Deberías colaborar, mamaíta. Estás perdida. Tenés que convencerte de que no tenés otra salida. Nadie más se va a interesar por vos, nadie más que nosotros.

Reinaba el silencio. Me puse la mano sobre la frente. Suspiré.

Que nada me desaliente,
que nada me desespere,
que un guerrillero es un toro
en medio de una tormenta.

Me hirieron,
me mataron,
me capturaron
y hasta la muerte me dieron.

Pero nunca me doblegaron...

—Cántala otra vez, cántala. ¿Verdad que ya no aguantás, no resistís?

—Traigan una colchoneta —dice otro.

Me tiraron a la colchoneta, se acurrucaron y siguieron interrogándome.

Esto parecía lo que a uno le cuentan de pequeña sobre el limbo o el infierno de la *Divina Comedia*. «Bajo esa venda, yo sé cómo son; no es necesario verlos».

—Comé.

—No quiero.

—No te conviene estar en huelga de hambre. Estás débil. El mal te lo hacés vos. Hemos sabido que el FMLN te va a ajusticiar. Ya no creen en vos. Solo nosotros te podemos ayudar.

—¡Mentira! Y si así fuera, le doy el derecho al FMLN de equivocarse.

—Convécete. De ahora en adelante, nosotros somos tu mamá, tu papá, tu marido, tu hijo. Nosotros somos tu mundo, convécete. No tenés salida, si no colaborás con nosotros te vas a podrir aquí, pero nosotros te podemos ayudar.

—¡Semejantes reaccionarios! Yo me puedo podrir aquí o en El Playón, o en el río Lempa o en cualquier carretera donde me vayan a tirar. Con Nidia o sin ella, las cosas van a avanzar porque esto es irreversible.

—Y a vos, ¿quién te va a sustituir? El PRTC va a retroceder como dos años como mínimo, te lo aseguramos, y también el FMLN, por los papeles que te encontramos. Gracias a vos está cayendo todo, gracias a vos.

Querían llevarme a tener un sentimiento de culpa, a que flaqueara, a que confiara en ellos.

—¿Y si vos aparecieras muerta, envuelta con la bandera del FMLN? ¿Cómo creés que lo tomaría la opinión pública? ¿Vos no pensás que la gente creería que fue el FMLN? Después de todo, no es la primera vez que se matan entre ustedes.

—Ustedes creen que pueden seguir engañando a la gente. Hagan lo que quieran conmigo, no le tengo miedo a la muerte.

Pasó el tiempo. Seguían preguntado. De repente dijeron:

—Te vamos a sacar. Ha venido la prensa a verte.

—No, voy a ir con ustedes. Lo que ustedes quieren es un video para manipular después. ¡Antes muerta!

—¡No jodás! Tenés que ir, es la prensa. ¿No ves que la Radio Venceremos está diciendo que vengan a verte?

—¿Cómo piensan que les voy a creer? ¡Es mentira! Ustedes lo que quieren es un video, pero antes muerta.

—Levántenla.

Empecé a forcejear, pero ellos levantaron la colchoneta. Iba gritando que no quería ir. Me llevaron a la celda 20, me tiraron sobre otra colchoneta. Eran como diez interrogadores, un médico y detectives. Me quitaron la venda. Me empecé a golpear la cabeza contra la pared. Se alarmaron y dijeron que estaba loca.

8

«Se oyen pasos. Ahí viene». Yo me volteé boca abajo, sentí luces sobre mí, no quería dar la cara. «Seguro que me están tomando un video». Volví la cara y aparecieron muchas cámaras sobre mí.

«Sí, es verdad: la prensa está aquí, puedo reconocer periodistas que estaban en lo del diálogo. Pero, ¿cómo es posible que los hayan dejado entrar? Tengo que decirles lo que me pasa». Pero en ese momento los sacaron. «He perdido diez minutos y la oportunidad de denunciar». Entró otro grupo de periodistas. Me senté y comencé a hablar:

—Soy prisionera de guerra. Fui herida en combate el 18 de abril. El enemigo bombardeó la población civil. Fui capturada por un norteamericano. Estoy en la fase de interrogatorio. Me

encontraron papeles, papeles importantes, después los van a utilizar. Creo en la salida política al conflicto: el FMLN lucha por ella.

Los oficiales los sacaron. Estaban indignados. En su propia cara los había denunciado.

Inmediatamente después llegaron cuatro delegados de la Cruz Roja Internacional: Martín Fulher, jefe de la delegación en El Salvador, a quien conocía pues estuvo en La Palma; Kurt Seller, delegado para la Policía Nacional; el doctor Muheim y el responsable de prensa, Roland Bigler. Me saludaron cordialmente y preguntaron cómo estaba, cómo me sentía. Me dijeron que ya estaba reconocida. Los miraba y no lo creía. Una sensación balsámica recorrió mi interior.

El médico me revisó y me dijo que no me afligiera, que ya nada me podía pasar, que ahora era solo cuestión de esperar y de control médico, que ellos estarían pendientes de esto. Les dije:

—No soporto el cansancio y el dolor, necesito descansar por lo menos un par de horas. ¿Es que no comprenden? ¿Qué día es hoy?

—Es miércoles 24 de abril y son las siete de la noche. Hemos luchado por verte y solo lo pudimos lograr hasta ahora. El Comité de Prensa de las Fuerzas Armadas anunció que te habían capturado hasta el 22 de abril. El FMLN insistió desde el primer momento²² con nosotros y la Iglesia. Pero solo pudimos saber de ti al comenzar la semana. No podemos hacer nada más que verte y decir que todo va a salir bien y que te mantengas tranquila.

²² El 19 de abril el FMLN informó sobre mi captura al arzobispo, a la Cruz Roja Internacional y a Gobiernos de otros países para que hicieran gestiones ante el presidente Duarte. El FMLN hizo públicas las primeras denuncias por Radio Venceremos. El 21 de abril la comandancia general del FMLN publicó un comunicado y, por otra parte, ejerció presiones directa e indirectamente advirtiendo al Alto Mando de las Fuerzas Armadas y a Duarte sobre lo que pudiera suceder a las comandantes Janeth Samour, Nidia Díaz y Miguel Castellanos.

Me puse la mano izquierda sobre la cara. Estaba a punto de llorar. «No estoy desaparecida, siempre me preparé para serlo, para ser torturada, para morir en sus manos, como han muerto tantos, como están muriendo Janeth, Aguiñada.²³ No estoy preparada para esto, para morir así, con esta guerra psicológica, estos nuevos métodos de ablandamiento, de descaro, de cinismo. ¿Cómo es posible que me traten así? Recuerdo cuando estudié los libros *Secuestro y capucha*, y *Las cárceles clandestinas*, pero ahora más que nunca recuerdo el de Mario Benedetti *Pedro y el capitán*. Me dejó grandes lecciones.

»Esto era más peligroso porque lo desconocía. Igual que la captura: jamás me imaginé y nunca preví ser capturada en un frente de guerra, así, herida. Siempre me preparé para morir combatiendo, para ser capturada en el frente urbano o quizá en la entrada o salida del frente o en un aeropuerto. Pero no en el monte. Les decía a los compas que si yo caía herida y no podían evacuar me, mejor me dejaran morir. Jamás pensé en la posibilidad de caer de esta manera. Y ¿ahora? Es tan violento todo, la captura y el interrogatorio. Todo esto me es tan ajeno y, sin embargo, siempre formó parte de mí, quizá desde que supe de la desaparición o la muerte de un compañero».

—¿No pueden exigir ustedes que se apliquen los convenios de Ginebra en mi caso, los protocolos adicionales, el derecho humanitario internacional?

—Cómo no, Nidia. Por eso estamos aquí. Pero tenemos un límite y ellos no están para más cosas. Tienes que pasar nueve días más. Son quince días los que debes pasar en investigación.

—En interrogatorio, querrá decir, sin dormir, con...

²³ Mario Aguiñada: combatiente de las Fuerzas Armadas de Liberación, del Partido Comunista, capturado en combate el 15 de abril de 1985 en Cerros de San Pedro, departamento de San Vicente, y luego desaparecido.

—Es que la ley lo dice, el decreto 50.

—No creo en nada de eso. Ya no hablemos de eso. Quiero decirles que me alegra verlos, que solo su presencia significa mucho para mí, aunque no puedan hacer más.

—¿Podemos avisar a tu familia?

—¡No! Si ella, mi madre, los busca, díganle que estoy bien. Díganle a mi pueblo, al FMLN, que estoy bien, en mis cabales, que jamás me doblarán, que los quiero y enfrente este momento, por muy difícil que sea.

«Estoy temblando, tengo frío. Ellos lo notan y se miran». Sus rostros tenían la expresión de lástima, sentimiento del dolor humano.

«Otra vez la venda. ¡Qué fastidio! Sentada, ahora en un pupitre. El ardor de la quemada es insoportable. ¿Acaso se me ha infectado? No, quizá es el dolor natural y permanente que tengo y que he llegado a no sentir por estar tensa y concentrada en el interrogatorio».

—¿Estás dormida? ¡Despertá! —me gritan, dando un golpe en la mesa.

—¡No, no estoy dormida!

—Solo babosadas dijiste con la prensa, puras mentiras.

—¡Yo no les pedí ver a nadie!

—Y el hombre de la foto, ¿es tu marido?

—¡No jodás! El marido es un sargento —dice otro, y todos se ponen a reír.

—¿Qué grado tenía tu compañero? Es el de la foto, ¿verdad? Oí, qué romántico: «Amor lindo, aunque no estemos juntos físicamente, y quizá no volvamos a vernos, no te olvidaré; te llevaré siempre, mi amor, como un bello recuerdo, como una bella realidad que viví».

—¡Qué lindo, qué bello! —se burlan—. ¿Dónde está este hombre? —me preguntan.

9

«La tristeza empieza a dibujar fantasmas en mis ojos. Miro mi celda y cuento los ladrillos, así como cuento ahora los días de este cautiverio. Fumo. No debo fumar. Como fondo, en la penumbra de la noche, oigo los interrogatorios de la celda contigua. No es precisamente el susurro del amado.

»A veces la suerte llega inesperadamente, pues ahora me sumerjo en el sueño y este se convierte en mi hijo. ¿Cuántas veces le canté? Todas las noches que lo tuve conmigo».

Duerme, duerme, mi niño
 que tu mamá está en el campo
 trabajando
 trabajando sí, trabajando no.
 Te va a traer...

Tuve el privilegio de tenerlo casi dos años conmigo. Siempre ha sido mi amigo. Me acompañaba en mis tareas, por supuesto que él no entendía nada, aunque algunas veces me parecía que sí. Una vez yo estaba en cama con paludismo y tenía que entrar al frente al día siguiente, él se acercó, me acarició y me dijo:

—¡Mami! ¡Mami! Hay un montón de soldados muertos por el puente Cuscatlán.

Había oído la noticia y llegaba a dármele.

Un día nos paró un retén de soldados. Me quitaron la licencia y él comenzó a gritar:

—¡No se lleven a mi mami, no se lleven a mi mami!

Él se refería a la foto de la licencia.

Recuerdo aquel mediodía en el parque, cuando jugamos y montamos a los caballos, decía que la yegua era yo y él el potro.

Me reí mucho de lo que decía. O cuando le enseñé a perder el miedo al agua del mar o la piscina.

«Quisiera dejar de pensar...»

Quiero dormir cansada
para no pensar en ti
quiero dormir profundamente,
soñando,
vivir soñando.

La canción me ayudó solo un instante. Pero una nostalgia dulce y triste se apoderó de mí. «Mis seres queridos. ¿Qué es de ellos en todo este tiempo? Me ilusiona y apena pensar en el hombre que es el padre de mi hijo y que tanto he amado. ¿Es algo real? ¿En qué lugar de esta Centroamérica estará? ¿Vivirá aún? ¿Y su cuerpo? No lo sé. La guerra nos unió y la guerra nos separó físicamente. Nos enseñamos y exigimos recíprocamente, aprendimos y avanzamos juntos. Se requiere madurez y conciencia para no desfallecer en este largo camino».

Aquella mañana cuando nos despedimos, su mirada estaba húmeda y era más profunda. Su voz fue grave al decirme:

—¡Cuidate! También te necesitamos el pequeño y yo.

—¿Creés que habrá un nuevo reencuentro? —le pregunté, temiendo no verlo más.

—No lo sé, pero mientras no llegue ese momento, quiero que te cuidés y que vivás la vida en toda su dimensión.

Se alejó sin quererse marchar. Ni cuarenta y ocho horas juntos habíamos podido estar en esa oportunidad. Cerré fuertemente los ojos mientras algo se rompía dentro de mí. A través del vidrio de la ventanilla del bus, con el rostro triste y mirándome fijamente, me decía adiós con su mano derecha. No he podido olvidar ese instante, ni su negra cabellera ni el brillo de sus ojos.

Cada vez que se veía con Alejandrito, este lo abrazaba y recostaba su carita en el hombro, sin hablar. Él me decía:

—Me abraza como presintiendo que se quedará sin mí y sin ti.

La última vez que mi madre lo vio con el niño, en febrero de 1984, afrontaba problemas de seguridad. «A veces siento esa soledad y vacío que se presenta cuando un ser querido desaparece o ha caído». Lo amé sin fronteras en lo profundo de mi raíz y, aunque quizá nunca lo volveré a ver, lo amaré en el fruto de mi vientre. Con él mis sentimientos se desbordaron, se rompieron las cadenas. Antes de unirnos, durante dos años fuimos compañeros de trabajo político. Aunque me agradaba, no me imaginaba que podría convertirse en mi compañero. El enamoramiento juguetaba, se movía en silencio. Hasta que un día rosas rosadas y caricias pusieron al descubierto que nos necesitábamos, que nos queríamos. Empezamos a construir nuestro núcleo familiar.

Cuando tuvimos oportunidad de compartir un hogar nos repartíamos el quehacer doméstico y el cuidado del niño. A pesar de las condiciones de clandestinidad, vivíamos momentos de intensa ternura. Los problemas o discusiones los enfrentábamos con la madurez suficiente para allanar las posibles y naturales fisuras que se abrían. Supimos comprendernos. ¿Cómo podría olvidarlo? Perdurará en mí hasta la última batalla.

Hay muchos compas con virtudes, cualidades y atractivos. Algunos de ellos me han gustado. Los revolucionarios de por sí tenemos un gran afecto por todos, por nuestro pueblo, por nuestros compañeros. Vemos crecer y desarrollar las cualidades de cada uno en este único camino; pero no es posible enamorarse de todos, darles nuestro afecto como mujer. ¿Cuántos compas están solos? ¿Cuántos hemos tenido el privilegio de amar y ser amados, y de seguir amando? ¿Cuántos hemos sufrido desencantos y reveses en el amor? Las concepciones de la vida, nuestra mentalidad, tienden a eliminar mezquindades y egoísmos. Aun cuando

se termine un noviazgo o una relación y ello nos duela, generalmente no queda rencor o trauma, sino que se aprende a asimilar con la suficiente madurez. La condición de revolucionario nos ayuda a entender por qué no funciona una pareja o por qué no puede desarrollarse. La comunidad de intereses hace más fuertes los lazos afectivos y de camaradería. Son otros los problemas que están en primer plano.

«Pienso cosas. ¿Irreales o reales? En aquel maravilloso encuentro, en el reencuentro, en la dolorosa separación o en aquella relación estable, en la que fue y no pudo ser o en la que es y no puede ser». Las relaciones familiares entre nosotros están sujetas a las circunstancias, a las situaciones concretas en que se desarrolla la lucha, mucho más en un estado de guerra como la nuestra: se desintegran los hogares, se separan los seres queridos para cumplir con el deber o porque el enemigo te dejó sin ellos. En algunas parejas, el trabajo coincide por un tiempo en un mismo lugar. Pese a todo, buscamos la forma de consolidar las relaciones familiares. Se lucha también con la certeza de llegar con alguien hasta la victoria, por crear o reconstruir tu núcleo familiar. Nuestra moral busca hacer feliz al ser humano de manera duradera, aunque en mi caso quizá ya no sea con el padre de mi hijo, pero sí con un revolucionario que avance conmigo en este camino.

«Es mi alma la que se desnuda ante mí y me dice que soy humana, plenamente mujer, natural, integral, realista. Con ansiedades. Vivo esta soledad acompañada, por ratos añorando la caricia del amado. Pareciera extraño, me siento tranquila. No me atormentan las cosas del amor. He sido feliz y basta, aunque me esté costando mucho no tenerlo, aunque ya no sean el calor de nuestros cuerpos y la mirada de esplendor los mejores signos de alegría. Siempre estará en mí, no importa el tiempo, el lugar y la circunstancia, pues la huella es tan profunda y necesaria como la sangre que transita por la vida».

10

Nuevamente el silencio. «Siento la respiración de ellos. Recuerdo el interrogatorio de unos días atrás cuando vinieron y me dijeron con certeza que yo era María Marta Valladares y todas esas otras cosas que les dijo el Mario Zetino».²⁴ ¿Cómo empezó?

—¿Conocés a Mario Zetino?

—No.

—¿Cómo no lo vas a conocer? Él dice que vos participaste en el FUERSA²⁵ en 1974 y 1975, que te incorporaste al PRTC en 1976, que fuiste de la «Liga para la Liberación», que trabajaste entre los estudiantes y campesinos.

—Ese hombre miente, no lo conozco.

—Nidia, él dice que te conoce. ¿Recuerdas a «Pablo Renán»? El Mario Zetino, ¿no lo conocés? ¿En qué año saliste de bachiller? ¿En qué colegio estudiaste, o en qué instituto? De plano que estudiaste en la universidad. ¿Psicología? ¿Hasta qué año llegaste?

—¡No sé!

—No sé, no sé. ¿Cómo no vas a saber de tu vida? Es ilógico que no quieras responder cosas tan elementales. ¿Quién te reclutó? ¿Qué tareas cumpliste al principio? ¿Por qué te incorporaste a la subversión? ¿Qué te hizo dejar tu vida cómoda, María Marta Valladares? ¿Cuántos años hace que te incorporaste a la subversión?

—No sé, no sé nada y no voy a hablar nada.

Hubo un largo silencio y les dije:

—Bueno, desde que era una adolescente fui tomando conciencia de la injusticia, de la explotación; pero me limitaba a enseñar a

²⁴ Perteneció al PRTC y en 1980 renegó de su militancia. Posteriormente fue capturado por el enemigo y entregó información.

²⁵ Frente Universitario Estudiantil Revolucionario Salvadoreño «Salvador Allende».

leer y escribir a analfabetos. Me indignaba la situación de miseria del campesinado, pero no tenía los instrumentos para acabar con todo esto...

—Hasta que te volviste terrorista —me interrumpe uno.

—No, no. A los trece años no comprendía políticamente nada. Luego, cuando tenía diecisiete años, con el estudio universitario, poco a poco, fui comprendiendo el porqué de la explotación y comencé por mí misma a buscar las herramientas para acabar con la injusticia.

—¿Así que fue en la universidad donde te hiciste terrorista?

—No, no me hice nunca terrorista. Lo que pasó es que con el estudio de la realidad más objetivamente, encontré la verdadera explicación de lo que había visto y vivido.

—¿Usabas el manual de alfabetización? ¿Este? —Me muestran un manual.

—No, con las religiosas me inventaba un método que no tenía nada que ver con esto.

—Las buenas lenguas dicen que estudiaste en «La Divina Providencia», que ahí te lavaron el cerebro. ¿Y luego?

—¡Nada! No pasó nada. Ustedes dicen que ya tienen mi historia, que ese Mario Zetino se las contó, ¿por qué me preguntan más?

No cabía duda, ellos sabían sobre mí.

—Señora, ¿usted cree que somos tontos? Somos gente que ha estudiado y se ha preparado para investigaciones. Por eso necesitamos que nos cuente cómo comenzó su historia.

—Yo estudié en «La Divina Providencia». Ahí salí de bachiller y luego entré, en 1970, a la universidad. Estudié dos años áreas comunes y después Psicología. En 1979 me casé con un pequeño burgués y luego me divorcié porque no dio el salto a la revolución. Esa es mi historia. Así de simple.

Para ocultar la verdadera participación del padre de mi hijo en la lucha, les mentí; él no era un pequeño burgués.

—Queremos saber sobre tu participación en la lucha subversiva.

—Ustedes saben quién soy, dónde estaba. ¿Quieren constatarlo? De mi boca jamás saldrá nada. Me vieron en La Palma, me hirieron en un frente de lucha, me capturaron allí. ¿Qué más quieren de mí?

—¿Qué responsabilidades tenías? ¿Qué hacías? Queremos todo, todo. ¿Entendés?

Silencio. «Ya no quiero ni saber que están allí. ¿Cuántas horas duró ese interrogatorio? ¿Cuántas está durando este? Cada jornada ininterrumpidamente es de ocho horas. Son tres jornadas por día. Entran de dos en dos o de a cuatro, a manera de relevo. A veces son seis y el capitán siempre está allí. ¿Acaso no duerme?».

—¡No te durmáis! Estamos trabajando.

El trato y la técnica variaban. Estaban atreviéndose a contemplar la posibilidad de ablandarme, de doblegarme. La tortura psicológica es lo principal que estaban utilizando conmigo, aunque también me aplicaron medidas para causarme más daños físicos. Ya estaba mal y cada vez me sentía peor.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo querés que esté?

—Vos debés estar bien, te hemos tratado bien. Te tratamos mejor que a nadie. Te estamos tratando mejor que a todos los que han estado alguna vez aquí. Te estamos tratando como a una reina.

—Soy prisionera de guerra.

—Sin embargo, te has puesto difícil. Los demás han colaborado y vos no querés ayudar. Por ejemplo, la Guadalupe Martínez hasta se llegó a enamorar de un guardia. ¿No sabés que tuvo un hijo de un guardia? Después se puso a escribir paja en su libro.

Ingenuamente acepté la provocación y grité:

—¡Ustedes saben que mienten, canallas!

—Y vos seguro que también vas a escribir mierdas. No te querrás llevar de héroe. Fíjate: vos decís que ni a Cuba has ido, mientras que los otros dirigentes andan dándose la gran vida por todo el mundo. Mirá a Ungo,²⁶ mirá a Zamora,²⁷ felices en buenos hoteles, haciendo viajes a Moscú, a La Habana y vos aquí. ¿Te vas a sacrificar por ellos? ¡No jodás! Ellos no van a poder hacer nada para sacarte de aquí. Para salir de aquí, solo vos misma te podés ayudar. Depende lo inteligente que seás.

La sangre se me subió a la cabeza de un solo golpe, la adrenalina se me alteró. Pensé que si a mí se atrevían a decirme todo eso, qué no les dirían a los compitas.

—¿Así que si yo me convierto en traidora, soy inteligente?

—Mira, Mayo, el de la comisión política de las FPL,²⁸ aquí se hizo responsable de haber dirigido la masacre de Quebrada Seca.²⁹ Ustedes son despiadados con nosotros. Imagínate toda esa matanza.

—¡Eso es falso! Ustedes tienen débil la moral y necesitan estimularse, darse ánimos y entonces falsean la verdad. La verdad de la Quebrada Seca es que su tropa se venía entregando y huía en desbandada.

—Y ustedes los mataron —me interrumpió uno de ellos.

—No. Ustedes, para enseñarles que no se debían rendir, masacraron y descuartizaron a sus propios soldados caídos en combate. ¡No los respetaron! Ustedes les dicen que si se rinden, nosotros los vamos a matar. Pero a todos los que hemos hecho prisioneros,

²⁶ Dr. Guillermo Ungo: secretario general del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y presidente del Frente Democrático Revolucionario (FDR).

²⁷ Lic. Rubén Zamora: secretario general del Movimiento Popular Social-cristiano (MPSC) y vicepresidente del FDR.

²⁸ Fuerzas Populares de Liberación.

²⁹ Puente en el kilómetro 82 de la carretera Panamericana.

soldados y oficiales, los hemos liberado, los hemos entregado a la Cruz Roja Internacional. ¡Qué diferente a lo que ustedes hacen! Ahí está el caso de Janeth Samour. A los únicos que no hemos entregado es a los que voluntariamente se han quedado con nosotros.

Y así transcurrían las horas, preguntando por un montón de nombres de militantes o dirigentes del FMLN, que si los conocía, que qué hacían, que dónde estaban. Desacreditaban a los dirigentes pretendiendo manipular mi manera de pensar. Trataban de destruir el ejemplo de los compañeros, tanto de los caídos como de los que habían estado presos anteriormente y que habían logrado salir porque el FMLN había realizado acciones heroicas para liberarlos. Querían manchar su ejemplo. Conocíamos a estos compañeros, su temple, su valor y su consecuencia revolucionaria. Jamás podrán empañar sus imágenes. Los respetamos y se han ganado su papel y su responsabilidad. A Ana Guadalupe Martínez, a Mayo, a Marcos, a Galia, a Facundo.³⁰ Las organizaciones revolucionarias no iban a sacar de la cárcel a los traidores.

Todo eso que se dice es pura propaganda, lo mismo que se dice de la Quebrada Seca y otros hechos vandálicos que nos atribuyen. Tienen que infundir terror, inseguridad, dudas. La guerra psicológica estaba dirigida a alterar lo emocional de las personas, no lo racional. Trataba de generar un reflejo de rechazo, basado en la calumnia y en la tergiversación de la verdad. En el caso de los soldados, para tratar de impedir que se rindieran en los combates. En el caso de los presos, para que dudaran de la perspectiva de victoria y de la consecuencia de otros y llegaran a traicionar, y en el caso de la población civil, para intentar restarle apoyo al FMLN-FDR.

— ¡Pum! — un interrogador rompe repentinamente mi privacidad.

³⁰ Facundo Guardado: miembro de la dirección de las FPL, participó en los diálogos de La Palma y Ayagualo y recibió a los presos liberados el 24 de octubre de 1985.

Cada vez que lo hacían, se me crispaban los nervios, pero no lo dejaba entrever. Uno de ellos conectó una sierra y la pasó a mi alrededor, muy cerca. Una vez, dos veces, tres veces. Estaban tratando de infundirme miedo, de desequilibrarme, de romper mis nervios.

11

Quizá era el mediodía del 25 cuando me llevaron a la celda, me quitaron la venda y me tiraron sobre la colchoneta. Miles de pensamientos vinieron a mi mente; la claridad me molestaba. «¿Por qué me han traído?» La respuesta fue un apretón de manos:

—Soy el Mayor Avilés, del COPREFA.³¹

—¡Váyase! No quiero nada con ustedes.

—Vengo de Teleprensa, vengo a entrevistarla.

—¡Váyase!

Me coloqué una toalla sobre mi cara y me volteé hacia la pared.

—¡Sos una gran malcriada!

Dio la vuelta y se fue.

Solo hasta este día me dejaron descansar cuatro horas, pero sin dormir. No había duda de que estaba débil. Casi no comía, y ahora hacía más de veinticuatro horas que no probaba bocado. No podía ordenar mis ideas. Tenía fatiga, rabia y pena. Era una mezcla de sentimientos.

Con fe lo posible soñar,
combatir sin temor,
soportar el dolor,
amar la belleza sin par,

³¹ Comité de Prensa de las Fuerzas Armadas.

y dispuesto al infierno afrontar,
 si lo indica el deber.
 Yo sé bien que si logro ser fiel
 a mi ideal estaré siempre
 en paz de mi vida
 al final
 si hubo quienes soportaron
 hasta el final
 por ser siempre fieles a su ideal.

—Oíla cómo canta. ¡Cállate!

—¡Déjala! —dice otro.

Sentada. Cada vez me iba sintiendo peor. Pero no quería mostrarlo.

—¿Qué trabajo tienen en Berlín? ¿En Las Salineras? ¿Cómo están estructurados los comandos «Mardoqueo Cruz»? ¿Por qué los comandos la traen contra la Policía? ¿Quién les pasa la información a los comandos? ¿Dónde está Roberto Roca?³² ¿Cuándo se reúne la comandancia central?

Sabían que no iba a responderles, que les diría que no sabía, ¿por qué insistían?

Conversé con uno de nuestros muertos: «La verdad es que no saben, esperan que te quebrés en cualquier momento o que te murás, enloquezcás, que barajustés, que salgás gritando. Esperan que te desmoronés de alguna forma. Son ellos los que se vuelven locos, y cuando no pueden fortalecer su moral, cuando no te ven débil, cuando ven tu ejemplo, no pueden más y te matan, te les morís en las torturas o te lanzan a las carreteras o a El Playón³³

³² Secretario general del PRTC y miembro de la comandancia general.

³³ Lugar árido en la costa del Pacífico, en el departamento de Usulután, donde con frecuencia las fuerzas gubernamentales abandonan cadáveres de capturados.

y al Lempa.³⁴ Se imaginan el horror pintado en los rostros humildes cuando los cuerpos son descubiertos. Pero todo eso solo se convierte en ejemplo de fortaleza, de consecuencia, de un mensaje nuestro. El que les hemos dado. Saben que antes de traicionarlos, nos morimos».

—Y ¿a vos te pasó eso?

—Sí, claro.

—Esta mujer está loca. ¡Nidia! No te durmás —interrumpen mi diálogo imaginario.

—Estoy despierta.

—¡Estás soñando! Aquí no has venido a dormir. Pero mirá, te vamos a dejar dormir si colaborás.

—¡No!

La trompeta, la diana, el trote. Amaneció nuevamente. Los ruidos. Arrastraban sillas en la segunda planta de la sección de interrogatorios. Mucho tiempo después supe que ahí tenían también a Felipe Fiallos.³⁵ Y en la tercera planta tenían al ya traidor Miguel Castellanos. Ya lo habían doblegado y yo ni siquiera me lo imaginaba.

Solo esos ruidos me indicaban cuándo comenzaba el día o cuando comenzaba la noche. Aquí había perdido la noción del tiempo. Con esta venda no sabía si era de día o de noche. No sabía ni en qué día estaba. «Quizá hoy sea ya el 26 de abril. Si es así, se lo dedico al cumpleaños de mi hermano Rafael y al del comandante Camilo Turcios,³⁶ y me da satisfacción de que tengan la oportunidad de vivir».

³⁴ El río más grande e importante de El Salvador, corre de norte a sur.

³⁵ Felipe Fiallos: miembro de dirección de las FPL, capturado en abril de 1985 y liberado posteriormente en el canje de Inés Duarte.

³⁶ Camilo Turcios: comandante del PRTC y miembro de su comisión política.

Mi hermano nació sano, pero en un descuido, cuando tenía año y medio, sufrió una caída y se lesionó gravemente la región temporal izquierda. Por ello fue víctima de retraso mental y se le desarrolló un cuadro de psicosis esquizofrénica. A los once años tuvo su primer ingreso al hospital psiquiátrico. Durante los primeros años no tuvimos el dinero necesario para darle el tratamiento que requería; pero poco a poco, con los esfuerzos de mi madre, se le fue dando una asistencia adecuada. Los diferentes tratamientos, las drogas, electroshocks, lo aliviaban temporalmente. Pese a su retraso estudió hasta cuarto grado. En edad, él me llevaba un año; por eso quizá hicimos y celebramos juntos muchas cosas. Nos quisimos mucho. Decía que yo era la hermana a quien más quería, porque aun en la lucha, dentro de mis posibilidades, lo atendía y estaba siempre pendiente de él. Para mí él era casi como un hijo. Además de los problemas que se vivían en el hogar, hubo otros que agravaron su situación. En 1973 le practicaron una lobotomía y disminuyó su agresividad. En el período pre y postoperatorio fui como su enfermera. Así ha pasado su vida:³⁷ períodos ingresado en el psiquiátrico, períodos en la casa.

Hermano,
querido hermano.
Tú y tus treinta y cuatro años
tú y tu niñez
tú y tu adolescencia
juventud y tu madurez
sumido en la locura del tiempo
atrapado en la psicosis
enredado en la esquizofrenia.

³⁷ Mi hermano murió de un síncope cardiaco el 1ro. de octubre de 1986, mientras se encontraba lejos de mi madre.

Tú, tan puro y dulce
 tan agresivo y callado.
 Niño hombre.
 Mi madre junto a ti
 treinta y cuatro años.
 Hoy lejos de ti
 y junto a ti tu padre,
 nuestro padre
 luego de diecisiete años.

Hubiera querido que mi hermano no tuviera ese problema mental. Quisiera que fuera un gran combatiente, como Camilo, o simplemente un ser normal. Pero la realidad era otra. A los dos los quiero muchísimo.

Pararon el interrogatorio. Me agarraron los dedos y me los llenaron de líquido. Luego me obligaron a poner las huellas en varios papeles; me resistí y uno de ellos me levantó la venda un poquito para que viera. Eran unas tarjetas para fichar las huellas digitales.

Numerosas preguntas iban surgiendo. Ya no lo soportaba. El interrogatorio estaba demasiado intenso:

—¿Quiénes son los que dirigen el trabajo metropolitano?

—¿Cómo es la estructura del FMLN? —pregunta otro—. ¿Cuántos combatientes tienen ustedes? ¿Quién te va a sustituir, Nidia? ¿De dónde viene el dinero del FMLN? ¿Qué es CIAS, DAD-PAZ? ¿Qué es Z-O, Z-3, Z-5? ¿Cuándo hay reunión de AMES? ¿Cuál es la estructura del PRTC? ¿Quién es el responsable logístico? ¿Verdad que es José Juan? ¿Qué es «tenaza», «martillo», «barra»?

Una pregunta tras otra, sucesivas, a la par, precipitadamente o con pausas, repetitivas. Me llevaron en la silla, atravesé pasillos, puertas.

—¡Tomá! ¡Mirá cómo estás de greñuda, peinate!

—¡No me interesa! ¿Para qué?

12

En el casino de la oficialidad me quitaron la venda. Estaba frente a las cámaras. Era la prensa nacional. Mi estado y la sorpresa no me dejaron concentrarme bien:

...Fui capturada... en una operación tipo comando realizada por tropas de la Fuerza Aérea, jefeadas por un asesor norteamericano, quien me capturó... Caí herida con un balazo en el omóplato, uno en el brazo, uno en el tobillo y, junto a varias esquirlas, otro en la pierna, así como una quemada en el brazo. Soy prisionera de guerra. El interrogatorio ha sido duro, noches de desvelo, días y noches sin dormir. No han respetado mis condiciones de salud provocadas por las heridas y la tensión. A pesar de las recomendaciones médicas de reposo, los interrogatorios no cesan. El día de mi captura estaba de verde olivo, con mi sombrero y mi equipo militar, así como me vieron en La Palma. Hoy estoy aquí con mis heridas, vendas y este camisón. Pero me ven siempre con la cara levantada al sol. Yo puedo quedarme aquí, a saber con cuántos años de cárcel o me fusilarán. Tengo catorce años de luchar por mi pueblo, así que me pueden matar, no tengo miedo a morir. Me pueden mandar a matar, a fusilar; pero esta historia, la de los pueblos, la escriben los pueblos con sangre y fuego. Me pueden cortar la lengua, despellejar; pero traicionar a mi pueblo, ¡jamás! Hoy comienzo una nueva etapa de mi vida, pero como revolucionaria, allí donde esté y como esté nadie cambiará mis ideales, porque los ideales se traen en la sangre y, mientras existan las causas que originaron nuestra lucha, existirán causas para alcanzar la liberación...

Todos los periodistas tomaban nota. Sus rostros estaban tensos. Estaban temerosos. El COPREFA, desde que anunció mi captura,

les prometió que yo daría declaraciones, pero ahora yo decía otras cosas:

...Ellos no quieren que haya revolución, ellos quieren que haya guerra, que llegue la paz... pero la paz de los cementerios y de las cárceles clandestinas, del hambre, de la injusticia. Estoy convencida de que para que haya paz, hay que luchar. Hoy es tiempo de luchar por lo que algún día lograremos. Como dijera una vez el comandante Facundo Guardado «una paz con justicia; pero la paz no se implora, se conquista». El FMLN-FDR somos gente sensata, no somos militaristas y lo hemos demostrado en La Palma. Sin nuestros equipos militares nos sentamos a platicar de frente, tal como nos lo pidió la comandancia general del FMLN. Y si me lo volvieran a pedir para tratar asuntos que pongan fin al conflicto, lo continuaría. Sigo creyendo en una solución política al conflicto, no en una solución militar como pretende el Gobierno y los de la administración Reagan. Por eso propusimos el 21 de abril como fecha para dialogar en Morazán; de igual forma propusimos sentarnos a la mesa en la primera ronda de diálogo y ahora soy prisionera de guerra, y la guerra continúa, porque nuestros ideales siguen. Exista o no exista Nidia Díaz el pueblo va a triunfar. La lucha continuará, porque las causas que la originaron allí están, aún persisten: miseria, hambre, explotación, irrespeto a los derechos humanos. Pero creo que la salida política es una salida sensata y patriótica. La prolongación de la guerra no nos interesa, pero tampoco estamos dispuestos a deponer las armas sin solución global y real...³⁸

«¡Al fin! He comenzado a denunciar y decir ante la prensa gran parte de las cosas que quería. ¡Qué desahogo!».

³⁸ Estas declaraciones aparecieron en el boletín de una organización de mujeres de El Salvador.

Los oficiales suspendieron el encuentro, retiraron a todos los periodistas. Quizá eran unos treinta. Al salir, sus miradas aún me buscaban, queriéndome consolar. Hubo un momento en que interrumpí mi declaración y les dije que realmente me sentía mal. «¿Y ese periodista a quien se le salieron las lágrimas, quién sería?».

Esa misma noche el pueblo escuchaba algunos de mis argumentos por una que otra emisora o veía mi imagen por la televisión o en los periódicos. Mi madre, al ver mi foto, donde yo estaba sentada con la mirada hacia arriba, con una tristeza muy honda, y sobre todo al leer los comentarios de los periódicos, que decían que yo parecía estar loca, se enfermó y la hospitalizaron. ¡Pobre! No sabía que yo estaba más cuerda que nunca.

«Otra vez la venda. Me pica la cabeza, me comienza a subir y a bajar la picazón. ¡Son piojos! ¡No puede ser! Sí, Nidia, ellos quizá te los han puesto para hacerte la vida más imposible o se te han pasado con las vendas o el peine. Es lo mismo, vienen de ellos».

Por la mañanita me llevaron a la celda 20. Fue una noche terrible. Casi me pegaron, ojalá lo hubieran hecho. Los hubiera escuchado. Por momentos me provocaron a hacerlo. «¡Como se enojó ese interrogador cuando le dije que era un ignorante, que no sabía ni cómo había nacido! Es que es tan difícil discutir con ellos. ¿Es que no lograrán entender nunca el porqué de nuestra lucha?

»Dicen que de tanto se me ha tupido la mente. Realmente me dan lástima: en su mayoría son de origen humilde y se han vendido por dinero. Ahora se han comprometido tanto que ya no pueden dar marcha atrás. Han asesinado, torturado, han aplicado un genocidio abierto, saben que el rigor de la justicia popular caerá sobre ellos. Su miedo los hace actuar cada vez con más saña, con más veneno».

El detective y el interrogador estaban ahí, frente a la colchoneta, observándome. Llegaron dos mujeres de la Comisión de

Derechos Humanos Gubernamental. Prometieron traerme ropa, «aunque sea de ellas». Se mostraron amables y consternadas.

Hoy me bañaron dos enfermeras y me pusieron la ropa que me habían traído. El baño me relajó y comí un poco. Llegó nuevamente la Cruz Roja Internacional (CICR). Les di indicaciones de cómo controlar a mi madre y decirle que estoy bien.

Nuevamente las preguntas del interrogador, esta vez más difícil, pues el baño y la colchoneta me llevaron a cerrar los ojos, a querer dormir. Pero ellos, como siempre, no me lo permitieron.

13

«Ya no hablo, no tengo ganas; pero ellos preguntan una serie de cosas simples: “que si me gusta la música, qué tipo de comida...” y cosas por el estilo.»

Esta era la tercera fase del interrogatorio, donde se produjo una intensa discusión en torno a los problemas sociales. Parecía que pretendían conocer algo más de mi personalidad.

Fue increíble. Hablamos de todo, de estructuras socioeconómicas, de alcoholismo, de mendicidad, de prostitución. Parecía que su objetivo era agotarme, no dejarme dormir.

Siempre con los interrogadores a la par. La discusión parecía de locos, algo incomprensible en esta situación. Yo les decía que cuando triunfáramos, íbamos a dar pasos para acabar con la prostitución, que las mujeres ya no se iban a ver obligadas a vender su cuerpo. Uno de los tipos me respondió:

—¡Ah, no! Si no existieran las putas, no podríamos resolver algunos problemas; a cada rato dejaríamos preñadas a las muchachas que no quieren acostarse con uno sin tener un compromiso. Y eso es un buen negocio. Yo era dueño de una casa de citas, por cada puta pagaban cuarenta colones y yo me quedaba con un

porcentaje. Ya no me gusta ese negocio y por eso me he metido en el de taxis, saco mejor ganancia. No me mirés así. Aquí todos tienen negocios. ¿Qué creés? Las necesidades crecen y hay que asegurar el futuro, mamaíta. A eso hemos llegado ahora.

—Por eso estamos como estamos. ¡Usted me repugna! —le digo.

Sentía hastío, asco de todo lo que me rodeaba. Tener que soportarlos, sin poder obligarlos a que se fueran. «¡Que un rayo los parta!». Estaban pretendiendo agotarme al máximo, seguían hablando, parecía que era conmigo. Yo no quería escuchar. «Pienso en los compas, en la lucha, en mi hijo, en todo».

Mis pensamientos se detuvieron en aquella mañana en el norte de San Miguel. Después de haber desayunado junto a los compas, me encontraba en mi choza respondiendo unos mensajes y oyendo noticias. El estampido de un cañón me sobresaltó. Sin soltar la taza de café que recién había comenzado a tomar, salí apresuradamente para tratar de ubicar de dónde y hacia dónde venía el cañoneo. No había logrado ubicar aún de dónde disparaban, cuando el silbido de un proyectil me hizo tirarme al suelo instintivamente, y derramé el café. Pude llegar hasta la trinchera. Luego oí más lejano el cañoneo. A los pocos instantes me comunican por radio que un proyectil de 105 milímetros había dañado la champa³⁹ donde teníamos las medicinas.

Quise saber cómo estaba todo, conocer más de cerca; les dije que trataría de llegar. Caminé treinta minutos. Ya los compas habían separado la medicina dañada, como un 20%. El proyectil había caído en la parte trasera, fuera de la champa. En otra champa había unos cinco compas en hamacas, dos de ellos con paludismo, un lisiado y dos heridos.

—Están calientes los hijos de puta, va —les dije—. Es por la emboscada y las trece bajas que les hicimos hace unas diez horas

³⁹ Champa: choza.

en la carretera Panamericana, a la altura de Estanzuelas. Creo que las piezas de artillería están en «La Cancha».

Permanecí allí como una hora. Algunos de ellos me contaron anécdotas de sus vidas. Cuando ya me despedía, uno de ellos, creo que se llamaba Raúl, me dijo:

—Comandante, ¿por qué no nos consigue unas cuerdas de guitarra? Fíjese que anoche se nos reventó una y hemos compuesto una canción...

—Viera qué linda, es que está enamorado —lo interrumpe el compa lisiado.

A los pocos días los volví a ver en una fiesta. Mi memoria aún retiene sus rostros sonrientes. «La mente es un remolino».

Siento una mano alrededor de mi garganta; lentamente iba tocando, apretaba, no me inmuté. Volvió a apretar. Contuve la respiración como esperando más. Me soltó. Reinaba el silencio. Pude sentir su respiración.

—¡Estabas dormida! —grita el interrogador, al momento que golpea la mesa.

—¡No me grite! —le grito yo también.

—¿Ah, sí? Pues aquí mandamos nosotros y nos vas a aguantar, ¿oíste?

—Dio resultado lo que dije —dice uno de ellos—. Aquí te han mandado más papeles, Nidia. Son tuyos.

Oí que revisaba y dijo con jactancia; dirigiéndose a mí:

—¡Somos efectivos! ¡No lo creés vos ahora?

Trataban de confundirme, de hacerme sentir culpable, de ablandarme. Era ridículo que pensarán que yo tuviera esa cantidad de papeles. Todo era un recurso para presionarme.

14

Me llevaron al casino. Nuevamente estaba ante las cámaras. Unos señores se identificaron como periodistas de una agencia de prensa europea. Dijeron que por la mañana habían estado con Miguel Castellanos.

—¿Con Miguel?

—Sí, con Miguel. ¿Lo conocés?

—No, no lo conozco.

—Ni yo tampoco —dice un periodista.

¿Cómo se encontraron estos periodistas con Miguel, hasta ese momento, para mí, un compañero de lucha? Me quedé con la incógnita. Me hicieron alrededor de siete preguntas. Eran dirigidas y progobiernistas. Las respondí todas con mucha seguridad y desenvoltura. No les di espacio para la maniobra.

—¿Por qué se dan las desercciones en el FMLN? —me pregunta uno de ellos.

Lo miré fijamente y le dije:

—Todo es *show* propagandístico para confundir al pueblo, la opinión pública; es parte de la guerra psicológica.

—Comandante Nidia, ¿por qué el FMLN no respeta los derechos humanos?

—Pues si cumplir con los convenios de Ginebra y sus protocolos adicionales para usted es no respetar los derechos humanos, estamos viendo el mundo al revés. El FMLN en muchas oportunidades ha demostrado respetar a los prisioneros de guerra que han sido apresados en combate, de frente. Los hemos entregado a la Iglesia como muestra de humanización del conflicto. Hemos dado atención médica oportuna, de acuerdo con nuestras posibilidades, a los heridos.

Luego me preguntó:

—¿Cómo te tratan?

—Como le conviene al régimen.

—¿Te tratan bien o mal?

—Ya le dije, que como le conviene al régimen.

Tenía poca experiencia en entrevistas. En la cárcel las entrevistas me parecieron tendenciosas y progubernistas, al menos algunas. Las preguntas de algunos periodistas, que en ocasiones llegaban a acosarme, no eran imparciales y me obligaban a entablar una discusión. ¿Por qué las acepté en estas condiciones de cautiverio? Solo había un motivo para hacerlo: contribuir a que las opiniones reales y objetivas llegaran a los pueblos. Temía que hicieran tergiversaciones o que usaran mis declaraciones para otros fines. Siempre era un riesgo. También era un aprendizaje que a cualquiera podía costarle caro.

Recuerdo que en 1983, en el norte de San Miguel, me hicieron mi primera entrevista. Fue un reportero extranjero y yo era clandestina. Él no tenía mayores datos sobre mí y era progresista. Yo siempre calzaba los partes de guerra del frente urbano con nombres de hombres; no quería que se detectara que uno de sus principales jefes era una mujer.

Me habían hecho otro tipo de entrevistas en La Palma, para lo del diálogo del 15 de octubre de 1984. Respondimos preguntas en la conferencia de prensa que dimos después del encuentro y luego, siempre en ese marco, bilateralmente, di algunas entrevistas. Ese día los periodistas atravesaron muchas dificultades para llegar desde La Palma a Miramundo, a diez kilómetros de La Palma. Llegaron empapados por la lluvia, tiritando de frío y agotados por el esfuerzo. Tuvieron que calentar sus cuerpos alrededor de una fogata. Algunos periodistas intentaron desesperadamente introducir micrófonos y cámaras en la iglesia de La Palma. Aquí en la cárcel di dos declaraciones, pero los periodistas no me preguntaron nada.

«Y ahora esta entrevista y quizá haya más.⁴⁰ No sé qué pensaré el FMLN y la comandancia general, nuestra comandancia. No sé si voy a contribuir o a perjudicar. Nunca es como estar fuera y prepararse para la entrevista, tener una visión global y actualizada de lo que está sucediendo. Bueno, al menos eso pienso yo. Después de lo de La Palma, ahora, debo asumir públicamente lo que venga. A mí que nunca me gustó ni busqué ser mencionada, ahora tengo gran publicidad y el deber de difundir la verdad sobre nuestra lucha. Siempre quedo con una insatisfacción profunda al concluir las entrevistas, pienso que pudo ser mejor».

Estaba en la celda, sin venda, y frente a mí había dos detectives. La celda estaba húmeda, pero podía sentir el calor del sol de mediodía. Mi celda estaba pegada a la de donde hacían los interrogatorios. En el resto de las celdas, que estaban a continuación de esta, ¿quiénes estarían? Todo era tan silencioso que creía que estaba a la sombra de los compas.

—¿Cómo te sentís? —pregunta un detective.

—Tranquila.

—Aquí hay que poner de su parte para que todo salga bien.

—Aquí me comporto como debo para que todo salga bien.

Podía verles la cara. Era gente joven, vestida de civil, a la moda. Al verlos en la calle nadie hubiera podido creer que eran parte de esto. Antes los detectives se distinguían a la legua, rápido; ahora los han entrenado y los preparan para ser más efectivos. «Yo los reconocería por su mirada, por su sudor, por su respiración, por su tacto, por su voz. ¿Cuántos he visto ya? ¿Cuántos tendré que

⁴⁰ En la cárcel di seis entrevistas: dos entrevistas a la CBS, una a Venevisión (canal de televisión de Venezuela), una a la agencia llamada Central Latina de Prensa, otra a la Pranss (europea) y una a la Agencia de Noticias de Guatemala.

seguir viendo? Muchos, de todos los portes: altos y bajos, blancos y morenos, delgados y gordos, vestidos de civil y de uniforme».

El tema me hizo pensar en los compas, me los imagino. ¿Por qué se organizan? Creo que hay muchas razones.

15

Con la cabeza agachada y la picazón de los piojos, en la oscuridad blanca que la venda abría ante mis ojos, sentía que los minutos eran siglos interminables.

—Nidia, te vamos a invitar a ver televisión. Mirá qué bien te tratamos, que hasta te vamos a distraer —dice un oficial.

Me quitaron la venda y ante mí apareció un televisor. Se informaba sobre la integración de la Asamblea Legislativa. Luego apareció Miguel Castellanos, rodeado de periodistas y el viceministro de Información, Gerardo Chevallier. Lo presentaron como el guerrillero arrepentido. Se había entregado. Se iba a integrar al proceso «democrático» porque en el país ya había cambios, porque la guerrilla ya no tenía razón de ser.

«Pero, ¿cómo es posible? ¿descomposición política, pérdida de perspectivas? ¡Traición!». Al momento de su captura, el 11 de abril de 1985, en Olocuilta, departamento de La Paz, Napoleón Romero, que era su nombre real, ya mostraba debilidades: comodismo, mezquindad, egoísmo, falta de espíritu fraterno. Manifestaciones de individualismo se habían acentuado en él: no se adaptaba a la vida colectiva y había comenzado a anteponer su seguridad personal a la lucha frontal y ofensiva contra el enemigo. Se apreciaba en su conducta un afán por alcanzar notoriedad. Ya se mostraba distante, frío, en la relación con los compas. Su vida era una apariencia. Sus últimas apreciaciones políticas reflejaban una pérdida de confianza en la victoria de nuestro pueblo. Ya las Fuerzas

Populares de Liberación (FPL) lo habían notado y comenzaban a tomar las medidas pertinentes para ayudarlo a superar sus limitaciones y deficiencias políticas.

—¿Qué te pareció?

—¡Qué es una mierda! ¡Tráiganme limón!

—¿Para qué?

—Voy a vomitar. Ustedes son unos canallas.

—¿Así que es una mierda? Él es un hombre inteligente. Vale mucho más que vos. Ese sí piensa con la cabeza, es racional, es lógico y buen político.

—¡No, ese es una mierda!

—¿No lo querés ver? Lo vamos a traer —me dicen con tono sarcástico.

—¡No, no lo soportaría! Y si lo traen, le voy a decir a la Cruz Roja que me han torturado de la peor forma.

—Pues, te lo vamos a traer.

—Si lo traen, lo voy a matar y no quiero que ustedes tengan otro motivo para continuar con la maniobra en mi contra.

Pensaba que si me lo ponían enfrente, yo le daría una patada en los testículos, buscaría la forma para sentar un precedente en ese cubículo.

—Nidia, ¿estás loca? Es un hombre inteligente, entendé, tiene más coco. Vos sos tonta.

—¡Mentira! Él es un arribista. Su ansia de poder y el resentimiento lo han llevado a vivir a cualquier precio. Era mejor morir con dignidad que vivir como él vive y vivirá para siempre. Sí, va a vivir, pero no con honor y gloria, sino asqueado, como el cobarde, como el gusano, peor que ustedes.

Ellos no me llevarían a Miguel, no les convenía: tenían miedo de que se les quebrara, de que su obra se les desmoronara.

«La cara de Luis Díaz se me viene encima; la mano de Janeth, tan blanca y menuda, me toca. La mirada y el valor de todos los

seres queridos desaparecidos están ahí, junto a mí, en este cubículo. Ahora los esbirros no existen, solo los compas y esta pesadilla. Miguel, ¿no te importó la sangre y valentía de quien te organizó? ¿No te importó la firmeza y la piel torturada de quien te amó, ni el sacrificio abnegado de quien te hizo nacer? A Luis sí le importaron los que junto a ti forjamos y construimos los cimientos de la organización y la lucha, los que a lo largo de esta guerra hemos derramado sangre.

»¿Y la sangre derramada y el dolor de miles de trabajadores? Los que desde siglos atrás, y siempre que hay explotación, fueron, son y serán oprimidos. ¿No te dolió su dolor? Te derrotaste sin ganar o por lo menos pelear la última batalla y salir victorioso dignamente. ¿Pretendes destruir lo irreversible, lo indestructible? ¿No confiaste en la capacidad inmensa y creadora de nuestro pueblo? ¿No te importó nacer, amar y luchar? Debiste morir cuando debías, si amabas la vida digna... Tu traición fue una puñalada al corazón, a tu pueblo, a la revolución. Pero a pesar de gente como vos, nuestro pueblo avanza y crea su propio destino. ¡A pesar de ti!».

—¡Nidia! ¿Estás despierta?

—¡Sí! Estoy despierta.

—¿No ves que Miguel es de la comisión política de las FPL? Ha sido jefe de la metro,⁴¹ tiene muchos años más de trayectoria que vos, y vos, según Mario Zetino, desde 1977 estás incorporada, sos del PRTC. Él vale más que vos.

—¡No importa el tiempo ni el cargo! O de qué organización es, si es mujer u hombre, o la edad que se tenga. Solo es este momento, el que nos estamos jugando. Es la dignidad.

⁴¹ Metro: ciudad capital.

«¿No te importó Clara Elizabeth,⁴² Gloria Palacios, Sonia,⁴³ Ana María,⁴⁴ Felipe, Juan Chacón,⁴⁵ Polín?⁴⁶ A mí sí me importaron, importan en este momento, en el que estamos los dos en las garras enemigas, en las pruebas de fuego de los juegos verdaderos. A Luis, a Margarita Peña,⁴⁷ a Felipe Ramos, a Iveth Castro⁴⁸ y a muchos más, nos han importado ellos, todos, estos, nosotros y los que vienen, y por eso vivo y viviremos siempre. Viviremos en la memoria de esta historia popular, en la sangre y valentía, en el sonido de las campanas libertarias. Viviremos, pero dignamente».

—¡Nidia! —grita uno, en el momento en que se repetía un golpe fuerte sobre la mesa.

—¿Qué quiere?

—Miguel es inteligente. Fíjate: él ha reconocido el fracaso del FMLN, ha reconocido que ya no tienen perspectivas en la guerra, ha reconocido que estamos en el camino de la democracia, y vos, aferrada a las ideas del totalitarismo, aferrada a las ideas del comunismo. ¡No te toqués la venda! ¿Querés mirarnos?

—¡No, no los quiero ver!

«El rostro de Miguel me golpea la cara. Es vértigo lo que siento. Perdiste el hilo conductor de la historia, detuviste el motor

⁴² Fundadora de las FPL, miembro de la dirección, muerta en combate en Santa Tecla el 11 de octubre de 1976.

⁴³ Claudina Calderón: dirigente estudiantil, miembro de las FPL, desaparecida en 1983.

⁴⁴ Mélida Anaya Montes, segunda responsable de las FPL, asesinada el 11 de abril de 1983. Fue destacada dirigente de masas.

⁴⁵ Dirigente de las FPL, miembro de la dirección del FDR, asesinado el 27 de noviembre de 1980.

⁴⁶ Dirigente campesino de la Unión de Trabajadores Salvadoreños y del Bloque Popular Revolucionario, asesinado.

⁴⁷ Miembro de la Dirección de las FPL, hermana del comandante Felipe Peña Mendoza.

⁴⁸ Gladis Meardi, cuadro del PRTC, capturada en una parada de buses y desaparecida en 1981.

del proceso, se nubló tu visión, todo fue oscuro y tu olfato solo percibió la mierda. Paraste el tiempo y rompiste el espacio en el vacío. Para ti, el movimiento se volvió estático y vino tu traición... delataste. ¿Es que no comprendiste que el tiempo está a nuestro favor? ¿Y ahora?»

—¡Despertá! —otro grito de uno de ellos.

—¡Qué mierda! Y ahora él es un perro al servicio de Reagan. Se le enrolla a Duarte como un reptil, a él, que ha causado más daño a la patria, el más traidor. ¡Él es una mierda, igual que ustedes!

—¡Señora! —se espanta uno—. Usted no está en sus cabales.

Incluso, después, hasta el doctor Bottari me dijo sobre Miguel: «Ese no llega ni a revoltoso...», con el desprecio que usa un enemigo cuando ve a su adversario débil. Él no conoció ni conoce el abecé de la fuente de la vida, la fortaleza y confianza en el futuro, la fuerza de luchar por lo que se cree verdaderamente, la firmeza de las convicciones cuando llega el momento de la prueba, cuando la muerte nos va a sorprender y nos avisa que llega. Aprieto mi frente con la mano izquierda. Quiero dejar de pensar...

¡Gracias a la vida
que me ha dado tanto,
me ha dado la dicha
y me ha dado el llanto,
con ellos distingo
dichas de quebrantos,
los dos manantiales
que forman mi canto,
y el canto de ustedes
que es mi propio canto!

—¡Calláte! Estamos trabajando, no en fiesta.

—¡Shsss...! A callar gallinas, al corral —les respondo airada.

16

«¿Cuántas horas han pasado? No lo sé. Ellos han estado preguntando por todos los nombres posibles. ¿Dónde está Salvador Guerra? ¿Conocés Chalatenango, Morazán, el norte de San Miguel, Usulután, Guazapa? ¿Conocés a Joaquín Villalobos?⁴⁹ ¿Lucio? Zamora, ¿dónde está? ¿Mario González? ¿Fernando Gallardo? ¿Roberto Roca? ¿Schafik Hándal?⁵⁰ ¿Facundo, Fermán?⁵¹ Tantos nombres y sus rostros y ejemplos en mi mente».

Creo que hoy es 30 de abril, cumpleaños de mi padre. Pobre viejo mío, siempre deseé que fuera mejor. A los siete años me rebelé contra él, después de una paliza que le dio a mi madre. La hizo sufrir mucho. La pobre trabajaba en el día como secretaria y en la noche cosía en su taller de costura, pues el sueldo no alcanzaba. Mi padre se lo bebía y jugaba. Mi madre lo dejó hace dieciséis años. Fue toda una proeza y mi conquista.

Pero esa situación vivida en mi hogar me hizo madurar con mucho más rapidez, me hizo no creer en lo ideal, no tener apego a lo material, pues mi padre, por venir de una familia acomodada, terrateniente, por haberse educado en un colegio privado y en Estados Unidos, tenía un modo de vida pequeñoburgués. Le gustaban la apariencia y los símbolos de riqueza. Adquiría muchas cosas, pero constantemente se las quitaban por no pagar o las empeñaba. Le dieron en propiedad una casita modesta, pero no la quiso porque a él le gustaban las casas grandes. Siempre

⁴⁹ Joaquín Villalobos: secretario general del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), comandante del FMLN y miembro de la comandancia general.

⁵⁰ Schafik Hándal: secretario general del Partido Comunista Salvadoreño, comandante del FMLN y miembro de la comandancia general.

⁵¹ Fermán Cienfuegos: secretario general de la Resistencia Nacional (RN), comandante del FMLN y miembro de la comandancia general.

terminaban echándonos porque no pagábamos. Vivimos como en quince casas en distintas colonias y barrios.

Por el trabajo de mi madre me dieron una beca en un colegio católico del cual salí bachiller. Estudiaba mucho para conservar la beca. Esos tiempos fueron difíciles. Mi madre empeñó hasta los vestidos y andaba con zapatos descosidos. No conocimos eso que llaman felicidad del hogar. Llegué a comprender, tanto social como emocionalmente, la conducta de mi padre. Lo visitaba cuando podía. Desde hace años no lo hago.

Conozco a sus otros hijos y cuando he podido hacer algo por él y por ellos lo he hecho. No me pesa hacerlo, nunca le di la espalda, sobre todo porque fueron esas condiciones en que se desarrollaron mi niñez y adolescencia las que también contribuyeron a que yo tomara una posición, tomara conciencia de cuál debía ser mi papel en la sociedad. Desde pequeña, según recuerdan los familiares que me rodearon, repartía mis juguetes y mi comida entre los niños que no tenían, y no me gustaban los vestidos vaporosos. Mi madre, quien por ser bibliotecaria organizó varias bibliotecas, entre ellas una infantil, me motivó a la lectura. Leía sobre todo cuentos y relatos, me atraían los de Julio Verne. Estas lecturas me fueron creando una mente de fantasía que contrastaba con la dura realidad del hogar. En esas bibliotecas me mezclaba con toda clase de niños y jóvenes, principalmente con los provenientes de sectores populares.

Me estaba quejando o algo así e inesperadamente se acercó una enfermera y me dio agua:

—Tómame esta pastilla. Es un calmante.

Mis dedos la tocan y no es común. Me levanto un poco la venda y ahí está, reconozco: es color celeste y pequeña, es una diazepam.

—¡No! ¡No la quiero! ¡Llévesela!

Era de esperarse. Sus intenciones eran provocarme más sueño, pero sin dejarme dormir.

17

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¿Dónde serán esos disparos? ¿A quién o a qué le estarán disparando? Parece que es un polígono o algo así. Pero, ¿a esta hora de la noche? Quizá siempre lo hacen y no me he percatado antes. También puede ser parte de la guerra psicológica. Tengo un sabor amargo en la boca, la siento pastosa, ¡hedionda! No me he lavado los dientes desde hace días, pero aguanto. Uno se prepara para sobrevivir incluso sin esos hábitos».

Arriba los pobres del mundo
de pie los esclavos sin pan
y gritemos todos unidos
¡Viva la Internacional!
El día que el triunfo alcancemos
ni esclavos ni amos habrá,
la tierra será el paraíso
bello de la humanidad...

Así repetía mentalmente esas estrofas este 1ro. de mayo en este quinto frente de guerra «Pedro Pablo Castillo».⁵² El Comité Pro-Primero de Mayo había convocado a una gran manifestación. Este comité estaba integrado por la Coordinadora de Solidaridad con los Trabajadores (CST), la cual aglutina a trabajadores del Estado, obreros y sectores populares. También se había ido a la huelga el sindicato de la Administración Nacional de Acueductos y Alcantarillados (ANDA).

—¡Nidia! ¡Despertá! No te durmás —dicen.

Noté que ya habían relevado el turno. Venían otros. No reconocí las voces. Tenían acento extranjero, pero no era norteamericano

⁵² Así llamamos a la cárcel.

como el de la otra noche que discutió bastante con mis interrogadores. No han querido que los asesores norteamericanos me interroguen directamente, pero sí dirigen a los que me interrogan. Esta voz era latina: eran venezolanos, y la otra me era familiar, más familiar. Parecía la voz de Vides Casanova, el ministro de Defensa.

—Nidia, no venimos a interrogarte; venimos a discutir, a platicar con vos —dice el oficial salvadoreño.

—Somos asesores del Gobierno —dice el venezolano— somos del equipo y no interrogadores.

¡Qué descarol!, pensé y les dije:

—Si van a discutir conmigo, que sea de otra forma. ¿Por qué no me quitan la venda para vemos de frente, como en La Palma? ¿Qué quieren discutir?

—No te podemos quitar la venda, tú estás presa. Queremos hablar sobre el diálogo. Creemos que ustedes no son sinceros sobre este punto. Antes quiero decirte que han caído varios campamentos de ustedes: «Nueva Estrella», «Mala Cara», «Siempre viva».

—No creo nada de lo que dicen. Creen que me pueden desmoralizar.

—Pues vas a tener que creernos. Hubo combates fuertes donde murieron Jorge Rivera, Modesto Aguilar, Ovidio. Mirá, Camilo Turcios ya murió y a vos te substituyó Miguel Mendoza. También murieron Ana y Mario en Guazapa y ha habido unas cuantas capturas. El FMLN ya no tiene perspectivas contra nosotros, están derrotados. Tu partido está acabado, desarticulado, y todos te echan a vos la responsabilidad, te consideran traidora, te desconocen.

—Nidia, el Gobierno tendría buena voluntad para sacarte a curar a otro país, Suiza, Finlandia o Australia —dice un asesor— y luego regresarte.

—No, no acepto. Yo solo iría a otra parte si la comandancia general del FMLN lo ordena; de lo contrario, no me muevo.

—No te pongás así, ni te pongás tan alegre porque no lo van a permitir. El presidente puede tener buenas intenciones, pero las fuerzas armadas se oponen, de ahí no pasa —me dicen en tono burlón.

La Fuerza Armada salvadoreña no quiere reconocer el derecho que tienen los lisiados de guerra o los heridos en combate a recibir la atención médica adecuada y a ser evacuados para recibir tratamiento médico, pues su prepotencia los lleva a desconocer los tratados internacionales sobre este tema. No los quieren reconocer porque piensan que estarían reconociendo que en el conflicto salvadoreño hay dos fuerzas y dos poderes; o sea, desde el punto de vista político, no lo admiten. Desde el punto de vista militar, pretenden complicar nuestra movilidad en el terreno y bajar la moral a nuestras fuerzas.

—Mirá, Miguel Castellanos quiere verte —dice el oficial.

—¡No, entiendan que no quiero! —les grito.

—¿Le tenés miedo?

—No, no le tengo miedo; además, si ustedes quisieran, ya lo hubieran traído. Yo soy su prisionera, no tienen por qué consultarme.

—Bueno, decinos, si la propuesta del diálogo es real ¿cuál es la propuesta? ¿Cuál es la propuesta de paz? ¿Cuáles han sido las ventajas para el FMLN y el FDR en los diálogos?

Las preguntas venían serenas, bien formuladas; se distinguía bien que no eran interrogadores de profesión.

—¿Cómo consideras o consideran ustedes que fue la posición y el desempeño de cada miembro de la delegación que fue al diálogo de La Palma? —pregunta el oficial—. ¿Cuál fue la conducta de Vides Casanova, por ejemplo?

Seguro que los interrogadores informaron que yo les había dicho que Vides Casanova y Duarte en el primer diálogo estaban por la tregua. Lo hice para agudizar las contradicciones entre ellos.

—Casi no habló. Dijo que ya Duarte lo había dicho todo —les contesté muy serena.

—¿Cómo consideran la integración de los dos ejércitos? ¿Por qué quieren disolver los cuerpos de seguridad?

—Pensamos, como ya lo conocen, que debe existir un solo ejército a partir de una solución negociada. El Gobierno de amplia participación que se instale, donde estén representados todos los sectores nacionales, integrará un solo Ejército con los oficiales y soldados más honestos, junto a las fuerzas revolucionarias.

—¿Tienen listas de los curriculums de todos los miembros de la Fuerza Armada? —pregunta otro.

—Ah, pues sí. A los que hayan cometido abuso de poder como Bustillo, Ochoa, Staben, Vargas y otros, se les juzgará. Desde ya se les está juzgando. A cada uno de ustedes lo tenemos fichado, estudiado, conocemos su trayectoria. Pero además disolveremos los planes y la estructura de los cuerpos represivos actuales y construiremos los que velarán por el orden social.⁵³

—¿Creés que Joaquín Villalobos se dejará mandar por Vides Casanova?

—No se trata de quién va a mandar a quién. Además, la práctica ha demostrado que el comandante Villalobos es más capaz que Vides para dirigir y ejecutar la guerra.

⁵³ Este era uno de nuestros planteamientos en 1984-1985, que en 1986 quedó más claramente definido: al instalarse un Gobierno de amplia participación con todos los sectores que apoyen una solución política entre salvadoreños, se acordará un cese al fuego. Este Gobierno de transición iniciará un proceso de democratización y llamará a elecciones libres, limpias y representativas. El Gobierno que surja tomará las medidas para la integración de un solo ejército.

—¡Cómo te ponés a creer! —grita—. Sus grados no se comparan con los nuestros. Ustedes no llegan ni a sargentos.

—¿Qué es el Gobierno de amplia participación? ¿Cuál es su programa y cuáles son sus reformas inmediatas? Mirá, Nidia, ustedes no tienen un programa de Gobierno objetivo: nosotros hemos estudiado ya sus documentos, pero queremos que vos nos des las explicaciones.

—Así y aquí no voy a hablar. Hablaré cuando haya otro diálogo, de cara y sin venda, pero así no quiero.

—¿Por qué se dan los ajusticiamientos entre ustedes? ¿Cuál es el objetivo de tener infiltrados en la Fuerza Armada? ¿Tienen muchos? ¿Por qué continúan en la lucha si el Gobierno ya cambió, ya se respetan los derechos humanos? El ejemplo eres tú —dice un asesor.

Ignoraba sus preguntas y, en cambio, les cuestionaba su traición a la proclama de la Fuerza Armada de 1979, sobre cómo habían sido bloqueadas y estancadas las reformas que se pretendieron impulsar, que nosotros habíamos participado en la primera junta y que nos habíamos visto obligados a renunciar a los cargos, pues se fue derechizando y comprometiendo cada vez más con Estados Unidos.

Reiteré categóricamente que no estábamos por el alargamiento de la guerra, que no queríamos más costos de vidas humanas, más destrucción de los pocos recursos naturales; no queríamos más quiebras de empresas, más pérdida de la soberanía nacional al grado de una eventual invasión de tropas norteamericanas. Pero la administración Reagan no quería una salida política, incrementaba la guerra y nos obligaba a dar una salida militar. En El Salvador hay una crisis socioeconómica y política que genera desplazados, desempleo, mendicidad. Polemizamos sobre las contradicciones entre ellos mismos, entre el Ejército y los norteamericanos que dirigían la guerra.

Ellos señalaban el papel de las capas medias e intercalaban preguntas sobre cuál era el nivel de unidad en el FMLN y cómo está la alianza con el FDR, cuál era la estrategia político-militar del FMLN. Insistían mucho en que la democracia reinaba en El Salvador.

Pasaron muchas horas, me ardían los labios; creo que se me habían rajado. Considero que esta fue la discusión sobre los principios y la defensa de nuestros objetivos más dura que he dado. Volví a recalcar todo lo que hasta entonces habíamos publicado abiertamente sobre nuestros objetivos y nuestra lucha.

—Y si vos aparecieras muerta, con la bandera del FMLN, ¿cómo creés que lo tomaría la opinión pública? ¿Vos no pensás que la opinión pública y la solidaridad internacional creerían que fue el FMLN?

—¿Esa es la forma como han pensado matarme? No, la opinión pública no lo creería.

—¿Qué opinión tienes de la Iglesia? ¿Cómo se relacionan con ella? —pregunta un asesor.

—No tenemos más relación que la que se da con nuestro pueblo. Nuestra gente es cristiana. Con la jerarquía de la Iglesia nos relacionamos por un intermediario. Ustedes mismos lo han visto en La Palma y en Ayagualo, a monseñor Rivera y Damas. Como representante de la Iglesia, le entregamos los prisioneros que les hacemos a ustedes.

19

Ya eran como las cinco y media de la mañana cuando terminó el interrogatorio. Estaba extenuada. Ellos habían tratado de convencerme, de persuadirme, de doblarme.

Recosté suavemente la cabeza sobre el pupitre, no aguantaba los labios, los huesos, la espalda, el tobillo, el brazo, los piojos. Aquello era insoportable. Solo veía la oscuridad blanca. Mis pestañas topaban con la venda, pero sabía que ahí estaban los detectives. Agarré la toalla que me habían dado y la puse en el suelo, me levanté la venda y la arreglé. Con dificultad me levanté del pupitre y me arrastré al suelo. Estos detectives no me lo prohibieron. Así descansé. Pero a cada rato me decían: «¡no te durmás, Nidia!, ya van a venir los señores y tenés que estar despierta y sentada».

Con esta era la tercera vez que dejaban que me tirara en el suelo. Al menos media hora. Era el momento del relevo del turno de los interrogadores. Me parecía que se retiraban un poco antes de cumplir las ocho horas o salían a tomar algo. Se agotaban más que yo. Algunas veces me paraba y apoyaba mi pierna afectada sobre el pupitre; fue así como me encontró aquel oficial interrogador que me dijo:

—¡Bajate la venda!

Yo me la bajé y lo observé. Reconocía su voz. Él me interrogaba por lo menos una vez al día. Lo miré extrañada.

—Mirá vos cómo estás, y a Miguel rápido lo ablandamos. No nos costó nada.

—Lo torturaron —le digo.

—No, no lo torturamos; solo fue bla, bla, bla.

Me observaba. Se le humedecieron los ojos. «Extraña psicología humana. ¿Y las otras veces, cuando me gritaba? ¿No le daría lástima también? Jamás lo olvidaré». Cuando salí de la fase de interrogatorio y fui retenida en la celda lo veía a cada rato, en traje de campaña o de civil, en la revisión de la guardia o sacando presos de los interrogatorios. Me puse la venda, pues oí ruidos y voces que se aproximaban al cubículo.

Al mediodía me sacaron y me llevaron al Casino donde había unos periodistas. Ese día me había visto la Cruz Roja y me habían

dado ropa limpia mandada por mi madre. Dijeron que los periodistas eran de la Central Latina de Prensa. Por sus preguntas eran progobiernistas y pensé que trataban de aprovechar una oportunidad para presentarme al pueblo en una entrevista. Buscaban que me equivocara, que dijera algo que los beneficiara, aunque fuese una vocal. Por medio de la prensa pretendían presentarme, si les era posible, hasta como una traidora. Sus preguntas eran distintas a las de la otra vez, pero perseguían lo mismo:

—¿Cómo ven la humanización del conflicto? ¿Por qué después de que capturan a los soldados los asesinan? ¿Por qué tienen prisioneros de guerra y por qué hay desertiones en sus filas? ¿En qué grado perjudican al FMLN los documentos que le han hallado? ¿Disminuirá el PRTC por su captura?

¿Cómo se atrevían a provocarme, cómo venían a hacerme las mismas preguntas que los interrogadores?

—¿Qué opinión tienes de Miguel Castellanos?

—Es un traidor —respondo tajante.

—¿Cuáles son las cosas que más la han dañado de todo lo que le ha pasado?

—El que me hayan capturado mis papeles de trabajo, que tanto he cuidado, y la traición de Miguel Castellanos.

Esta frase, con mi imagen, fue muy repetida por el COPREFA en la televisión.

Nuevamente me preguntan:

—¿Cómo la tratan, bien o mal?

—No trate de que le conteste bien o mal: me tratan como les da la gana, como les conviene.

Por la tarde me llevaron a la celda 20, vendada y sentada. Llegaron nuevamente los asesores venezolanos y uno de ellos dijo:

—Esta celda está muy oscura, colóquenle un foco.

Comenzaron a hacernos acusaciones sobre hechos delictivos. Yo les argumenté enérgicamente que eso era parte de la guerra

psicológica. Di el punto de vista del FMLN sobre la humanización del conflicto.

—¿A ti te tratan bien? Las cosas aquí ya cambiaron.

—Mejor díganme dónde está Janeth Samour —les respondo.

—¿Por qué eres comandante? —me pregunta uno—. ¿Por qué te eligieron para ir al primer diálogo? ¿Por qué no asististe al segundo? ¿Con qué criterios definen a los cuadros políticos?

La misma pregunta de todos en la agenda del día. Esa tarde habían venido con las fotos del diálogo.

—¿Reconocés a este?

—No, no lo conozco.

—Tienes que conocerlo. Asistió al primer diálogo también.

—Pues no, no lo conozco.

—Pues tienes que conocerlo. ¿Y a este otro? —casi grita.

Los asesores se fueron y se quedaron los interrogadores comunes, asediándome con preguntas categóricas. Ansiaba que terminara esa noche. Sabía que la cuarta y última fase del interrogatorio llegaba a su fin o por lo menos solo faltaban veinticuatro horas.

—Quiero orinar.

Uno de ellos salió y trajo una bacinica. Se cansaron de llevarme cargada a la letrina. Ahora tenían que botarme los meados. Seguro que les daba rabia hacerlo, pero no tenían otra salida.

Por la mañana pasó el médico de la Policía. Llegaba frecuentemente a ver si me mantenía. Varias veces le dije a los interrogadores que me dejaran descansar, pero ellos no quisieron. Su objetivo era agotarme al máximo para doblarme. Esa mañana mis labios estaban totalmente reventados, no aguantaba la sed, el dolor era insoportable. Ha sido una de las noches más tensas y agotadoras. No me dejaban contradecirles, solo eran preguntas persistentes.

—¿Qué fuiste a hacer a México? ¿Verdad que fuiste allí en 1982? En el pasaporte lo dice. ¿Cuándo se reúne el Comité Central del PRTC y dónde?

Me enseñaron como seis tarjetas de migración con nombres de pila iguales a los míos y me preguntaban que cuál era el mío. Estaban confundidos. Casualidades de la vida, pensaba yo, porque ninguno era el mío.



La vida, la fortaleza y la confianza en el futuro
la fe inquebrantable en lo que se cree
y en lo que se conquistará
¿de dónde vienen?
De las convicciones firmes
y de la firmeza en esas convicciones.

Cuando llega el momento más difícil,
cuando la muerte nos va a sorprender
¡y nos avisa!
Y hay que enfrentarla
con todo el amor y coraje enraizado
que hace estremecer,
temblar y doblar al enemigo
en su propia madriguera.

P.N. mayo/85

20

Estaban en lo mejor del interrogatorio. Era media mañana, cuando entró un subteniente de ojos claros con un papel.

—¡Firme aquí!

—¿Qué es eso?

—El acta extrajudicial.

—¿Usted quiere que yo firme algo, vendada, sin leerlo?

—Ya es tiempo, ya tiene que firmar —y lee el acta.

Me indigné.

—¡No la firmo!

—Es que no se trata de que esté de acuerdo o no, es que tiene que firmarla.

—No, no me pueden obligar. ¿Cómo se atreven a decir que me preguntaron que si yo quería un abogado y que yo no acepté? Tratan de involucrar a la Iglesia en el apoyo al FMLN y quieren que yo firme eso. Y toda esa historia sobre mí es falsa, es de ustedes y está basada en lo de Mario Zetino.

El subteniente me miró con los ojos destellando chispas, pero se dio la vuelta. Continuaron el interrogatorio, pero lo suspendieron al entrar el subteniente con otro oficial con otra acta en la mano. Me la leyó.

—¿Y con esta, está o no de acuerdo?

—Ya les dije que no firmaré ningún acta o papel.

—Tiene que firmar esto. Si no, se le va a complicar todo.

—No importa, no firmaré nada.

Salió furioso. De nuevo las preguntas. Los sentía desesperados, preguntaban muchas cosas violentamente. Ahora solo estaba un interrogador. Lo llamaron y ya no regresó.

Al rato me llevaron a la celda a donde llegó el CICR. Conversé lo de rutina, sobre cómo estaba y el trato que me daban. Me regresaron al cubículo para interrogarme. Luego volvieron a sacarme. Llegó la Comisión de Derechos Humanos Gubernamental y, al igual que el CICR, preguntaron por mi estado.

Ya era casi mediodía cuando entró el subteniente, otro oficial, un secretario y dos detectives. Llevaron una mesa, una máquina de escribir, un pupitre y una silla. Levantaron el acta frente a mí y luego me preguntaron:

—Y ahora, ¿no va a firmar? Estos señores son testigos de su conducta y de todas las investigaciones que hemos hecho.

Me senté sobre la colchoneta, los miré y les respondí:

—Ya les dije que no voy a firmar; no creo en este *show*. ¿Cómo puede decir que estos son testigos civiles si son de ustedes mismos? Además, por principio, no voy a firmar ningún acta, ni aunque solo diga mi nombre.

Todos se miraron y salieron pero antes de irse, el subteniente me amenazó:

—¡Ya vas a ver!

A los compañeros que traen a los interrogatorios y que reconocen que los tienen capturados, los obligan a firmar el acta extrajudicial, así la sección de inteligencia de los cuerpos represivos consigue una prueba que presenta a los tribunales, comenzando por el juez primero de Instrucción Militar. Esa acta la sacan en los periódicos con fotos, también por la televisión y la radio. Esa es la prueba que, según ellos, tienen para legalizar las capturas arbitrarias. A los reos los obligan a firmar con venda, no les permiten leerla. Pero hay compatriotas, como Felipe Fiallos, que se negaron a firmarla al igual que lo hice yo.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la presencia de muchos policías, entre ellos el «Chiquitón», quien me levantó. Todos estaban armados.

—¡Recoja todo lo que tenga!

Luego me llevaron a un vehículo. Tras los vidrios, vi parte de la estructura del edificio de la Policía Nacional, y unas lágrimas rodaron por mi rostro. Pensé que me llevaban a la cárcel de mujeres de Ilopango. Me sentí feliz porque iba a estar con las compañeras, aunque fuera por unos instantes, pues creí que esa noche sería la de mi muerte. Pensé que ellos me irían a sacar ese mismo día, en una acción tipo escuadrón. Lo podía percibir en todo lo que veía, en su actitud, en su mirar. Iba a morir, pero no habían logrado su propósito. Después de todo, el FMLN y yo habíamos vencido. Pero el vehículo no arrancó nunca.

—¡Bájenla! —dice el subteniente.

«¿Qué pasó? Seguro que es una contraorden. Es la orden superior del Alto Mando, que ha decidido retenerme en el cuartel y aplicarme el aislamiento».

21

Con los ojos fijos en los resortes del marco de arriba de la litera, muy abiertos, dejé transcurrir las horas. «¿Me sacarán a interrogar otra vez? Huelo mi sudor. Ya tengo otros siete días de no bañarme. No puedo resistir la picazón. Ahora los piojos que se deslizaban eran muchísimos, corrían de aquí para allá en mi cabeza. Estos bichos sí están muy a gusto, y ¿qué hacer si no puedo mover mi mano derecha? Quisiera expulgarme, pero no puedo tener agilidad con la izquierda. Observo las sombras de la madrugada y la tristeza del ambiente».

Más tarde, entró un celdero con el desayuno.

—¿Va a comer?

—No.

—¿Cómo está, cómo se siente?

—¿Que cómo me siento? ¿Cómo quiere que me sienta?

En aquellos momentos, la furia que sentía no me dejaba percibir, me impedía diferenciar a los interrogadores de los detectives, celderos, administradores, enfermeros, y médicos. Todos me parecían iguales.

Empecé a revisar lo que había sido todo el interrogatorio, lo que dije, lo que contesté, lo que me preguntaron. Si hubiera podido contestar mejor, si no les hubiera ni abierto la boca. «¿Daría alguna pista? No, no creo. Sobreviví. Vencí».

Era 4 de mayo. Entró el coronel Melara Vaquero, juez primero de Instrucción Militar. Me informó que estaba bajo su responsabilidad y que, por orden del ministro de Justicia, Julio Samayoa, quedaría en la Policía Nacional en calidad de depósito. Dijo que esa medida obedecía a que la cárcel de Ilopango no era un lugar seguro y que iban a buscar otro.

—¿Por qué no es un lugar seguro? —le pregunto—. El régimen debe garantizar mi seguridad aquí o en cualquier parte. Yo ya

cumplí más de los quince días de interrogatorio y debo pasar a Ilopango, a la cárcel de mujeres.

—Estimada Nidia, es que el régimen no puede garantizar su seguridad allá. En el país hay grupos de derecha e izquierda que no controla —dice el coronel.

Un temor se apoderó de mí: eran los interrogadores, la S-2, la inteligencia del Estado Mayor, el Alto Mando, los escuadrones, cualquiera de ellos podía haber planificado sacarme de allá y asesinarme, tal como me lo hicieron ver en el interrogatorio. ¿Sería por eso que el régimen no podía garantizar mi seguridad ahí o en cualquier otro lugar?

—No estoy de acuerdo en quedarme. Tienen que garantizar mis derechos donde sea. Se han comprometido con los organismos humanitarios.

—No se trata de que esté o no de acuerdo. El hecho es que usted se quedará aquí. Yo cumplo con mi papel de informarle, de transmitirle las indicaciones. Por favor, firme que está enterada de la notificación.

—Entonces voy a firmar que estoy enterada de que voy a estar en calidad de depósito en la Policía Nacional, que ya salí de la fase de interrogatorio y que la inteligencia no puede molestarme.

En ese momento no alcancé a comprender la maniobra, ni que, como era lógico, esto traería confusión en algunos sectores. Todo el mundo estaba temeroso de mi traslado, y decían que no se garantizaría mi vida en la cárcel de Ilopango. Era parte de la guerra psicológica, de las presiones.

La humedad me llegaba hasta los huesos. La humedad de la madrugada se metía por toda la celda, por todos sus rincones.

Nunca había visto una humedad tan grande. Había dos ventanas, una a cada lado, la puerta y otra ventanita sobre ella. Todas estaban con barrotes. Eran rejas, treinta y dos barrotes. En el fondo de la celda estaba el cuartito de la letrina y del lavamanos.

Necesitaba recuperarme, dormir. Pero el sueño no llegaba, no quería regresar. ¿Acaso me lo mataron? No, tenía que regresar, tenía que envolverme. No soportaba los interrogatorios ahí pegado, en la celda 21. Necesitaba dormir y no oírlos.

Todos los detenidos eran torturados física y psicológicamente. Algunos perdían la razón. Cuando te secuestraban en la ciudad o el monte, no te decían para dónde ibas, no se identificaban. Dependiendo de la situación y de su valoración, te remitían a los cuerpos represivos para interrogarte, como mínimo quince días. Así lo establecía el Decreto 50, emitido en el marco del permanente estado de sitio, que mes a mes prorrogaban desde 1980, contradiciendo paradójicamente su misma constitución que establece solo tres días de interrogatorio. Interrogatorios prolongados, vendados y sin dormir.

Algunas veces te sentaban, pero la mayoría de las veces estabas parado hasta caerte. Recuerdo que en 1983 la comandante Galia se cayó dos veces, la golpearon como a todos. A ella primero la retuvieron en una cárcel clandestina, pero decidieron enviarla a la Policía Nacional. El método que ha imperado en El Salvador ha sido el desaparecimiento.

Se perdía la noción del tiempo; los días y las horas eran iguales. Los interrogadores eran agresivos, altaneros. Te gritaban. Daban golpes sobre sillas, puertas, mesas. Golpeaban tu cuerpo, la electricidad te recorría y la asfixiante capucha te estrangulaba. La nueva política tendía a institucionalizar al terror, a legalizarlo. En los interrogatorios legalizados aplican cuarenta tipos de tortura. Para sacar verdades o corroborar suposiciones utilizaban mentiras o semiverdades buscando que el detenido cayera en sus trampas. El objetivo era quebrarte la moral, para que te sintieras solo, culpable. Te decían que te perdonaban a vos y a tu familia, o que te reducirían la pena. El precio era la traición.

«Sigo mirando al detective que se ha recostado en el umbral de la puerta. Pienso en el oficial de la lágrima, en lo que dijo de Miguel Castellanos, que lo ablandaron a puro “güirigüiri”. ¿Cómo fue posible? Me va a costar asimilar este golpe».

Había silencio en el ambiente, no oía interrogatorios. Pero tenía su eco dentro de mi cabeza. «Volvían a sonar las palabras de aquella persona: “Mirame, nunca te olvidés de mí. Ustedes van a triunfar. Nunca te olvidés de mí”. Absurdo. ¿Qué pensé en ese momento? Creí que era una trampa, y las palabras de aquel teniente, después de que yo había estado cantando en el interrogatorio: “Nidia, usted es única en su especie”. Todo eso tiene ahora otro significado. Como no les pegó lo del “güirigüiri” conmigo, me van a seguir jodiendo de una u otra forma».

22

«Está amaneciendo en mi patria. Seguro que los vendedores de periódicos ya andan en las calles, difundiendo lo que no es de ellos, los pensamientos, las ideas de otros. La diana se anuncia con el toque de la trompeta. “Quier... dos... tres”. El trote de los policías. Apenas se dibuja la claridad de la mañana que penetra por las hendiduras del muro. Aunque no la siento, la veo y la toco. Estoy viva».

«Pienso que se ha tenido que luchar por décadas contra las dictaduras militares de Martínez, Aguirre, de Lemus, Sánchez Hernández, Molina, Romero y que ahora luchamos contra la dictadura de Duarte. La diferencia es que los norteamericanos han sido más astutos y han legalizado el terror. En menos de seis años hay más de 60 000 compatriotas no combatientes asesinados, más de 6 000 desaparecidos, como 6 000 presos políticos acumulados, y en la actualidad se encuentran en las cárceles legales más

de 500 presos políticos y cada día se incrementa el número. Aunque el 85% son trabajadores, no combatientes, son víctimas de la represión indiscriminada.

»Son más de cinco años de grandes esfuerzos, de sacrificio continuo. El FMLN ha ido adquiriendo un poder ya inobjetable que se manifiesta en una dualidad de poderes en el terreno político-militar, poblacional, territorial, diplomático y social. Hay un poder caduco, retrógrado, que muere cada día, y hay otro naciente, progresista, que se desarrolla cotidianamente. De ahí que el FMLN-FDR goce de un reconocimiento y legitimidad real por parte del pueblo y de Gobiernos que nos ven como una fuerza representativa, con un proyecto político serio, capaz de sacar a nuestra patria de la grave crisis en que se encuentra. Esto permitió que los resultados de las diversas gestiones que se hicieron a todos los niveles, presionaran al régimen de Duarte para que reconociera mi detención».

Duarte necesitaba presentar una prueba ante los congresistas norteamericanos, ante los Gobiernos del mundo, de que en el país se comenzaban a respetar los derechos humanos, y yo era una pieza valiosa para mostrar. También estaba la presión de los comités de solidaridad y de personalidades en Estados Unidos, en su congreso. Estos comités pedían que se condicionara la ayuda a la mejoría de los derechos humanos. Los propagandistas de Duarte necesitaban minimizar su creciente desprestigio internacional. El poder presentarme capturada y herida era una gran victoria para el Alto Mando, victoria que se revirtió desde el momento en que sobreviví con mi dignidad intacta.

En El Salvador se han constituido organizaciones que luchan por el respeto a los derechos humanos individuales y colectivos, por las libertades políticas y sociales: la Comisión de Derechos Humanos no Gubernamental, los Comités de Madres y Familiares de Presos Políticos y Desaparecidos, y el Comité de Presos

Políticos de El Salvador. Todas ellas han logrado muchas conquistas humanitarias.

Existen organismos humanitarios neutrales: la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado, el Socorro Jurídico Cristiano, la Cruz Roja Internacional. El Gobierno se ha visto presionado internacionalmente por diversos organismos como la Federación Internacional de los Derechos del Hombre, Amnistía Internacional, Americas Watch, el Tribunal Internacional de La Haya. En noviembre de 1984, se celebró un congreso sobre derechos humanos en el cual participaron 113 instituciones humanitarias con más de 300 delegados, quienes condenaron el régimen de Duarte.

«La lucha popular me permitió vivir. Fue la presión nacional e internacional de ayer, de hoy y de mañana. Pero fundamentalmente el pueblo. Yo no le debo nada al régimen, absolutamente nada. No es regalo del Gobierno de Duarte el que yo esté viva. No es regalo del yanqui. Es producto de esta historia popular.

»Me había comenzado a relacionar con un mundo desconocido para mí. Eran situaciones nuevas, sobre las cuales nunca leí en ningún libro. En cambio ahora, tenía que vivirlas».

Desde Estados Unidos y Francia vino a verme gente que ni me imaginé. Una tarde, cuando me llevaron a la sala de registro, aparecieron Karen Parker, doctora en derecho humanitario, el doctor Kimball y el doctor Gossi, de la Universidad de San Francisco, California, de la Facultad de Medicina; el padre José María Moyet, presidente del Comité Ecuménico de San Francisco y del episcopado de California, todos norteamericanos; y la francesa Fabien Eleanor, de la Federación Internacional del Derecho del Hombre.

Todos me dieron ánimos y dijeron que habían llegado a conocer mis condiciones de salud y que iban a operarme dentro de quince días. Me regalaron una libreta, lápices, plumones, los libros de los convenios de Ginebra y sus protocolos adicionales. No lo podía

creer. Me sentí contenta. Estaba experimentando personalmente la solidaridad de los pueblos.

—Buenos días, Nidia —dijo el celdero, al tiempo que me pone el desayuno.

—No quiero comer.

—A usted le tenemos un miedo terrible por la forma como nos mira. Como si fuéramos sus enemigos. No somos todos iguales, aquí trabajamos por necesidad.

Lo miré con los ojos muy abiertos, y también miré al detective que, como siempre, me observaba. «Sí, realmente no todos cumplen las mismas funciones, pero todos son parte de esto».

—Ustedes son mis enemigos y yo soy prisionera de guerra.

Era un muchacho como de veintidós años. Me miró y se agachó. Guardó silencio y luego saltó, diciéndome:

—Algún día va a comprender que no somos todos iguales.

—¡Oiga! —le digo—. No todos hacen lo mismo, pero todos contribuyen a lo mismo.

Después, ya más serena, los observé y reflexioné. Sabía, como lo sabía el FMLN, que no todos hacían lo mismo y que dentro de esa maraña de hilos, además de una división del trabajo, rangos y niveles diferentes, existían, de acuerdo a su origen y situación social, a su posición política y a algunos rasgos de su personalidad, motivaciones diferentes para estar en las filas enemigas. Aunque en su inmensa mayoría al aceptar los objetivos de las instituciones armadas se hacían cómplices y partícipes, salvo aquellos que tenían una misión que cumplir para nosotros. La misma situación se daba entre los soldados.

En mi caso, había una línea de conducta trazada para los detectives, los celderos y el personal administrativo. Querían mejorar su imagen como institución. Yo ya había observado gestos de simpatía en algunos de ellos, buscaban un mayor acercamiento y

hacían cosas para que yo no los rechazara, pretendiendo asegurar su futuro.

23

«No sé qué me pasa. Apenas si pude dormir un par de horas. Tuve que tomar agua con azúcar. No puedo conciliar el sueño. Después de dieciséis días sin que me permitieran dormir, he quedado en este estado, y después he pasado otros seis días sin poder dormir ni un minuto; solo hoy logré conciliar el sueño este par de horas violentamente interrumpidas por ese interrogatorio de al lado».

—¿Con quién andabas? ¡Contestá! —gritaba el interrogador, al tiempo que se oían golpes.

—¿Qué, no oís, estúpido? Parate, ¡parate! A ver si aguantás.

No sé qué hora era. Debía de ser de madrugada.

Ayer cerraron la celda con candado. El detective estaba apostado fuera. Fue un buen día: tuve la grata sorpresa de ver a la licenciada María Julia Hernández, representante de Tutela Legal. Vino a verme a los seis días de capturada y solo me dijo: «vengo del arzobispado, suerte». Yo no le contesté, solo me quedé sorprendida. Era la primera vez que me sacaban del interrogatorio al casino de los oficiales.

Después del período de interrogatorios pudimos hablar más. Me explicó mi situación jurídica y me dijo que Tutela Legal iba a ponerme un abogado que estuviera pendiente de los trámites jurídicos. Todos los presos políticos en las cárceles de Ilopango y Mariona son visitados casi semanalmente por ese organismo y, en mi caso, ellos tendrían que llegar una vez por semana al cuartel de la Policía Nacional.

Amaneció. La diana y los trotes lo confirmaron. Era 10 de mayo. Al mediodía me trajeron buena alimentación, como la de

los oficiales. No había querido comer los días anteriores. Se veía buena la comida, quizá porque era el Día de las Madres. Me la comí. Mi madre estaría recibiendo mi carta:

Qué dolor has de sentir al ver a tu hija en situación tan difícil. Tus sentimientos de madre se desgarran. Madre, no te preocupes, tu hija vive por el bien de todos. Me hirieron, me mataron en vida, físicamente ahí estaba, pero jamás me doblaron, jamás me ganaron mi moral. La batalla la gané yo y la seguiré ganando, aunque mi corazón ya no palpita, hasta la victoria final.

Este 10 de mayo no vayas a llorar por ti ni por mí, recuerda que todos los días eres madre; que antes, hoy y después, serás madre.

Vendrán tiempos mejores, de satisfacciones, de triunfos, pero antes habrá tiempos difíciles. Quizá para ese entonces ya no estemos.

Madre: estoy orgullosa de ser tu hija. Me enseñaste el valor humano, la solidaridad y la humildad, el amor al trabajo. No temas al que te quiera dañar, sé lista y con tu moral alta, ten dignidad y muere con ellas. Esa es una gran herencia que nos dejarás.

Madre: cuántas cosas hubiera querido compartir junto a ti; pero mi vida, mi pensamiento, me lo ganó el pueblo desde que nací, desde siempre, y tú eres parte de él. Tus desvelos, tus oraciones, todo lo llevo siempre. Como tú lo haces, lo hacen todas las madres del mundo.

Tú siempre quieres lo mejor para mí, el bien mío. ¿Qué es mi bien? Mi bien es el que algún día haya justicia social real en este país.

Te quiero,

*Marta,
P.N., 9 de mayo / 85*

Recuerdo aquel otro día: ese 16 de mayo vino a verme con mi tío Manuel. Los trajo la Cruz Roja Internacional. ¡Cuánto tiempo de no verlos! A pesar de que estaba bien arreglada, su sufrimiento era obvio. Sus ojos se habían empequeñecido, su rostro estaba demacrado. Tenía que ser fuerte. Ambas lo éramos. El abrazo fue asfixiante.

—Yo que me sacrificué tanto por ti, que he dado todo por tu bienestar, mirá ahora: herida, prisionera. Qué no daría por verte mejor.

—Sí, yo la comprendo. Usted como madre me ha dado todo. Usted ha hecho todo y debe sentirse tranquila. Usted me enseñó muchas cosas de la vida. Yo también hice lo que debía y hago lo que debo. Yo también me siento tranquila.

La miré y reencontré a la amiga. Ella fue siempre mi amiga, sentía en mí un gran apoyo. Siempre respetaba mis criterios sobre cualquier tópico de la vida, consultaba conmigo para tomar decisiones, aun las de carácter doméstico. Sabía que mi madre había estado grave y con gran ansiedad por mi situación. Por eso permití que viniera a verme. Ahora compartíamos el dolor, mirándonos con la esperanza infinita de algún día estar en mejores circunstancias. Mi madre me acariciaba las heridas y el cabello. Tenía una valentía terrible. Un llanto interior, infinitamente doloroso, y los ojos ligeramente húmedos, nos hacían callar. La guerra nos enseñaba a madurar y nosotras habíamos madurado demasiado.

Ahí estaban los delegados de la Cruz Roja Internacional, pero sobre todo los detectives, delante de ellos no quería evidenciar mi sufrimiento.

Cuántas veces, de pequeña, después de un berrinche, preparé mis maletas y le decía que me iba. O cuando en semana santa me iba con las religiosas al campo o a impartir retiros de cristianismo y ella confiaba en mí. Y luego, cuando supo que yo iba mal en

los estudios universitarios y andaba en la lucha política, se enojó mucho.

Discutimos violentamente y me echó de la casa. Del disgusto se enfermó a tal grado que llegó el médico. Ese día yo tenía que marcharme a trabajar en el campo. Mis hermanas amenazaron con matarme si ella moría. El médico me dijo que le pidiera perdón a mi madre por el daño que le causaba y que rectificara. Le respondí que él no sabía lo que nos pasaba. Sentí que algo se desgarró dentro de mí, tenía que decidir entre pedir perdón por luchar, y sobreponerme y avanzar. Opté por esto último y me fui a vivir a casa de mi hermana mayor.

Esas discusiones se repetirían en otras ocasiones, hasta que mi madre logró entender y aceptar que yo no cambiaría mis ideas. Ella soñaba con que yo sería médico y me casaría con un hombre que me diera bienestar, una estabilidad social. No sé cuándo presintió mi participación en la guerrilla, si lo descubrió y se hizo la desentendida o qué. Pero ya no discutíamos, comenzó a manifestar actitudes y posiciones patrióticas. De todas maneras yo siempre encubría bien lo que hacía, al grado que ella pensaba que yo estaba en México, sacando postgrado de la licenciatura de Psicología, junto a mi esposo.

Mi madre vivía pendiente de mí, de mi presentación, de mi salud, aunque no estuviera cerca. Parecía que nunca había terminado su obra protectora. A veces su forma de ser me exasperaba, se contradecía con mi forma de ser. Sin embargo, yo admiraba su calidad humana. Era extremadamente optimista y paciente. Cuando me veía preocupada, me observaba:

—¿Qué te pasa? —me decía suavemente—. ¿Te puedo ayudar? No te preocupés, todo va a salir bien. Ve las cosas serenamente y con un espíritu positivo.

Pocas veces iba a los entierros, pero una vez fui con ella a uno. Ambas observábamos cómo dejaban caer la tierra sobre al ataúd.

Yo la miraba y ella, de vez en cuando, se volteaba a verme. Se me salieron unas lágrimas.

—¿Por qué llorás? —me preguntó en voz baja—. No creo que sintieras mucho por doña Emma.

—No, no lloro por ella, sino por usted. Me da miedo perderla y no estar a su lado.

Siempre ha sido un apoyo moral para mí.

Mi tío quería que rezáramos una oración. Había traído la Biblia. Él era pastor de una iglesia bautista, en una colonia de la pequeña burguesía. Comenzó a rezar. Me observaba, sus ojos estaban húmedos.

Mi tío se enteró primero por el nombre y luego por las fotos que ya había visto en los informes publicados sobre lo del diálogo. Dice que esta vez todos se fueron de espaldas, que cómo era posible si nunca habían notado nada «anormal».

«¿Qué representan mis parientes, mis seres queridos? Es gente que trabaja mucho, pero no son directamente explotados. Es gente que ha llenado mi vida afectiva durante muchos años». Con algunos familiares de mi madre me llevaba mejor que con los de mi padre. Tradicionalmente, el 2 de noviembre, día de los difuntos, los llevaba a comprar flores y al cementerio a enflorar las tumbas de mis abuelos, y en cada cumpleaños, tenía algún gesto de felicitación hacia ellos, aunque fuera una llamada telefónica.

Mi tío, en cierta forma, se portó como un padre y ahora, nuevamente, se hacía presente en la hora difícil. Me contó que de la Policía Nacional los invitaron a dar un recital en el recinto del cuartel. Ellos eran declamadores conocidos. La invitación la hizo el jefe de la Policía política, mientras yo estaba en los interrogatorios. ¿Coincidencias? ¿Querían que supiera que ya tenían localizados a mis parientes para quizá presionarme?

A mi tío también lo reprimieron, pues cuando mi madre se fue él quedó encargado de enviarme ropa limpia y golosinas, y

de estar pendiente de mi estado de salud. Los envíos se canalizaban cada ocho días a través del CICR. Empezaron las amenazas y le colocaron un artefacto explosivo en un recipiente de basura delante de su casa. Se fue a Suecia en septiembre con mi tía María Elena y mi hermana mayor y sus tres hijos.

—Sabés, hija, cuando apareciste en la televisión, en La Palma, el niño te reconoció y gritó: «¡veeé, ahí está mi mamá!» Nosotros le respondimos que no eras tú, pero él insistió en que sí y agarró el teléfono; quería llamar los helicópteros para que lo llevaran y así buscarte, porque él quería estar con su mamita.

24

«Mañana cumpla un mes de haber sido capturada. «Siento que la vida se me escapa. No he nacido para esto, tengo que luchar de cualquier forma. Aprenderé a luchar desde esta celda. Esta será mi trinchera. Pero ¿yo sola? Sí, no importa. Mi vida es luchar por la libertad. Si no lucho por ella, muero de pena. Mucho más sabiendo que la lucha afuera está ardiendo.

»Estoy muy triste. No puedo demostrar mi combatividad. Los presos políticos están en huelga de hambre; el COPPES dirige esta lucha. Sé también que, pese a las presiones, nada se ha logrado sobre el esclarecimiento del paradero de Janeth Samour, a quien el enemigo niega tener. A pesar de mi estado de debilidad, he tomado la decisión de no comer de seis de la tarde a doce del mediodía, es decir, que haré un ayuno parcial. Voy a solidarizarme de esta forma con los compas que están en huelga y por el esclarecimiento del caso de Janeth».

En la Policía se armó alboroto porque me negué a comer. Habían mejorado notablemente mi alimentación, que no era la del resto de los detenidos. Ese día envié una carta a los jefes de la

Policía en la cual les planteaba que la mejoría en mi alimentación era una excepción para remozar su imagen.

Cuartel de Policía Nacional, 18 de mayo de 1985

Srs. jefes

Policía Nacional

1) El mejoramiento de mi alimentación va acompañado de otras medidas restrictivas como es el no tener acceso al aire libre o al sol ni siquiera por cinco minutos al día.

2) Consciente de la necesidad que tengo de recuperarme lo más pronto posible, y de que no puedo dejar de comer para solidarizarme con las compañeras presas políticas en la lucha por sus justas demandas (ya llevan veintitrés días de huelga de hambre) ante el ministro de Justicia y la Asamblea Legislativa. Ambas instancias no las han querido escuchar.

3) Consciente de mi condición, de mi situación concreta y responsable de mis actos, he resuelto:

a) Que a partir del 18 de mayo realizaré «ayuno parcial»: no comer de 6 p.m. a 12 p.m. en solidaridad con las presas políticas, hasta que termine la huelga de hambre que ellas realizan.

Mi vida es luchar por la libertad, si no lucho por ella, muero de pena.

Cdte. Nidia Díaz

Conmigo no ganarían nada de espacio. Si aceptaba esa alimentación especial era porque necesitaba recuperarme para acelerar mi curación y estar en buenas condiciones. Solo así podría continuar luchando. Mientras tanto me estaban privando de mis derechos, como por ejemplo no tener ni siquiera un minuto de sol.

Por la noche pasó Revelo y me dijo:

—Nidia, es mejor que se solidarice con usted misma y con su hijo. Usted está muy débil y tiene que reponerse. No puede dejar de comer, le caerá mal.

—No importa, creo que estoy fuerte y necesito poca comida. Debería irme a huelga completa. De cualquier forma, ustedes lo ocultarán.

Días después, para mi sorpresa, abrieron la celda y me dijeron:

—Nidia, vas a salir.

A esta altura, ya tenía el yeso en el pie y aún usaba una férula en el brazo derecho. La muleta la usaba con el brazo izquierdo.

—¿Voy a salir?

—Te vamos a ayudar —dice el detective que ha llegado con dos más.

—¿A dónde voy?

—A tomar el sol —dice irónicamente uno.

—¿A tomar el sol?

—Sí, claro. Lo conseguiste —dice.

El sol era bueno. No era el mismo de aquel 18 de abril, radiante y agotador. El cielo tenía un azul intenso. Nunca había apreciado así la belleza del sol y del cielo, pero el espacio estaba nublado por el edificio del cuartel. Tiene dos plantas y en los balcones había muchos agentes, policías. Se llenaron las terrazas. Todos estaban observándome. Me indigné, pero seguí con la cara levantada, asoleándome. En esos diez minutos me vino la vida, era como si los rayos solares penetraran en lo más hondo de mi ser; las células los absorbían, se alimentaban.

25

No podía caminar, me costaba con el yeso, necesitaba correr. El yeso me lo habían puesto hacía poco. No soportaba estar así. El Dr. Bottari me dijo que estaba saliendo en un video por la televisión. Lo mismo me dijeron el detective, el carcelero y los enfermeros. «¿Qué persigue el régimen? ¿Qué es lo que está pasando? Yo

no he hablado nada que sea contraproducente a la lucha. Lo peor es que dicen que también salen Castellanos y otros dos».

Vino a interrogarme el teniente Serpas.⁵⁴ Me contó que estaban pasando cortos por la televisión donde aparezo diciendo que me han encontrado documentos y que me dolió la traición de Miguel Castellanos. «¡Ah, eso es! Piensan botar la moral de un pueblo. También me entero de que se comenta que la Fuerza Armada no permitió que me operaran y que corro el peligro de que se complique la situación del brazo. Todos están prácticamente alarmados».

Oí por radio que el Comité de Prensa de las Fuerzas Armadas (COPREFA) hablaba de que me habían encontrado gran cantidad de papeles. Ya era oportuno para ellos hablar sobre eso. Había pasado más de un mes. Por eso estaban pasando el corto por la televisión, para ganar credibilidad. Todo lo iban a manipular a su antojo. Calumniosamente me atribuyeron otros documentos originados en la CIA, los traidores les dieron algunos documentos o quizá los encontraron en algún refugio. La cantidad de papeles que me atribuyeron era exagerada.

Duarte habló por la prensa de los papeles que me habían encontrado, además de atribuirme la dirección de una huelga. Había pasado casi un mes y hasta ahora sacaban los documentos. Pensé que este asunto no debía de ser nada favorable al régimen, por más esfuerzos que hiciera. El gran atraso en su publicidad, la cantidad increíble de documentos que decían que tenía en la mochila, y la evidente manipulación de su contenido, no eran factores que apoyaran su credibilidad ante los medios de comunicación. Indiscutiblemente fue oportuno haber asumido ante el público que me habían capturado documentos, pues el FMLN y el pueblo

⁵⁴ Teniente Roberto Rodrigo Serpas: jefe de la Policía política de la Policía Nacional.

lo entendieron como un mensaje. Sin embargo, la manipulación del régimen era demasiado. Solo la posibilidad de causar daño al FMLN me daba vueltas y vueltas a la cabeza.

El mes de mayo fue el más difícil, ya era casi 31. Mi situación no era nada fácil: el régimen manipulando la información, mi familia bajo el terror de las amenazas constantes y los atentados, yo saliendo en videos sin saber realmente qué decía en ellos, y además estaba entre cuatro paredes frente a un muro.

Todos los días soportaba la visita de Bottari. Este llegaba a constatar si estaba resistiendo la presión y los interrogatorios permanentes en la celda vecina. También veía a los otros detenidos pasar vendados. Sentía la mirada vigilante, al acecho, del detective las veinticuatro horas del día. Pero jamás oírían de mi boca una queja, que estaba a punto de enloquecer, que necesitaba un tranquilizante. «Voy a dar la lucha aunque sea con papel». Hice una carta a Revelo para exigir una conferencia de prensa. Tenía derecho a defenderme, a dejar constancia histórica de la tergiversación. Tenía derecho a denunciar al mundo que mi familia estaba siendo perseguida.

Cuartel Policía Nacional, 27 de mayo de 1985
Coronel Revelo (Director P.N.):

Le saludo, solicitándole me permita dar una conferencia de prensa nacional e internacional, aquí, en el cuartel de la Policía Nacional.

Me siento sumamente indignada, ya que los motivos esenciales para esta conferencia son:

- 1) Para aclarar las tergiversaciones y mal uso que se están haciendo sobre los documentos que me fueron decomisados al momento que fui hecha prisionera. Este juego propagandístico, concretamente, lo está haciendo el Alto Mando de FAES y la embajada norteamericana. Cínica y descaradamente, Blándon me atribuye documentos que quizá en otro momento y

lugar encontró, o que perversamente han elaborado ellos con las informaciones que el traidor de Miguel Castellanos debe de estarles dando. Ejemplos de esos documentos son los que se refieren a contradicciones entre FDR-FMLN, los que hablan de contradicciones entre FSLN y FMLN, los que comprometen al Gobierno nicaragüense o de los compromisos de FMLN de ir a combatir a Nicaragua si se diera una invasión de E.E. U.U. ahí, los documentos que comprometen a Andes 21 de Junio en los que se habla que desde 1970 el FMLN se prepara y adiestra en el extranjero (en países comunistas).

2) Estos documentos no estaban en mi mochila y puede comprobarse porque no están perforados de balas.

Oportunismo y cinismo más grande, el que hace el Alto Mando con un prisionero de guerra como yo; complicidad y concesión, la que hace el Gobierno democristiano; gran farsa y show que monta la embajada de los E.E. U.U. y COPREFA en su guerra psicológica contra el pueblo.

3) Para denunciar al Alto Mando de la FAES, concretamente a Blandón y al Estado Mayor, concretamente al Departamento S-2 de Inteligencia pues son ellos los que me han investigado, de las amenazas y atentados de que está siendo víctima mi familia. A ellos los responsabilizo desde ya de cualquier cosa que le suceda a mi madre, a mi hijo o a cualquier familiar, pues los acuso de no haber depurado aún a la FAES de aquellos elementos que de una u otra forma en mayor o menor magnitud están avalando y vinculados a los llamados «Escuadrones de la muerte». También le informo que ya llevo once días de «ayuno parcial» en solidaridad con las presas políticas que están en huelga de hambre en la lucha por sus justas demandas, así como en protesta ante el Gobierno porque no esclarece el paradero de la Cdte. Janeth Samour y la compañera Maximina.

Gracias por haber llamado a Tutela Legal, el 26 de mayo, cuando se lo solicité.

Sin más por el momento. Mi vida es luchar por la libertad, si no lucho por ella, muero... de pena.

Cdte. Nidia Díaz

Tres días después, al no recibir respuesta de Revelo, le volví a escribir otra carta, haciéndolo cómplice de todo lo que me estaba pasando.

Policía Nacional, 30 de mayo de 1985

Coronel Revelo:

Anoche Ud. pasó por «mi celda», yo le pregunté si Ud. había recibido mi carta (fecha da 27 de mayo), Ud. me dijo que sí...

Por el hecho que yo le escribo a Ud. pensará que soy «ingenua política» o «que no entiendo de política», etc., pero sepa que lo hago para dejar constancia histórica de que quiero defenderme del abuso e irrespeto de los que como política (aunque esté prisionera) estoy siendo víctima de Uds. Sí, de Uds., porque Ud., coronel, indiscutiblemente es parte de la FAES y tiene que estar de acuerdo con el Alto Mando y Estado Mayor, y por supuesto, con la política de Duarte.

Pero quiero decirle que no descansaré hasta que un día yo pueda aclarar todo. Más tarde o más temprano se sabrá todo. Ud. sabe que todo cambia y que yo sea como sea, aunque sea MUERTA tendré una oportunidad...

Pocos días después pasó Revelo y me dijo que no podía permitirme la conferencia de prensa que había pedido.

Los organismos humanitarios me informaron que a mi madre la continuaban persiguiendo y que buscaban a mi pequeño.

La tristeza me dominó cuando entró el delegado del CICR y me dijo:

—¿Por qué llorás?

Me limpié las lágrimas rápidamente.

—Necesito hablar con los periodistas, tengo que dar una conferencia de prensa. Necesito denunciar al mundo que mi familia está siendo perseguida, que es totalmente falso que yo cargara semejante cantidad de documentos. ¿Y por qué no dicen que ese día bombardearon a la población civil?

—Bueno, hay muchos periodistas que quieren hablar contigo, pero el Alto Mando no los deja. Por todos los medios han intentado venir y es imposible.

—Claro —le digo—, cuando les conviene me los traen.

Nuevamente la madrugada me alcanzó queriendo escapar. «¿Cuánto tiempo voy a estar así? Todo el que sea necesario, Nidia. Ellos han decidido retenerme aquí, precisamente en la celda que está pegada al salón de interrogatorios para presionarme y vengarse. Yo no puedo soportarlo. Uno se prepara para resistir y sufrir. Pero nosotros somos gente que pelea por sus derechos hasta el último instante. No en vano hay tanta sangre derramada, no en vano está el COPPES en huelga de hambre y yo estoy luchando solidariamente con ellos. Ya no debía seguir aquí. Debo luchar por salir de aquí».

En esos días cantaba bastante, casi todo el tiempo, cantaba para mí misma y para los detenidos. Yo no canto bien, pero lo hacía. Descargaba mis emociones.

Pueblo mío dame tu alegría
 te juro que no me vencerán,
 pueblo mío dame tu valor,
 te juro que yo he de retornar.
 Ya mis amigos se fueron casi todos
 otros vendrán después de vos
 lo siento porque amaba
 su dulce compañía,

qué será, qué será de mi vida
 yo no sé lo que será,
 si hice mucho, si hice poco
 ya mañana se sabrá,
 ya mañana se verá.
 Y será lo que será.

Era necesario que sobreviviera entre las cuatro paredes. Miré alrededor. Ahí estaba una mesa, una silla y un pupitre. Tenía lápices, plumones y pronto me vendrían acuarelas, papel y algunos libros que me había canalizado la solidaridad y que el régimen permitía. Arreglé todo como un pequeño escritorio, recorté unas láminas de paisajes y figuras de una revista y las pegué en la pared.

Tenía una radio ya. En realidad, me llevaron dos, pero una la envié al COPPES. Costó que me dieran todo esto. Pero lo peleé con el apoyo de la Cruz Roja y Tutela Legal. Eran derechos que el COPPES había conquistado para los presos políticos. Era increíble, pero el grado de combatividad del pueblo, su madurez y nivel de organización se demostraban hasta en la cárcel.

Pasaron unos oficiales y me dijeron:

—Pero qué bien estás aquí. No te podés quejar de nada.

—Solo me hacen falta las plantas —les digo.

—¿Querés plantas?

—Pues sí, le pedí a la Comisión de Derechos Humanos una maceta y no la dejaron pasar.

—Mañana te enviaremos una —dice Revelo.

Me gusta la naturaleza y, aunque se tratara de una simple hoja, era el símbolo de toda ella. En el cuartel de la Policía no había visto ni una sola planta. Todo era cemento: paredes y suelo. Por eso pedí una planta.

26

A la mañana siguiente, muy temprano, entraron con una gran maceta. Posteriormente, en forma cínica, un oficial me dijo que la maceta me estaba esperando, pues era un embutido que habían encontrado con armas en Santa Ana. Era una gran maceta rectangular en la cual solo había una planta con una hoja. Era lo más irónico que podían haber hecho. Una planta casi marchita. La rechacé, pero no me hicieron caso y la dejaron.

Pasaron las horas demasiado rápidamente. Había organizado mi sobrevivencia para mantenerme ocupada casi todo el día y para que todo lo que hiciera fuera mentalmente sano. A las cinco de la mañana entraban a hacer la limpieza. El CICR había pedido que por mi estado de salud se garantizara la higiene. Mi familia me había enviado desinfectante. A esa hora me levantaba, hacía cuarenta y cinco minutos de gimnasia, la que podía hacer, pues el yeso del pie y el brazo no me permitían mucho movimiento. Oía las noticias, bajito. Me bañaba y me cambiaba. Con la mano izquierda lavaba mi ropa interior. Me costaba bañarme, ya que tenía que ponerme una bolsa plástica en la pierna y otra en el brazo. Todos los días me lavaba el pelo, pues aún no había terminado de erradicar los piojos. Ellos decían no creerme, pero una enfermera prometió echarme Gamesán.⁵⁵ Salía a tomar el sol. Regresaba y me ponía a leer o a escribir. Esto último era muy difícil, pues casi no podía sostener el lápiz en forma voluntaria. Comencé a dibujar, en fin, me entretenía. Pero sobre todo, logré, entre las rejas, y por seña, comunicarme con los detenidos sin que el detective se percatara de ello.

Tanto los ruidos de los interrogatorios, como el abrir y cerrar violento del portón de la celda 21 y el ruido insoportable de la

⁵⁵ Gamesán: veneno contra los piojos.

maquinaria de construcción que funcionaba desde las 7:30 a las 3:30 ó 4:00 de la tarde, se me hacían más asimilables cuando estaba ocupada haciendo lo mío, me abstraía.

Por la noche, nuevamente el retrato de la bailarina pegado en la pared, alentándome a caminar, recordándome que yo dancé, que me gustaba y debía volver a hacerlo. A su lado estaba una mujer a caballo en el campo, atravesando llanuras, indicándome el camino que había de emprender nuevamente.

Mi primera visita al campo con objetivos políticos fue en 1974. Llegué en verano a una zona de Suchitoto. Tuve que caminar sola como seis kilómetros, y a medida que avanzaba me sentía más segura de mí misma. Llegué al punto del contacto en un cruce del camino, allí me esperaban dos compas que me llevaron a una casa de bahareque, de cuyas vigas colgaba una hamaca. Estas casas se me hicieron muy familiares. Recuerdo que en esta primera ocasión le pregunté a Manuel:⁵⁶

—¿Por qué quieres organizarte?

Entonces me contó que cuando él trabajaba de mozo de una hacienda, en la que su mujer y sus seis hijos también vivían y trabajaban, había un par de perros grandes. Uno de ellos tenía un colmillo de oro. Este compañero no tenía dientes y eso le indignaba. A él le tocaba darle de comer carne a los perros. El patrón se enojaba cada vez que encontraba a la familia de Manuel comiendo carne robada. Todo esto me lo contaba al tiempo que se reía, mostrándome su boca desdentada.

Cada vez que yo llegaba a un nuevo lugar, hacía la misma pregunta.

Pensaba que llegaría un momento en que no tendríamos que andar en buses, que la comunicación sería a través de corredores,

⁵⁶ Trabajador del campo, quien se organizó por esa fecha y cayó combatiendo en 1980.

así como hemos llegado a hacerlo. En 1976 me movilizaba y trabajaba con distintos sectores con mucha facilidad, incluso aprovechando la noche. Entonces dormía en medio de los cañales. Así anduve lomas y valles que mis pies aspiran volver a caminar.

¿Qué pensarían mis compañeros de mí, de mi actitud? Me torturaba permanentemente pensando que podía haber fallado en algo, pensado en otros errores adicionales a los que cometí el día de mi captura. Solo eso era suficiente para torturarme, para hacerme esa misma pregunta varias veces. ¿Qué pensarían? Me horrorizaba la posibilidad de que pudieran pensar que era una traidora o algo así. No podía ni siquiera imaginar que, a estas alturas, yo era inspiración de camaradas que sufrían por mi situación, que hasta me hacían poemas o canciones.

Ayer te vi por la televisión, Nidia,
con tu brazo y tu pierna
revestida de yeso,
el enemigo dijo que te tiene prisionera,
alguien a mi lado dijo:
«esa chamaca es una leona».
Nosotros sabemos que tu corazón
no ha sido aprisionado,
que no hay yeso, capucha,
shock eléctrico
que puedan someterlo, y allí,
frente a las cámaras
y en la sala de tortura
fuiste bandera y esperanza,
bastión firme, combatiente silenciosa.
Te burlaste con tanta sencillez
de su estrategia de muerte
y desvergüenza.

También recuerdo aquellos versos que me envió un compatriota revolucionario:

Herida por balas asesinas
quisieron usarla
para seguir su juego maquiavélico,
la encerraron en el santuario
de la muerte
y tras usar sus viles
y sutiles torturas
no pudieron su puño bajar...
mas su amor hizo estremecer
y hacer temblar al tirano
dentro de su madriguera...

O aquellas frases en aquel libro que me envió una mujer anónima, donde decía que ella era una de las tantas y miles de mujeres que querían y luchaban por la paz y que también trataban de seguir mi ejemplo y valentía, y me decía que siguiera adelante y que me esperaban.

Una vez un miembro de la Comisión de Derechos Humanos Gubernamental, sorpresivamente, al despedirse, me dio un beso en los labios sin que yo pudiera reaccionar. Me le quedé viendo atónita y volvió a hacerlo. Me dijo:

—Compañera, disculpe, necesitaba hacerlo en nombre del pueblo. No vaya a decirlo.

¿Qué era yo en ese momento? ¿Cómo me veían? No sé, pero yo no quería ser algo especial. Simplemente pretendía cumplir con mi deber. Sin embargo, me desconcertaba ante todas las expresiones y proyecciones de la gente. Días atrás, en los momentos difíciles, había recibido unas letras que decían que todos estaban

enterados de mi situación, que me tenían mucho cariño, que fuera fuerte, que tuviéramos confianza mutua y seguridad recíproca...

Entre los detenidos de la celda 16 hay unos evangélicos a quienes les puse «los cantores». Todo el día se la pasaban cantando salmos. Eran campesinos de oriente. No les habían podido comprobar nada. Fueron arbitrariamente detenidos por el Destacamento Militar Número 4, en Morazán. Los golpearon salvajemente durante ocho días, ahora llevaban quince días en interrogatorios. Los acusaban, como siempre, de colaborar con el FMLN. Ellos se la pasaban cantándome el «Salmo de las cien ovejas»:

...Cristo, tú que la viste sufrir,
ayúdala, no la dejes que desfallezca.

Decían que me la dedicaban.

27

Por indicación de los médicos de la Cruz Roja, ese día por la tarde vinieron los del Hospital Militar a hacerme el electromiograma para determinar el nivel de la lesión causada por el balazo en el brazo derecho. Hacer el examen supuso un largo trámite. Me lo hicieron después de conseguir la aprobación del Alto Mando. Aunque el examen debía hacerse en el Hospital Militar, me lo practicaron en la sala de registro. Hubo dificultades por las frecuentes interferencias eléctricas y radiales de la cárcel. «El aparato tiene agujas y cables eléctricos. Todo indica que el examen será doloroso: por lo menos así lo espero yo y el montón de gente que está esperando ver el espectáculo. Allí están los interrogadores, los detectives. Cada vez que me aplican un impulso eléctrico, obser-

van. Pero mi orgullo es mayor que el dolor y no doy muestras de ello». Uno de ellos, al ver que no me quejé, me dijo:

—Vos si tenés huevos, Nidia.

Prácticamente yo estaba ausente del espectáculo. Pensaba en las noticias que había escuchado recientemente. En la madrugada de uno de esos días, distintas fuerzas allanaron el local de la Comisión de Derechos Humanos no Gubernamental. Robaron documentación secreta y papeles. Robaron dinero. Ese día también se había desarrollado otra manifestación de los trabajadores de ANDA. Estaban en huelga y hasta ese momento habían despedido a cincuenta trabajadores. También concluía el XIX Congreso de la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños ANDES «21 de Junio». Habían venido delegaciones de Estados Unidos a acompañarlos. No cabía duda, la lucha avanzaba. Nuevamente la sensación de dolor de las agujas.

Una noche, cuando me encontraba leyendo en la celda, pasaron dos oficiales, algo raros, con uniformes de camuflaje. Me observaron. El detective se les acercó. Ellos preguntaron:

—¿Esa es Nidia?

—Sí —le responde—. Ella es.

Me miraron serios y se fueron.

Inmediatamente después llegó el oficial de guardia y preguntó por los otros dos que ya habían bajado.

—¿Qué se hicieron? Aquí está prohibido pasar. No vuelvas a permitir que la vean.

Sentí un escalofrío. Pensé que así como andaban esos tipos, cualquier día podían venir a darme tres balazos. Ahora se habían fijado. Otros habían pasado anteriormente. Y seguirían pasando.

Desde hacía días venía experimentando una sensación de triunfo. La lucha del pueblo aumentaba. Después de casi tres años de inactividad, la lucha popular se reiniciaba, precisamente algunos meses antes de que Duarte asumiera la presidencia. Desde

entonces no había cesado la actividad; por el contrario, había un incremento sustancial. Las nuevas movilizaciones populares se explicaban por el mayor empobrecimiento de las mayorías trabajadoras. Este empobrecimiento se agudizó durante el régimen de Duarte. Desde el inicio de su gestión hasta hoy había habido 137 conflictos, entre huelgas y paros. Los comentarios decían que en este 1ro. de mayo más de 40 000 salvadoreños se volcaron a las calles en repudio a la política antipopular, convirtiéndolas en tribunas de denuncia.

La creatividad del pueblo siempre ha estado presente. La junta militar demócrata-cristiana arremetió ferozmente en los años de 1980 y 1981 contra las organizaciones de los trabajadores hasta dejarlas prácticamente acéfalas. Pero habían resurgido con nuevos bríos y con una nueva generación de dirigentes populares que crecía y se reproducía.

Era de noche cuando sacaron de interrogatorio a unos diez detenidos. Yo estaba junto a los barrotes. Uno de ellos, después que le quitaron la venda, se volteó a verme y sonreía complacido. No recordaba haberlo visto antes. Pero me cayó bien. Le sonreí. Luego supe que eran dirigentes sindicales. A cada rato los metían y sacaban de los interrogatorios. Cuando ellos iban, al pasar frente a mi celda o al saber yo que estaban en interrogatorios, les cantaba:

El pueblo salvadoreño
 tiene el cielo por sombrero.
 Tan alta es su dignidad
 en la búsqueda del tiempo
 en que florezca la tierra
 por los que han ido cayendo,
 en que venga la alegría
 a lavar el sufrimiento.

Dale, salvadoreño, dale
que no hay pájaro pequeño, dale,
que detenga ya su vuelo, dale,
cuando comienza a volar.

Entre estos sindicalistas se encontraba el secretario general y el secretario de conflictos del Sindicato del Seguro Social, quienes fueron capturados durante un salvaje desembarco de helitransportados en la madrugada de los primeros días de junio en el Hospital Central del Seguro Social. Los trabajadores estaban en huelga pidiendo aumento de salarios.

El operativo fue dirigido por Reinaldo López Nuila, viceministro de Seguridad Pública. Usaron fuerzas combinadas de la Policía de Hacienda —las tropas que desembarcaron, vestidas de negro y con máscaras— y de la Policía Nacional, la cual ya había infiltrado detectives. Pero tal fue su nerviosismo que, a pesar de haber amarrado y puesto boca abajo a todos los huelguistas en segundos, los de la Policía de Hacienda asesinaron, confundiéndolos con compas, a cuatro detectives de la Policía Nacional. Luego se llevaron presos a los dirigentes. Sin embargo, los trabajadores, en abierto desafío, continuaron firmes en la huelga hasta lograr la libertad de sus dirigentes. Lo mismo sucedió meses después con la actitud de los trabajadores del Sindicato del Banco de Crédito Popular al ser capturado su secretario general.

Ni las capturas, ni los desaparecimientos, asesinatos de sindicalistas, ni los allanamientos a sus locales, ni los asaltos militares por parte del Ejército de Duarte, han logrado amedrentar la voluntad popular. Han sido inútiles el artículo 29 de la constitución política que trata de impedir la movilización de los trabajadores, y el decreto 296 que coarta el derecho a la huelga de los empleados públicos.

Uno de los sindicalistas que pasó frente a mí se parecía a mi hermano Rafael. Solo que aquel estaba cuerdo.

Estuve organizando trabajadores en la década del setenta, y lo hacía todavía en el ochenta. Cada vez que recuerdo esta etapa, canto esos hermosos versos que compuso la comandante Susana:

Que viva la clase obrera
comandante de los pobres
y viva el campesinado
su más fiel y firme aliado...

¡Ah!, si tú comprendieras este dolor
de la separación.

Este dolor que nace y me hace vivir...
Sobrevivir.

¡Ah!, si tú con tus pequeños años,
a tu corta edad, pudieras ver este dolor
estremecerías al mundo,
romperías el universo
de lo desconocido.

Mi niño fue prematuro, lo tuve cinco semanas antes de la fecha esperada. El trabajo era muy intenso y las responsabilidades se acrecentaban. Estábamos en el período de resistir, consolidarnos y avanzar. En ese momento estaba en el frente urbano, en condiciones de clandestinidad, con identidad falsa. Por unos sobreesfuerzos y caminatas largas casi lo aborto.

Recuerdo la sensación indescriptible que sentí al parir y ver al pequeño. Una intensa y desconocida ternura nació desde lo más hondo. Sentí que había cumplido con otro deber, pero un deber distinto: había sido capaz de dar otra vida, había dejado ya la semilla. Lo vi exactamente parecido a su padre. Durante dos días

me coloqué una almohada sobre el estómago, pues me era extraño estar sin él en el vientre y tenía mucho frío.

Querido, mi relindo,
 no me olvidés nunca.
 Porque yo estoy en lo que llaman
 el infierno o la gloria.
 Porque soy mortal
 y me hicieron inmortal.
 Sobreviví, estoy viva,
 nunca me olvidés.
 No sé cuándo te vea, quizá pronto,
 tal vez no.
 Uno no sabe las sorpresas de la vida.
 Ahora aquí estoy,
 cumpliendo con mi deber.

La primera vez que me separé de él, cuando tenía seis meses, aún lo amamantaba. Era de madrugada. Mi madre me echó la bendición y me dijo:

—Vete sin preocupación, hija. Yo tengo ahora un amor mucho más inmenso, es doble. Este niño es fruto de tu vientre y tú eres fruto del mío. ¡Cómo no voy a protegerlo!

Las dos llorábamos. Al salir, sentí que algo se desgarraba dentro de mí. Cada vez que me separaba de él, me angustiaba el reencuentro, pues creía que no me reconocería y que me rechazaría. El primer reencuentro fue a los dos meses y se inhibió. Después ya no. Al pobre lo operaron a los dos meses de nacido de dos hernias. A los cuatro meses le enyesaron una piernita, pues traía un problema congénito en un pie. Creo que me preocupaba en exceso por él, yo diría que lo superprotegía. Cuando estaba con él revisaba su cuerpo minuciosamente.

Alejandrino, recuerda
 que tenemos que jugar,
 que platicar,
 derramar nuestra ternura.
 Espérame con los brazos abiertos
 en la gloria o en la inmortalidad
 de la historia de este pueblo.

28

«Hoy se irán mi madre, mi hijo, mi hermana menor y su hijita. Este 19 de junio, de hecho, se van exiliados de su patria. ¿Qué les espera en Suecia, a miles de kilómetros? Seguro que el proceso de integración a esa sociedad les costará».

Mi angustia creció y mi desesperación fue desbordante cuando supe que la S-2 comenzó a amenazar a mi madre y se atrevió a ametrallarle la casa, pasándole las balas a diez centímetros de su cabeza, y a seguirla; hombres encapuchados llegaron a buscarla dos noches; los teléfonos no paraban y el enemigo preguntaba a cada rato por mi hijo, mi pequeño, e intentaba secuestrarlo; a mi madre le decían que solo le quedaban horas de vida, que le pondrían una bomba, que se fuera del país porque la iban a matar. También así pretendían hacerme sentir culpable.

Las amenazas comenzaron a partir del momento en que mi madre, junto a la Cruz Roja Internacional, después del período de los interrogatorios, vino a verme a la cárcel. Un teniente tuvo el descaro de decirme varias veces que a mi madre la perseguían y la amenazaban los guerrilleros, quienes por mi traición se vengarían con mi familia.

Mi madre, al verse amenazada, recurrió al arzobispado y al Comité Internacional de Migrantes. Se hicieron gestiones con el

Gobierno sueco, el cual ofrecía refugio a las víctimas de la guerra. En Suecia hay alrededor de 1 000 refugiados. Así también los hay en Australia, Canadá, Honduras, Costa Rica, Nicaragua y México.

Una noche, en su desesperación, mi madre hasta le escribió una carta a Napoleón Duarte en donde denunciaba su persecución. Duarte le respondió que haría las averiguaciones, pero lo que hizo fue encubrir estos actos.

En El Salvador, los familiares de los guerrilleros son también víctimas, principalmente cuando se trata de un dirigente. Asesinan o desaparecen a los seres queridos para hacer presión y para dar lecciones. Cuando no lo pueden golpear a uno, golpean a los indefensos. Cuando uno está preso, lo presionan capturando a los familiares. Buscan hacerte chantaje y quebrarte la voluntad. Ponen grabaciones con voces de los familiares; si tienen un hijo pequeño, el llanto de un niño. A Graciela le capturaron al papá y la desnudaron frente a él; a Ana Guadalupe le asesinaron a un hermano; al padre del comandante Joaquín Villalobos, le pusieron una bomba en el local de trabajo y lo capturaron. En otros casos fue para vengarse. Esto fue lo que sucedió también en mi caso. Tengo doce familiares refugiados, quienes fueron víctimas de la represión.⁵⁷ Ellos no tenían nada que ver con el FMLN. Su delito simplemente fue el ser familiares míos y no dejar de enviarme ropa limpia cada ocho días a través de los organismos humanitarios.

«Las lágrimas son incontenibles, boca abajo en la colchoneta. Recuerdo a mi pequeño. Nació en el año de la ofensiva. Su rostro es dulce, y tiene la piel amelocotonada. En sus ojos hay tristeza y tiene una sensibilidad exquisita. Recuerdo que con su padre decidimos tenerlo después de reflexionar mucho. No me fue fácil

⁵⁷ Mi cuñado fue secuestrado y torturado por la Policía de Hacienda durante diecisiete días. Debido a presiones, el Gobierno de El Salvador lo entregó al de Suecia.

decidir tener a mi hijo en la guerra, más con las responsabilidades que una tiene. Una desea tener un hijo, varios, que nazcan y se desarrollen en la lucha. Verlos crecer en el proceso. Casi nunca se gozan, pero sabés que están ahí, que viven y que son semillas que fructificarán y se desarrollarán en el ejemplo de sus padres. No es fácil saber que quizá lo dejarás huérfano, que te separarás de él o de ellos por tiempo indefinido; o que quizá te lo destrocen frente a ti o te lo desaparezcan. Casi siempre, cuando los capturan en los operativos que realiza la Fuerza Armada en las zonas de control o de expansión, los llevan a centros correccionales donde los ubican junto a niños con problemas de conducta. Allí llevaron a Osmín, hasta que lo rescataron unas monjas.

»Sabes que tu hijo es parte del pueblo y que, aunque te le hagan daño y te causen un dolor sin precedentes, no delatarás ni entregarás a nadie. Por eso no es fácil, pues una quiere verlos crecer, gozarlos, y en tiempos de guerra generalmente no es posible hacerlo. Cada vez o cada minuto que los tienes junto a ti, lo vives intensamente, saber que tienes que darles los valores que posees, que él o ellos deben ser mejores que una, que en su pequeña mano está el porvenir alumbrando las sombras.

Pequeño hijo mío
 pequeño gran hombre
 no sé cuándo te volveré a ver,
 pero te veré y volveré a derramar
 todo mi amor y dulzura
 hacia ti, volveré a ser tu amiga.

»Osmín estaba ahí; también la Chabelita y otros seis. Él no es muy grande, apenas tiene los ocho años de miles de niños. Sangraba su espalda. Su valentía me admiró y me enseñó... Él no jugaba como quizá tú lo estabas haciendo, hijo, como yo quiero que lo

hagan a esa edad los niños de mi patria... Hijo, por eso lucho. ¿Lo comprendés?».

Estaba segura de que lo volvería a ver. No podía ni siquiera imaginar cuándo ni en qué circunstancias.

29

Me encontraba dibujando un paisaje, de esos que mis pies han caminado, cuando un grupo de norteamericanos y oficiales se situó frente a la celda. La abrieron y entraron cinco. Eran congresistas. Me explicaron que el pueblo norteamericano estaba interesado en mi salud y deseaban saber cómo me encontraba. Les respondí que estaba luchando para ser trasladada a la Cárcel de Mujeres, que en el cuartel me retenían arbitraria e injustamente, que no era ahí donde, según las leyes, debía estar. Les expliqué las causas por las cuales pedía mi traslado, y los atentados y la persecución de que había sido víctima mi familia. Parecía que no escuchaban lo que les decía. Era otro el motivo de su visita:

—¿Qué opina usted sobre la masacre⁵⁸ de la Zona Rosa?⁵⁹
—preguntaron.

—El hecho es producto de la injerencia norteamericana. Su participación directa en la guerra los expone a perecer. Están cada vez más metidos y sin embargo no quieren ser afectados. Eso no es posible. A mí me capturó un norteamericano. Duarte no lo ha podido negar. Ahora ya están en los teatros de guerra, quizá pronto nos invadan con tropa.

⁵⁸ Así llamaron los sectores de poder a la operación político-militar realizada en San Salvador el 19 de junio.

⁵⁹ Zona Rosa: lugar de la capital donde se concentran locales de recreación de la burguesía.

—Nidia, ¿qué relación hay entre su captura y el caso de la Zona Rosa? ¿El PRTC hizo la masacre porque fue norteamericano el que la capturó?

—Lo mío es una ínfima expresión de la injerencia. Desde hace seis años vienen involucrándose en nuestros problemas, por eso el conflicto no ha podido resolverse. Son sus bombas las que nos agreden. Entrenan a batallones que aplican el terrorismo. Las líneas tácticas son diseñadas por el Pentágono y los asesores, en una estrategia de terror.

—¿Aquello fue un acto de desesperación?

—No sé quiénes son ustedes ni lo que persiguen, pero sí les voy a decir que en El Salvador deambulan decenas de asesores, expertos torturadores, agentes de la CIA y funcionarios norteamericanos. Son gente vinculada con las desapariciones, torturas, capturas, interrogatorios. Manejan y controlan la inteligencia.

—Ahí solo murió gente inocente.

Los miré y les respondí:

—No es ningún acto contra el pueblo. La línea del FMLN es contra el imperialismo. Estamos cansados de estar peleando contra soldados reclutados a la fuerza, mientras los oficiales y los norteamericanos se pasean por las calles y gozan. De aquí en adelante, seguro que vamos a empezar por los responsables.

—¿Cómo ve ahora su situación ante el pueblo norteamericano? Antes, usted tenía simpatías. Con esta masacre, usted las pierde.

—Estoy segura de que el pueblo norteamericano comprenderá. En este caso, si bien fue un comando del PRTC, este actuó con la línea de la comandancia general y no es un acto de terrorismo. Fue una acción de legítima defensa contra quienes promueven y alientan la agresión contra Nicaragua y El Salvador, contra quienes sostienen a la «contra» y al Gobierno de Duarte.

—Ustedes se equivocaron, había gente inocente.

—Yo desconozco detalles; pero nosotros, por norma, no actuamos si no tenemos información precisa, la necesaria y básica para golpear, y esos, seguro que eran asesores yanquis y agentes de la CIA.

Se miraron y se despidieron de prisa. «¿Acaso fue esto un interrogatorio? No lo sé, no parecían policías, además dijeron que eran del Congreso, al menos así lo dijo el traductor». Revelo andaba con otros oficiales de traje civil.

La noche que los comandos «Mardoqueo Cruz» se atribuyeron la operación político-militar «Yanqui agresor, en El Salvador otro Vietnam te espera», que consistió en un ataque de aniquilamiento a asesores militares norteamericanos y a agentes de los organismos de inteligencia que se encontraban en un restaurante de la Zona Rosa, fue una noche terrible. Me tembló todo el cuerpo, mis palpitaciones se acrecentaron y casi me fumé una cajetilla de cigarrillos. Pensé que me volverían a sacar otra vez a interrogatorio o me enviarían a la Cárcel de Mujeres y que en el camino me secuestrarían. Miles de especulaciones se me venían a la cabeza. Ya habían pasado dos días y nadie se había atribuido la acción. Había pensado muchas cosas.

La acción fue exitosa. Fue un período de acciones que marcaron un salto de calidad en cuanto a la presencia político militar del FMLN en los principales centros urbanos. Esta acción era el resultado de los esfuerzos y de las experiencias de nuestros comandos en San Salvador.

El operativo tenía como fundamento el amplio apoyo de los diferentes sectores de la población, sin el cual no hubiese sido posible realizar esta y otras acciones.

La situación militar de la zona no era fácil. El Estado Mayor de la Fuerza Armada y la escuela militar estaban a 250 metros. El cuartel de la Policía Nacional conocido como batallón San Benito estaba a 150 metros. La embajada de Brasil estaba justamente

enfrente del objetivo, a unos diez metros. En el vecindario vivían Vides Casanova, el ministro de defensa; el embajador norteamericano; el oligarca Regalado Mathies y Jorge Bustamante, director del seguro social. En todas ellas había elementos de los cuerpos de seguridad permanentemente.

Según la radio, los compas también habían ametrallado la sede del Estado Mayor de la Fuerza Armada y la residencia del director del seguro social, quien mantenía una actitud intransigente con los trabajadores de esa institución, quienes estaban en huelga. En esta acción participaron equipos de investigación, localización y revisión. Se organizó el apoyo de militantes, colaboradores y simpatizantes. Todos ellos estuvieron coordinados por un sistema de comunicación debidamente compartimentada y bajo la conducción directa de la jefatura militar.

En la acción participaron tres comandos: uno de choque y aniquilamiento, uno de seguridad inmediata y otro de seguridad mediata. Todos ellos debidamente armados.

Los compañeros llegaron a la Zona Rosa, reconocieron el restaurante, a los asesores norteamericanos y a los agentes de la CIA. Al disparar, elementos vestidos de civil que se encontraban en la zona respondieron, y se produjo un intercambio de disparos.

Los comandos tenían un margen máximo de cuatro minutos para realizar la acción y retirarse. Antes de establecerse el cerco militar y de desplegarse los efectivos de la Fuerza Armada, los comandos estaban fuera de peligro. En esta acción cayó heroicamente Julio Martínez.

Ese día, 19 de junio, en la Policía Nacional se hizo todo un alboroto, se oían noticieros y estaban coléricos. Yo estaba sumamente feliz, pero no podía gritarlo a los cuatro vientos para que lo oyeran todos los compatriotas que estaban detenidos y en interrogatorios.

Vinieron varios oficiales, entre ellos Revelo, López Dávila y Serpas:

—Buenas noches, Nidia —dice Revelo, llevando como siempre su mano hasta la frente.

Un sudor se apoderó de mí; absorbí todo el humo, lo miré seria y con la cabeza erguida:

—Buenas noches —le digo.

Silencio, todos me miraron. Me observaron. Tenía que aprovechar la oportunidad y hablar yo primero.

—¿Qué ha pasado con mi traslado a Ilopango? He apelado y escrito y no hay respuesta.

—Su caso está en manos del Juez de Instancia Militar. La licenciada María Julia llamó y dijo que vendría la próxima semana con una jurista. Además, Monseñor Rivera vendrá a verla. Si usted quiere ver al ingeniero, él viene.

—¿El ingeniero? ¿Qué ingeniero?

—Sí, el ingeniero Duarte. Me ha dicho que si usted quiere, él viene a verla.

Realmente me parecía mentira, pero no se lo dije. Traté de ignorar la pregunta, pero él insistió y entonces le dije:

—Así no; detrás de las rejas, nunca.

Con voz muy serena, mirando a los ojos a López Dávila, le dije a Revelo:

—Quiero decirle que hace dos días vino un interrogador a mostrarme unas fotos de una mujer. Ni siquiera la conozco. Esa es una forma de interrogatorio y se lo voy a decir a la Cruz Roja Internacional y a Tutela Legal. No quiero que eso se repita. Yo ya pasé el periodo de interrogatorios. Eso es un abuso.

Revelo miró a López Dávila, luego me miró y me dijo:

—Despreocúpese, Nidia, ya no van a venir a perturbarla.

No dormí en toda la noche, fumé demasiado. El cigarro no ha sido costumbre o vicio en mí, mucho menos algo obsesivo. Ni

siquiera en el interrogatorio acepté cigarros, a pesar de que me ofrecían a cada rato. Amaneció. Las noticias decían que había terminado un operativo sobre Morazán. «¡Morazán heroico! Si pudiera oír por lo menos un minuto la Radio Venceremos o la Farabundo Martí; pero aquí no se capta por la interferencia y además el detective que está siempre frente a mi celda lo impediría. ¡Morazán! Conocí Morazán, sus entrañas, su profundidad, sus combatientes, sus jefes, sus combates, y nuevamente ahí reencontré a mis amigos de siempre».

En la noche me sentí intranquila, desesperada. Pensaba en todo, en la guerra, en las justificaciones políticas del adversario para la agresión. Pensé en los compas, en los combatientes. «Siento que los he decepcionado. Quizá ellos esperaban mejores cosas de mí. ¿Cómo estarán los de los interrogatorios? Esos que me paso escuchando, los permanentes y prolongados... ¿verdad que esta es la estructura de tu organización?... ¿Reconocés a esta?... ¿Y a este?... ¿Y a este?... No, no los conozco... O no había respuesta.

»Soy prisionera de guerra, esa es mi situación. ¿Cuál es la mejor conducta que debo adoptar? Solo hago lo que pienso que debo hacer, pero estoy insatisfecha. Añoro todo lo que mis pies caminaron. Centroamérica, tierras, montes, ciudades. Mis seres queridos. Los reencuentros y los desencuentros».

Detrás de estas treinta y dos rejas
y frente a un muro
tengo nostalgia dulce y triste del pasado.
Lo amo fuertemente y no lo lloro.

30

«Desde hace una semana tengo una tristeza muy honda. No sé qué es lo que me pasa, es como un presentimiento, es como si algo hubiese sucedido». No me lo explicaba, pero esa mañana, al salir a tomar el sol, el teniente Serpas se acercó y me dijo con tono burlón:

—¡Putá, mamaíta! Tenés una gran memoria.

—¿Por qué dice eso?

—En el informe que vos sacaste de aquí para tu partido, clasificabas uno por uno los papeles que andabas en la mochila e informabas de todas las fases que tuviste en el interrogatorio.

Sentí que la vida se me escapaba. Me estremecí de pies a cabeza. Me entró un temor, pero lo miré serenamente:

—¿Cuál informe? ¡Yo no he sacado ni mierda!

Pero al decir esto yo me preguntaba atropelladamente: ¿cómo fue posible que lo supieran? ¿Sería que habían capturado al colaborador con el papel? ¿Por qué hasta ahora, si ya habían pasado dos meses? Me preguntaba a mí misma: ¿en dónde y cómo cayó ese papel?

—¡No jodás, mamaíta! Si vos has escrito un informe de cuarenta y dos páginas, veintiuna hojas revés y derecho, hojas rayadas con tu puño y letra; y ahí decís que nosotros somos unos inexpertos y que tuviste una gran victoria sobre nosotros.

—¡Miente! ¡Yo no he escrito nada! —le contesto firmemente.

—¿Y lo que andaba la Arlen Siu en la mochila?

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Cuál Arlen Siu? —logré decirle.

—La Arlen Siu... la comandante que cayó en el norte de San Miguel. ¿Vas a decir que no la conocés? Y allí cayeron un montón de terroristas. La Tercera Brigada acabó con ustedes.

Ahora comprendía por qué desde hacía una semana habían redoblado la vigilancia y un detective cuidaba a otro. Habían cambiado al personal de la Comisión de Derechos Humanos Gubernamental. A la Cruz Roja le pedían que el delegado solo fuera a verme ante ellos y habían capturado a un miembro de Tutela Legal. Me habían suspendido el derecho a estar informada, a comprar el periódico.

—Mirá, mamaíta, yo a vos te hubiera doblado, pero me diste lástima. ¡Putá! Dabas lástima como estabas. Con vos perdimos mucho tiempo; te chineábamos, te sacábamos a cada rato para que te viera la prensa, el médico, y a mí me diste lástima y por eso no te doblé. No es que seamos inexpertos.

Me estaba provocando, pero me sonreí y le dije:

—Pues sí, es una lástima para ustedes contar con gente como usted, que no cumplen con su deber. Su deber era doblarme, ablandarme y ver si me quebraba. Pero yo le pregunto: ¿le parece poco haberme interrogado sin dejarme dormir ni de noche, ni un instante, tratando de vencerme, sin darme pastillas para el dolor?

—No, mamaíta, no jodás. A vos no te hemos interrogado dieciséis días. ¿No ves que te anduvimos de arriba para abajo, te sacamos radiografía, te veía la Cruz Roja? Lo que pasa es que me diste lástima; ¿no ves que yo te llegaba a ver y no te podía ni siquiera interrogar?

—Su voz me es familiar, usted me interrogaba —le digo—. Lo que pasa es que usted no puede concebir su derrota, no puede aceptar que existan personas con principios y que mueren en su trinchera.

—No, hombre. No hay nadie que resista cuando se le aplica verdaderamente la presión; con vos no lo hice. Mirá, yo doblé a Miguel Castellanos, y todo lo que he estudiado en Chile, Uruguay y Venezuela lo tengo fresco y lo aplico creadoramente en El Salvador. No hay quien resista, lo que pasa es que me diste lástima.

—Usted me está provocando, quiere que le diga que vayamos otra vez al interrogatorio. Si tanto dice que me pudo doblar y no lo hizo, perdió su oportunidad.

Por poco le escupo la cara. Este infeliz siempre se me acercaba a la celda cuando tomaba el sol, tratando de aparentar ser el bueno de la película. Pero era nada menos que el jefe de la Policía política. Al principio trataba de ocultar lo que era y se hacía pasar como miembro del personal administrativo. Decía que me había conocido desde chiquita y, con tono burlón, siempre me decía que yo era su «cipota».⁶⁰ Fue uno de los pocos oficiales que se atrevió a no respetarme y a continuar interrogándome, ahora solapadamente. Ni el mismo mayor López Dávila, jefe de inteligencia, se atrevía a interrogarme de esa forma.

No lo soporté. Di media vuelta y subí precipitadamente. Todavía, con tono irónico, me dijo:

—¡No te enojés!

Cada vez que lo recordaba, sentía gran rabia y no dejaba de pensar en Arlen. Ella había muerto. A la mañana siguiente, Radio YSU anunció la caída en combate de la comandante Arlen Siu Guazapa.

Del dolor terrible (5 de julio de 1985)

Detrás de estas 32 rejas
y frente a un muro
tengo nostalgia
dulce y triste
del pasado.
¡Lo amo fuertemente
y no lloro!

⁶⁰ Cipota: niña.

Tengo añoranza
y fe en el futuro
no lo busco y
lo encuentro.

Tengo dolor terrible
y alegría natural
del presente
lo lloro y le canto.

Tengo la rebeldía y
resistencia de los siglos,
los llevo
en mi pueblo y
su lucha, que es
la nuestra.

Todo es tan humano
nada me es ajeno.
Todo es un ayer, un hoy y
un mañana.

«Camarada, amiga, hermana del alma, la muerte te sorprendió en junio. Las lágrimas brotan. Miro el recorte que tengo de la mujer a caballo. Hoy te pareces a ella. Ahora entiendo mi tristeza y pesar de estos días. Era por ti y no lo sabía. El brillo de tus ojos será luciérnaga en la oscuridad y tu melodiosa voz, el ruiseñor de nuestro amanecer.

»Te conocí en 1973, al iniciar las clases de psicología y después tuvimos que encontrarnos muchas veces. ¿Y ahora? Tu solidez moral está en la construcción del partido unificado. Hace cuatro meses dejé de verte. Te habíamos nombrado responsable del

trabajo político-militar en oriente. ¿Cómo es posible que ya no estés físicamente con nosotros? Siempre estabas cantando y alegre. Tu ánimo vivía en cada masa organizada y tu calor fraterno y solidario era el abrigo en el invierno. Tenías muchas iniciativas. Tu rocío caerá en las tardes combativas y tu frágil figura estará en la vanguardia de las columnas guerrilleras. Tu coraje y valentía están en el fusil de cada combatiente. Tus grandes cualidades humanas te llevaban a comprender los problemas arduamente en sus organizaciones de base. Formaste las organizaciones de los pioneros y de las mujeres en los distintos frentes. Te gustaban tanto los niños y, por fin, ahora ibas a ser madre; en tu vientre abrigaba ya el fruto, un nuevo pionero. Tu amor maternal está en cada pionero liberado. Tu sangre es el abono para la tierra liberada y tu alegría será mi triste compañía. Arlen, Celia, ¡hasta la victoria siempre!».



Tenía una obsesión con los seres queridos que ya no estaban físicamente con nosotros. La caída de Arlen Siu Guazapa me había hecho sentir más la necesidad de ser mejor, de usar por ella sus botas en esos valles y alinear de mejor forma su fusil. Era una mujer de temple. Trabajó en todos los frentes de guerra, incluida la cárcel, donde mostró una admirable conducta. Ahora sé que murió el 26 de junio, seis días después de cumplirse el segundo aniversario de la caída en combate de Mardoqueo Cruz. ¡Qué coincidencia! Ellos fueron compañeros de vida y ahora se acompañaban en el ejemplo.

Con Mardoqueo, compañero de extracción obrera, trabajé en la organización de los comandos urbanos en 1982 y 1983. Ahora los comandos llevaban su nombre y lo reivindicaban en cada combate.

«Ya no debo seguir pensando en ellos, estoy torturándome». Me levanté y comencé a hacer ejercicios. Me gustan. Ese día hice casi hora y media.

31

Hablando sin mostrarme los ojos, como casi siempre lo hacía, Julio César, el famoso doctor Bottari, me dijo:

—Nidia, voy a escribir un libro basado en la vida de un joven que proviene del campesinado. Por medio de un tío puede llegar a estudiar, luego se incorpora a la guerrilla y después de diez años de luchar, se arrepiente. Ese joven participa en todos los frentes de guerra y es de la dirección del FMLN. Necesito que usted me ayude contándome cómo se vive en el frente, qué hacen. Imagínese, yo no sé ni cómo se hace un «tatu»,⁶¹ y eso sería bonito explicarlo en el libro.

⁶¹ Tatú: refugio.

—Usted debería consultar en los archivos de inteligencia, así sabrá lo que ahí hay sobre lo que me pregunta. Yo no le puedo ayudar.

—Lo que pasa, Nidia, es que yo no tengo acceso a esos archivos. Mi vida es solo la profesión médica. Tengo treinta años de trabajar aquí. Soy el jefe del personal médico y de enfermería: mi ocupación no tiene nada que ver con las investigaciones, por eso quiero que alguien como usted, que ha vivido directamente la guerra, me lo cuente. ¿Cómo se vive? ¿Cómo se hacen las cosas? ¿Cómo se sienten en las montañas?

Muchas veces me había pedido que le diera información para ese libro. Seguro que iba a reflejar el caso aislado de Miguel Castellanos. Me hablaba como si yo no supiera quién era él, todo lo que había hecho y hacía.

—¿Usted trabaja aquí solamente? —le pregunto.

—No, yo soy un hombre luchador. Trabajo de jefe de neurología en el Seguro Social, en el Hospital Psiquiátrico, en el Centro de Rehabilitación y, además, tengo una clínica particular en el edificio Duke. También escribo. Tengo varios libros: *Sexología sacerdotal* y *Memorias de un niño*. Se los voy a regalar. Ahora pienso escribir sobre el guerrillero que se cansa de luchar.

Lo miré fijamente. Este tipo era tan cínico que no se atrevía a mostrarme los ojos. A veces me había dicho que en el pasado fue progresista, que anduvo en las luchas estudiantiles, que conoció a muchos de los revolucionarios y se había atrevido a preguntarme por su paradero actual. A veces quería gritarle, como el primer día, cuando lo volví a ver, que no lo soportaba y que era un asesino.

Lo conocí en 1973, cuando estudiaba psicología. Cuando reabrieron la universidad, después de la ocupación militar del régimen de Molina, colocaron en las diversas facultades a personal administrativo reaccionario y a «orejas».⁶² A Bottari lo pusieron

⁶² Orejas: confidentes, colaboradores secretos de la Policía y de los cuerpos represivos.

en la cátedra de psicofisiología. Para nosotros era un policía y luchamos por quitarlo. Triunfamos con la participación activa del estudiantado. Yo pertenecía a la directiva de la Asociación de Estudiantes de Psicología. Bottari no me recordaba o se hacía el desentendido. A quien tenía bien presente era a Miguel Castellanos y lo odiaba. Por eso me dijo: «ese Miguel, ni a revoltoso llega: yo lo decía siempre...»

El día que entró muy suelto a la celda, si mal no recuerdo, fue el 6 de mayo. Se presentó ante mí como mi médico, diciendo que para cualquier cosa contara primero con él. Me preguntó si me sentía mal de los nervios. Me dijo que confiara en él, que era psiquiatra, que él me podía ayudar, que para eso estaba.

Una vez me dijo que la guerrilla lo tenía en lista, porque un sobreviviente que había sido salvajemente torturado y encontrado en un desagüe, lo había acusado a él. Pero me dijo que eso no era así, que había una confusión, que él jamás había torturado a nadie, que él solo atendía los casos de los enfermos.

Bottari fue acusado por el FMLN de ser responsable de las torturas más bestiales con sueros y electros. Era el responsable de las locuras de decenas de compatriotas y de desaparecidos. En las cárceles clandestinas y en los cuerpos represivos ha jugado un papel muy activo como torturador.

Conmigo trató de aparecer como bueno, como inocente. Me dijo que tenía un alto concepto de mí, porque uno debía morir siempre en su trinchera, que se extrañaba de que el FMLN me hubiera dado la espalda, que por qué no me habían canjeado al igual que otros compañeros, que lo más seguro era que quizá ya no confiaban. Otras veces me decía que quizá el FMLN iba a dar un golpe un día de estos por mí. Pero casi siempre me decía que el FMLN me había abandonado y que no se lo explicaba, que el día que saliera que sería mejor que me fuera a curar a Francia.

Al principio no quería decir que era coronel. Yo lo sabía desde antes. Un día el enfermero se le cuadró y otro, él le dijo a un detective que le abriera mi celda. El detective no la abrió rápido y él se enojó y le gritó: ¿no sabe que yo soy coronel?

—Mire —le digo—, cuando yo estaba en el interrogatorio le dije a los de la inteligencia que por tres motivos no iba a hablar: primero, por cuestiones de principio; segundo, porque nuestro trabajo está compartimentado y se sabe lo necesario, y tercero, porque no sé.

Bottari me miró y no dijo nada. Desde ese momento, no volvió a pedirme que le ayudara en el libro con mi información. Pero en otra ocasión pidió que lo recomendara con Tutela Legal o con cualquier otro organismo que tuviera fotos donde se demostraran los daños que el Ejército causaba al pueblo, que él solo tenía fotografías que venían de los diarios nacionales en donde aparecía el FMLN-FDR violando los derechos humanos.

Tenía una personalidad psicópata y había entrado en una crisis política. Él siempre estuvo vinculado al poder, desde partidos pro-oligárquicos. Pero ahora estaba en el poder el Partido Demócrata Cristiano, el cual tenía contradicciones con otros sectores de poder y aun entre los mismos oligarcas había contradicciones. El partido ARENA se acababa de dividir. Bottari me decía que ya no se sentía bien en la política nacional, que no se sentía ubicado, pues trabajaba para alguien con quien no estaba de acuerdo, que no compartía la política de Duarte, que no soportaba a los norteamericanos y que en ese punto sí estaba de acuerdo conmigo.

—Cuando se sienta mal, avíseme. ¿Se siente nerviosa?

—No, todo está bien.

No llegué a pedirle un tranquilizante, aun en los momentos más difíciles, ni siquiera cuando no podía dormir, ni en aquellos momentos de mayo en que creí volverme loca. Jamás Bottari me vio triste o deprimida.

Nunca nadie me odió con la sutileza de Bottari. Sus ojos claros, cuando me miraban, destellaban rabia. Una vez me dijo que en rueda de amigos, gente de mucho dinero le había preguntado sobre mi conducta y que él había dicho que yo era de los que morían en su trinchera.

Debido a la presión del CICR y «Ayuda Médica para El Salvador», Bottari se vio obligado, aunque siempre de forma lenta, a tramitar con el Alto Mando lo relacionado con mi yeso, con el diagnóstico del médico forense, con el electromiograma, con la concreción del lugar para la operación del brazo y de la mano. Él aparentaba ser muy atento y tener interés real por mí, pero solo trataba de resaltar su imagen.

Realmente era insoportable. Recuerdo que cuando vinieron por primera vez a intentar operarme, el 22 de mayo, aparentó interesarse para que se posibilitara la operación. En realidad, fue uno de los que más obstáculos puso. Al día siguiente, Karen Parker y los doctores Lemus y Sánchez se regresaron sin haber realizado la operación de microcirugía que solo fue posible efectuar después de cuatro meses de lucha y presión de la solidaridad. A tal grado llegó la presión, que cuando Duarte fue al Congreso de Estados Unidos, en junio de 1985, algunos congresistas le preguntaron que por qué no facilitaba la operación y tuvo que comprometerse. Pero, como siempre, no cumplió.

Sabiendo que Bottari era psiquiatra, algunas veces llegué a reprocharle su falta de interés después de contarle que con mucha frecuencia, en las noches, oía gritos de compañeros detenidos que parecían volverse locos o ya lo estaban, o que sacudían las rejas, algunas veces llamando personas, incluso a mí. Esto último, yo no sabía si era real o producto de mi ansiedad e impotencia por querer ayudar a los compañeros.

Una noche sacaron de interrogatorio a un hombre alto, delgado, bien parecido, y luego lo metieron en la celda 17. Me dio

tanta pena verlo y después oírlo cuando gritaba entre los barrotes, de cara al muro: «¡Silvana! ¡Silvana! ¡No toquen a Silvana! ¡Silvanaaaa! ¡No golpeen a la Silvana!»

En otra ocasión escuché a uno de los detenidos zarandear los barrotes de su celda y gritar: «¡Que no lllore el niño, que no lllore el niño!»

Después del asesinato de Doroteo Gómez Arias, el Comité Internacional de la Cruz Roja envió a todas las cárceles a un delegado psiquiatra, especialista en la investigación de torturas psicológicas y presiones afectivas. Le manifesté no solo lo que yo había presenciado y escuchado sobre esto, sino que también le denuncié que para denigrar y presionar psicológicamente a los presos políticos, en el transcurso de los quince días de interrogatorios, les introducían en las celdas a homosexuales, algunos vestidos de mujer. Uno de esos casos sucedió en agosto. Se interesó mucho y tomó nota para plantearlo en otros organismos. En cambio, de Bottari solo recibí por respuesta su indiferencia y su complicidad.

32

—El ingeniero dice que si usted quiere verlo, él viene; que usted solo le mande a decir —me dice la doctora de Callejas, viceministra de Justicia.

«¡Qué cinismo!», pensé.

—Dígale que si yo vuelvo a hablar con él, será en otras circunstancias, no en las que me encuentre. Ahora no tenemos nada de qué hablar.

Al arzobispo, Monseñor Rivera, le había escrito una carta describiéndole brevemente cuáles eran mis condiciones. En esas condiciones no estaba dispuesta a hablar con Duarte.

Policía Nacional, 25 de junio de 1985

Monseñor

Arturo R. y Damas,

Arzobispo S. Salvador:

Atentamente lo saludo, esperando que al recibir la presente se encuentre desarrollando con éxito su labor pastoral, así como que con fe, esperanza y dinamismo esté superando los problemas, que como es natural, se presentan diariamente en el país.

Monseñor, el motivo de la presente es para solicitarle gestione mi traslado de la Policía Nacional al Centro Penal de Ilopango (cárcel de mujeres). Esta gestión la hago voluntariamente, por dos motivos fundamentalmente:

1) Por aquí en PN estoy aislada, encerrada con candado veintitrés horas al día, pues me sacan una hora diaria, con un detective permanente frente a mi celda.

2) Que aquí no recibo visitas de familiares y conocidos (aunque desde que estoy en calidad de depósito, me permiten visitas) debido al temor que estos sienten después de las amenazas y atentados de que ha sido víctima mi familia, concretamente mi madre. Mi relación afectiva depende directamente de organismos humanitarios como es CICR y Tutela Legal.

Esperando me ayude gestionando mi traslado.

Atentamente.

M. Valladares de Lemus

La visita de la doctora Callejas me la habían anunciado el coronel Revelo y mi madre, quien me lo había mandado a decir. Pese a ser una democrata-cristiana, me dio cierta alegría verla. Así a ella también le pude entregar una carta en la cual exigía mi traslado a Ilopango.

Cuartel Policía Nacional, 25 de junio de 1985
Dra. Dina Castro v. de Callejas
Viceministra de justicia
de El Salvador:

Atentamente le saludo. El motivo de la presente es para solicitarle que me ayude a gestionar mi traslado de la Policía Nacional al Centro Penal de Ilopango (cárcel de mujeres). Pido ese centro porque es ahí donde me corresponde ir, dada mi condición de política.

Como Ud. conocerá, desde el 4 de mayo estoy en la P.N., en calidad de «depósito», a solicitud —en aquel momento— del coronel Melara Vaquero, Juez 1º de Instrucción militar.

En mi estadía aquí, se me ha tratado como le ha convenido a la política del actual Gobierno. De acuerdo al momento y circunstancia (fase de interrogatorio y ya en calidad de «depósito»)...

La doctora Callejas me dijo claramente que era difícil que me trasladaran a Ilopango y que, en todo caso, quien decidiría a qué centro penal iría, sería el juez, el cual aún no había sido nombrado.

Me pidió que entendiera que el Gobierno no podía enviarme a Ilopango porque no garantizaba mi seguridad. Tal vez me trasladarían a Santa Ana, al centro penal de la Segunda Brigada de Infantería, donde me darían una celda amplia, tipo apartamento. Me dijo que para llegar a verme tuvo que decirle al «ingeniero», a modo de pedirle permiso —ya que ella, por lo que eso implicaba, no podía venir a verme sin autorización—, que su presencia allí obedecía a un gesto de humanidad y consideración hacia mi madre, pues fue su amiga personal, que pese a que yo había estado cerca de ella cuando fui su maestra de floristería, no me había reconocido en el diálogo de La Palma.

Ella fue una de las pocas amistades con las que mi madre pudo hablar y que al menos le dijeron «lo siento por usted». Hubo hasta

familiares míos muy cercanos quienes antes de ayudar pusieron como condición que debía renunciar a la lucha. Le dijeron a mi madre que yo era una vergüenza para ellos.

«Duarte. Mi madre. Amistades. Me da vueltas la cabeza. Cierro los ojos. Quiero relajarme».

Mi madre fue correligionaria de la democracia cristiana. Llegó hasta a prestar su vivienda para reuniones y era muy amiga de doña Melita, la madre de Duarte. Y mi hermana menor había estudiado varios años con la hija de Rolando, hermano de Duarte, y frecuentaba mucho a esta familia. Dentro de este marco de relaciones asistí, en mayo de 1983, a una cena en ocasión del matrimonio de Silvia Duarte, la amiga de mi hermana. Era una cena muy íntima. Allí estuve sentada por primera vez frente a Duarte.

Cuando me vio en La Palma, tal vez me reconoció; pero, aparentemente, no se inmutó. Aunque después supe que, cuando los periodistas norteamericanos le preguntaron que cómo había estado el ambiente, él les dijo que bien, pero que la única que lo había preocupado por la forma en que lo miraba era yo. También creo que así se sintió Rey Prendes, pues en algunas ocasiones mi familia se había relacionado con él.

Esta proximidad familiar tal vez indujo a mi madre a escribirle a Duarte. ¡Pobre de mi madre! Al menos dejó constancia histórica de que lo intentó. Ella le planteaba, entre otras cosas, que yo no era terrorista, que sentimientos nobles me habían llevado a combatir las injusticias; le pedía que permitiese que Gobiernos que se habían ofrecido a atenderme médicamente, lo hicieran. Para mi madre, la respuesta de Duarte fue dura, tan dura como sus expresiones cuando hablaba de mí. Como era de esperarse, me llamaba «terrorista».

San Salvador, 4 de junio de 1985
Señora doña Mina de Valladares,
Presente.

Estimada Señora de Valladares:

He recibido su carta en la que como madre, me expresa sus sentimientos con respecto a su hija María Marta Valladares, quien en las organizaciones de alzados en armas, fue nombrada «comandante Nidia Díaz».

Su preocupación sobre la salud de su hija la he tomado en cuenta y he ordenado me presenten el informe médico para conocer la situación y poder tomar las providencias del caso.

Hace algunos días tuve conocimiento de que personas sin escrúpulos se han dedicado a llamar por teléfono, amenazar y hasta disparar contra su casa; en vista de ello, he pedido a la Policía Nacional que establezca una vigilancia y le ofrezca la debida protección.

Con relación al status de su hija, creo que debe comprender que fue capturada en combate y con arma en la mano, lo que hace muy difícil sustraerla de la condición de alzada en armas, que ella misma confiesa.

Agradezco todos sus conceptos referentes a mis esfuerzos por el diálogo y el proceso hacia la democracia, que espero sirvan para que personas como su hija, que un día tomaron las armas para subvertir el orden social por razones ideológicas, comprendan que el camino de la violencia solo incrementa la muerte, el odio y más violencia, pero que el camino democrático puede ser un instrumento genuino de la paz social.

Espero que pueda llevarle amor al corazón de su hija, para que reemplace todo el odio que la ha llevado a dirigir tanta destrucción de vidas, servicios y bienes.

Que Dios la ilumine,

José Napoleón Duarte

¡Qué cosas las de la vida! Meses después, el FMLN capturó a Inés Duarte y, para liberarla, pidió la libertad de presos políticos, entre los cuales estaba yo. Ella es un par de años mayor que yo. Ambas somos madres. Sin embargo, en mi caso, nadie recordó que yo lo era. En su caso, la maternidad era uno de los principales argumentos esgrimidos. Ella era miembro muy activo de la democracia cristiana, trabajaba en la propaganda. Es más, llegó a dirigir campañas de propaganda en el proceso electoral y tenía una radioemisora a su cargo. Formaba, pues, parte del aparato de guerra psicológica. Sin embargo, se pretendía negar toda su vinculación política y se la colocaba al margen de sus responsabilidades. En cambio, a mí se me acusaba de todo, desde terrorista hasta delincuente.

Cada vez que Duarte comentaba algo sobre mí, me molestaba. Lo que decían otros me molestaba menos, quizá por todo lo anterior. O quizá por que en 1972, aunque ya estaba en la guerrilla, fui a cuidar una junta receptora de votos de la UNO. Lo necesitaba para mi fachada. Duarte era el candidato presidencial y Ungo, el segundo. O quizá porque me había relacionado en 1971 con gente de la democracia cristiana, cuando yo trabajaba con el equipo de Acción Comunitaria de la Alcaldía Municipal.

Una mañana, no recuerdo qué día de 1985, Duarte dio un desayuno y una conferencia de prensa. Allí planteó que yo estaba dirigiendo la huelga de ANDA. La gente no se explicaba por qué me relacionaba con esa huelga. Su obsesión conmigo era tal, que se imaginaba que yo era capaz de hacerlo aun desde la cárcel, poniendo en duda el sistema de seguridad interna.

Al finalizar el diálogo en La Palma, vi a Duarte sentado en las gradas interiores de la iglesia. Las manos sostenían su cara. Yo hablaba con Rodolfo Rey Prendes. Llovía.

—Ustedes están acostumbrados a andar bajo la lluvia.

—No, nunca nos acostumbraremos —le dije—. La lluvia es parte de nuestra realidad. Pero algunas veces cargamos tendidos plásticos y, cuando podemos, nos resguardamos. Somos seres humanos.

Estábamos junto a una ventana, con rejas por donde surgían como flores las manos de gente del pueblo, ansioso por saludar a la delegación del FMLN.

Duarte nos observaba. ¿Se preguntaría qué hablábamos Fito Rey Prendes y yo? Tenía una expresión entre pensativa, escrutadora de nuestra conversación, y extraviada.

En la mesa de diálogo, después de muchos años, frente a frente, habían estado Duarte y Rubén Zamora, representante de aquel grupo de jóvenes de la Democracia Cristiana que, consecuentes con su dignidad y su pueblo, abandonaron el partido cuando este insistió en continuar formando parte de la junta militar democrata-cristiana en 1980. Luego formaron el Movimiento Popular Social Cristiano (MPSC) y, junto al Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y otras fuerzas, el 18 de abril de ese año, constituyeron el Frente Democrático Revolucionario (FDR).

Desde las gradas también observaba a Ungo. «Tal vez recuerde los tiempos de 1971 y 1972, cuando el PDC, el MNR y la Unión Democrática Nacionalista (UDN), formaron la Unión Nacional Opositora (UNO). ¡En qué posición política tan diferente se encontraban ahora! ¡Todo lo que ha pasado durante estos años! ¡Cómo cambió Duarte de posición desde aquel programa de la UNO que buscaba la democracia e independencia del país, la reducción de la miseria y de las condiciones de atraso y de explotación!»

Basándose en la carrera política de Duarte, los diferentes Gobiernos norteamericanos pretendieron utilizar su imagen de «demócrata honesto», víctima de fraudes y represión. Entre 1972 y 1980 estuvo exiliado. En esos años sufrió una metamorfosis polí-

tica. En 1980 sus escrúpulos se habían esfumado. Cerró los ojos. Sordo y ciego, dio la espalda al pueblo.

En ese año, después del golpe de la junta, Duarte regresó al país. Se comprometió con el sector militar más reaccionario. Y lo hizo para formar parte de la junta militar, consciente de que la alianza de la democracia cristiana con ellos significaría una cobertura para intensificar las matanzas. Un sector de la democracia cristiana, al constatar que lejos de reducirse la represión se cometían crímenes más abominables aún, propuso retirarse de la junta militar; pero Duarte se comprometió más. De nada sirvieron los avisos ni las advertencias. Continuó arrastrando a su partido a un mayor compromiso con los explotadores de su pueblo y a una participación cómplice cada vez mayor con el genocidio.

Duarte estaba sentado en las gradas. Tal vez pensaba que jamás depondríamos las armas del pueblo, que fue una estupidez hacernos la propuesta de amnistía, que de nada le valía insistir, que estaba equivocado al identificar la paz con nuestro desarme. Tal vez pensaba que su Gobierno había sido un rosario de incumplimientos y frustraciones. Por eso el FMLN-FDR era la mayor amenaza a sus planes, porque somos la fuerza capaz de realizar las profundas reformas necesarias. Sabía que pese a su populismo obsesivo, no había podido resolver ni un problema y, al contrario, los había agravado. Su recuerdo de aquellos nueve años de lucha, de alianza con la UNO, no lograba subsanar la pesadilla.

Terminé de conversar con Rey Prendes y seguí observando a Duarte que aún permanecía en las gradas. «¿Cuánta fuerza moral necesitará para adoptar una posición valiente y patriótica en la cual, incluso, llegue a jugarse la vida? Tendría que desobedecer a Reagan y buscar una solución entre los salvadoreños. Allí, solitario en las gradas de la iglesia, todo esto parece demasiado para él.

«Pero ahora es comandante de las Fuerzas Armadas. Y aquí está, al lado de Vides Casanova, en medio de los asesinos, acatando sus instrucciones, prestándose a alargar la guerra».

33

Al finalizar el diálogo en La Palma, estando todavía en la iglesia, Vides Casanova se nos acercó:

—¿Ustedes tienen hijos?

¿Creerá que somos anormales?, pensé. Estuve a punto de responderle «sí, y viera cómo duele estar lejos de ellos». Solo le dije:

—Sí, todos tenemos hijos.

Él dijo que también tenía y empezó a hablar de ellos. Me preguntó de dónde era yo. Al responderle que era de San Salvador, se extrañó.

Aquí en la cárcel he aprendido a relacionarme más con los militares. Los campos están muy bien delimitados: yo, su prisionera de guerra; ellos, mis carceleros. Bandos contrarios. Estoy forzada a estarles viendo la cara diariamente. En estas condiciones, no tengo otra alternativa. Y yo, para ellos, ¿sería simplemente su victoria, su prisionera o un problema?

La Fuerza Armada en El Salvador, desde la llegada al poder del general Maximiliano Hernández Martínez en 1932, ha sido el sostén de los sectores agroexportadores del país, de los sectores de poder, principalmente los oligárquicos. Ahora es la columna vertebral de la intervención norteamericana. A pesar de esto, no ha sido una institución armada monolítica. Dentro de ella se observan diferentes matices: un sector más pro-oligárquico, otro más dependiente de Estados Unidos, y algunos constitucionalistas que han sido reducidos y aislados. Los dos primeros —la inmensa mayoría—, están de acuerdo con la ayuda de Estados

Unidos. Saben que sin ella perecerían más rápidamente. La casta militar busca su bienestar y superación a partir de la corrupción. Algunos sectores de la empresa privada han llegado a acusarlos de incapaces para contener la guerra, pues esta se ha convertido para ellos en una fuente de enriquecimiento.

Durante estos años de guerra se ha dado un proceso de descomposición en el Ejército que va desde la corrupción, las acciones vandálicas hasta las desertiones. Se han dado cambios en los mandos y también insubordinaciones, no solo de soldados sino también de oficiales, como el caso del pro-oligárquico Sigifrido Ochoa,⁶³ quien pidió la renuncia de Duarte. Bustillo⁶⁴ la ha pedido también. El Pentágono logró la supremacía en la conducción del Ejército. Su concepción contrainsurgente predominó en el pensamiento de los oficiales de campo, en la reorganización de su estructura y adiestramiento. El desplazamiento del coronel García⁶⁵ se enmarcó en este proceso, reemplazándolo por Vides Casanova, más servil a Estados Unidos.

Durante un tiempo creí que los militares o sus dictaduras eran los más criminales. Ahora, después de ver a Duarte en el poder, tengo otra óptica. Las diferencias, en definitiva, entre los regímenes anteriores y el suyo son únicamente el discurso político y el carácter civil del Gobierno. Las dictaduras militares tradicionales eran más cínicas, más francas. Duarte y la democracia cristiana, como dictadura de nuevo tipo, tienen en la demagogia, en la retórica y en el engaño, los ejes de su política; pero no es ni menos opresiva ni menos criminal que las otras.

⁶³ Coronel Sigifrido Ochoa: comandante del Destacamento Militar No. 2.

⁶⁴ General Juan Rafael Bustillo: jefe de la Fuerza Aérea.

⁶⁵ Coronel Guillermo García: ministro de la Defensa durante la junta militar demócrata-cristiana hasta 1983.

Mi primera relación con los militares se dio dentro del ambiente social en el cual me desenvolvía. Mi cuñado, el esposo de mi hermana mayor, trabajaba en la Fuerza Aérea Salvadoreña, lo cual me posibilitaba visitar las instalaciones militares, no obstante que mi actividad política ya era clandestina. Dos huéspedes de mi madre tenían relaciones conyugales con militares. Además, ella, por sus últimos trabajos tuvo que relacionarse con algunos. A esto se agregó que un primo hermano estudió en la escuela militar «Gerardo Barrios» y se integró a las estructuras de las fuerzas operacionales. Algunas veces lo fui a dejar en mi vehículo a la escuela militar. Esto me permitió establecer relaciones diferentes con jóvenes militares.

Ellos nunca sospecharon de mí, ni siquiera en aquella cena del 30 de diciembre de 1983, cuando se celebró el cumpleaños de mi cuñado. Durante la cena los oficiales recibieron la noticia del ataque del FMLN al cuartel de El Paraíso. Se fueron consternados, mientras yo sonreía e irradiaba felicidad. En algunas ocasiones, cuando ellos hablaban conmigo, comentaban muchos aspectos de la guerra, por ejemplo, sus posiciones. Yo solo escuchaba, aunque quería rebatirles sus argumentos. Me limitaba, algunas veces, a mostrar indiferencia o apatía. Otras veces hablábamos sobre lo que para ellos significaba la institución armada y muy discretamente asimilaba algunas informaciones.

Aprendí a despreciar el despotismo de los militares a través del coronel Mario Velásquez, conocido como «El diablo». El cuñado de mi tía abuela. Frecuentemente lo oí a él mismo contar sobre los castigos que mandaba dar a los soldados y sobre las atrocidades que cometió contra el pueblo hondureño durante la guerra de 1969 entre Honduras y El Salvador. Otras veces oí hablar de él sobre lo mismo.

Estamos convencidos de que hay militares que no quieren ver la nación entregada a los norteamericanos. Son pocos, pero

existen. En la ofensiva de 1981, en occidente se levantó el cuartel y algunos oficiales, como Mena Sandoval, se unieron a la guerrilla. Por otro lado estaban el levantamiento constitucionalista ante el fraude electoral de 1972 y también el golpe de Estado progresista contra el general Romero en 1979.

Comprendemos que miles de soldados son engañados, que han sido reclutados a la fuerza a través del servicio militar obligatorio. A ellos se dirigió Monseñor Romero: «...Les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡cese la represión!».

En la cárcel me relacionaba necesariamente con ellos. Salían a verme cada vez que tomaba el sol y los que no podían hacerlo directamente, me observaban.

Un día se me acercó un teniente:

—Nidia, ¿usted cuánto tiempo cree que va a estar aquí?

—De acuerdo a sus leyes, unos treinta años —le dije.

—No es para tanto.

—¡Ah, pues! Tal vez unos quince.

—Tal vez unos dos o cinco años —me dice—. ¿Sabe que ARENA quiere que le hagan juicio militar?

—También eso pueden hacer, fusilarme.

El teniente Serpas llegó burlón:

—¿Por qué tomás miel? ¿Por qué comés ajos?

—Es para alargar la vida —le respondo.

Otros también llegaban:

—Nidia, vos aquí estás vergona. Tenés radio, tenés acceso al periódico, te compran golosinas, te viene a ver la Cruz Roja, te traen cigarros, tu familia te manda cosas.

Me contaban que entre la oficialidad, sobre todo entre los de mayor jerarquía, se hacían bromas y se decían: «a ver quién se deja agarrar por el FMLN, para que lo cambien por la Nidia».

Durante el interrogatorio, el capitán que lo dirigía llegó a decir que él tenía balazos dados por el FMLN y que no quería volver a

tener otros. Cuando se enojaba, me decía que mejor hubiese sido que me hubieran matado.

34

La sombra de los barrotes se reflejaba en la pared. Dentro de unos momentos comenzaría el 28 de julio. Aun aquí el tiempo pasaba. Desde ayer me dijeron que me permitirían los periódicos, pero nada. No me permitían que los mandara a comprar. Me habían suspendido el derecho a estar informada. La suspensión fue inexplicablemente muy intempestiva. Me había costado mucho tener ese derecho, por tanto, decidí continuar exigiéndolo.

A pesar de la debilidad con que me había dejado un fuerte resfriado, el 27 de julio estuve en ayunas en solidaridad con el padre Miguel d'Escoto, quien ya llevaba varios días en huelga de hambre. Así me sumé al mundial solidario.

Di vueltas, no me podía dormir. La colchoneta era muy estrecha. Realmente me sorprendió la visita de Monseñor Gregorio Rosa Chávez, pues para empezar no le esperaba, sino a Monseñor Rivera y Damas, y mucho menos tan de noche.

Estaba haciendo ejercicios cuando lo vi parado junto a mi celda. Parece que aquí a todos les sorprendió, hasta al mismo Revelo. Casi nunca me había relacionado con él; lo había conocido en 1971. Era hermano de unos compañeros que conocí en un movimiento cristiano y, si mal no recuerdo, asistí a su ordenación sacerdotal en San José de la Montaña.

No le tenía confianza por sus posiciones y actitudes políticas. A pesar de la hora y de la sorpresa, no me extrañó su presencia aquí, pues era para dar respuesta o verificar el contenido de una carta que le había escrito recientemente a Monseñor Rivera y Damas. En ella le planteaba la injusta, arbitraria e ilegal medida del Alto

Mando de retenerme en los recintos de la Policía, en una celda pegada a los salones de interrogatorios, y otras violaciones a mis derechos y condición.

Carta dirigida el 9 de julio de 1985 a:

Monseñor Arturo Rivera y Damas

Dr. Julio Samayoa (ministro de Justicia)

Jorge Serrano (jefe de Primera Instancia Militar)

Cnel. Revelo (jefe Policía Nacional)

[...]y a la Comisión de Derechos Humanos, que los locales de los Cuerpos de Seguridad no reúnen las condiciones para retener indefinidamente, en prisión, a un reo político, que para este tipo de reo hay centros penales en donde hay áreas especiales para concentrarlos, como es el caso de Ilopango y Mariona.

En la Policía Nacional estoy en un lugar adverso, que daña mi aspecto psicológico, mi integridad moral y mi dignidad revolucionaria, no solo por lo que ya he mencionado anteriormente (aislamiento y no visitas), sino también por las siguientes causas:

1) La celda en donde guardo prisión, precisamente está pegada al local de cubículos en donde se hacen interrogatorios.

2) Para mí, independientemente de mi voluntad, es una tortura psicológica ver pasar constantemente —de ida y vuelta a interrogatorios (por el pasillo que está frente a mi celda)— a reos con vendas, así también, escuchar interrogatorios con todo y sus mecanismos de presión psicológica como alzar la voz altaneramente, golpes sorpresivos sobre la mesa, puesta y arrastrar sillas (todo lo que yo viví en mi interrogatorio). Los reos son mi pueblo y me duele verlos sufrir.

3) Se me ha informado que cuando interrogan a reos, en los cuerpos de seguridad, les dicen que yo digo que los conozco o que en los papeles que me decomisaron están aspectos que los vinculan o comprometen al FMLN. Estando yo en un cuerpo

de seguridad, semejante calumnia puede llegar a tener crédito entre alguna gente.

4) Estar en la P.N. ha dado lugar a que se cometan abusos como es el de venir, ocasionalmente, a interrogarme en forma solapada, exceso de esto fue cuando vino un detective a mostrarme cuatro fotos de una mujer y preguntarme varias veces si la conocía.

5) Porque las condiciones en que me encuentro en la celda, contrastan, en algún grado, con el resto de celdas en las que se encuentran detenidos temporalmente distintos reos. Yo no tengo la posibilidad de dar explicaciones a cada uno de ellos de mi situación y condición.

6) Muchas veces, cuando salgo a tomar el sol y aire libre, soy todo un «espectáculo», a varias gentes les llamo la atención, pues salen a verme como algo anormal. Eso es lógico por mi condición y situación.

7) Porque aquí se me ha quitado el derecho que tengo de no ser privada de la compra y lectura de periódico.

Por todo lo anterior y como una muestra de repudio a este tipo de irrespetos y arbitrariedades, a partir de hoy rechazaré la alimentación especial que aquí me dan, solo aceptaré la comida común, la que comen todos los reos.

Estando con 83 días de prisión, solo me resta, nuevamente, solicitarle gestione me trasladen al Centro Penal de Ilopango.

Sin más por el momento,

M. Valladares M. de Lemus

Después de exponerle mis demandas y de responder a sus preguntas sobre las condiciones en que me encontraba, la conversación terminó. Rosa Chávez se despidió con la frialdad que lo caracteriza. Cuando salió, le esperaban Revelo, Serpas, López Dávila y otros oficiales. Alcancé a oír lo que les dijo.

—Deben sacarla de ahí, trasladarla a otro lugar, o deben suspender los interrogatorios que hacen al lado.

—Vamos a ver qué hacemos, la cambiaremos de celda. La situación de ella es realmente delicada —dicen los oficiales.

La silueta alta y delgada de Rosa Chávez, como una sombra en la penumbra, se perdió en el pasillo. Los detenidos estaban pegados a los barrotes. Los rostros que vi reflejaban inquietud, sus manos hacían señas preguntando qué pasaba y qué era lo que había ido a hacer monseñor. Yo les hice señas de que la visita no tenía importancia, que nada había cambiado, que todo seguía igual.

Uno aprende a olfatear, a conocer, y efectivamente, no me cambiaron de celda. Aunque disminuyeron los interrogatorios de al lado, jamás dejaron de hacerlos.

Me fui quedando dormida en medio de un interrogatorio. Pensé en Rosa Chávez. La última vez que lo vi fue en el primer diálogo con el Gobierno, el 15 de octubre, en La Palma.

Recuerdo que cuando entramos a la iglesia, los delegados de la parte gubernamental estaban sentados de espaldas al pueblo, alrededor de la mesa de sesiones que se encontraba al centro. Todos se pusieron de pie y empezaron a saludar a Monseñor Rivera y a nuestra delegación encabezada por el doctor Ungo y el comandante Fermán Cienfuegos.

Nos sentamos frente a la delegación gubernamental, en dirección al pueblo. Aunque no éramos visibles debido a que la puerta estaba cerrada, nuestro pueblo sabía que allí estaban los poderes existentes en El Salvador y que nuestros frentes eran los genuinos representantes de sus intereses.

Al comenzar, Rivera y Damas dijo unas oraciones y se per-signó; todos los presentes lo acompañaron. La presencia del arzobispo como intermediario en el diálogo, revestía de autoridad a la Iglesia. A través de él la Iglesia asumía el compromiso político

que el momento demandaba para contribuir a la solución del conflicto.

Rosa Chávez, al ver que nadie tomaba el café ni el pan, se acercó a cada uno de nosotros y nos dijo al oído:

—Coman, no teman; estos alimentos han sido preparados en el arzobispado.

Recuerdo además que la delegación del Gobierno bebió jugo de tomate con hielo. Parecía que, siguiendo sus costumbres, se estaban quitando la «goma»⁶⁶ del día anterior.

Estaban nerviosos, nos miraban inexpresivos, aparentemente sin oír. Los habíamos obligado a sentarse a dialogar con nosotros, independientemente de sus necesidades de maniobra. Era el comienzo de un proceso largo, complejo y difícil.

En un extremo de la mesa, frente a Rivera y Damas, estaba Rosa Chávez con una máquina de escribir, haciendo de secretario. A su lado estaban Monseñor Cabrera, obispo de la diócesis de Santiago de María, y el delegado de la nunciatura apostólica. Desde afuera llegaban la alegría, las canciones y las consignas. Se sentía la ansiedad de un pueblo que tumultuosamente trataba de penetrar al recinto donde se realizaba el diálogo. Querían saber qué pasaba. Calculamos que había alrededor de cincuenta mil personas.

A pesar de la represión, el pueblo fue a La Palma. Hubo que pasar varios retenes, pero aun así se fundieron con nosotros y las vivas al FDR-FMLN, a nosotros fueron prueba elocuente de apoyo. En cuanto se anunció que se produciría el encuentro, la gente organizada profundizó su accionar y los medios de comunicación del país se vieron presionados por solicitudes para publicar pronunciamientos de apoyo al diálogo, y a favor de una paz duradera y estable. También expresaban un rotundo rechazo a la intervención norteamericana.

⁶⁶ Goma: malestar que queda después de haber ingerido bebidas alcohólicas en cantidad.

El agua alcanzó mis papeles. El vaso fue derramado por las manos torpes de Adolfo Rey Prendes, ministro de Cultura y Comunicaciones. Indudablemente estaba nervioso, al igual que Duarte, quien había metido la mano más de cinco veces en la bolsa de sus papeles sin encontrar los documentos que buscaba. Estaba exponiendo su oferta de paz: la rendición. El documento ya lo tenía reproducido. Más aún, ya estaba siendo leído públicamente por Radio Nacional sin que nosotros lo conociésemos, violando así el funcionamiento elemental de la reunión.

Abraham Rodríguez, primer designado a la presidencia, quien junto a Vides Casanova y Fortín Magaña, también formaba parte de la delegación del Gobierno —a la cual Duarte llamaba el «equipo de acompañantes del presidente»—, a cada rato mostraba su mirada burlona tras los espejuelos e insistía en que tenía curiosidad por escuchar más a los comandantes de la montaña que a los civiles.

Durante los días y noches, mientras cruzábamos montañas, ríos y llanos, caminábamos con la certeza y confianza de que esta misión sería exitosa para nuestro pueblo y los frentes.

La dispersión de los ecos y de las sombras penetran las celdas, como el frío húmedo de la madrugada, como los gritos del silencio. Se comprimieron mis neuronas, la sangre me hervía, apreté los ojos hasta la ceguera. Al lado estaba ocurriendo otro interrogatorio.

¡Ya estoy harta!
 ¡Siento su dolor!
 Basta recordarme esos días,
 para verlos vivir mi dolor,
 que es el suyo;
 tras esas vendas
 puedo ver las huellas de la tristeza,

sus ojos llorosos, el signo
de la dignidad,
ahí vienen, unos tras otros,
otros tras otros, en columna
palpitan en mi corazón
todos sus odios y rabias,
sus sufrimientos y cansancios,
su esperanza.
¿Son valientes o cobardes?
¿Domadores o vencidos?
¿Se sienten acorralados?
¡Oh tiempo interminable,
oh interrogatorios! ¡Oh, sueño vencido
semanas y quincenas!
Es un ir y venir
jugando a la gallina ciega;
ya jugué, sigo jugando.

Muchas veces me pregunté por qué dialogábamos con el Gobierno, por qué continuábamos luchando por dialogar con un enemigo como este.

35

«¿Qué te pasa, Nidia? Dialogamos porque tenemos vocación de paz, porque creemos en una solución política al conflicto. Incluso hemos presentado, una tras otra, varias iniciativas de diálogo».

El año pasado, en noviembre de 1984, en Ayagualo, presentamos una propuesta de solución política global para negociarla en tres fases. Pero todas nuestras iniciativas han sido bloqueadas y obstaculizadas sistemáticamente. No están dispuestos a ceder

nada y han centrado sus esperanzas en derrotarnos militarmente. En estos años el FMLN ha derrotado una a una las diferentes fases y planes de intervención, y los voceros del Gobierno, en distintas oportunidades, han reconocido que sin el apoyo militar norteamericano, ya hubiesen sido derrotados. Se lo demostramos en el diálogo de La Palma. Les dijimos que el Ejército había venido perdiendo su identidad nacional, convirtiéndose en un instrumento de Estados Unidos. Bien recuerdo la cara de Vides Casanova, de Duarte y de Monseñor Rivera y Damas cuando, en dos ocasiones, se lo hicimos ver. Abraham Rodríguez llegó a reconocer que sí, que era verdad que los yanquis les daban hasta un millón y medio de dólares diarios para hacer la guerra.

Por diversos medios han tratado de confundir a la opinión pública nacional e internacional, haciendo creer que no queremos continuar con el diálogo. Pero nosotros seguimos luchando para que se dé un tercer encuentro sin precondiciones. Lo habíamos propuesto para abril de este año, pero ya pasaron muchos meses y el Gobierno no ha respondido.

Recuerdo que en La Palma hubo un momento, cuando planteamos la necesidad de hacer partícipes a todos los sectores democráticos en el diálogo a través de un foro, en que Duarte se mostró nervioso y se levantó a consultar con Abraham Rodríguez. Lo mismo hizo cuando se habló de la posibilidad de una tregua, se mostró intranquilo, al igual que Vides Casanova. Nos pidieron que conceptos como «foro» o «tregua» ni los mencionáramos, pues ellos iban a tener problemas. No tenían intenciones serias para concretar algo. Así terminó el diálogo. Se acordó crear una comisión mixta que le diera seguimiento e hiciera propuestas para la concreción de mecanismos para la paz y la humanización del conflicto, pero esta comisión no llegó a reunirse nunca. En Aya-gualo, en noviembre de 1984, se acordaron sus normas de funcionamiento y se la denominó comisión especial.

Cuando nos despedimos, ellos hasta nos llegaron a decir:

—Adiós, comandantes, que les vaya bien.

Rosa Chávez nos había dicho que al terminar daríamos una conferencia de prensa. Nosotros creíamos que iba a ser privada, pero nuestra sorpresa fue grande cuando abrieron el portón principal y nos vimos frente a la multitud. Ungo y Fermán dijeron unas emocionadas palabras. Quizá en otras condiciones hubiésemos podido aprovechar al máximo el tiempo que nos tocaba, pero la emoción y los nervios nos inundaban. Además, los organismos humanitarios presionaban para salir de allí cuanto antes. Había que haber vivido ese momento para comprender su trascendencia. El pueblo coreó y aplaudió a nuestra delegación. Teníamos la certeza de que la paz la enarbolaba él, que él era el único depositario de esa voluntad y nosotros solo éramos sus representantes.

En lo particular, nunca había estado frente a tanto pueblo. El tipo de actividad que yo desarrollaba no me lo había permitido. En aquellos momentos, con mi verdadera naturaleza, me enfrentaba a él. Era un reencuentro y tenía la certeza de que, aun en el caso de que Duarte no aceptara continuar dialogando con nosotros, todas las fuerzas patrióticas democráticas sabían el camino a seguir para conquistar un Gobierno diferente, en el cual sus intereses estuvieran representados.

Nuevamente los gritos del interrogador me sobresaltaron. Me acongojé otra vez. El nudo en mi garganta estaba a punto de estallar.

Tengo odio, desprecio
enemigo prepotente
tus voces altaneras
tus burlas y presiones afectivas
tus ruidos y golpes sorprendivos
tu capucha un golpe eléctrico.

Mientras más sencillos son,
 más los tratan de aplastar
 tiembla su pulso al firmar
 la sentencia que le inventaste.

Dos noches y otras más,
 esos gritos en las celdas oscuras y estrechas
 unos se vuelven hasta locos
 se pierde la razón y el equilibrio se rompe
 se desperdicia la capacidad
 y la nobleza humana.

Probablemente eran las cuatro de la madrugada. Los rayos de la lámpara del pasillo penetraban y observaba el dibujo de la mujer a caballo. Añoraba regresar al monte, cambiar de frente de guerra, aspirar por todos mis poros el aire puro. Vivir plenamente.

¿Y el diálogo? Duarte lo había roto indefinidamente, mientras hacía concesiones de todo tipo a los sectores poderosos y prometía no negociar con nosotros. Así quedó al descubierto su verdadera imagen de demagogo. De aquel «gran estadista» que habló ante la ONU en 1984, no iba quedando nada.

36

Jugando a la gallina ciega (14 de mayo de 1985)

¡Ya estoy harta! Siento su dolor
 hasta recordarme esos días
 para verlos vivir mi dolor que es el suyo.

Tras esas vendas puedo ver sus ojos llorosos,
sus rostros tienen la huella de la tristeza
y el signo de la dignidad.

Ahí vienen, unos tras uno,
otros tras otro, en columna.

Palpitan en mi corazón todos sus odios y rabia,
sus sufrimientos y cansancios, su esperanza...

¿Son valientes o cobardes?
¿Domadores o vencidos?
¿Se sienten acorralados?

¡Oh tiempo interminable!
¡Oh interrogatorios! ¡Oh sueño!
¡Semanas y quincenas!

Es un ir y venir, un venir e ir
jugando a la gallina ciega;
ya jugué, sigo jugando...

Tengo odio, desprecio,
enemigo prepotente.

Tus voces altaneras
tus burlas y presiones afectivas,
tus ruidos y golpes sorprendidos,
tu capucha y toque eléctrico,
tus palos y colgadura...
¡La sangre! ¡Tu sadismo!

Entre más sencillos son
más los tratan de aplastar

tiembla su pulso al firmar la sentencia
que le inventaste.

Dos noches y otras más
esos gritos en las celdas oscuras y estrechas
unos se vuelven hasta locos, se pierde la razón,
el equilibrio, se rompe,
se desperdicia la capacidad
y nobleza humana.

Todos ustedes, son parte del juego:
interrogadores, detectives, oficiales,
clase, agentes, carceleros, administradores,
doctores, enfermeros,
y hasta los constructores...
Todos sostienen este infierno,
que no es el de DANTE,
unos más peligrosos, otros indiferentes,
pero, todos juegan, la víctima es mi pueblo.

¡Oh paciencia vietnamita!
¡Oh ejemplo Pedro Pablo Castillo!
¡Oh consecuencia revolucionaria!

Aprendo a sobrevivir, en las garras enemigas
y oigo las voces de un pueblo
que cantan mejor que yo.

Tiempo de amor, de vencer de morir y nacer.
Tiempo de lucha.



Pese al ruido de la maquinaria de la construcción, de martillos que golpeaban, los cuales también golpeaban mis sentidos, me sentía como si hubiera silencio. En esos días me habían aislado más. En la celda contigua ya no colocaban a nadie. Antes, a las mujeres detenidas las ubicaban al lado, en la celda 19; pero desde que descubrieron que les daba comida y ropa y que me comunicaba con ellas, las encerraron en las estrechas celdas de la parte inferior. Ahora solo abrían la celda cuando llegaban los delegados de la Cruz Roja, pues allí llevaban a los detenidos a hablar con ellos.

Hoy, a la hora de tomar el sol, llegó Serpas nuevamente. Siempre me provocaba a discutir. Sutilmente trataba de bajarme la moral. Me comentó que traerme a la Policía Nacional había sido una medida política y no técnica. Me dijo que muchos oficiales estaban enojados porque no me habían matado. En este momento, por fin, se quitó la máscara y me dijo que lo más indicado hubiera sido que me pegaran un tiro.

En otra ocasión, como siempre a la hora de tomar el sol, llegó demasiado amable, tratando de caer bien. ¡Era grotesco!

—Mirá, cipota, a partir de hoy ya no pasarán vendados frente a tu celda, ni se harán interrogatorios ahí pegado.

—Eso lo hacen porque vino Gregorio Rosa Chávez —le dije.

—A propósito, ¿a qué venía Gregorio Rosa? —preguntó.

—A confesarme.

—¿A confesarte?

—Sí —le respondí tajante.

—¿Qué opinas de la Iglesia?

—Bueno es una institución neutral. Ellos trabajan desde el punto de vista humanitario. Nosotros la respetamos y creemos que ustedes tienen que respetarla.

—¿Es neutral? —preguntó como dudando.

—Sí, claro.

—Mirá, yo creo que si vos llegás a salir algún día de aquí, no debés volver a la metro; te conocen demasiado y tus características físicas son inconfundibles.

—No se preocupe —le dije—, la comandancia del FMLN sabrá ubicarme y si decide que en la metro, pues en la metro.

—Yo te recomendaría que te fueras al exterior.

Serpas siguió hablando. Me dijo que cuando quisiera fuera a ver la televisión, pues tenían unos videos muy buenos; que había uno interesante que se llamaba *Katy, la oruga*, donde se veían relaciones sexuales. Continuó hablando morbosidades. Lo observé y me fui. Regresé a mi celda.

Al pasar frente a las otras celdas comencé a sonreír. Con estos detenidos no podía mostrar mi indignación; siempre les daba ánimo. A veces no estaba de humor para nadie, excepto para ellos. El detective que iba a la par mía, observaba el cambio de reacción. Me dolía que los otros reos no pudieran bajar a tomar el sol. Cuando estuvieran en Marioneta o en Ilopango iban a tener acceso al sol todos los días, durante muchas horas. Sonreí porque pude verlos, porque me saludaron y porque pronto se irían de allí.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —preguntan ellos.

—Buen día. Estoy bien. En Mariona podrán tomar el sol. Es una conquista del COPPES —les digo.

Nuevamente en mi celda, comencé a tararear *Guantanamera* hasta que la canción fue cobrando fuerza en mí...

Guantanamera,
 guajira guantanamera,
 guantanamera
 guajira guantanamera.
 la la larala larala
 la la lala laral...

Le cambié un poco la letra, solo quería cantar.

Escuché nuevamente noticias: los mercenarios contras hirieron a dieciocho madres, mataron a ocho de ellas y a un combatiente en Matagalpa, y empezaron a agredir a Estelí. La contra, que opera desde Honduras, es una tropa élite del Ejército de Estados Unidos. Está derrotada estratégicamente. El Ejército Popular Sandinista cada vez más le iba reduciendo su capacidad. El Grupo de Contadora estaba reunido en Panamá. Los presidentes de Uruguay y Colombia buscaban formar un frente de apoyo a Contadora. Todos apoyaban una salida negociada en Centroamérica para obstaculizar la agresión de Estados Unidos. ¡Tantas cosas! Pero llevar todo este recuento me ayudaba a vencer el aislamiento físico. «¡Ah! ¡Qué día! Todas estas cosas son para comentarlas, aunque sea conmigo misma».

Por la noche releí lo que había escrito sobre Janeth Samour.⁶⁷ «¡Cuántas veces he pensado en ella! Durante el interrogatorio, antes, después, mientras me llevaban en la camilla, todo este tiempo en la celda. No me había dado cuenta de cuánto la quería.

⁶⁷ Janeth fue capturada por la Guardia Nacional el 30 de diciembre de 1984 junto con Maximina Reyes. Posteriormente ambas fueron torturadas y desaparecidas.

Conocía a muchos compas del FMLN, pero a veces no me daba cuenta de la profundidad de sus sentimientos. Ahora, en la cárcel, ¿qué representa Janeth para mí?... A los desaparecidos. A los que no tuvieron la posibilidad que yo tuve».

Cuando iba en la camilla, en el helicóptero, creí que iba a ser desaparecida; pero no. ¡Circunstancias de la vida! Muchas cosas me hacían recordarla en forma dolorosa: cuando comía, pensaba que ella tenía hambre; cuando me arrojaba en las noches heladas, sentía que ella tenía frío, pensaba que no tenía ni una simple sábana. Al moverme, me dolían las heridas, la quemadura; pero pensaba que ella estaba torturada, quizá con algún hueso roto. Yo me río mucho. Cuando me reía con los reos o con las visitas de los organismos humanitarios, pensaba que ella debía haber llorado mucho, al igual que yo, en silencio. Yo estaba reconocida, pero ella quizá se sentía muy sola. Lloraba. Quizá nunca la sacaron a tomar el sol. Sufrí en estas garras. Sin embargo, la sentía, la presentía siempre con una moral alta.

La recordaba en el período de la organización campesina y de las movilizaciones. Cuando la conocí en 1974, su pelo caía suelto, largo, rubio. Después la reencontré en la estructuración de las redes clandestinas urbanas. ¡Cuántas veces salimos a platicar, a compartir y celebrar el éxito de las operaciones militares! ¡Cuántas veces discutimos la política y los planes del trabajo urbano! Recordaba el primer contacto: me comunicaron que mi contacto se encontraba en una cafetería. Otro compañero me lo presentaría. Entramos y de una mesa se levantó una mujer muy distinguida y fina que exclamó:

—¡Mujer, qué alegría verte! —abrazándome fuertemente.

Al principio no la reconocí. Su aspecto estaba muy cambiado.

Ahora, su presencia estaba conmigo. Circunstancialmente no estamos en las mismas condiciones; a mí no me desaparecieron, como era la práctica constante. Sin embargo, yo era víctima de la

represión institucionalizada. No estaba en una cárcel clandestina, pero sí en poder del terror legalizado. «¡Cómo pretenden aterrorizarme! ¡Cómo pretenden aterrorizar a todos los trabajadores! ¡Janeth! Tu situación me indigna, no han sido respetados tus derechos. En mi caso, tratan de manipular a su antojo mi condición. Parte de mí daría por los derechos de Janeth; daría una parte de mí misma por su libertad. Pienso que la camarada no está sola. El pueblo y su vanguardia están con ella y conmigo, solidarios hasta la victoria. Quizá yo nunca voy a salir de aquí, pero a veces también pienso que saldré. Tengo una posibilidad, pero, ¿y ella? Siempre iríamos hasta el final».

Hice un dibujo pensando en ella: estaba delgada, pelo rubio, con esposas en las manos, vendada, con esposas en los pies, sus manos alzadas hacia las rejas y tras las rejas, un sol. Nunca había estado en una cárcel clandestina, pero me la imaginé.

«Es inevitable, me torturo yo misma pensando. Quizá te tienen desnuda. Me voy quedando dormida en medio del dolor y del sueño. ¡Buenas noches, Janeth! ¡Buenas noches, Luis!»

37

«Hace exactamente diez años, en 1975, salimos a las calles más de cincuenta mil estudiantes y trabajadores. Luchábamos, como ahora, contra las medidas represivas del Gobierno». En aquel entonces habían violado la autonomía al allanar los recintos del Centro Universitario de Occidente, donde los estudiantes se preparaban para realizar un desfile bufo con ocasión de las fiestas de Santa Ana.

El entusiasmo de la juventud era grande. Cuando existe la necesidad de denunciar un régimen como el del coronel Molina, cualquier medio y momento es oportuno. Los desfiles bufos son

formas de expresión crítica contra el Gobierno, contra las distintas manifestaciones del abuso de poder y de la corrupción.

El régimen había anunciado que si salíamos a las calles, nos atuvieramos a las consecuencias. Pero la indignación era tal que, pese a las amenazas, nos volcamos a las calles en abierto desafío. Era el momento de luchar por nuestros derechos. Nos habíamos organizado en tres bloques.

La primera Brigada de Infantería de la Guardia Nacional había montado todo un operativo. Al avanzar, las tanquetas comenzaron a chocar contra el primer bloque de estudiantes de secundaria, aplastando a muchos de ellos. El pánico era grande. Era un pueblo desarmado que se enfrentaba a grandes medios sofisticados.

¿Cuántas veces se repetirían estas masacres? En 1974, los levantamientos campesinos de La Cayetana, San Francisco, Tres Calles y Chinamequita fueron reprimidos salvajemente. Se había iniciado un proceso institucional de fascistización. El 28 de febrero de 1977, el pueblo se tomó la Plaza Libertad; grandes sectores estaban en huelga y se preparaba un paro general. El pueblo luchaba para que se respetara su voluntad, pues había llevado al triunfo electoral a los candidatos de la Unión Nacional Opositora (UNO). Pero el régimen impuso, con el fraude más descarado de la historia, al militar Humberto Romero. La bayoneta y la sangre lo impusieron, decretando inmediatamente un estado de sitio que duró hasta octubre de 1979. El estado de sitio se volvió a implantar en 1980 y duraba hasta la fecha. Esa matanza no fue tan fácil. La respuesta de los sectores más avanzados del pueblo se hizo sentir. Con mínimas preparación y condiciones, hubo combates populares durante todo el día en San Salvador.

A estas agresiones represivas siguieron otras en 1979 y 1980, años en los cuales se inició el genocidio abierto contra el pueblo. El pueblo fue masacrado abiertamente el 22 de enero de 1980 y durante el entierro de Monseñor Romero en marzo del mismo

año. Después siguió la carnicería de El Mozote, en diciembre de 1981, la cual dejó mil muertos, ya en un marco de generalización de la guerra, cuando el genocidio era el eje central de la represión. A partir de 1980, la democracia cristiana, aquella con la cual las fuerzas democráticas y progresistas se habían aliado en la UNO, por la que nuestro pueblo había luchado para que combatiera la represión, era la que ahora lo reprimía con Duarte a la cabeza. Hubo otras matanzas en los años subsiguientes: Sumpul, Calabozo, Copapayo y tantas otras, y las que seguramente vendrán mientras no alcancemos nuestra liberación.

He visto correr tanta sangre a mi lado. Me ha chispeado mucha sangre de muchos seres queridos caídos a la par mía. Con todos ellos y por ellos estamos haciendo esta historia.

El 30 de julio de 1975, el bloque en el cual iba quedó atrapado en el puente del Seguro Social. Los efectivos comenzaron a lanzar gases lacrimógenos y a ametrallar. Volví a sentir la misma impresión que en las jornadas de ANDES en 1971. Las balas saltaban por todos lados. A la par mía cayó un dirigente estudiantil, Carlos Fonseca, estudiante de sociología. La Asociación de Estudiantes de Sociología recogió su nombre. Era todo un tumulto. Muchos morían. Otros quedaban heridos por las balas y las navajas que portaban los escuadrones de la muerte infiltrados entre nosotros. Algunos logramos salir del cerco. Con otros compañeros, me replegué a un estacionamiento. Entre ellos andaba Salvador Guerra, quien ahora es comandante del FMLN.

Los que aún estamos vivos, recordamos este hecho histórico y las jornadas posteriores. El 1ro. de agosto, después de la misa por los dieciséis compañeros muertos y los veinticuatro desaparecidos, como una medida de protesta y de presión para que se llevara ante la justicia a los responsables del hecho, todos los sectores populares, representados en un comité coordinador, ocupamos

por primera vez la catedral. Tuvimos que recurrir a esta medida porque nuestras voces desde el templo podrían ser escuchadas.

Éramos un grupo como de sesenta personas entre sacerdotes, maestros, campesinos, estudiantes, obreros. A mí me tocó formar parte del organismo de dirección interno. Algunos de estos compañeros también se integraron al FMLN.

En medio de esta jornada de lucha, conocí a Ruth. En aquel momento no éramos muy amigas. Era la etapa de la dispersión político-ideológica y organizativa. Estábamos entrando en la etapa de constitución de las organizaciones revolucionarias de masas. Pasamos cinco años, de 1975 a 1980, luchando por la hegemonía, por ver quién se convertía en vanguardia.

Prácticamente ya estaban conformadas las cinco tendencias que posteriormente, en el ochenta, formarían el FMLN. Ya se había dado la división entre el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y la Resistencia Nacional (RN). Esta última estaba adoptando su propia fisonomía. El Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) se configuraba como organización, impulsado por uno de los núcleos que inicialmente constituyeron al ERP en 1970-1971.

A Ruth la volví a encontrar en 1984 en Chalatenango. Estábamos mucho más maduras. Estábamos en una situación cualitativamente superior a la de aquellos años. En 1985 la vi nuevamente; pasó tres días en mi campamento. Ruth era miembro de la dirección central de las FPL. Habíamos tenido una serie de intercambios bilaterales que fortalecieron la unificación del pensamiento estratégico y la metodología a aplicar en las diversas escuelas político-militares.

Ruth era una mujer sencilla. La caída de su hermana Eugenia, lejos de desmoralizarla, la había comprometido mucho más. La admiraba como revolucionaria, como amiga y como mujer. Al igual que todos, estaba separada de sus tres pequeños hijos y de su compañero, a quienes tenía muchos meses de no ver. Pero a

pesar de estas condiciones, su núcleo familiar se consolidaba. Era muy segura de sí misma, con una alegría contagiosa y de gran facilidad de expresión. Recuerdo que después de regresar del diálogo de La Palma, fui a dar una charla a una escuela de formación político-ideológica y ella me dijo, muy quedito:

—Te felicito por haber ido al diálogo; has representado a las mujeres. Vos fuiste no solo en nombre de nuestra vanguardia, sino que evidenciaste el nivel de participación de todas nosotras, nos representaste. Gracias.

Y me dio un beso. Sus palabras me estremecieron. Una a veces no se da cuenta del significado de las cosas que hace.

Ella era dos años menor que yo, de mi estatura, esbelta, blanca, ojos color almendra que combinaban con su tez y de mejillas sonrosadas. Era muy bonita. Siempre lo pensé. Sus capacidades y cualidades la hacían más bella.

Los días que pasamos en la catedral fueron tensos y posibilitaron saltos de calidad en la lucha del pueblo. Afuera se mantenían miles y miles de personas concentradas. Siempre había compas informando. Desde adentro, denunciábamos la represión y anunciábamos los pasos que se iban dando.

El Ejército estaba alrededor, pero no se atrevía a reprimir, aunque amenazaba. Por primera vez la tradicional imagen del Divino Salvador del Mundo, que se conserva en la catedral, no salió en la procesión. Usaron otra imagen parecida. En la catedral no se tuvieron los actos de culto tradicionales. Eran días de fiestas patronales. Días de asueto y de fiestas, había juegos y desfiles de carrozas. Pero ese año hubo duelo y lucha.

Miles de mujeres vestidas de negro se manifestaron por las calles de San Salvador, exigiendo la renuncia de los militares responsables. Arturo Armando Molina, por segunda vez, era repudiado por el pueblo.

Esta coyuntura hizo posible la coordinación de todas las organizaciones del movimiento popular en el Comité de Organizaciones Populares (COP) «30 de julio». Recuerdo que una noche nos reunimos en el sótano de la catedral con la secretaria general de ANDES «21 de Junio», Mélida Anaya Montes. Llegó a informarnos sobre el desarrollo de la situación. Fue la segunda vez que la vi; la primera vez fue en 1971 en la marcha magisterial. El lugar era muy estrecho y nos sentamos en el suelo, con una vela en el centro, pues no teníamos luz.

El 6 de agosto en la noche, después de llegar a un acuerdo con el régimen de Molina, gracias a la mediación de la Iglesia, desocupamos la catedral. El arzobispo en ese momento era Monseñor Chávez y González. El equipo de dirección interna, en otro local, junto con los representantes de todos los sectores populares, evaluó los hechos y las medidas a impulsar en las nuevas condiciones.

El «COP 30 de julio» fue muriendo poco a poco, pues la misma situación de dispersión y de lucha por la hegemonía de las organizaciones revolucionarias, lo fue minando. Pero aquel momento fue muy importante; había mesas de trabajo de cada sector nacional y de las diferentes fuerzas, cada una con su estrategia y su táctica.

En el marco de esta lucha fue donde surgió el Bloque Popular Revolucionario (BPR), y la división del Frente de Acción Popular Unificada (FAPU) se agudizó.

38

El 30 de julio de 1985, la situación era otra: había ya un elevado nivel de unidad en la vanguardia; la fuerza y el poder del FMLN y del FDR eran indiscutibles y la guerra se había generalizado en el país.

Las manifestaciones estudiantiles seguían. Esta vez era para conmemorar el 30 de julio de 1975. Habían pasado diez años desde entonces. Junto a los universitarios iban los comités de Madres de Presos Políticos y Desaparecidos. Todos los años se colocan ofrendas florales en el muro del Seguro Social, donde hay una placa conmemorativa, y se realizan mítines. Ese año los universitarios repudiaron la difamación de que estaba siendo objeto la universidad, pues como en otras oportunidades, se la acusaba de estar vinculada al FMLN y de ser un «nido de terroristas». Se le estaba negando un aumento en el presupuesto universitario. Los estudiantes fueron con un pliego de peticiones a la Asamblea Legislativa, pero no los recibieron.

El Gobierno había entregado los recintos universitarios a sus autoridades hacía poco tiempo. Las fuerzas que la allanaron y ocuparon, destruyeron y robaron todos sus bienes. Pese a ello, sus actividades no se paralizaron. La universidad se fue al exilio y, en condiciones difíciles sobrevivió. La ocupación militar de la universidad y la época del exilio provocaron el surgimiento de muchas universidades privadas, en las cuales se comercializa la educación y se empobrece la capacidad científica y técnica. Su objetivo no es la calificación, sino la cantidad de técnicos y la ganancia, negando así a miles de jóvenes el derecho al estudio.

El ascenso de la lucha se hacía sentir por doquier. Desde mi encierro se sabía que afuera la historia ardía. Había un paro nacional de los maestros, pidiendo aumento de salarios. El Comité de Solidaridad de los Trabajadores había presentado al Ministerio de Trabajo peticiones para resolver el conflicto de ANDA.

La historia no solo ardía en mi patria. En La Habana había comenzado la Conferencia Internacional sobre la Deuda Externa. América Latina buscaba un nuevo orden económico y nuevas condiciones de intercambio. En esta reunión hablarían el doctor Ungo y el comandante Fermán Cienfuegos.

En las noches anteriores me había costado conciliar el sueño; no podía dormirme. «Este mes ha sido muy importante en la vida política, este mes que se acababa mañana. Me pregunto si pasaré otro julio en una cárcel. ¿En dónde estaré en el Séptimo Aniversario de la Revolución Sandinista o en dónde conmemoraré la caída de Manuel Federico Castillo, un compatriota que cayó bajo la bandera del Frente Sandinista? Farabundo Martí y Sandino, una misma sangre, un solo destino; Manuel Federico allí está, fundido en una sola acción, un solo pensamiento, una sola voluntad centroamericanista de combatir hasta vencer».

La última vez que lo vi fue en el Segundo Congreso del PRTC, en 1979, en Honduras. Él influyó en mi desarrollo político, sobre todo en las luchas populares de 1975 y 1976. Es más, la influencia fue recíproca. Teníamos muchas coincidencias políticas y muchas afinidades.

Conté de nuevo los barros. «Jurídicamente, de aquí no voy a salir nunca. El juez Serrano es un miembro del aparato judicial y jamás tomará la responsabilidad de llevarme a Ilopango, enfrentándose así con el Alto Mando de la Fuerza Armada. Cuando viene a verme, dice que me va a enviar a Ilopango, que no me corresponde un juicio militar. Pero hoy, por ejemplo, vino el abogado de Tutela Legal a decirme que el juez ya no está tan seguro de trasladarme a la cárcel de mujeres porque hay mucha oposición y que no les ha gustado que no haya declarado. Bueno, creo que de aquí no saldré si no es con mi lucha, con la lucha del FMLN».

Había recordado demasiadas cosas ese día. Era medianoche. Hacía frío; había llovido y la humedad de la celda lo hacía más intenso. Estaba entrando al último día de julio y, como todos los días, tenía tiempo para pensar en lo que sucedió en una fecha igual a esta. Cuatro años atrás la CIA había asesinado al patriota panameño Omar Torrijos. Pensaba en lo que significó para todas las fuerzas progresistas antiintervencionistas del mundo y de su

propio pueblo. Para nuestros frentes fue la pérdida de un amigo, de un colaborador que apoyó nuestra lucha antiimperialista. Fue un líder que mantuvo una posición consecuente con los intereses de su nación frente al imperialismo norteamericano. Para la CIA y la Administración Reagan, la cual acababa de asumir el poder, Torrijos era un estorbo. Por eso lo asesinaron. Por eso seguirán asesinando. Pensaba en la evaluación mensual del FMLN. El informe militar decía que se habían causado 425 bajas al Ejército gubernamental.

39

Estaba acostada en el suelo, boca arriba, exhausta por el baile del domingo. Todos los domingos, desde que tengo la radio, a las dos de la tarde sintonizo radio Mundo y *jazz* y *rock*. Bailaba descalza para que no me oyera el detective. Ya podía bailar, pues el yeso del pie me lo habían quitado a fines de junio. Mi cuerpo vibraba al compás del ritmo, no me importaba si era jazz, si se trataba de son, vals, danza o de música folklórica. Era algo inevitable.

También bailaba en los frentes. Me gustaba mucho bailar *El torito pinto* y el *Guayabo revolucionario* tocados por la «Banda Tepeuani», o con «Los Torogoces de Morazán». A veces aparecían músicos improvisados, armaban sus baterías con latas, y sus charangas con lámparas, peines y monedas. «Hoy bailé con prudencia: el brazo derecho está recién operado y tengo un yeso que me abarca desde el antebrazo hasta los dedos inclusive. Así estaré por varias semanas.

»Pienso en quién o quiénes son los actores de la historia de cada día. Hoy, hace diez años le tocó a Felipe Peña y a Gloria Palacios. Y ayer, hace cinco años, fue Luis Díaz. ¿Y este día? ¿Y más adelante? No sé quiénes serán. Serán otros compañeros los que dejarán la huella imborrable de su ejemplo».

Felipe fue fundador de las FPL y amigo personal. Gloria, también era amiga y compañera mía de estudios de Psicología. Cayeron combatiendo en el frente urbano, cuando fue cercada la casa de seguridad donde vivían en el barrio de Santa Anita. Durante horas combatieron con resolución y heroísmo. Ni el despliegue de cientos de efectivos militares pudo definir a su favor los resultados. Felipe cayó combatiendo hasta el último momento, y la «Chinita Úrsula», como llamábamos a Gloria, mal herida, alzó en los hombros a su compa y saltó el muro del traspatio, donde en estado inconsciente fue apresada y violada, y además le cercenaron los senos.

No pude asistir al entierro porque estaba trabajando en el campo, pero mi madre sí fue a la vela, pues tenía lazos de amistad con los padres de Felipe. En 1972, Felipe frecuentaba mi casa y, apoyándose en «Úrsula», reforzó mi proceso de captación hacia las FPL. Pero cuando me planteó formalmente mi incorporación a las FPL me creó una situación difícil porque ya estaba participando en otra organización. Los estudiantes reivindicaron el nombre de Felipe llamando así a la Asociación de Estudiantes de Economía. Nuestras fuerzas militares, por su parte, denominaron a una agrupación de batallones «Comandante Felipe Peña Mendoza».

Seguía oyendo la música y quería seguir bailando, pero el detective había comenzado a caminar por el pasillo. Un día me sorprendió bailando de espaldas a la reja, en medio de la celda. Cuando terminó la pieza, me aplaudió. «¡Qué cólera! Son momentos que quiero disfrutar, me pertenecen. Con ellos no los comparto; en estas condiciones son solo míos, aunque quizá los comparta intuitivamente con los otros detenidos».

Con la mirada serena que lo caracterizaba, su frente ancha y su ceño fruncido, de porte leniniano, recuerdo a Luis. Aquella tarde de diciembre de 1973 cuando lo conocí, ambos formábamos parte de una célula. Realizamos muchas misiones. Aunque le llevaba un par de años, nos entendíamos muy bien, había entre

nosotros bastante afinidad. Formamos parte de la dirección de nuestra organización. Se destacó por su creatividad y claridad política, con visión de estrategia, organizador y propagandista de las masas. Llegó a ser secretario general del «Movimiento de Liberación Popular» (MLP) en 1979 y miembro de la dirección de la Coordinadora Revolucionaria de Masas hasta el momento de su desaparición, el 15 de agosto de 1980.



¡Solidaridad!

A Filomena, Cmdte. Janeth Samour
(Julio, 1985)

Cuando como
me da tu hambre
cuando me tapo
me da tu frío
cuando me quejo
de mis heridas y quemada,
me duele tu piel torturada
y tus huesos rotos.

Cuando me río
me da tu llanto,
cuando veo el sol
observo la oscuridad
donde estás...
sufro tu sufrimiento.

Te presiento torturada
y con la moral alta,
te recuerdo en la historia
de la organización campesina,
te pienso en la estructuración
de las redes clandestinas urbanas.

Tu presencia
aquí, conmigo,
en las garras enemigas,
circunstancialmente no
estamos de la misma forma.

¡No me desaparecieron! Y soy
víctima de la demagogia institucionalizada.
¡No estoy en cárcel clandestina!
Y estoy en poder del terror legalizado.

Tu situación me indigna;
mi situación me rebela;
parte de mí daría por tus derechos,
parte de nosotros damos por tu libertad.

Camarada, no estás sola,
el pueblo y su vanguardia
están contigo y conmigo.
Tú y yo solidariamente.

¡¡Hasta la victoria siempre!!

En la coordinadora, Luis fue sustituido por Humberto Mendoza, otro destacado dirigente, miembro del Frente Democrático Revolucionario (FDR), quien posteriormente, el 27 de noviembre de ese mismo año, fue asesinado. A Humberto lo conocí en 1970 y no fue hasta abril de 1976 cuando nos encontramos en un organismo de dirección.

A ambos, a Luis y a Humberto, los tuve muy presentes. Participamos juntos en las primeras acciones militares. Allí nos vimos, aunque no nos hablábamos para no romper la compartimentalización. Después nos seguimos viendo en otras misiones.

En honor a Luis, un batallón de fuerzas del FMLN lleva su nombre, y una de las escuelas militares lleva el nombre de Humberto Mendoza.

A la madre de Luis, todos le tenemos un gran cariño. De cuatro hijos, ha entregado a tres por la libertad del pueblo. Adán

Díaz cayó en combate en 1971; Mauricio desapareció en 1980. En algunos momentos ha estado al borde de la locura, pero tiene una gran capacidad de recuperación y recupera el equilibrio. Y continúa integrada al trabajo, nos da ánimos con sus gestos y palabras. ¡Cuántas madrecitas como ella! Nuevamente la música. «Ahora no quiero seguir pensando. Quiero dormirme, quiero relajarme sobre este piso helado».

40

«En mi celda tengo una mariposa de papel. Mi delirio son las naturales y esta lo parece. Los compas me ayudaban a cazarlas. Ellas se sentían como yo me siento ahora: prisioneras. Luego morían. Las guardaba en mis libros. Ahora las entiendo». Realmente, lo que me gustaba era verlas libres. Son las reinas del jardín. Primero son gusanos poco agradables a la vista y luego de la metamorfosis, se convierten en reinas: son hermosas. Me gustan especialmente las pequeñitas. En el norte de San Miguel, durante el invierno, en agosto, se agrupan en forma de flor y, cuando uno pasa a su lado, se abren y te envuelven. Es como entrar a otra dimensión.

Cuando me bañaba en los ríos, esos que desde la cárcel recordaba con una belleza impresionante por muy pequeños o sencillos que fueran, ellas se bañaban conmigo. En Chalatenango una mariposa me impresionó muchísimo: sus alas eran lila azulado, con contornos negros y dos puntos rojos, y al alzarlas, en ese movimiento ondular que adoptan al volar, en el reverso, sobre un fondo negro, como hechas con un lápiz blanco, se dibujaban ramificaciones diferentes en caprichosos dibujos como mapas o caminos o ríos. Había otra de colores atigrados. Un compa, al oír mi exclamación de admiración, la persiguió y hasta se llegó a doblar

un pie en el intento. Una vez me llevaron cuatro. Yo misma, en una ocasión, casi me voy por un barranco tratando de cazarlas.

Durante muchos días me visitó un insecto que nosotros llamamos Esperanza. No supe de dónde venía, no lo concebía dentro de la celda. Por días se va y por días viene. El pueblo cree que estos insectos auguran buenos presagios.

Me puse el vestido blanco que me enviaron las presas. Con frecuencia me enviaban saludos. Yo les escribía. Fueron las primeras con quienes me comuniqué. Todas ellas lucharon para que me trasladaran a Ilopango. Rosa Elena Romero, conocida como Graciela Menjívar, era miembro de la directiva. Siempre me enviaba saludos y me daba ánimos. Me mandaba pan del que le hacía llegar su madre. «¿Qué forma tan suya de ser hermana!» Los compas de Mariona me hicieron un cincho, pero como no me lo permitían, no me lo mandaron.

En 1975, Graciela se destacó mucho en la lucha estudiantil. Estudiaba Medicina. Llegó a ser de la directiva de la Asociación de Estudiantes. En aquel tiempo era de la «Liga para la Liberación». Dejé de verla durante muchos años. Pero entre 1981 y 1983 trabajamos juntas. Cuando el régimen de Duarte la capturó en marzo de 1985, ya formaba parte de la dirección. Se comportó ejemplarmente. Yo la consideraba una mujer terriblemente humana, orgullo intachable de la hembra, que bajo su mirada gitana mostraba la dignidad revolucionaria. Para otros, sus gestos parecían altivos. Tenía una extraordinaria capacidad para el trabajo organizativo. Era una hormiguita con una personalidad muy compacta.

Era 13 de septiembre, cumpleaños de mi sobrino Germán Armando. Durante sus dos primeros años de vida, le dediqué mucho tiempo y amor. Ya era todo un hombrecito. Estudiaba en la Universidad Centroamericana (UCA). Él y mi hermana se vieron obligados a irse. El régimen comenzó a amenazarlos y perseguirlos.

El detective abrió la puerta.

—Tenés visita. Bajá.

—¿Visita yo? —le digo—. ¿Quién podrá ser?

—Yo no sé. A mí me han dicho que te baje.

Entré a la oficina de Serpas. Allí estaban un hombre y una mujer. El señor se presentó:

—Soy Pastor Ridruejo, relator sobre los derechos humanos ante las Naciones Unidas. Ella es mi secretaria. Quiero que diga cómo la tratan aquí, porque debo dar un informe ante la ONU.

Me quedé sorprendida. Realmente no esperaba una gente así y solo contaba con menos de quince minutos para exponer mi situación. No sabía ni por dónde comenzar.

—Usted sabe que fui capturada por un asesor norteamericano. Desde ese momento yo misma reivindicé mi estatuto de prisionera de guerra y el mismo Duarte reconoció que fui «capturada en combate», que mi rango era de comandante y que había participado en las batallas. Fui herida y pasé dieciséis días en interrogatorios, durante los cuales no se me dio la atención que necesitaba. Se me privó del sueño durante esos días y los calmantes y curaciones no eran suficientes. La Cruz Roja y la Iglesia, así como varios Gobiernos, intervinieron para que se me diera tratamiento y, después de cuatro meses, se consiguió que el régimen autorizara la operación de mi brazo. Por otra parte, mi situación actual es arbitraria, injusta e ilegal y soy la única prisionera en 1985 que mantienen en condiciones de aislamiento, pues me retienen en este cuartel y no me envían a Ilopango, donde tengo todo el derecho de ir, según el marco judicial de ellos. Las presiones afectivas y, si se quiere, las torturas psicológicas han continuado, pues me tienen pegada a la celda donde hacen los interrogatorios, los cuales escucho a cualquier hora del día. Además veo a los detenidos que van y vienen de los violentos interrogatorios. A mi familia la persiguieron, ametrallaron su casa, la amenazaron

constantemente, incluso de muerte, al grado de que se vieron obligados, como miles de compatriotas, a abandonar el país. Quiero decirle que aquí estaba capturado Doroteo Gómez Arias y que el régimen lo asesinó.

—Nidia, los testimonios tienen que ser directos, tienen que ser dados por la persona que los sufre y yo, de este caso, ya tengo información de varias fuentes humanitarias.

—Aquí también estuvo el comandante Hugo.

Me interrumpe y me dice:

—Con él estuve hoy en la cárcel de Mariona. Él me ha contado su experiencia.

—Mire, el régimen de Duarte hizo una excepción conmigo: me respetó la vida, reconoció mi captura y no pudo desaparecerme, gracias a la reacción de todos los organismos a nivel nacional e internacional ante las desapariciones de la comandante Janeth Samour y la compañera Maximina. Supuestamente todos estamos protegidos por los convenios de Ginebra, pero sobre ellas ni siquiera ha reconocido que las tienen capturadas, ni ha dicho qué les hicieron.

Serpas volvió impaciente y dijo que el tiempo se había acabado.

41

Di la vuelta. Salí pensando que podía haber dicho más, que no dije todo lo que debía haber dicho. Cuando veía a esta clase de personas, quería denunciar la situación de los presos políticos. Así me pasó en agosto, cuando vino la doctora Jemera Rone, de Americas Watch, y Maggy Popking, del Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana (UCA). Me convencí de que debía preparar un escrito para estas ocasiones, ordenando mejor mis ideas para hacer un planteamiento más sistematizado.

Ante Tutela Legal y el juez fui más ordenada. La sola existencia de más de 500 presos políticos reconocidos por la dictadura duartista era suficiente para demostrar que este Gobierno violaba sistemáticamente las libertades políticas. Hasta la misma Iglesia decía que «hay muchos presos, principalmente por razones políticas, que no deberían estar en la cárcel». No solo se los torturaba física y psicológicamente en el momento de la captura y después de ella, sino que en este año se incrementaron los malos tratos hasta llegar a la violencia contra ellos en los centros penales, como el caso de las compas que resultaron heridas en Ilopango.

El Gobierno había rechazado la justa demanda de una amnistía general. En diciembre de 1984, en el marco del Congreso de los Derechos Humanos, los comités de familiares presentaron a la Asamblea Legislativa una propuesta de Ley de Amnistía. Durante todo el año de 1985, estuvieron pidiendo la aprobación de sus propuestas. Pero los diputados ni siquiera habían querido recibirlas. También los presos políticos urgieron una respuesta positiva: para presionar se pusieron en huelga de hambre. Todos estos esfuerzos fueron infructuosos. Pero ante la Asamblea General de la ONU, Duarte prometió la amnistía. Las medidas adoptadas por el Gobierno este año para mejorar la administración de justicia han sido meramente cosméticas. Mientras miraba el techo de la celda me preguntaba cuántos presos habría en este momento, aquí, conmigo, quizá seres queridos, amigos míos.

Ya me sentía preparada para ver desfilar ante mí hasta al propio Roberto, mi responsable político. Al principio no era así. Cuando vi a Doroteo fue terrible. Después vi al comandante Hugo y a Octavio. Ese 20 de agosto, cuando los vi, estaba muy triste. Había pasado 125 días tras los barrotes y se conmemoraba el tercer aniversario de la masacre de Calabozo.

El batallón Atlacatl asesinó a más de 200 mujeres, niños y ancianos. «¡Qué impotente me sentí! ¡Tanta sangre!» Todavía, hace

poco, a las orillas del río, recogimos un escapulario, seguramente de una de las abuelitas. El 15 de diciembre de 1984, este batallón asaltó uno de nuestros hospitales de campaña en un lugar que se llamaba El Salitre, allá por el Tortuguero, en San Vicente. Se llevaron medicinas y catorce caballos. Afortunadamente los compañeros, diecisiete heridos, con intrepidez y audacia, junto con otros combatientes lograron romper el cerco que el batallón les había tendido y no tuvieron ninguna baja. Solo capturaron población civil.

Había una mula, la «Sonia», que llevaba el equipo del hospital. Era muy hermosa. Había sido del terrateniente Juan Wright, pero le había sido requisada hacía algún tiempo. Los del batallón encostalaron a unas personas y así, amarradas, se las pusieron entre las patas a la «Sonia». Le ponían los sacos, con la gente adentro, para que la mula los pateara. Pero ella no lo hacía. La «Sonia» era mejor que ellos.

42

Estaba entretenida con estos pensamientos cuando vi pasar a Octavio, miembro del Partido Comunista. Lo traían del interrogatorio. En esta oportunidad no me vio. Pero mi sorpresa fue mucho más grande cuando vi pasar al comandante Hugo, segundo responsable del Partido Comunista. Entró a la celda 19. Inmediatamente le pedí al celdero que le llevara unas galletas y que le dijera que yo se las mandaba.

Cuando salió rumbo a los cubículos de interrogatorios, yo estaba pegada a los barrotes y él se me acercó. Me estrechó las manos. Sus ojos chispearon de alegría. Su delgadez y cansancio eran extremos. Me dijo:

—¡Qué gusto me da verte! Hemos estado pendientes de ti, compañera.

Se me hizo un nudo en la garganta y una sonrisa logró aflorar a mi rostro.

—¿Cuándo te agarraron? —le pregunto.

—El 9 de agosto.

Su mano aún apretaba fuertemente la mía, ante la mirada de los detectives y de los celderos.

—Te vas a ir de aquí. Hay que «hacerle huevo» —le digo.

—Le estamos «haciendo huevo», compañera. Ya los vencimos.

Se despidió siempre sonriéndome, no queriéndose ir. Le colocaron la venda y lo introdujeron al salón de interrogatorios. Momentos antes habían vuelto a meter a Octavio. Sabía que a partir de ese momento mi angustia iba a crecer. Supuestamente le quedaban aún varios días de interrogatorio. Hugo tenía una pasta irrompible. Lo conocí en 1982, en la ciudad. Luego dejé de verlo. Aprendí a conocerlo en nuestras frecuentes reuniones de trabajo. Es un hombre políticamente muy capaz y sencillo. Lo admiro. Ocho días después volví a verlo. Pero ahora lo llevaban para que la Cruz Roja lo viera. Cuando regresó de la entrevista, lo llamé. Se acercó a mi celda:

—¿Cuándo te vas a ir a Mariona? —le pregunto.

—No quieren enviarme.

—¿Sabés que el 9 de agosto aquí asesinaron a Doroteo Gómez Arias?

—No sabía —me dice, con gran consternación.

El detective gritó:

—¡Apuráte!

Dio la vuelta y le colocaron la venda. Fue la última vez que lo vi, hasta el día de nuestra liberación, el 25 de octubre, cuando nos volvimos a abrazar. Supe que a los tres días se lo llevaron a Mariona, y que el enemigo pretendió chantajearlo y doblarle su moral. Se atrevieron a llevarle al traidor de Miguel Castellanos para que lo persuadiera.

A Octavio lo llevaron a la celda el 29 de agosto y lo trasladaron a Mariona el 2 de septiembre. Lo conocí en Morazán. Durante los cuatro días que lo mantuvieron en la celda, nos comunicábamos por señas.

Nuevamente sentía mi mente enredada. Sentía una serie de hilos que tenían principio, pero no final. Ese por la mañana, cuando salí a tomar el sol, escuché en las plantas altas, donde hay salones de interrogatorios, una gran discusión entre los detectives. Desde que decían haber capturado a supuestos miembros del PRTC que participaron en la acción de la Zona Rosa, había un gran alboroto. Un día antes habían salido por radio y televisión tres supuestos miembros de los comandos «Mardoqueo Cruz», haciéndose responsables de la acción. La otra noche pasó Revelo por mi celda. Siempre pasaba en días especiales para ver mis reacciones, para observarme.

Sacaron retratos hablados de los supuestos jefes de los comandos. Decían que les había dado resultado ofrecer cien mil dólares de recompensa a quienes dieran información sobre ellos.

Agosto se terminaba. En ese mes causamos 672 bajas. Esto me alegró muchísimo. La guerra avanzaba. Al día siguiente sería septiembre.

Septiembre es el mes que más me gusta, no sé por qué, pero desde pequeña ha sido así. Quizá porque es un mes en donde se va gestando un cambio, caen las últimas lluvias, comienza a variar la temperatura. Son días lindos, días de azul intenso y días nublados; días de sol, que yo ya había pensado no verlos más. Sus rayos tendrían que traspasar los muros y penetrar enérgicos para aliviar la humedad de la celda. Otra vez tenía catarro; amanecí con fiebre. Todos los meses me daba catarro. Me preocupaba la caída del pelo, aunque afortunadamente tengo bastante. El médico me explicó que era el *stress*.

43

La última vez que vi con vida a Doroteo Gómez Arias fue el 8 de agosto. Me dio una gran alegría porque cuatro días antes me saludó cuando lo sacaban del cubículo de interrogatorios. No sabía que estaba aquí y me quedé asombrada. No pude responder a su saludo. Me impresionó mucho y el detective nos observaba. Doloroso y triste reencuentro. Iba con la boca ensangrentada, reventada. «Te secuestraron, te golpearon, te rompieron la boca, te mataron. Tan diferente a cuando te vi la última vez, pero siempre con la sonrisa ancha». Lo llevaba el celdero, quizá a la enfermería. Como a la media hora, lo volvieron a subir a interrogatorio.

Nos comunicamos por señas, haciendo la «V» de la victoria, y me expresó que le habían puesto la capucha. Le mandé unas galletitas y un durazno. No me imaginaba, en ese momento, lo que el enemigo le tenía reservado. Y creo que él tampoco. Como a la media noche, escuché que abrían la celda 17. Lo sacaron. Me quedé intranquila, sin poder conciliar el sueño. Pensé que era por la tensión, pues me iban a operar. A esta operación el Gobierno le hizo una gran propaganda, tratando de hacer creer a la opinión pública nacional e internacional que respetaban los derechos humanos. El mío era un caso aislado, una acción de conveniencia política para el régimen, una isla entre los cientos de desaparecidos y asesinados en las cárceles clandestinas y en las institucionales. Pero, sobre todo, era una victoria de la solidaridad.

Estaba intranquila. Me encontraba en un estado entre dormida y despierta, cuando tuve una sensación grotesca en el cuello, me faltaba la respiración. Lo relacioné con el recuerdo de mi interrogatorio.

—¿Vas a hablar o no?

Me puse a fumar. En esos días ya había aprendido otra vez a fumar. En el humo se recorren angustias y soledades. Angustias

que absorbe un cigarro. Algo que hacer mientras llegaba la mañana. La noche llegaba inexorable. Debía dormir, pero no tenía sueño. No dejaba de pensar en el compatriota que ayer lloraba, le daban y le daban golpes. Oía gritos en algunas de las celdas. ¿Sería que alguien quería salir? ¿Huir? ¿Escapar de todo esto? ¡Lo de siempre!

Al día siguiente, casi al mediodía, aparecieron el doctor Bottari, el doctor Muheim y Kurt Zeller del CICR; la doctora Sandra Brin, Cristlne Courtright y los doctores Sánchez, de *Aid Medical for El Salvador*. Vino también un representante de Amnistía Internacional, Mike Farrel. Me dijeron que mucha gente me enviaba saludos, tanto de Estados Unidos como de otros países. ¡Qué alegría!

El teniente Esquivel vino con ellos. ¡Qué casualidad! Cuando vinieron por primera vez el 22 de mayo, y no les permitieron mi operación, también este teniente estaba acá. ¡Cómo pasaba el tiempo!

—Nidia, hoy por la noche la vamos a operar.

Por la tarde, Kurt Zeller trajo muchas cosas que mandó mi familia. Como a eso de las seis y media de la tarde, me introdujeron a un vehículo panel, acompañada con cuatro detectives. Delante iba otro. Atrás nos seguía un vehículo con vidrios polarizados. Otro igual más adelante. Iban además dos radio-patrullas. El teniente Serpas iba en el mismo vehículo conmigo. ¡Todo un operativo! La clínica estaba por la Basílica del Sagrado Corazón. Se tomaron toda la periferia. La clínica misma estaba llena de policías. Estaban el mayor López Dávila y el doctor coronel Julio César Bottari. Ya había llegado el doctor Alejandro Sánchez. En el quirófano se encontraban el teniente Esquivel y el doctor Muheim, como observador. Procedieron a operarme.

En medio de la operación se fueron las luces, pero no hubo mayores problemas. «¡Qué coincidencia! Ojalá sea el sabotaje de los compas». Se terminó. Toda la intervención duró como tres horas. Añoraba volver a escribir y utilizar las armas.

No soportaba ni anestesia local ni el torniquete. Después del parto nunca tuve un dolor físico igual. Se me salieron las lágrimas, pero como estaba ante el adversario, no debía llorar.

Que nada me desaliente
que nada me desespere,
que un guerrillero es un toro
en medio de una tormenta.



Todos se extrañaron. Le cantaba a mi gorrión, como en el interrogatorio.

Gracias a la vida
que me ha dado tanto...

Cuando regresamos a la Policía, había un gran escándalo. Algo había pasado. Había muchos presos. Ahora cada celda tenía como quince o veinte detenidos nuevos. Varios oficiales se acercaron a verme. Cuando se retiraron, alguien me dijo:

—Hoy hubo un ahorcado aquí.

—¿Cómo? ¿Y cómo es?

—Alto... barbudo...

—¿Quién es?

Realmente no me lo imaginaba, pero al día siguiente, el 10 de agosto, por la mañana, escuché la noticia: «El doctor Doroteo Gómez Arias ha sido encontrado ahorcado, en una celda de la Policía Nacional». O sea, el que decían que se había ahorcado era él. «¡No puede ser! ¡Mientras me estaban operando asesinaban a Doroteo!».

Pasó Revelo y me dijo:

—¿Cómo está, Nidia?

—¿Cómo puedo estar? ¡Imagínese!, si ustedes han asesinado a Doroteo Gómez Arias.

—No, ¿cómo va a creer? Él solo se ahorcó.

López Dávila ratificó:

—Sí, él solo se ahorcó.

—Doroteo quería mucho a su hijo —dice Serpas.

¡Malditos! —pensé. Se lo trajeron.

—Yo fui compañero de estudios de él —dijo Revelo.

—No me parece que él pensara en suicidarse. Yo lo vi en su sano juicio y sé de qué pasta estaba hecho —les reto.

—¿Usted lo conocía?

—Sí, yo lo conocía, ustedes lo han asesinado.

—¡No!

Pregunté a los carceleros, pero todos repetían el mismo estribillo: «él se ahorcó», «él solo se ahorcó». Todos decían lo mismo.

«Jerónimo, ¿recuerdas Chalatenango? No, ya no lo recordarás. En la reunión de propaganda, compartiendo la difusión de las ideas revolucionarias... y en columna hacia La Palma, al diálogo. Usabas un gran sombrero... La mirada serena y el calor del abrazo cuando nos despedimos en octubre de 1984 en Guazapa... Tan sencillo, poeta de gran textura revolucionaria, tu abnegación de abogado al servicio de los trabajadores. La tez dorada resaltaba tu campesina figura, llevando siempre esa risa que contagiaba. Es imposible dormir, no puedo más. ¡Lloro! El detective ahora está justamente en la ventana. ¿Por qué no se hace a un lado como lo hacen desde que incrementaron mi aislamiento? Tengo que llorar, no asimilo tu muerte. Suave, sollozando... Es incontrolable».

Los presos me preguntaban qué me pasaba.

Entraron los detectives, la enfermera:

—¡Toma esta diazepán!

—¡Déjeme!

«Doroteo, no perdonaré a quienes provocaron tu muerte, a los que te asesinaron, a los que llevaron a otros a la locura. A los que masturbaron la mente de los sembradores de Otomil.⁶⁸ ¿Cómo perdonar a los que destrozaron con el terror la tranquilidad y serenidad humana, al que planificó y ejecutó la capucha para ti? ¿Cómo, si encarcelan, desaparecen, masacran? ¿Y a los que interrumpieron tu sueño sudoroso, a los que te gritaron que te engusanarías aquí, a los que dejaron sin marido, sin madre o hijo? ¿Cómo perdonar, si absorbí por todos los poros el terror, constante, velozmente?».

⁶⁸ Otomil: dios del maíz.

Esa tarde no me dejé entrevistar por Gerardo Chevallier, secretario de información de la presidencia. Quería tenderme un puente para hacer creer a la opinión pública que Duarte respetaba los convenios de Ginebra y aplicaba la humanización del conflicto.

El mismo día, los doctores de Ayuda Médica dieron una conferencia de prensa en donde expusieron la intransigencia de Duarte al no permitir mi operación cuando fue necesaria, desde el primer momento de mi captura.

Dos días después, la agencia de prensa NBC se presentó para pedirme que me dirigiera al pueblo norteamericano a propósito de mi intervención quirúrgica y de la muerte de Doroteo Gómez Arias. Acepté y aproveché para denunciar el asesinato de Doroteo. Imágenes de esta entrevista las utilizó el COPREFA para informar sobre mi operación. Los periodistas de la NBC habían venido por primera vez en julio para hacerme una larga entrevista. No sabía cómo la había recibido el pueblo norteamericano ni qué había pensado de ella.

44

El arzobispado me envió un diccionario *Larousse* precioso. El representante de Tutela Legal me lo trajo. Me dijo desconocer por qué el resto de mi familia se había ido a Suecia. Una carta de mi hermana me lo explicó: el régimen había continuado persiguiéndolos.

Habían pasado 146 días. Era 10 de septiembre, cuando un detective me comentó:

- Nidia, hoy sí te vas.
- ¿Para dónde?
- ¡Libre!

—¿Cómo vas a creer?

—Sí, han secuestrado a la hija de Duarte, a la Inés Duarte, por vos.

«¿Por mí? Puras especulaciones». Encendí el radio y ahí estaba la sensacional noticia de la captura, realizada por un comando. Esa tarde ajusticiaron a la custodia de la hija del presidente y a ella, la funcionaria demócrata-cristiana Inés Duarte, gerente de radio Libertad —propiedad de la familia Duarte y financiada con fondos tomados de la ayuda norteamericana—, había sido capturada. Era una de las operaciones más exitosas en el frente urbano en los últimos tiempos.

Luego supe que el plan inicialmente debió de haber sido ejecutado el 8 de septiembre. El dispositivo se montó y no funcionó: Inés no se presentó en el momento esperado. Se repitió la operación el día 9. Esto era complejo, teniendo en cuenta que se trataba de la capital de un país en guerra, de una capital que disponía de cerca de veinticinco mil efectivos para su defensa y protección.

La Universidad «Nueva San Salvador» estaba ubicada en un triángulo de fuerzas enemigas, el Estado Mayor del Ejército se encuentra a una distancia aproximada de 1 200 metros, y el Hospital Militar a unos 800 a 1 000 metros. En las cercanías está también el Instituto de Pensiones de la Fuerza Armada. A unos cincuenta metros un centro bancario custodiado por efectivos. La 49 Avenida también es una arteria transitada, con mucho patrullaje móvil. El plan debía enfrentar este dispositivo.

El comando se había preparado para superar el sistema de seguridad que protegía a Inés Duarte. A veces la custodiaban cuatro hombres de seguridad, quienes se trasladaban en dos o tres vehículos. Entonces el montaje y desmontaje y vuelta a montar de un operativo, implicaba un gran esfuerzo conspirativo y organizativo que requería de mucha capacidad y serenidad en los cuadros. El comando «Pedro Pablo Castillo» dispuso de quince días entre

el momento en que recibió la orden y la ejecución de la operación. Esto exigía un máximo de esfuerzo en cuanto a tiempo. El objetivo era rescatar compañeros que se sabía estaban amenazados de muerte y cuya posibilidad de salvación descansaba en ejercer una fuerte presión sobre el Gobierno y sobre los mandos militares. Además, tenía que ser una operación exitosa, que garantizara alcanzar los objetivos planteados.

Los mandos encargados de la operación hicieron las inspecciones correspondientes, visitaron los lugares, valoraron las variantes y tomaron la decisión operativa que consideraron más acertada. El objetivo se cumplía ciento por ciento. Había seguridad de que Inés no sufriría heridas. ¡Qué distinto al trato que le dieron a Janeth! Al mismo tiempo, quedaron reducidos al mínimo los riesgos para la unidad que iba a participar en la operación.

El día de la operación, el 10 de septiembre, Inés Duarte se presentó con dos efectivos de seguridad, en dos vehículos: en uno se transportaba ella y en el otro, su seguridad. Pero hubo un imprevisto al presentarse un vehículo desconocido: el auto de su madre. Esto generó un poco de confusión en la operación. Sin embargo, todo estaba organizado de tal manera que el incidente fue salvado y se pudo proceder. Su seguridad fue neutralizada y se capturó a Inés Guadalupe. Otro imprevisto fue que se encontraba acompañada por Cecilia, una amiga, quien permaneció con ella durante su retención en manos del FMLN. Los responsables del operativo decidieron retenerla también porque existía la posibilidad de que se tratara de una colaboradora vinculada a otros elementos de carácter político. Esta sospecha se descalificó posteriormente.

Entre el momento inicial de la operación y el retiro, transcurrieron un minuto y fracciones. El plan buscaba ante todo rapidez y precisión. Solo esto permitiría superar el dispositivo enemigo.

En el momento de la operación la situación era complicada. A unos 200 metros del sitio de la acción se encontraba un convoy del

Ejército, integrado por varios camiones cargados de soldados. Se ignoraba el motivo de esta presencia no prevista. De todos modos al oírse los disparos se retiraron del lugar. El resto de los efectivos de la zona no llegó a reaccionar. En el momento de la operación intervino un coronel que, según supimos posteriormente, era estudiante de la universidad. Era un coronel vinculado con el robo de vehículos, razón por la cual había sido sacado de la Fuerza Armada. Su presencia circunstancial en el área le valió su reincorporación a la institución armada. Lo único que hizo fue disparar, pero cuando el comando le respondió, abandonó el sector. Después se acercó a auxiliar a la custodia de Inés.

Hecha la captura, la hija de Duarte fue trasladada al frente de guerra. La comandancia general había asignado a varias compañías para custodiarla y protegerla. De esta forma quedó fuera del alcance del enemigo a los dieciséis minutos de realizada la acción. Cerraron la capital, incluyendo un desembarco de tropas heli-transportadas, para impedir inútilmente que Inés fuera sacada de la ciudad.

En esos días yo había dejado ya de salir a tomar el sol. Lo hacía como una medida de repudio a la intransigencia del Alto Mando de no enviarme a la cárcel de mujeres. Estaba harta de estar aquí. Tenía que irme a como diera lugar. Quise hacer huelga de hambre. Era mi último recurso. Lo haría en coordinación con el COPPES. No quería que mi lucha quedara silenciada. Estaba decidida a hacer huelga de hambre si, tal como me había dicho el juez, me enviaban al Centro Penal de Occidente.

Los días pasaban mientras el personal de la Policía seguía especulando con mi caso. Me decían que ahora sí me iría, que esa acción era por mi liberación y que iba a ser canjeada. A esa altura, el frente no se había atribuido la operación. Duarte mostraba su interés personal por resolver el caso. Todos los sectores burgueses se solidarizaron con él y con su dolor de padre, pero al mismo tiempo sostenían que no debía ceder ante los insurgentes.

Cuando el comando «Pedro Pablo Castillo» del FMLN reivindicó el hecho, tuve más claridad sobre la situación. Pero no fue sino hasta octubre cuando empecé a creer que las demandas de conceder la libertad a treinta y cuatro compañeros presos, algunos de los cuales figuraban como desaparecidos desde hacía cinco años, y entre los cuales estaba yo, podían ser reales. Posteriormente se incluyó la petición de la liberación de veintinueve dirigentes sindicales y de asociaciones gremiales, capturados ilegalmente en los meses de julio y agosto de 1985. Por otro lado, en aquel momento aún teníamos a veintitrés alcaldes y funcionarios municipales detenidos por prestarse a la implementación del plan de contrainsurgencia. El FMLN ofrecía la posibilidad de liberarlos si se permitía la evacuación de noventa y seis lisiados de guerra.

Transcurrían los días y hasta los detenidos hablaban de que sería liberada. En el fondo, no quería hacerme ilusiones, consideraba que el régimen no accedería a nuestras demandas. Preguntaba a los organismos humanitarios si sabían algo y todos me decían que no. No es que yo no confiara en que algún día saldría libre para incorporarme al frente de lucha que se me asignara, pero sabía que había otros dirigentes capturados, como el comandante Hugo. Además, las negociaciones podían fracasar, pues el Gobierno estaba en un momento crítico por las contradicciones entre los sectores de poder, y esta acción las agudizaba.

Las negociaciones entre el FMLN y Duarte comenzaron a tomar cuerpo un mes después. Le habíamos hecho llegar varios comunicados, planteándole nuestras exigencias para concretizar el canje. El Alto Mando y la embajada norteamericana no querían ceder. Los sectores oligárquicos y burgueses se oponían. Lo tenían entre la espada y la pared.

Muchísimas comunicaciones fueron interceptadas por la prensa nacional y extranjera. Aun antes de hacerse públicas oficialmente nuestras demandas, Duarte y el comando guerrillero

intercambiaron mensajes a través de las ruidosas ondas radiales de las comunicaciones militares. La radio y la prensa permanentemente hacían comentarios y centraban el canje en mí. Eso hacía que, con mucha frecuencia, mi nombre sonara no solo en el ámbito nacional, sino también en el internacional. Con esto crecía el odio del enemigo.

45

Cantaba al presente con nostalgia del pasado, con la alegría del avance cotidiano, con la certeza de nuestra victoria. Estaba eufórica. La operación realizada esta madrugada del 10 de octubre por nuestras fuerzas era la mejor manera de rendir homenaje a los cinco años de fundación del FMLN. Pese a toda la propaganda y la guerra psicológica desplegada por el Gobierno para hacer creer a la opinión pública que ya nosotros estábamos desorganizados y desarticulados, esta acción venía a evidenciar que la capacidad ofensiva y la iniciativa de cuándo, dónde y cómo actuábamos, estaba en nuestras manos, continuaba en nuestras manos. Ella expresaba nuestro desarrollo y se daba en un momento en que nuestra actividad político-militar era cada día más grande.

La cooperación de las fuerzas de todos los frentes y el accionar guerrillero generalizado que diariamente sangraba a las fuerzas móviles del Ejército, reflejaban sin lugar a dudas la capacidad que teníamos de golpear posiciones estratégicas.

A cinco años de lucha, la unidad se había fortalecido, si bien era cierto que aún estábamos en la etapa frentista. Los últimos acuerdos de la comandancia eran de gran importancia estratégica, tal como lo dijo el comentarista de la radio YSKL: nos adentramos en una nueva etapa de desarrollo del movimiento revolucionario y vamos hacia la construcción del partido unificado, uno de nuestros grandes sueños.

El ataque al CEMFA (Centro de Entrenamiento Militar de la Fuerza Armada), una guarnición ubicada en una zona de retaguardia enemiga, a tres kilómetros del puerto de La Unión, demostraba que el apoyo de nuestro pueblo seguía siendo la base que sustentaba nuestros éxitos. Esta acción irrumpió en medio de las negociaciones sobre la liberación de Inés Duarte.

El CEMFA es una pieza vital del Ejército. Fue creado en 1984, cuando cerraron el Centro Regional de Entrenamiento Militar (CREM), ubicado en Puerto Castilla, Honduras. Ahí se entrenaban los batallones élites como el Atonal, el Arce, bajo la dirección y supervisión de los asesores norteamericanos. En el CEMFA, según dicen, se encontraban más de 1 800 soldados que incluían tropas del Arce, Jiboa, Primera Brigada y otros. El grupo de diez asesores norteamericanos, así como el coronel Cerna Flores, no estaban en el cuartel durante el ataque. Tuvieron suerte, pues el objetivo principal era su aniquilamiento o captura.

La operación fue dirigida por los comandantes Jorge Meléndez (Jonás)⁶⁹ y Mario Alberto Mijango. Los resultados de la operación fueron 272 bajas, entre ellos decenas de cadetes del grupo de instructores; barracas destruidas total o parcialmente; recuperación de equipo militar con insignias del Ejército de Estados Unidos.

«Lástima que no estuvieron los asesores, pues nuestro plan estaba dirigido a derrotar a los yanquis. No estamos esperando el envío masivo de sus tropas para comenzar a combatirlos. Tal como lo demostró la acción de la Zona Rosa, hemos decidido llevar nuestro fuego a cualquier parte y en cualquier circunstancia donde se encuentren. En ningún lugar de la patria debe haber sitio seguro para los que pisotean nuestra soberanía. No habrá sitio seguro para mi captor».

⁶⁹ Jorge Meléndez (Jonás) es miembro de la dirección del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

La voz del detective me interrumpió:

—¡Ustedes son unos asesinos! Agarraron dormidos a todos los soldados. Este es un acto de cobardía y desesperación.

—¿Cómo va a ser cobardía? Esta es una guerra y ustedes son un ejército que actúa de día y de noche, bajo la lluvia y el sol, contra nosotros, pero principalmente contra la población indefensa. Eso sí es un acto de cobardía. Pero te voy a decir que nosotros no estamos porque se siga sangrando a los soldados; son víctimas de la política intervencionista. Tampoco quisiéramos que estuvieran aquí esos asesores y tener que combatirlos. Nosotros creemos que también ellos, o por lo menos algunos, son solo instrumentos de la política de Reagan.

—Vos decís que quieren terminar todo esto. ¿Cómo? ¿Matando?

—¡No! No estamos por la prolongación de la guerra. Y hoy tenemos hasta la alta probabilidad de que se llegue a dar una intervención de tropas extranjeras. Todos los salvadoreños, hasta vos, cada vez van tomando conciencia de lo que significa esta situación. Ahorita los soldados se están dando cuenta de ello.

—Ustedes, con estas acciones, lo están provocando.

—No, no lo estamos provocando. Todos saben que hemos hecho varios intentos de búsqueda de una solución política. Nuestra voluntad no va a ser quebrada con el chantaje de la intervención norteamericana. No pueden seguir pisoteando nuestra patria. Claro, tampoco vemos cerradas las posibilidades de un triunfo militar sobre ustedes. Estamos demostrando tener capacidad para ello. Te repito, no deseamos una intervención, pero nos preparamos para derrotarla si se produce.

El detective no dijo nada más. Dio la vuelta y se colocó al final del pasillo con los brazos cruzados, en una aparente tranquilidad, con la cabeza agachada, como si tuviera un remolino dentro de la mente. «¡Pobre!», pensé.

La acción tuvo lugar cuando se desarrollaba en todo el territorio nacional una operación conjunta del FMLN contra el sistema eléctrico, cuando se producían ataques a diferentes posiciones militares en diversas poblaciones, había un exitoso séptimo día de paro nacional al transporte por tiempo indefinido, y cuando el FMLN causaba centenares de bajas dentro de la línea de desgaste.

Por otro lado, Duarte se encontraba en una situación difícil tras la captura de su hija. Se habían agudizado las contradicciones entre el Ejército y él, ya que los jefes de la primera línea de fuego no querían negociar, mucho menos ahora que se les había dado semejante golpe.

Oía muchas radios. Parecía que todos estaban pendientes aquí. Había pasado una gran cantidad de helicópteros. Había una sensación de derrota. Quisiera verles la cara a Serpas y a Revelo, pero recientemente no se habían acercado a mi celda.

Su prepotencia era tal que, cuando estaban más débiles, para defenderse venían a tratar de confundirme, a tratar de desmoralizarme. Pero después de lo que había pasado ni siquiera se atrevían a pasar por aquí.

46

En estos días vino a entrevistarme un tal Adolfo Vásquez Becker, de la Agencia de Noticias de Guatemala. Por él me enteré de que realmente había una lista de treinta y cuatro prisioneros. Vino a sondear aspectos de mi personalidad y de mi participación. Antes habían venido unos italianos de una comisión gubernamental; acompañados por Serpas, salieron de una celda. Me tomaron fotos detrás de las rejas y me preguntaron qué opinión tenía sobre el caso de Inés Duarte.

—Es un hecho que se da dentro de una guerra. Nuestro pueblo lleva ya miles de desaparecidos y capturados. ¿Por qué les extraña? Eso es lo que diariamente se da en este país. Ahora se conmueven porque nosotros aplicamos la justicia. Por ser la hija del presidente todo el mundo se escandaliza, pero todos los otros seres humanos que el régimen desaparece, ¿quién se interesa por ellos?

—¿Usted sabe quién tiene a Inés Duarte? —me preguntaron.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿No ven que estoy presa e incomunicada? Ustedes que están libres son los que deben tener más información.

Dieron media vuelta y se marcharon.

En centenares de hogares renacía la esperanza de reencontrarse con los seres queridos que el Gobierno había tomado como prisioneros políticos. Las movilizaciones de los familiares de desaparecidos, asesinados y presos políticos crecían. Prácticamente, todos los sectores populares y humanitarios habían comprendido que era el momento oportuno para exigir la libertad de los presos políticos, el esclarecimiento de los desaparecidos y el castigo a los responsables de tantos crímenes. Las cuñas por la radio y en la prensa, los pronunciamientos y consignas se incrementaban.

La operación «Basta al terror, las torturas y desapariciones en las cárceles de la dictadura duartista», precisamente estaba enfrentando la violación sistemática de los derechos humanos individuales y colectivos en El Salvador. Con Duarte la represión se había incrementado un 400%.

Muchos organismos internacionales han documentado las torturas, los asesinatos y los desaparecimientos practicados por la Fuerza Armada de El Salvador. No se respetaban los elementales derechos humanos ni los convenios de Ginebra. La acción realizada por el FMLN tenía a su favor la solvencia y la capacidad política y militar de hacer sentir que a sus combatientes y luchadores, que a su pueblo, debían respetársele sus derechos.

«Muchas gestiones hemos realizado desde 1981 para lograr la humanización del conflicto. Solo hemos encontrado frases vacías en el Gobierno de Duarte y más dependencia. Por ello el FMLN se ha visto obligado a usar la presión para hacer un canje de prisioneros».

47

Mis reflexiones fueron interrumpidas por los gritos de la interrogadora. Habían dicho que no iban a hacer más interrogatorios en la celda de al lado. Eso fue hacía dos meses, pero siempre continuaron con los interrogatorios, aunque con menos frecuencia. Esta vez era una mujer la interrogadora. ¡Qué bárbara! No la soportaba.

—¡Ve, hija de puta! ¿Por qué no venís a interrogarme a mí y los dejás en paz a ellos? A gente indefensa le gritás y la golpeás. Vení conmigo —le grito exaltada.

—¡Cálmese, Nidia! —me dice el detective.

—No me calmo, es que esa mujer mucho jode. ¿Por qué no me interroga a mí?

La interrogadora se calló y yo me fui a acostar.

Pero en la madrugada continuó su labor. Habían traído a mucha gente. Había mucha tensión alrededor. Debía haber más o menos ochenta detenidos en interrogatorios.

El noticiero de la mañana, como de costumbre, comentó el caso de Inés Duarte. Al principio, la opinión internacional condenó la acción y distintos Gobiernos y organismos humanitarios se solidarizaron con Duarte. Pero a la medida que la acción se justificó al hacerse evidente la violación a los derechos humanos y el irrespeto a las normas internacionales, el panorama varió desde el punto de vista humano. El mundo se conmovía no solo por Inés

Duarte, sino por miles de compatriotas víctimas de la dictadura duartista.

—Nidia, ¿por qué no quieres salir al sol? —preguntó el detective.

—Ya dije que no voy a salir más al sol hasta que me saquen de aquí y me lleven a Ilopango.

La noche llegó. Escuché un ruido, como si demolieran muchas cosas. Arrastraban sillas, golpes en seco. ¿Otro interrogatorio? No, no hubo interrogatorio esa noche. Era el eco del mal. Regresaban los mismos giros de la mente. Recordé la última entrevista. Me preocupaba lo que pudieran hacer con ella. «Son capaces de poner la grabación a los detenidos. Vásquez Becker vino a escarbar a fondo en mi personalidad. ¿Para qué la querrá el enemigo? ¿Qué persigue el Alto Mando con esa entrevista? ¿Por qué me la dejó hacer? ¿Qué ingenua política eres, Nidia! ¡Mierda!».

—Mire, yo vengo a preguntarle cosas humanas, pues voy a escribir sobre la participación de la mujer en la lucha. ¿Cuándo se incorporó a la guerra? ¿Cómo fue que se incorporó?

¡Qué cólera! Bueno no se las contesté como él quería. Me preguntó sobre mi vida afectiva, sobre mis emociones, sobre mi hijo. ¿Qué sentí al coger la primera arma, al disparar por primera vez? ¿Cómo me sentía en los combates? Sobre el PRTC y su origen. ¿Cuál ha sido la gran batalla para mí? Mis mejores amigos, que si soy marxista, que le cuente anécdotas de mi vida. Desde que lo vi aparecer con Serpas supe que él era otro interrogador. Cuando se fue, pensé que ese material iría directo al Alto Mando. Pero que les iba a servir muy poco o casi nada, pues además del tiempo que llevo aquí, desinformé bastante sobre mi vida. «Ahora pienso que aunque sea así, pueden confundir a los detenidos haciéndoles creer que hablé en el interrogatorio, es decir, que pueden tener argumentos para poner las grabaciones y decir: ¡Miren, oigan a la Nidia, habló, no sean tontos!»

48

Por un comentario transmitido por la YSU supe que en Estados Unidos estaban pasando un video donde aparecíamos cuatro comandantes: Miguel Castellanos, Inglés, Grande y yo. Decían que los tres primeros habían colaborado, pero que yo me había negado. «Me alegra que digan eso de mí; así me alegré cuando en junio, después de la acción de la Zona Rosa estuvieron sacando en los periódicos y en la televisión mi retrato, junto al de Ungo, Zamora y Facundo. Entonces decían que la “organización del terror” quedaba al descubierto, vinculando el movimiento popular con la guerrilla. Para mí era un orgullo que me trataran así. Igual me sentía cuando sacaban fotos en los periódicos y se contrastaba mi conducta con la de aquellos que colaboraban con el enemigo. O cuando los oligarcas pedían que se me hiciera juicio militar. Para mí es importante que ellos no me quieran. Realmente nunca pensé que mi condición de revolucionaria, de guerrillera, se manejaría de esta forma».

Cuando me organicé, siempre creí que iba a ser clandestina y que jamás se publicaría mi nombre. Las cosas han cambiado. En aquel entonces iba a cumplir dieciocho años. Después de mis luchas estudiantiles y de haber participado en organizaciones cristianas, di el salto hacia la organización guerrillera. Durante un tiempo fui aspirante a militante,⁷⁰ pero en 1972, después del cierre de la universidad, me convertí en militante plena de la guerrilla. Bien recuerdo ese octubre, cuando por fin Paquito Montes me habló de mi incorporación total. Simbólicamente me hizo entrega de mi arma a manera de juramentación. Por eso, octubre para mí es importante, es el mes de las decisiones en mi vida.

⁷⁰ Período de iniciación en una organización política.

Cuando entré en 1970 a la universidad, inmediatamente me destacué como representante estudiantil. Participé en el Movimiento Estudiantil Político (MEP). Seguí enseñando a leer y escribir en las zonas marginales como en años anteriores, pero ahora con otra metodología y contenido y bajo la dependencia de Acción Comunitaria de la Alcaldía Municipal. Por mis actividades me fui destacando y con algunos compañeros integramos un grupo para estudiar filosofía. En este grupo estaba Miguel Castellanos. Nos atendía Clara Elizabeth Ramírez.

Antes de cambiar de carrera — porque abandoné Medicina y me pasé a Psicología —, y de formar la Asociación de Estudiantes de Psicología, participaba de una concepción más radical de la lucha. Por eso, junto con otros compas, impulsamos formas de lucha radical como las tomas de los edificios de las facultades de Medicina y de Humanidades. Promovimos huelgas combativas. Esto fue contribuyendo a mi fogueo y a solidificar mi conciencia política. Me cambié de carrera después del cierre del año 1972, pues estudiar Medicina limitaba bastante mi tiempo, y porque además, estaba trabajando. Los compromisos políticos eran cada vez mayores. Quería ser psiquiatra y por eso estudié Medicina. Pensaba que con la Psicología podía compensar un poco mis aspiraciones sociales.

Me había especializado en trabajos manuales de floristería. Hacía arreglos florales y decoraba altares de iglesias, salones de recepción, banquetes y otras cosas. Todos los arreglos eran naturales, pero también logré hacer arreglos artificiales, usando desde migajón de pan hasta hojas de maíz. Este trabajo me ayudó a sobrevivir. Pude establecer un fondo financiero para nuestro trabajo político, con la ventaja de que no me quitaba mucho tiempo. Mi especialización llegó a tal punto que fui maestra de decoración y tuve varias floristerías. Cuando más trabajo tenía era durante fin de año, porque había que hacer muchos arreglos navideños.

Esta actividad me permitió relacionarme con muchas personas de variados sectores sociales. Las relaciones que tenía gracias al trabajo de mi madre también se expandieron. Ella tenía un negocio para montar recepciones, lo cual comprendía decoraciones, cristalería, comidas, etc. Había diferentes alternativas: lujo, mediana y económica. La diversidad de clientes era amplia, desde gente que trabajaba en organismos estatales y militares, en empresas, con diferentes cargos y ocupaciones, hasta amas de casa. Además, mi madre pertenecía a diversas organizaciones femeninas que luchaban dentro del marco legal. La que más se destacaba era la Liga Femenina, la cual logró el derecho al voto de la mujer. Todo este tipo de relaciones me permitía el acceso a diversos lugares y también me ponía en situación difícil, pues varias veces me vieron en lugares no acordes con mi condición, relacionándome con personas que nada tenían que ver, aparentemente, con ella. Pero el ingenio y los criterios de conspiración me permitían enfrentar favorablemente las dificultades. Aunque algunas temporadas vivía fuera de mi casa o frecuentaba un lugar de la alta burguesía y luego otro popular, siempre adecuaba mi vestimenta y mi apariencia a las condiciones. O combinaba el trabajo de la ciudad con el del monte. Nunca se me presentó una situación que pusiera en serios aprietos mi trabajo.

Prácticamente pude vivir y desenvolverme con facilidad, aunque sin bajar la guardia. Los momentos más difíciles se dieron cuando capturaron a compañeros que podían saber algo de mí. Por eso cuando se me encomendó la misión de asistir al primer diálogo con el Gobierno me alegré, pero no fue fácil asimilarlo. Me paseaba de un extremo a otro de la choza, pensando que hasta ese momento mi actividad política había sido desconocida en el medio social legal en el cual me había desenvuelto y que a partir de esta misión no podría regresar fácilmente a él.

En 1971 y 1972, casi todas mis tareas consistieron en fortalecer mi disciplina. Hice pruebas de cómo comportarme en el medio

conspirativo tales como el chequeo y el contrachequeo, prácticas de tiro, reconocimiento de zonas, así como discusiones, principalmente sobre la obra revolucionaria de Lenin y el Che. En esta época, me dieron mi primer arma. Cuando la vi, quizá la observé demasiado, tanto que mi responsable me dijo:

—No la mirés así. A mí tampoco me gusta. Es una necesidad.

—Sí, no hay otra alternativa —le respondí, mientras tomaba el arma.

Luego, las tareas adquirieron envergadura. En el aspecto militar, algunas acciones de recuperación de armas cortas. En el área política, pasar a máquina estenciles del periódico *Por la causa proletaria* y captar colaboradores.

En 1973 participé en actividades más complejas.

En mi desarrollo ideológico-político, cuando me incorporé a la guerrilla, también jugaron un papel muy importante mis amistades. La mayoría eran revolucionarias o personas con las que tenía algunas afinidades. Mi amistad con Virginia Peña, quien después fue la comandante «Susana», fue muy determinante. Coincidíamos en muchas cosas. Ella era tres meses mayor que yo, nació un 8 de agosto. Había entrado un año antes a la universidad. Nos conocíamos desde pequeñas, aunque pasamos años sin vernos. Esta amistad que creció y se desarrolló en los primeros cinco años del 70, perduró para siempre. Susana era una mujer de exquisita sensibilidad. Ella se expresó también en el arte. Tocaba la guitarra folklórica y clásica y cantaba al estilo de la Mercedes Sosa y Violeta Parra. Tenía una voz de contralto muy educada. Fue fundadora de uno de los primeros grupos musicales de protesta, el «Majucutá». A mí me hizo una canción. Muchas de las que a veces canto, fueron compuestas por ella:

Pelea, hombre, pelea,
porque la vida te espera

puede que en la mañana
el sol esté en tu ventana...

Con ella estudié marxismo y otros temas. Tenía una gran capacidad de análisis. Discutimos de todo. Algunas veces ella dormía en mi casa; sin embargo, nunca me dijo que estaba organizada, ni yo tampoco. Pero ambas sabíamos que estábamos en la guerrilla. En 1975 dejé de verla. Pese a que éramos las mejores amigas, se antepuso el interés político y el costo fue la separación. Estábamos en el período de mayor lucha ideológica y política, de mayor dispersión organizativa. En ese momento, ella ya engrosaba las filas de las Fuerzas Populares de Liberación y yo las del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos. Fue impactante la despedida. Fuimos a almorzar a un *Mc Donald's*. Conversamos durante más de cuatro horas; ella, como de costumbre, llevaba la guitarra: estuvimos cantando, y al final nos dijimos: «Bueno, lo siento, no podemos seguir viéndonos. Eres mi gran amiga y mi hermana, pero discrepamos políticamente y por ahora no es posible seguir viéndonos. Hasta siempre. Venceremos».

No la volví a ver hasta mayo de 1984 en Chalatenango. Habían pasado más de diez años. La unidad estaba avanzando. Eso permitió la revitalización de nuestra amistad. En 1981 supe que su organización la había designado responsable del frente de Guazapa.

En 1975 participé en la fundación del PRTC y desde entonces he venido asumiendo tareas de dirección. En enero de 1983 se realizó el Tercer Congreso del Partido, en donde fui reelegida al organismo de dirección. En este caso, al Comité Central y a la comisión política. Dado mi trabajo político-militar me dieron formalmente el grado de comandante.

Todo esto se dice fácil. Pero ser un guerrillero no lo es. No importa el nivel o cargo que se tenga, las situaciones se afrontan con la misma actitud. Se tiene conciencia de que se puede dar más

de lo que en un momento dado se da. Para mí la lucha ha sido la realización de mi vida. Esta no tiene sentido fuera de ella. Toda mi personalidad, mis aspiraciones individuales y mis pensamientos fundamentales están estrechamente vinculados a ella. He tratado de combinar también otros aspectos de mi vida. Una mujer es un ser integral. En mi interior siempre ha habido una permanente revolución; la misma cárcel produjo en mí una revolución.

Cuando tuve que ir al combate o cuando tuve que enfrentar situaciones complicadas y tan comunes a la vez para quienes estamos en la lucha, el propio instinto animal de la conservación surgía y, aunque he tenido que enfrentar a muerte al enemigo, el amor era siempre el objetivo. Son infinitos los momentos de tensión y de emociones indescriptibles, de sentir intensamente cada latido y oír los suspiros como la primera vez que disparé.

La mayoría de las cartas que escribí en la cárcel las terminé así: «Mi vida es luchar por la libertad; si no lucho por ella, muero de pena».

49

Tocaron la diana. Trotaron sobre mi cabeza. A media mañana vino Bottari a decirme molesto:

—Hoy sí se va, Nidia. Ya me esperaba que esto sucediera. Yo no podía creer que sus compañeros la dejaran a un lado.

—Yo no me voy. Si ha sido el FMLN, hay otra gente más importante capturada.

—No, pero usted se va a ir. Toda la gente lo dice.

—Pues, que lo digan.

—Me he enterado de que se oponen a su traslado a Ilopango.

—Claro, es la debilidad del Alto Mando que lo lleva a actuar así.

Me sonreí del comentario de la radio sobre Schultz, quien había dicho que el FMLN era inmoral. El Consejo Permanente de la OEA pidió la libertad de Inés. «¿Cómo pueden estos hablar de moralidad o no? No tienen solvencia».

Llamé al detective para decirle:

—¿Quieres que te cante el himno del FMLN?

—Sí —dice con mucho machismo.

Lo miré a los ojos, me puse firme y le ordené:

—Hay que ponerse firmes.

El FMLN

vanguardia de un pueblo que lucha

será el que nos guiará

a la victoria final

Hermanos unidos para combatir

avancemos a la revolución...

Los reos se levantaron y salieron a las rejas a escucharme. Él me miró a los ojos, de frente, como desafiándome. Canté todo el himno.

«Acostada, observo nuevamente mis cuadros. Los tengo ahora pegados muy cerca de la cama, para verlos y gozarlos solo yo. He vuelto a pegarlos. Ahí está la mariposa, está la bailarina, la mujer con sombrero a caballo, que hoy me recuerda más que nunca a Arlen Siu Guazapa. Está Jessy Jackson rompiendo unas cadenas. Él es un símbolo de rebeldía. Los niños cantando en coro, recordaban a mi hijo. Tengo un cuadro con unos paisajes en forma de laberintos: presentan la dialéctica. Una movilización española de protesta quemando la bandera de Estados Unidos. Los pájaros y el mar. La belleza de la naturaleza plasmada en los cuadros, en las fotografías». Una voz rompió mi ensimismamiento.

—Nidia, ¿tenés limón?

A veces tenía limones, ajos y miel. Cuando tenía les daba a los otros detenidos. Como me pedían «dulcitas» casi todas las tardes buscaba la forma de mandar a comprar bolsas de dulces, pan, azúcar, cigarros, y los compartía con todos. Les prestaba o regalaba ropa. Se acostumbraron a esto, aunque por breve tiempo. Yo les quería dar más, pero eran demasiados; compartía un poquito con cada uno. Ellos lo entendían. Una vez uno se equivocó y me dijo que yo tenía el privilegio de mandar a comprar y de tener dinero. Me indigné y le dije que era un derecho conquistado por el COPPEs y que si él era remitido a Mariona, lo iba a entender porque allí había una tienda, y que el dinero y las demás cosas me las enviaba mi familia.

Un martes en la tarde, mientras conversaba como de costumbre con el abogado que me había puesto Tutela Legal, el doctor Roberto Girón, se comenzaron a escuchar unos gritos y golpes en la sala de interrogatorios. Al abogado se le pararon los pelos, tenía los ojos desorbitados.

—¡Esto es horrible! —exclama.

—Bueno, imagínese, pero ¿qué vamos a hacer? El Ministerio de Defensa tiene mi caso y son intransigentes. Puedo resistir todo el tiempo que sea necesario aquí. Pero lo que están haciendo conmigo es arbitrario e injusto. Por eso reclamo y no salgo al sol. No crea que me estoy muriendo. Es doloroso ver esto de cerca.

—Es que es horrible, Nidia —insistió.

50

La reflexión tocaba en la noche. Antes, en el monte, venía a cualquier hora. No sabía exactamente qué es lo que estaba pasando afuera. «Debo prepararme, no para salir, sino para pasar más tiempo en esta cárcel, incluso por tiempo indefinido. No debo abrigar esperanzas que puedan golpearme después. No sé cuánto tiempo más voy a estar aquí. No debo ni siquiera pensar en la posibilidad de una liberación, porque si falla la negociación se convertirá en una tortura. Tengo que prepararme para peores condiciones, para cualquier contingencia, para mi próximo paso, la huelga de hambre. Llevo ya 182 días prisionera». El día anterior se reunieron Monseñor Rivera y Damas y el padre Ignacio Ellacuría en el cantón Aguacayo, jurisdicción de Suchitoto, con los comandantes del FMLN Facundo, Lucio, Rogelio, Eduardo y Armijo. Monseñor entregó una contrapropuesta de Duarte. El FMLN, hasta el último momento, insistió en el canje simultáneo de Inés Duarte por los reos políticos, y los alcaldes retenidos por la salida de los combatientes guerrilleros lisiados al exterior.

Duarte se empeñaba en que dejáramos libre a su hija y retrasar la salida de los combatientes lisiados para una fecha próxima. El Alto Mando, la embajada norteamericana e incluso el general Galvin, jefe del Comando Sur de Panamá, se oponían tercamente a la salida de los lisiados.

Esa noche me puse a cantar en las rejas. Se acercó un detective que me preguntó:

—Nidia, ¿qué vas a hacer cuando me encuentres en la calle?

—¿Por qué?

—Porque vos te vas a ir de aquí pronto.

—¿Te alegrás o te entristecés?

—Nidia, realmente no nos gusta verla aquí. Está bueno que te vayás. Usted no merece esto. ¿Qué vamos a hacer?

Había que oírlo para creerlo. Había que estar ahí para presenciar la escena. De repente, entró Bottari.

—Yo creí que ya no la iba a encontrar. Ya pronto se va a ir. Usted es la primera que se va a ir.

Más tarde pasó un subsargento:

—Nidia, aquí está el libro que me prestó.

Y me devolvió *Cien años de soledad*.

—Aprendí mucho.

Me entregó un papelito y se fue. Al abrirlo no podía creer lo que veía:

Marta o Nidia, hay algo que de ti no olvidaré. Algo que me ha impresionado, pues te di a conocer mis miserias, pobreza, odios, disgustos, lamentos; pues tú no quieres escucharme.

Por último, tu fuerza está en tu corazón, no en tu pensamiento.

Últimamente habían estado pasando muchos agentes y detectives.

Venían muy rápido. La mayoría me miraba con odio, otros solo venían a observarme de lejos, porque no los dejaban permanecer ni pasar por aquí. Sabían que me iba y como no salía al sol, ya no me podían ver en el patio. Me sentí muy rara, muy extraña. El papelito me desconcertó. El personal administrativo también pasaba por aquí. Los de la enfermería venían a cada rato. Todos creían que ya no me iban a encontrar, que cualquier día me les iba. Creo que tenían sentimientos encontrados, a algunos les daba lástima, otros lamentaban verme viva.

Un detenido me quería regalar una gorra militar. Me explicó que se la habían regalado los reos comunes. Pero le dije que no podía aceptarla, pues el equipo militar solo lo podía usar si había sido recuperado por nuestras fuerzas o bajo otras circunstancias; que los militares de aquí también me habían ofrecido, pero lo había rechazado.

El 18 de octubre por la tarde vinieron el juez de Primera Instancia, Jorge Serrano, y el fiscal. Con ellos vino el abogado de Tutela Legal. Estaban asustados por la última carta que les había enviado. El texto de la carta era el siguiente:

Policía Nacional, 24 de septiembre de 1985
Dr. Jorge Serrano
Juez de Primera Instancia Militar

En los días 24 de julio y 11 de agosto del presente año, Ud. me informó verbalmente y en presencia del Dr. Roberto Girón, que ya había autorizado mi traslado (pues la ley así lo indicaba) y que en ese momento se encontraba coordinándolo con el Ministerio de Defensa. Han pasado sesenta y tres días y hasta ahora no se concretiza nada al respecto.

El 4 de mayo, el juez primero de Instrucción Militar, Cnel. Melara Vaquero, me mostró por escrito la notificación referente a que mientras se me trasladaba al Penal yo quedaría en la Policía Nacional en calidad de depósito. Considero que Ud. debe notificarme por escrito su autorización de trasladarme a Ilopango, esto es importante para tener constancia histórico-jurídica de tal decisión. Así también es importante se me notifiquen los argumentos o trabas que se presentan por otras personas para no permitir que mi traslado se dé.

En repudio a esa arbitrariedad me veo obligada, nuevamente, a tomar medidas: ya anteriormente rechacé la «comida especial» que se me daba, ahora rechazaré la hora de sol que diariamente y con justo derecho se me da.

Sin más por el momento,

M. Valladares M. de Lemus

—Nidia, hoy llegaron cuatro juristas norteamericanos, están interesados en su caso, y en su traslado al penal de Ilopango. Estoy haciendo lo humanamente posible. Su caso ha sido discutido con

el Estado Mayor. Les he enseñado su carta, pero su situación ha sido discutida junto con la de los otros casos que van a salir en unas horas.

—Lo que yo le pedí en mi carta es que usted dejara constancia histórico-jurídica de que hizo gestiones o aprobó mi traslado a Ilopango y que otros se opusieron.

—Nidia, usted no irá a tomar represalias contra mí, pero yo no puedo escribir eso. Imagínese, me costaría el empleo u otra cosa peor.

—Usted tiene miedo. Actúan así, por eso no creo en ustedes, ni en sus leyes, ni mucho menos en su constitución política. El sistema judicial está viciado. Por mí no se preocupe, que yo agotaré hasta el último recurso para conseguir mi traslado. Lo que deberían hacer es ver cómo viabilizan los juicios o los sobreseimientos a los más de 600 presos políticos.

—Mire, Nidia, yo me he reunido con el ministro de Defensa, con López Nuila, con Samayoa, con Guerrero, para ver su caso. Hasta he hablado por teléfono con el ingeniero Duarte. No sé por qué razones, pero no admiten su traslado a Ilopango. Nidia, tenga paciencia, eso piden ellos, pues ya va a salir de aquí. ¿No ve que en otro lado puede ser blanco de la derecha?

—¿Tiene miedo? Yo no tengo miedo. No es por eso que no me envían ahí, sino por medidas políticas.

Estaba aterrorizado. Siempre se ponía así. En el mes de julio, cuando me vino a pedir la declaración, acompañado del fiscal militar, los secretarios y los abogados de Tutela Legal, estaba nervioso.

—Hoy es el día en que tiene que declarar. Yo aquí tengo el acta extrajudicial.

—Me niego a declarar. Un prisionero de guerra no declara. Si ustedes tienen problemas, voy a firmar una nota en donde los absuelvo de toda responsabilidad. Tome nota. Voy a dictarle.

51

Dejo constancia de por qué no quiero declarar ni firmar. En primer lugar, estoy consciente del papel que cada uno de ustedes juega y por qué están aquí. No firmé el acta extrajudicial porque no creo en sus trámites jurídicos, en sus leyes, y porque no estoy de acuerdo con lo que está planteado ahí. No declararé ante el juez militar porque no creo en la actual constitución política ni en los códigos militares y penales, ni en sus decretos ni en sus leyes. Lo excluyo de toda responsabilidad por no declarar yo, ya que ustedes no me han dicho absolutamente nada ni en pro ni en contra.

La leyeron y la firmé. Todos estaban en silencio, ellos estaban de pie. El doctor Serrano, pequeño de estatura, se balanceaba y me observaba.

—No se extrañen. Lo que pasa es normal. No firmo ni declaro porque no voy a aceptar sus argumentos ni sus acusaciones, sus manipulaciones, tergiversaciones y calumnias. La verdad de mi vida, del origen y desarrollo de mi trayectoria revolucionaria, de mi participación en la lucha, se sabrá, pero a su debido tiempo, y mi pueblo lo sabrá apreciar en su magnitud. Sobran los testigos de nuestra vida, pero por el momento son seres anónimos que se mueven en ciudades, en los frentes de guerra, que guardan prisión en las cárceles o los que con su sangre bañaron nuestra historia. Sin mentiras ni inventos, se sabrá. Pero no ahora, no en estas circunstancias. La dará a conocer quien debe: mi pueblo y su vanguardia.

Hoy su «justicia» me puede juzgar. ¿Me juzgarán los que violan los derechos humanos, sociales y políticos, los que pisotean la soberanía? Sí, señores: quieren juzgarme los cómplices de vender a nuestro país. A mí, ¿pretenden juzgarme los injustos? Pues no, a mí la justicia de mi pueblo ya me absolvió y soy libre. Ustedes pueden proceder cuando lo crean necesario.

Y ahora, tres meses después, tenían la misma expresión de susto:

—Nidia, tenemos cantidad de casos pendientes de resolver.

En mi escritorio tengo dos tramos, uno que es de reos militares y otros de reos políticos. Son cientos, y solo puedo resolver de uno a cinco casos mensuales, para que los juzguen o les den sobreseimiento.

—¿Cuáles son los reos militares? —le pregunto intrigada.

—Los militares que se insubordinan o cometen faltas. Hay gran cantidad de ellos en las cárceles.

Hablamos casi dos horas. Esta clase de funcionarios está maniatado y atrapado en una maquinaria que le impide actuar de acuerdo con el papel asignado teóricamente por sus propias leyes.

En las negociaciones sobre la hija del presidente, el Ejército no se benefició directamente, tal como ocurrió a finales del año pasado, cuando a cambio de permitir la evacuación de sesenta lisiados y heridos, obtuvo el retorno a sus filas de ocho oficiales, incluyendo al mayor Medina Garay, prisioneros de guerra del FMLN. Los beneficios directos de este canje, de carácter personal, eran para Duarte. El presidente tuvo que hacer concesiones económicas y políticas. Se comprometió con los militares a conseguir más ayuda de Estados Unidos.

Antes de la acción del FMLN, el presidente y el PDC tenían muy poco poder real. Ahora, a medida que pasaban los días, tenían menos. Estados Unidos tenía una posición contradictoria, por un lado, se oponía a negociar, pero por otro lado, debía rescatar la imagen de Duarte. Este se comprometió entonces a impulsar la línea de contrainsurgencia con más ahínco.

Para nosotros, los resultados políticos y humanos eran beneficiosos. La lucha por la libertad de los presos políticos y por el saneamiento de la justicia salía fortalecida. Las madres de nuestros hermanos desaparecidos estarían menos solas, pues el mundo entero se había unido a ellas para denunciar un régimen

que usaba falsos ropajes. La lucha por los derechos individuales y sociales había quedado vigorizada y la represión contra el movimiento sindical y de masas puesta en evidencia.

Pensé en las angustias de mi madre. Ahora una esperanza se abría ante sus ojos.

52

Entre dormida y despierta me daba vuelta y vuelta, pero no me dormía. Me levanté y empecé a ordenar los libros y la ropa. Me puse a caminar en la celda. No estaba segura de que saldría. Todo el mundo decía que tal vez, otros lo aseguraban. La radio hablaba de negociaciones exitosas en Panamá.

Como a las once de la noche comencé a oír un interrogatorio violento, golpes, gritos altaneros, burlas, quejidos. No lo soporté y comencé a sacudir la reja; grité fuera de control:

—¡Cállense, cállense! ¿Quién es el que manda aquí, Revelo o ustedes? ¡Revelo ha dicho a la Iglesia que se ha prohibido hacer interrogatorio ahí! ¡Cállense!

Continué sacudiendo las rejas y gritando que violaban los derechos humanos y que cómo golpeaban a la gente indefensa. Me respondieron:

—No somos nosotros, Nidia, aquí no se está torturando. Son los reos que están haciendo bulla.

Empezaron a mover sillas y a golpear puertas. El detective me decía que no gritara, que no me alterara. Yo le respondí que le corría horchata por las venas, pero que a mí me corría sangre. Los detenidos de las otras celdas también comenzaron a sacudir las rejas y preguntaban a gritos que qué me estaban haciendo, que el Gobierno de Duarte violaba los derechos humanos.

Estamos dominados por los cerdos disfrazados
con armas y garrotes para poder asustar.
Izquier... dos... tres... cuatro
No son cerditos simples, hasta saben pensar...

Los detenidos continuaban gritando:

—¡Demagogos!... ¡Hijos de puta!

...y así nos dan estudio,
les gusta vernos jugar.
Izquier...dos...
no son cerditos simples...

Los interrogadores golpearon la puerta. De adentro se les oyó, en respuesta a mi canto:

Allá Cerros de San Pedro
la mujer de un sargento cayó...

Luego reinó el silencio, pero a los quince minutos comenzó nuevamente el interrogatorio. Esta vez más violento. Me taponeé los oídos con algodones y así transcurrieron las horas, hasta que me puse el vestido blanco que me regalaron las compas de COPPES.

Más tarde, le escribí a Revelo una carta, denunciando los interrogatorios de la celda vecina.

Policía Nacional, 21 de octubre de 1985
Coronel Rodolfo Antonio Revelo
Director general Policía Nacional

Le saludo. De acuerdo a lo que pareció una decisión de Uds. de ya no hacer interrogatorios pegado a la celda No. 20 (donde yo guardo prisión), me basaré para informarle que durante agosto, septiembre y lo que va de octubre, si bien es cierto ya

no escucho todos los días interrogatorios, he escuchado alrededor de 12 interrogatorios (fuera de los que se dan estando yo ya dormida). A medianoche de ayer (casi hoy en la madrugada) se dio el último, yo me enojé y les grité que «eso» estaba prohibido, etc.; pero ellos como si nada continuaron su interrogatorio con todo lo que ello implica.

Por otro lado, le pido me envíe el libro *La muerte de Artemio Cruz*.

Sin más por el momento,

Nidia Díaz

Peter, quien escribía artículos en Estados Unidos sobre la actividad de la Cruz Roja, llegó a tomarme casi un rollo de fotos detrás de las rejas. Llegó acompañado del delegado del CICR. Lo volví a ver en la residencia del embajador de Panamá el día que me liberaron.

Aparecieron por segunda vez unos de migración. La noche anterior habían venido a tomarme datos. Ahora traían mi pasaporte para que lo firmara, pasaporte que no me dieron nunca.

Mientras me bañaba recordé que hacía un año le dimos un gran golpe al corazón del enemigo al bajarnos al coronel Monterrosa. Se desarrollaba un operativo en oriente, en Morazán, el «Torola». El comandante del operativo era el jefe de las fuerzas de oriente, el coronel Domingo Monterrosa, primer táctico de la contra insurgencia en El Salvador y responsable de las masacres de El Mozote, Sumpul, Calabozo, y Aguacayo, cuando dirigía el batallón Atlacatl. Convocó a la prensa nacional y extranjera para anunciar que había destruido Radio Venceremos. Después de dar declaraciones en Joateca, se trasladó en un helicóptero con otros jefes, Herson Calito y el mayor José Armando Azmitia. Cuando el helicóptero alzó vuelo, fue alcanzado por el fuego de nuestras uni-

dades antiaéreas y se vino en picada. Así, nuestro pueblo vengó a sus muertos.

A media mañana llegó el delegado de la Cruz Roja Internacional y me informó que al día siguiente se iban a concretar las negociaciones de Panamá, iba a ser puesta en libertad. Me presentó un documento para que lo firmara, aceptando ser entregada por ellos en territorio salvadoreño. Lo leí detenidamente y firmé sin vacilar ni un instante. Le pedí que me trajeran botas y dos mochilas, una para los libros y otros materiales de trabajo que logré acumular, y la otra para la ropa que tenía.

53

La emoción me recorría todo el cuerpo. Empecé a preparar las cosas. Iba para el frente, no me importaba cuál, iba a volver a ver a los compañeros, los montes, las flores, los ríos, las mariposas. Ese cielo azul o nublado que me fascinaba, sobre todo con sus lunas y estrellas, ese lucero que yo llamaba José Alejandro. Tenía un nudo tremendo en la garganta, de alegría, de triunfo, de lejanía. Tal vez no volvería a ver en mucho tiempo a José Alejandro, a mi niño, pues mis heridas no me iban a permitir salir otra vez al exterior tan fácilmente.

«¿Cuándo lo volveré a ver? Ya tengo dos años y dos meses de no verlo. Pero, ¿cuánta gente no vuelve a ver a sus hijos? ¿Cuántos niños huérfanos han dejado los asesinos? ¿Cuántas láminas de tiempo se han deslizado en esas vidas inocentes dejando cicatrices imborrables?»

Me reuniría con los camaradas. Recordé los versos que escribí:

Camaradas del monte y la ciudad
los extraño como a mi piel y mis alas

ustedes me dieron esta fortaleza y moral,
que no me dobla nadie.
Ustedes con los que compartí la mariposa
y la flor,
el río y la montaña
el libro y el fusil
la calle y el sindicato
el pájaro y la iguana.
Pero, sobre todo, su cariño para todos,
para mí.
Su solidaridad
uno, cinco, cuarenta y tres, ciento quince,
doscientos uno, trescientos quince, cuatrocientos
cincuenta
cinco... No sé,
son muchos los intérpretes de esta
historia cautiva,
los que desfilan con sus rostros tristes,
compartiendo conmigo nuestro dolor
los barrotes, la humedad
cuántas veces hemos visto tras el muro
el mundo que forjamos,
deseando romper las cadenas,
añorando ser mejores partícipes
del presente junto a ustedes.
Presintiendo el futuro no lejano
entre cuatro paredes silenciosas,
aquí están ustedes,
compartiendo yo con ustedes
ustedes conmigo,
la belleza natural,
el canto, la victoria,

la bondadosa y solidaria mano
 del pueblo,
 estrechando el recuerdo
 apretando el fusil,
 llorando la reja,
 y a veces soñando besar al amado
 y amamantar al hijo.

Iba a volver a ver a los compañeros. Revisé los objetos, viendo qué podía regalarle a tanto detenido. Todos me pedían un recuerdo. Hasta los celderos y los detectives querían que les dejara algo. A los presos les había regalado toallas, calcetas, camisetas y lápices. Siempre que podía les daba vestidos a las mujeres y hasta las prendas más íntimas, pues a las pobres les venía la menstruación del susto. Entonces me las ingeniaba para hacerles llegar las toallas sanitarias, pues se las negaban para humillarlas.

Mis pensamientos fueron interrumpidos violentamente por gritos. Eran los interrogadores, los de siempre, estaban jodiendo. El interrogatorio se iba haciendo más violento. Durante toda la noche y durante toda la madrugada oí voces. La proximidad de mi liberación tampoco me dejaba cerrar los ojos. Pensé en todo y en lo que dejaba tras estos barrotes y este muro, en los desaparecidos que se perpetuaron en el eco y de quienes nunca supimos su paradero.

54

Oí la diana y los trotes. Era la última vez que los oiría. Observé detenidamente la celda: conté, como lo había hecho miles de veces, los ladrillos, los treinta y dos barrotes. Ahí estaba mi firma, se quedaba en el silencio como tantas otras. El agua fría recorrió mi

cuerpo, deleitándome. Observé cada gota. De ahora en adelante ya no caerían sobre mi piel gotas prisioneras.

—Buenos días, Nidia. Hoy se va —dice Revelo.

Me sorprendió, pues era muy temprano y hacía más de un mes que no se asomaba. Acostumbraba pasar una o dos veces por semana, saludando y preguntando cómo me trataban y cómo estaba, pero desde que capturamos a Inés Duarte no había vuelto. Ahí estaba, muy impecable con su uniforme.

—¿Ya arregló sus cosas?

—Sí, ya están arregladas.

—Bueno, tiene que estar lista. ¡Ah!, no le he devuelto el libro que me prestó.

Era *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes. Había pensado pedirselo. Es más, se lo había mandado a pedir en una nota, pero lo pensé mejor, el libro le daría una lección sobre valores humanos, o al menos lo haría reflexionar:

—Quédese con él, enséñeselo a los otros oficiales.

Toda la gente estaba ajolotada.⁷¹ Los detectives querían estar en el turno en el cual me marcharía. Hasta Bottari había llegado a despedirse un día antes. Yo estaba nerviosa. Traté de calmarme un poco.

No cabía duda, la tensión era grande. Entraron las dos enfermeras, más humanas conmigo. Estaban llorando. ¿Cómo era posible?

—Se va, Nidia. Nos alegramos por su felicidad.

Apareció Kurt con dos valijas.

—Pero no les pedí valijas, yo pedí un par de mochilas. ¿Cómo voy a ir con estas valijas al monte? ¿Y las botas?

—Las cosas han cambiado. Usted ya no va para el monte, va para afuera.

⁷¹ Ajolotada: inquieta, nerviosa, apurada, intranquila, con mucho trabajo.

—¿Para afuera?

Y de nuevo la violencia se apoderó de mi mente. Me había preparado una noche antes para irme al frente. ¿Y ahora? Ahora resultaba que iba al extranjero.

—¿Y para dónde voy?

—¡No sabemos!

—Entonces tengo que dejar todos los libros y las otras cosas para el COPPES. Espere un momento, voy a arreglar todo lo que voy a entregarle. Solo me llevaré esta otra mudada.

—Ya tenemos que ir abajo —dice Kurt.

Afuera de la celda estaban un fotógrafo y dos oficiales. Estaba López Dávila. Iban caminando a la par mía.

—¡Adiós, Nidia! ¡Adiós, Nidia! —me gritan los detenidos quienes se habían volcado a las rejas para despedirme.

Yo les iba dando la mano a uno por uno. Alguna lágrima rodó de sus ojos. Estaba a punto de llorar, pero me contuve.

—Seguimos con ustedes. No los olvidaremos ¡Hasta siempre!
—les digo.

Mientras bajaba, el tipo tomaba fotos a cada paso que daba. Los celderos, los constructores, los administradores, hasta los reos comunes, hicieron una valla despidiéndome:

—¡Adiós, Nidia!

—Llevás una gran sonrisa, de oreja a oreja —dice López Dávila.

—Sí, estoy feliz. Imagínese lo que es esto.

Nos dirigimos a la oficina de Serpas. Allí, en medio de muchas cámaras, había otra gente, personal diplomático de Panamá, México, España; María Julia, del arzobispado; Kurt Zeller. Pero, en medio de todos, brillaban los ojos de Graciela. Me abrazó. «¡Qué reencuentro! ¡Qué forma tan suya de ser mi hermana! ¡Cuántos años sin verla! Si supiera cómo me ha ayudado el ejemplo que me dio su conducta en la cárcel».

López Dávila leyó el acta de liberación. «¿Por qué no la leyó Revelo o Serpas?» Tenía que ser el jefe de inteligencia. Firmé el acta a las 9:30 de la mañana. Fue un momento grandísimo en mi vida.

55

Al salir al pasillo, formando media luna, estaban los oficiales, esperando a los diplomáticos para despedirse. Fue inevitable, les di la mano a todos ellos. Cuando Revelo estrechó mi mano, no pudo evitar sus emociones y me dio un abrazo, diciendo: «le deseo suerte». Bruscamente, Graciela me dijo:

—¿Por qué permites que te abrace ese?

—Déjalo, a mí no me quita nada —le respondí.

Para asombro de todos, en el parqueo, con la voz combativa que la caracteriza, la Graciela comenzó a gritar:

—¡Viva la comandancia general!

—¡Que viva! —respondo yo.

—¡Viva la liberación de la comandante Nidia Díaz!

—¡Que viva!

Las sorpresas no habían terminado: tuve que subirme a un camión blindado, parecido a los de las instituciones bancarias. Recorrí todo el recinto con mi vista, toda la parte exterior del cuartel de la Policía Nacional. Ahí quedaba mi pesadilla.

El vehículo salió de la Policía Nacional. Nuevamente vi las calles de San Salvador. «¡Qué experiencia! Soy un pájaro que tuvo dormidas sus alas. Rosa Elena va a la par mía, sus ojos rasgados destellan alegría. Hablamos sobre mil cosas, nos enseñábamos cosas». María Julia y el representante panameño, Didio Sosa, nos observaban. La situación era estremecedora.

El vehículo recorrió las calles de Mejicanos, lodosas y pedregosas. Nos dirijimos a la cárcel de Mariona. Allí debíamos

concentrarnos los veintidós presos políticos liberados para ser entregados al cuerpo diplomático, a la Cruz Roja Internacional, la Iglesia y al rector de la Universidad Centroamericana (UCA), Ignacio Ellacuría. Afuera había cientos de periodistas. Era día de visita, por tanto, los familiares de los presos estaban ahí también, pero no los dejaban entrar. Me llevaron a un cuarto donde había periodistas de la radio y la televisión gubernamentales.

Todos los compañeros que íbamos a ser liberados entramos de dos en dos. Nos abrazamos. Lágrimas y saludos. Nunca pensé que nos quisiéramos tanto. A algunos de ellos nunca los había visto, pero los conocía. Me regalaron un cincho —el mismo que no me habían podido entregar antes—, una pulsera y un anillo que me habían hecho en la cárcel.

Julio Samayoa, ministro de Justicia, y Rodolfo Castillo Claramount, vicepresidente de la república, me pidieron firmar, pues era libre. Solo faltaba mi firma. En ese momento, el comandante Hugo, utilizando los aparatos de comunicación del CICR avisó al frente que todos estábamos listos y en libertad. Los compas se concentraron en el parqueo. Allí los esperaba un camión con las siglas de la Cruz Roja. Con ellos se irían los diplomáticos, los representantes de la Iglesia y los otros delegados. En la entrega e intercambio de prisioneros participaron más de quince países y organizaciones internacionales.

Antes de salir de la oficina se acercó un joven con una foto en la cual aparecía él junto a un directivo del COPPES, debajo de una bandera del FMLN. Me pidió que le pusiera una dedicatoria y que se la firmara. Pensé que sería algún compa, pero resulta que era de la jefatura del penal. Me molestó, pero ya era tarde. No lo volví a ver, se escabulló. Quizá buscaba tener asegurado su futuro.

No sé en qué momento me dieron un micrófono y empecé a hablar: —Pueblo salvadoreño: gracias por tu confianza y tu lucha. Estoy feliz por esta victoria. Estoy triste porque quedan aún

compañeros cuyo paradero está sin esclarecer. Recuerden que hay desaparecidos, y muertos de la población civil. Los asesinos andan impunes. Quedan más de 600 presos políticos. Hay que continuar la lucha para que toda esta gente sea liberada...

También a la funcionaria demócrata-cristiana Inés Duarte, los compas en el monte le dieron un micrófono:

—...Los del FMLN combaten con convicción y alta moral. Ahora he vivido con ellos, he visto cómo viven, la unidad en ellos, su solidaridad, y he hablado con ellos... Puedo decir que sentí mucho miedo y los muchachos que nos dieron seguridad, nos metieron en una trinchera y es una impresión muy dolorosa... Después de haber vivido con el FMLN, tengo otra visión de la lucha y del ambiente en que se desenvuelve.

Cuando me percaté, Didio Sosa había salido y estaba tomando fotos a los compañeros liberados que subían al camión. Aunque a mí no se me había permitido acompañarlos, salí corriendo y grité:

—¡Que viva la comandancia general! ¡Que viva nuestra liberación! ¡Unidos para combatir... hasta la victoria final!

Ellos me respondieron:

—¡Revolución o muerte, venceremos!

El vehículo había comenzado a marchar. Iban solos, sin custodia. Los compas no aceptaron la maniobra de que atrás fuera un camión de la Primera Brigada. Podía haber un acto de provocación.

En ese instante, en Tenancingo, Inés Duarte era entregada en buenas condiciones físicas a Monseñor Rivera. Luego fue trasladada a Santa Cruz Michapa y de ahí salió en helicóptero al Estado Mayor de la Fuerza Armada.

Por nuestros compañeros esperaban en Tenancingo el comandante Facundo Guardado y el comandante Lucio, el CICR, Monseñor Rivera y Damas, los embajadores de Francia, Panamá y otros. Simultáneamente se entregaron en doce lugares del territorio, los

veintitrés alcaldes, a cambio de la evacuación de 101 lisiados de guerra. Así concluyó la operación «Basta al terror...».

Subimos al carro de la embajada de Panamá. Didio se despidió de todos. Alrededor estaban el padre Ellacuría, Samayoa, Castillo Claramount y otros. Yo les di la mano y recibí apretones, con exclamaciones de «¡Suerte, Nidia! ¡Cúidese! Que le vaya bien».

56

Pasé todo el día en la residencia del embajador de Panamá, junto a William y Marcelino, presos liberados, quienes también viajarían al exterior por motivos de salud. Almorzamos bien, con muchas alegrías y muchos comentarios. Salimos de la embajada en la noche. Afuera había una serie de reflectores que nos acompañaron hasta llegar al aeropuerto de Comalapa. Ibamos haciendo señales con la «V» de la victoria. Parquearon casi al lado del avión. Muchísimos periodistas me seguían, no me dejaban subir las escalinatas. Preguntaban y preguntaban. No podía responder, pues según los acuerdos de Panamá, no se hablaría con la prensa. Sin embargo, respondí a algunas preguntas:

—Comandante Nidia, ¿qué va a hacer ahora?

—Continuar luchando como hasta ahora y quizá mejor —respondo.

—¿Va a regresar de nuevo?

—Si la comandancia general lo ordena, regreso.

—¿Cuándo va a regresar?

—¡Pronto!

Y así, una tras otra. Ansiosos, me agarraban del brazo. ¿Cómo se siente? ¿Qué piensa del régimen? ¿Cómo ha quedado Duarte?

En el avión había muchos periodistas de Panamá. Las preguntas comenzaron de nuevo, se activaron grabadoras y se disparaban

cámaras. Estaba aturdida y nerviosa. Tenía que ser cuidadosa. Lo intenté, pues no tenía ninguna orientación oficial de la comandancia general para hacer comentarios. Todos querían ser fotografiados conmigo, hasta el camarero. La situación era totalmente nueva. Algo desconocido y que me aturdió. Solo el viajar con los compañeros lisiados de guerra, me dio una gran satisfacción. Venían de todos lados. Su traslado se hizo con dificultades por su estado delicado. El Ejército pretendió bloquear la salida de dos grupos, uno que venía de Chalatenango y otro que venía de Usulután. Así violaron el pacto de Panamá, que establecía no realizar operaciones militares mientras se estuviera efectuando el complicado canje. El Ejército puso emboscadas, nuestras fuerzas de exploración tuvieron que entablar combate, y les causaron tres bajas. Para la Fuerza Armada era un duro golpe. El hecho se concretizó y tuvo que acatarlo.

Los compas iban llegando poco a poco. Venían fatigados. Unos habían llegado caminando por malas carreteras, subiendo y bajando lomas y atravesando ríos crecidos y valles desiertos durante dos días. Habían caminado sin descansar. Algunos casos eran graves. La mayoría no conocía lo que es un avión y jamás estuvo frente al enemigo sin armas o indefenso. Todos llevaban la sonrisa de la victoria y la mirada serena. Los observé desde el asiento delantero. «Desfilan los ángeles mutilados». Ya en vuelo me dieron un micrófono:

—Compañeros, bienvenidos. Hoy es un gran día de victoria político-militar. La operación «Basta al terror, a los desaparecidos, a los torturados y a los asesinados en las cárceles clandestinas», realizada por el FMLN, ha salido victoriosa. Vamos liberados y a curarnos...

Aplaudieron y corearon consignas. Pasamos el vuelo cantando y gritando.

Aterrizamos en el aeropuerto de Panamá. Bajamos del avión cantando el himno del FMLN. Las luces de las cámaras, las preguntas, las declaraciones... no tengo idea de cuántas fueron. Estaba asediada cuando apareció el compañero Mario Aguiñada Carranza, quien me abrazó, me dio la bienvenida y en nombre del FMLN me anunció:

- Hay que alistarse, pues hay que abordar el otro avión.
- ¿Para dónde? —le pregunto.
- Van para Cuba.



57

Así de simple y de sencillo me lo dijo. Sentí que una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo.

—¿Para Cuba? —le pregunto.

No podía creerlo. Nunca antes había estado en Cuba. Cuántos intentos hicimos para ir y siempre había otra tarea que hacer. Ir a Cuba era una de mis grandes aspiraciones, la de todo revolucionario. Me presentaron a un compañero cubano, mulato y alto. Me miró con gran ternura. Abordamos el avión. Los médicos y enfermeras cubanos iban atendiendo los casos más graves. La mirada de Jorge Palencia, miembro de la representación del FMLN en Cuba, la llevaba clavada, lo mismo la del compa cubano. Mi mirada los abarcó a los dos, pero sin pensar en ellos. Iba en otro mundo.

Era otro momento trascendental de mi vida. Miles de hechos se agolpaban en mi mente. Solo estaba viviendo, asimilando todo lo que sucedía, incontenible. Tan intempestivo todo. Tan abrupta mi captura; tan súbita e impensada mi liberación. Todo lo que había sucedido era ya una pesadilla. Todo lo que estaba ocurriendo y lo que quizá iba a ocurrir, un sueño. Como un premio. Cerraba los ojos y entraba en éxtasis.

Casualidad y causalidad se interrelacionaban. No podía haber muerto sin dar la última batalla. No debía morir como un gusano. «¿Y luego? No hay opción, estaba neutralizada y solo quedaba la muerte. Junto a los desaparecidos y caídos. El desaparecimiento como el único destino. La vida se aferraba con todo el amor, el pensamiento, la acción, la lucha, la responsabilidad y la decisión. ¿Y luego? La sobrevivencia. Ciento noventa, ciento noventa largos días. Lucha contra el aislamiento, contra la presión, días de avance, de volverme más sensible. De compartir la sonrisa con los

otros reos, de cuidar hasta los gestos. Controlar la expresión de la cara era un deber. No mostrar debilidad.

»Estaba en las nubes. Hacia la construcción del socialismo. Atrás quedó la burla, y las garras ensangrentadas. Ese 18 de abril, un segundo, un instante, un suspiro y todo hubiera sido el triunfo de la nada y no esta felicidad de volar hacia la victoria. El camino de una bala, desviada o dirigida, y sería historia y presente, memoria de un pueblo. “Compañera Nidia Díaz, ¡Presente!” O quizá unos meses atrás y hubiera caído en el ámbito de los ecos. Mi madre, los familiares, los camaradas, buscando, tocando de puerta en puerta preguntando por mí: “Ella era así”».

58

«Ahora aquí estás libre, lista para seguir luchando, ya no desde el quinto frente de guerra, sino desde donde sea necesario. Cierro los ojos, los aprieto, mis palpitaciones se acrecientan. Pienso que he vivido un siglo de experiencias, que la fantasía y la realidad, que el pasado y el presente se han fundido, que solo cerré los ojos en el frente y acabo de despertar. Que no pasó nada, que no hubo cárcel, que no hubo momento difícil, que siempre estuve aquí o ahí. Que lo único que hice fue transportarme de un atardecer del 18 de abril a este amanecer del 25 de octubre. ¿Y si no creyera en el presente? ¿Y si no hubiera tenido la confianza en el futuro? ¿Y si no hubiera comprendido ese legado histórico de miles de compatriotas? ¿Y si mis reservas morales no hubieran sido firmes? ¿Y si hubiera sido débil un instante? Estaría experimentando la vergüenza personal, el desprecio de un pueblo, de mis camaradas. Estaría en otras circunstancias. Pero no, nosotros no somos de esa pasta. Los Miguel Castellanos son una triste excepción. Mi

comportamiento fue el habitual en un revolucionario. El suyo, la antítesis».

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la voz agradable del cubano:

—Llegamos, Nidia. Baje.

La puerta del avión se abrió y entró el frío del amanecer.

—¿Yo?

—Sí, bajá vos primero. Nidia.

—No, yo quiero ir con los compas. ¿Y ellos?

—Ellos van después.

Estaba trabada en el avión. «¿Qué vendrá?» Me decidí:

—Bueno, voy a bajar.

Cientos de personas, muchas cámaras, aplausos, más aplausos, gritos, consignas. Solo quien ha vivido un momento así puede comprender lo que se siente. Es volver a nacer.

—¡El pueblo unido, jamás será vencido! ¡El pueblo... unido, jamás será vencido! ¡El pueblo... unido, jamás será vencido!

—¡Revolución o muerte, venceremos!

Ahí estaba Venancio, el viejo Venancio. Estaban Vladimir y Silvia, representantes del pueblo cubano. Levanté la mano con la «V» de la victoria y la sonrisa ancha. Eran los brazos y el reencuentro. Estaba entre mis camaradas.

Comenzaron a bajar los demás.

En este momento me di cuenta de que no estaba sola, pero también de algo más importante todavía: nunca estuve sola.

Epílogo

Luego de salir liberada el 24 de octubre de 1985, y al no poder regresar al frente de guerra por las lesiones de los dos tobillos, me incorporé en 1987 al trabajo internacional, y participé en la Comisión Política Diplomática del FDR-FMLN. Fui presidenta de la Unión de Mujeres «Mélida Anaya Montes», miembro de la FEDIM y presidenta de la Secretaría de Promoción y Protección de los Derechos Humanos del FMLN.

Integré en 1989 la Comisión Negociadora del FMLN y, después de dos años de intensas negociaciones, firmamos la paz el 16 de enero de 1992. Yo fui firmante de ella...

Cuando entré a El Salvador el 31 de enero me conmovió hacerlo por la misma puerta por donde había salido el día 24 de octubre de 1985, cuando fui liberada. Regresaba victoriosa a la patria: ese sentimiento fue inigualable para mí. Me quedé trabajando en la COPAZ (Comisión Nacional para la Paz), como alterna de Schafik Hándal a tiempo completo, particularmente en la Comisión de Transferencia de Tierras. Con estas misiones comencé un proceso de participación política, asimilando las nuevas condiciones que habíamos conquistado con nuestra lucha y en una transición compleja. Luego me incorporé a todas las áreas de la democratización y participé en la creación de la Asociación Salvadoreña para la Paz y la Democracia (ASPAD), que llegué a presidir. Esta asociación tenía íntima relación con la construcción de la democracia y la participación ciudadana, así como con el fortalecimiento de

las instituciones derivadas de los acuerdos de paz. Posteriormente se convirtió en FUNDASPAD, de la cual ahora soy vicepresidenta honorífica. En mayo de 1992 el FMLN se declaró partido político, del que fui fundadora, y en septiembre de 1992 creó sus documentos políticos (objetivos, principios, carácter y estatutos). En este proceso habíamos recogido miles y miles de firmas más de las que requería el Tribunal Supremo Electoral (TSE), pero la derecha —que apostaba por convertirnos en una izquierda enana— ponía muchos obstáculos. Hubo elecciones internas en el FMLN y yo quedé como miembro de la Comisión Política. Perfeccionamos más el partido. El 14 de diciembre el TSE nos inscribió, y el 15 de diciembre autodestruimos nuestras armas frente a ONUSAL, y desmontamos el último contingente de nuestro Ejército Nacional para la Democracia (END). En septiembre de 1993 nos preparamos para participar, por primera vez, en las elecciones nacionales de marzo de 1994 y fui postulada como candidata a diputada por el departamento de San Vicente en la Asamblea Legislativa. Resulté electa en el período 1994-1997. Presidí la Comisión de Justicia y Derechos Humanos del Parlamento. En las elecciones internas del partido me eligieron para integrar el Consejo Nacional con holgura de votos: obtuve el primer lugar tanto en 1994 como en 1995. En esta última fecha fui electa coordinadora general adjunta del FMLN, cargo que ejercí hasta 1997. Nuevamente, en las elecciones de diputados y alcaldes en marzo de 1997, fui reelecta diputada para el período 1997-2000. En 1999 participé como candidata a la vicepresidencia de la república de El Salvador por la Coalición «Por el cambio» integrada por el FMLN y por la USC. Fui diputada al Parlamento Centroamericano en el período 2000-2006, y reelecta en el período 2011-2016, funciones que ejerzo actualmente.

¿Qué pasó en mi vida?

Desde mi captura en 1985 mi hijo José Alejandro vivió en Suecia, en el exilio. Yo lo veía ocasionalmente. Al salir de prisión comencé a buscar a su padre, Erick Randsfor Lemus Reyes, conocido como Julio López, hasta que en 1987 llegué a concluir que había sido desaparecido desde marzo de 1984. En 1988 se lo dije a mi hijo y eso lo golpeó mucho. Me dijo: «...es como si estuviera muerto». Cuando José Alejandro regresó a el Salvador en 1994, dos años después de la firma de los acuerdos de paz, ya casi cumplía los catorce años. Entonces comenzó a desarrollarse un proceso lógico de adaptación sociocultural y convivencia en nuestro hogar. Estudió y se graduó de la carrera universitaria de licenciatura en Artes Escénicas en el Instituto Superior de Arte (ISA), en La Habana.

Actualmente mi madre, mis hermanas, mis cuñados, mis sobrinos, los nietos de mi hermana, y mis tíos viven al sur de Suecia, en la región de Escania. Hacia el norte viven también mi papá y su nuevo núcleo familiar, donde tengo otros hermanos. Todos ellos fueron reprimidos por la dictadura, tuvieron que ir al exilio. Ahora podrían regresar a El Salvador, pero ya trazaron sus propios planes de vida. Al inicio me sentía algo culpable por el exilio que ellos afrontaron, por la cárcel y desaparición de mi cuñado durante diecisiete días...; luego he visto que el exilio se ha convertido también en nuevas oportunidades, aunque nunca es lo mismo que vivir en su patria original.

En relación con mi seguridad, he sufrido dos atentados: uno durante la campaña electoral de febrero de 1994, y el otro el 19 de mayo de ese mismo año, cuando ya era diputada al Parlamento. En el año 2002 se juzgó a los autores materiales, pero aún no se ha procedido a investigar a los autores intelectuales, a los que contrataron a los sicarios, que son los más peligrosos criminales y que son los mismos que asesinaron al compañero Francisco Véliz

el 25 de octubre de 1993; los mismos que mataron en junio de 1995 a Ramón García Prieto, esos que sobreviven por el sistema de impunidad imperante en el país.

Por mi parte, durante ocho años estudié y saqué la licenciatura en Ciencias Jurídicas en la Universidad Francisco Gavidia, entre julio del 2000 y el 2008.

A pesar de haber protagonizado la negociación de los acuerdos de paz, de haber estado en ese contexto dos veces en la sede de la ONU en Nueva York, y luego, de haber sido invitada por la ONU y UNICEF en el 2001 para hablar sobre niñez y conflicto armado ante las delegaciones gubernamentales del mundo, siempre me han restringido la movilidad al perímetro alrededor del edificio de la ONU. Todavía hoy Estados Unidos me sigue negando la visa.

Durante este tiempo me he encontrado con muchos personajes descritos en el libro a quienes no llamé por sus nombres verdaderos. Precisamente ahora estoy en el proceso de escritura de mi segundo libro *Sanando las heridas*, donde describo los encuentros y desencuentros con los que han sido nuestros enemigos, luego convertidos en adversarios políticos, y a veces, algunos de ellos, han llegado a ser nuestros aliados. La idea de este nuevo texto es, esencialmente, que para que llegue la conciliación a nivel político en El Salvador se deben cumplir los acuerdos de paz y particularmente lograr la paz social. Todavía no se han cumplido las recomendaciones de la Comisión de la Verdad, el mecanismo que pactamos en la paz para investigar las violaciones a los derechos humanos que durante el conflicto cobraron miles de vidas y provocaron otros tantos desaparecidos. Con este informe llegaríamos al esclarecimiento de la verdad histórica de crímenes como el cometido contra Monseñor Romero, los jesuitas asesinados, etc. y serviría de freno a la impunidad que se ha profundizado a lo largo de estos años.

He sido diputada a la Asamblea Legislativa durante dos períodos consecutivos (1994-1997) y (1997-2000). Por motivos reglamentarios no podíamos postularnos en más de dos períodos consecutivos a un mismo cargo, así que en el 2000 fui electa al PARLACEN, donde he ejercido el cargo dos etapas: (2001-2006) y (2006-2011). Actualmente soy vicepresidenta a la Junta Directiva por el Estado de El Salvador. En marzo de 1999 me postulé en las elecciones presidenciales de mi país como candidata a la vicepresidencia por el FMLN en coalición con la Unión Social Cristiana. En esa campaña se fundó el movimiento «Nidia Díaz Vicepresidenta», que tres años después se convirtió en la Fundación para el Desarrollo de la Mujer y la Sociedad «Nidia Díaz» (FUNDEMUSA), partiendo de un programa que coloca en su centro de atención a la mujer y su familia.

Continúo trabajando en las relaciones internacionales del FMLN, y en la recuperación de la memoria histórica, en la defensa de los derechos de la mujer y el logro de la equidad de género. Participo en varios espacios de organizaciones de mujeres además de FUNDEMUSA, como la Asociación de Parlamentarias y Exparlamentarias de El Salvador (SPARLEXSAL), en el Mecanismo de Mujeres de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (COPPPAL) y en el Consejo de Igualdad y Equidad de El Salvador. En estos momentos también formo parte de la Asociación Americana de Juristas, capítulo El Salvador.

He aprendido que los cargos públicos no son más que misiones que el partido le encomienda a una en pos de un plan más grande, más global. Ser funcionario para el FMLN significa ser un servidor público de la ciudadanía, a la cual nos debemos y trabajamos porque prevalezca el Estado de derecho y por crear las condiciones de traspasar el poder real al pueblo.

Proyecciones para el futuro: el FMLN, una izquierda en ascenso

Desde que el FMLN participó por primera vez en elecciones nacionales en 1994, se ha caracterizado por ser una izquierda en ascenso, no solo por el desarrollo cuantitativo, sino, y sobre todo, por el desarrollo cualitativo que le permitió superar la desventaja electoral, el empate político y llegar a convertirse en la primera fuerza política de El Salvador hasta asumir ahora el Gobierno central. Venimos de recorrer «[...] caminos libertarios por donde transitara la paz y la justicia del pueblo salvadoreño [...]». Hemos gobernado por cuatro períodos consecutivos la alcaldía de la capital, San Salvador; y hemos llegado de quince alcaldías que ganamos en el año 1994 a noventa y seis ganadas en el 2009; de veintiún diputados que ganamos en el año 1994 a treinta y cinco que ganamos en el 2009. De las cuatro elecciones presidenciales en las que hemos participado, en la primera del año 1994 se creó el escenario para dos vueltas; en la segunda, en 1999, donde yo me postulé para vicepresidenta, tuvimos muchas desventajas de estrategias tanto internas como externas; en las del año 2004, el miedo y el fraude se impusieron sobre la verdad y la legitimidad, e impidieron que Schafik Hándal se convirtiera en el presidente de El Salvador. En las elecciones de marzo de 1997 ganamos cincuenta y cuatro municipios con el 50% de la población bajo nuestra jurisdicción: desde ese entonces los lugares más poblados del país están siendo gobernados por el FMLN, con aproximadamente el 60% de la población bajo nuestra jurisdicción y el 75% de la actividad productiva. Nuestros retos son grandes: construir buenos Gobiernos y obras que beneficien a las mayorías, aprovechar las condiciones para conquistar la democracia participativa y transferir el poder real al pueblo...

En el año 2003 el FMLN devino la primera fuerza político-electoral del Parlamento, lo que junto a las alcaldías nos convierte en la primera fuerza política nacional. El FMLN ha sido una izquierda en ascenso que se ha fortalecido; independientemente de que en 1999, como ya lo expresé, tuviéramos una relativa desacumulación en la elección presidencial, en las elecciones del 2004 incrementamos grandemente nuestra votación a favor. Esas elecciones altamente polarizadas disolvieron todos los partidos pequeños a los que posteriormente la Corte Suprema de Justicia les dio el salvataje.

En el 2006 el FMLN ganó nuevamente treinta y un diputados y cincuenta y nueve alcaldías. Pasamos dos años prácticamente empatados políticamente, pues ARENA bajó 500 000 votos en relación con los que obtuvieron en la presidencial del 2004. Desde finales del primer trimestre del 2008, se empezó a romper el empate: el FMLN y su candidato Mauricio Funes se fueron delante de ARENA, hasta corroborar que la voluntad popular, venciendo el miedo y el fraude, le dio el triunfo al FMLN.

Este 18 de enero del 2009 el FMLN se convirtió en la primera fuerza política del país, ganamos las legislativas con treinta y cinco diputados, y a pesar de que perdimos la posición de la alcaldía de San Salvador, principalmente por la movilización del voto externo al municipio, en su conjunto el FMLN obtuvo una gran victoria al ganar las noventa y seis alcaldías. El 15 de marzo de este mismo año en las elecciones presidenciales logramos derrotar a ARENA, que por más de veinte años había gobernado El Salvador. Ese día por la noche, en la fiesta popular del triunfo, vi cómo desde ese público que vitoreaba con alegría al son de la música y los cohetes, se erguían orgullosos nuestros muertos y desaparecidos: ahí estaban junto a nosotros héroes y heroínas, nuestros mártires y víctimas, celebrando. Ahí vi y sentí al papá de mi hijo, a Schafik, a Monseñor Romero, a Virginia, Arlen, Mardoqueo...

y tantos miles... Ahí estaban celebrando y recordando que aún queda mucho que hacer... Por primera vez en nuestra historia la izquierda gobierna con un mecanismo de unidad nacional que refleja las alianzas establecidas durante la campaña con base en el programa de Gobierno que fue ampliamente consultado. Solo un Gobierno así puede salvar el rumbo que establecimos en el pacto de paz, en Chapultepec y que ha sido obstruido y bloqueado durante estos años por la derecha y sus conservadurismo y salvajismo. Solo un Gobierno así puede construir una verdadera sociedad democrática, sin exclusión social, con participación ciudadana y equidad de género.

Los retos y desafíos son grandes, y el cambio de correlación en el 2012 en el Parlamento es fundamental para poder legislar más acorde con el programa de Gobierno. Obtener más y mejores municipios es la base para la construcción del poder real de la población, para construir el desarrollo y rescatar la historia y la cultura de nuestros pueblos.

En el 2014 nuevamente tendremos otra elección presidencial, donde el Gobierno y el FMLN, sobre la base de un buen trabajo, ha de ser elegible como la única alternativa de cambio en pos de la felicidad y bienestar de las salvadoreñas y salvadoreños.

El FMLN cuenta con un programa, plataformas, una agenda, y lucha por construir una verdadera unidad nacional. Nuestras alianzas con los diversos sectores debe servir para los cambios alternativos, para superar los grandes problemas económicos, ambientalistas, sociales, culturales, la falta de una política criminal preventiva que luche contra la corrupción y la impunidad. La lucha por la verdad se vuelve esencial para esclarecer los delitos de lesa humanidad que se cometieron contra el pueblo antes, durante y después de la guerra, y que tienen una cortina de humo con la Ley de Amnistía. Seguir luchando por construir un verdadero sistema electoral y de justicia con reglas claras es

nuestro objetivo. El futuro es muy prometedor para la izquierda salvadoreña, para el FMLN que, presentando soluciones oportunas a favor de la generación de riquezas y su distribución, contribuirá a lograr la tan anhelada justicia social y el desarrollo integral de todos y todas los salvadoreños de todas las edades y sectores.

Este 1ro. de junio el pueblo tuvo una cita con la historia al ser partícipe directo y protagonista de la transmisión del mando presidencial a Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén, presidente y vicepresidente respectivamente. Esta cita era para iniciar el camino de las transformaciones y los cambios a los que aspira el pueblo salvadoreño. Sabemos que no ha sido fácil, pues se ha dado en el marco de la gran crisis global que impacta nuestras sociedades, pero que podremos enfrentar y salir adelante. Con este Gobierno iniciamos la ruta para que nunca más se vuelva a repetir en El Salvador un Estado de injusticia, de miseria, de represión y de intervención en cualquiera de sus modalidades.

Breve glosario de nombres y organizaciones

Alejandro: José Alejandro Lemus, hijo de Nidia Díaz

ANDA: Administración Nacional de Acueductos y Alcantarillados.

Arlen Siu: Comandante Celia Margarita Alfaro, murió en combate.

Armando Crespín Estrada: Mi cuñado, desaparecido el 15 de Agosto de 1980.

CICR: Comité Internacional de la Cruz Roja.

Comandante Hugo: Américo Araujo, segundo al mando del PCS.

COPPE: Comité de Presos Políticos de El Salvador.

Duarte: Ingeniero José Napoleón Duarte, presidente de El Salvador entre 1984 y 1989.

ERP-PRS: Ejército Revolucionario del Pueblo-Partido de la Revolución Salvadoreña.

Felipe Fiallos: Dr. Eduardo Espinoza, conocido como Felipe Dubon, de las FPL.

FMLN: Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

FPL: Fuerzas Populares de Liberación –FPL– Farabundo Martí.

Janeth: Janeth Samour, conocida como comandante Filomena. Desaparecida en diciembre de 1984.

José Juan: Miguel Ángel Alvarado, conocido como Comandante José Juan Obregón (PRTC).

Luis: Luis Díaz miembro de la Dirección Nacional del PRTC y del MLP.

Marcos: Eugenio Chicas, comandante Marcos Jiménez, de RN. Capturado y liberado por canje humanitario.

Miguel: Oscar Miranda, conocido como comandante Miguel Mendoza (PRTC).

Milton: Medardo González, conocido como comandante Milton Méndez (FPL).

Mina: Mina de Valladares, madre de Nidia Díaz.

PCS: Partido Comunista Salvadoreño.

PDC: Partido Demócrata Cristiano.

Pedro Pablo Castillo: Prócer de la independencia.

PRTC: Partido Revolucionario de Los Trabajadores Centroamericanos.

Regan: Ronald Reagan, presidente de EE.UU. en 1980-1984 y 1984-1988.

Revelo: Antonio Revelo, coronel y doctor, director de la Policía Nacional.

RN: Resistencia Nacional.

Roca: Francisco Jovel, conocido como Comandante Roberto Roca (PRTC).

Tío Meme: Manuel de Jesús Mendoza.

Ungo: Guillermo Ungo, dirigente de MNR, y presidente del FDR.

Vides Casanova: Ministro de Defensa del Gobierno de José Napoleón Duarte.

Zamora: Rubén Zamora, dirigente del MPSC y vicepresidente del FDR.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



EL FUTURO ESTÁ LLENO DE MEMORIA

El Salvador de la guerra a la paz

Iosu Perales

Los textos incluidos en este volumen, escritos con un lenguaje claro y didáctico, pensado especialmente para los jóvenes lectores, sirven de introducción básica para entender lo ocurrido en El Salvador en los últimos treinta años.

106 páginas, 2013, ISBN 978-1-921700-93-4



CORAZÓN DE PUEBLO: DIÁLOGOS CON ROSA MARGARITA VILLALTA DE SÁNCHEZ

Claudia Sánchez Villalta

Los mejores días están por llegar. Así será a condición de que sigamos impulsando las transformaciones que necesita nuestro país. Día a día, paso a paso, los cambios los vamos construyendo con la fuerza que nos da la fe en el pueblo.

128 páginas, 2014, ISBN 978-1-925019-17-9



FIDEL CASTRO

Antología mínima

Fidel Castro

Esta antología, que incluye las reflexiones y discursos más representativos de Fidel Castro, sin dudas constituye una referencia de incalculable valor en el contexto de transformaciones políticas y sociales que vive América Latina. La voz del líder cubano ha trascendido las fronteras nacionales para encarnar las ideas más radicales de la lucha revolucionaria mundial.

560 páginas + 26 páginas de fotos, 2011, ISBN 978-1-921438-98-1



FMLN

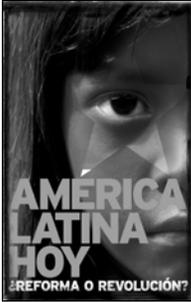
Un gran tsunami de votos rojos

Roberto Regalado

El autor construye una historia del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y, al hacerlo, hilvana una historia contemporánea de El Salvador. Mediante un diálogo imaginario, concede la palabra a diez protagonistas de los acontecimientos que aquí se narran para que, desde diversos enfoques y miradas, confluyan entre la tinta y el papel, como lo hicieron con sus propias vidas.

235 páginas, ISBN 978-1-921700-13-2

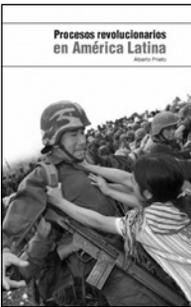
OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



AMÉRICA LATINA HOY: ¿REFORMA O REVOLUCIÓN?

En medio del confuso clima creado por el fin de la bipolaridad, fue acuñada la frase «búsqueda de alternativas». Para una parte de la izquierda política, esa noción sepultaba los conceptos de *poder*, *revolución* y *socialismo*. Con el propósito de ofrecer a sus lectores diversas aproximaciones a esta problemática, la editorial Ocean Sur invitó a un grupo de politólogos y dirigentes políticos a reflexionar sobre el tema «América Latina hoy: ¿reforma o revolución?».

272 páginas, ISBN 978-1-921438-72-1



PROCESOS REVOLUCIONARIOS EN AMÉRICA LATINA

Alberto Prieto

Una inspiradora travesía por la historia de los procesos revolucionarios de América Latina iluminada por Túpac Amaru, Hidalgo, Martí, Bolívar, Miranda y San Martín, Mariátegui, Sandino y el Che. Las insurrecciones y revueltas en el siglo XVIII, la avalancha independentista, las transformaciones democráticas y antiimperialistas, el influjo de la Revolución cubana, el Sandinismo y el nuevo auge revolucionario y democrático en nuestra región quedan registrados en sus páginas.

376 páginas, ISBN 978-1-921438-26-4

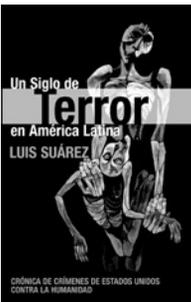


IMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN EN CENTROAMÉRICA

Roque Dalton

Este libro recoge íntegramente el valioso ensayo de Roque Dalton *Imperialismo y revolución en Centroamérica*, que ya había sido publicado por Ocean Sur en dos volúmenes: *El aparato imperialista en Centroamérica* y *El Salvador en la revolución centroamericana*. Roque ahonda con sentido crítico en la experiencia de lucha popular de su país alertando los peligros externos e internos que acechaban a la izquierda salvadoreña.

350 páginas, 2013, ISBN 978-1-921700-90-3



UN SIGLO DE TERROR EN AMÉRICA LATINA

Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la humanidad
Luis Suárez

Una visión panorámica de la historia de las intervenciones y crímenes de guerra de los Estados Unidos en América Latina. Este volumen documenta los desafíos que para las naciones latinoamericanas ha representado el modelo de dominación imperialista de los Estados Unidos, durante los últimos cien años.

591 páginas, ISBN 978-1-920888-49-7

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



ESTUDIANDO LA CONTRAINSURGENCIA DE ESTADOS UNIDOS

Manuales, mentalidades y uso de la antropología

Gilberto López y Rivas

El grotesco maquillaje cultural de la antropología contrainsurgente y la política de violencia perpetrada por los aparatos estatales imperialistas, con el propósito de infundir terror y violar las normas del derecho internacional, son caracterizadas de forma magistral en las páginas de este libro.

88 páginas, 2013, ISBN 978-1-925019-04-9



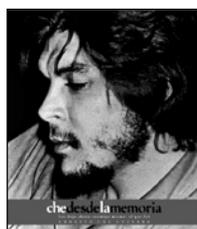
CHE GUEVARA PRESENTE

Una antología mínima

Ernesto Che Guevara

Una antología de ensayos y discursos que recorre la vida y la obra de una de las más importantes personalidades contemporáneas: Ernesto Che Guevara. Reúne textos cumbres de su pensamiento y su obra, y permite al lector acercarse a un Che culto e incisivo, irónico y apasionado, terrenal y teórico revolucionario.

452 páginas, ISBN 978-1-876175-93-1



CHE DESDE LA MEMORIA

Los dejo ahora conmigo mismo: el que fui

Ernesto Che Guevara

Una visión intimista y humana del hombre que vive más allá del ícono. Esta edición es una extraordinaria fuente histórica que conjuga fotografías y textos de Che Guevara, y los convierte en testimonios de su reflexiva mirada sobre la vida y el mundo. Contiene cartas, poemas, narraciones, páginas de sus diarios, artículos de prensa y fotos tomadas por él mismo.

320 páginas + 200 fotos, ISBN 978-1-876175-89-4



AMÉRICA LATINA

Despertar de un continente

Ernesto Che Guevara

La presente antología conduce al lector a través de textos que en tres etapas perfilan el ideario del Che sobre América Latina. Ordenada cronológicamente, esta selección de artículos periodísticos, ensayos, discursos, cartas y poemas comprende un recorrido desde sus observaciones juveniles hasta las profundas reflexiones que convirtieron al Che Guevara en un paradigmático pensador y hombre de acción.

495 páginas, ISBN 978-1-876175-71-9



ocean sur

una nueva editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, ha desarrollado durante siete años múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman parte de colecciones como el Proyecto Editorial Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Contexto Latinoamericano, Biblioteca Marxista, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Roque Dalton, Voces del Sur, La otra historia de América Latina y Pensamiento Socialista, que promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

UN TESTIMONIO DE LA GUERRA EN EL SALVADOR

Sobreviviente de un cautiverio que no perdonaba a los presos políticos, la comandante Nidia Díaz transpuso los barrotes para exhumar la memoria de todos los que no corrieron su suerte, para denunciar los crímenes que llevaron al FMLN a tomar las armas durante doce años contra el gobierno salvadoreño y el imperialismo.

Este cuaderno es el testimonio de sus días de cárcel, pero también de sus recuerdos y sueños, de reflexiones para la vida, de poemas, canciones y dibujos que la aliviaron del dolor y del encierro. Nidia es un volcán, han dicho, capaz de resistir las torturas y las pérdidas trocándose en piedra. Nidia es una mariposa acompañada de pueblo que, en su aleteo, ha aprendido que solo luchando se llega al futuro.

US\$19.95

www.oceansur.com

www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1-921438-76-9



9 781921 438769

ocean
SUR